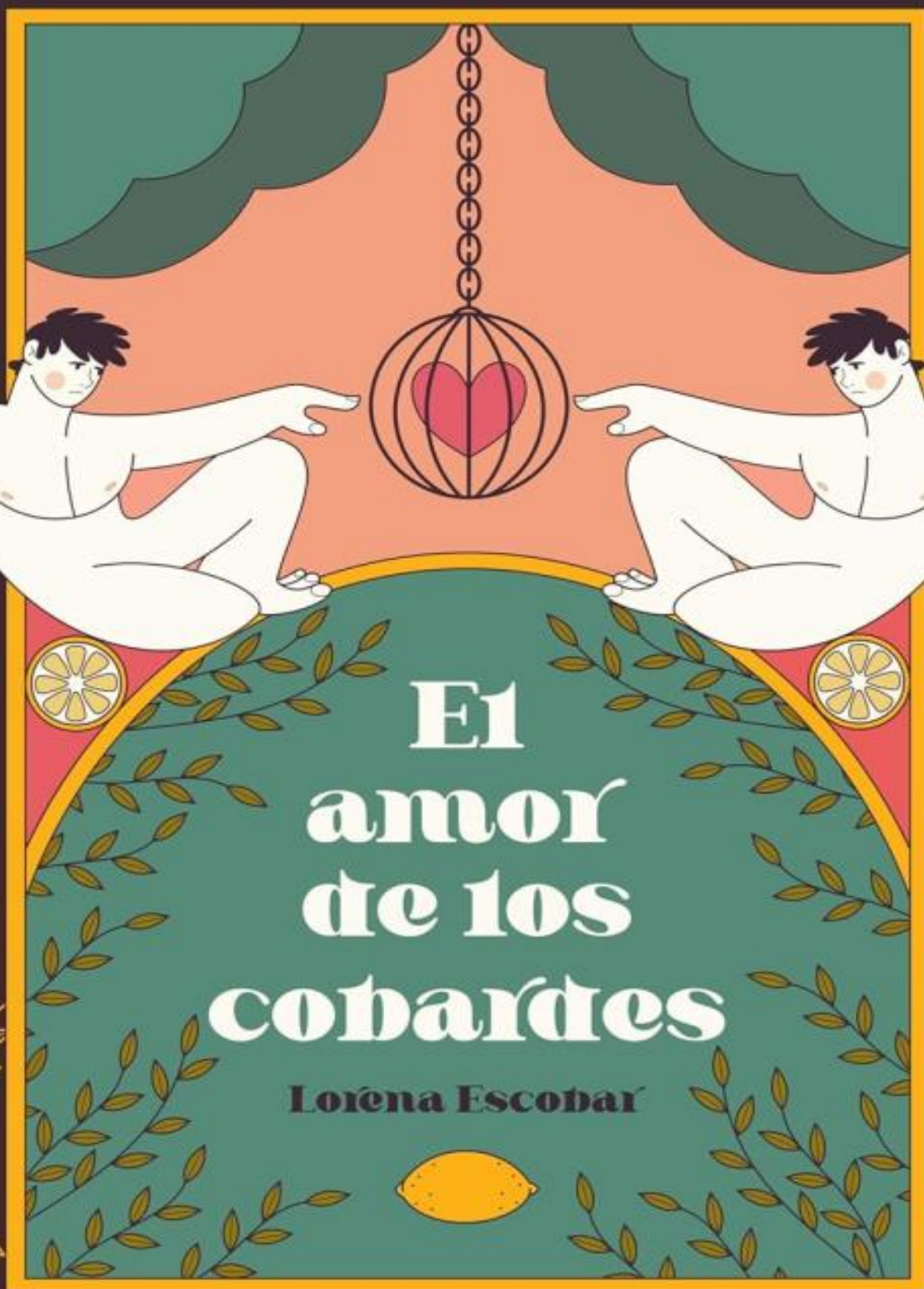




PREMIO LITERATURA DIVERSA 2024

 Portada de El amor de los cobardes

El amor de los cobardes

LORENA ESCOBAR



© Título: El amor de los cobardes

© Lorena Escobar

ISBN: 978-84-127866-3-7

Primera edición: junio 2024

Edición: Editorial siete islas www.editorialsieteislas.com

Correcciones y estilo: Marta Mozo

Ilustración portada e interior: Juan Castaño

Maquetación: D. Márquez

Visite nuestro blog: <https://www.editorialsieteislas.com/blog> y
nuestro canal de Youtube

Si quiere recibir información sobre nuestras novedades envíe un
correo electrónico a la dirección:

editorialsieteislas@gmail.com

Y recuerde que puede encontrarnos en las redes sociales donde
estaremos encantados de leer sus comentarios.

#elamordeloscobardes #editorialsieteislas

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin la
autorización previa por escrito del editor. Todos los derechos están
reservados.

**«[...] No quiere usted dejarme ser yo, salir de la niebla,
vivir, vivir, vivir, verme, oírme, tocarme, sentirme, dolerme,
serme:**

¿conque no lo quiere?, ¿conque he de morir ente de ficción?

**Pues bien, mi señor creador don Miguel, itambién usted se
morirá,**

también usted, y se volverá a la nada de que salió...!

**¡Dios dejará de soñarle! ¡Se morirá, aunque no lo quiera;
se morirá usted y se morirán todos los que lean mi historia,**

todos, todos, todos sin quedar uno!

¡Entes de ficción como yo; lo mismo que yo!

Se morirán todos, todos, todos».

Miguel de Unamuno. Niebla.

PRÓLOGO DE JORGE M. PÉREZ GARCÍA,

Presidente de la Asociación Pasaje Begoña



Un año más es un privilegio dirigirte unas palabras para darte la bienvenida a la obra literaria que ha sido la ganadora de la segunda edición del Premio de Literatura Diversa Editorial Siete Islas. Se trata de la maravillosa novela que tienes en tus manos: El amor de los cobardes. Su autora, Lorena Escobar, ha sabido conciliar magistralmente dos épocas muy duras: los años sesenta del siglo pasado y la reciente pandemia del COVID-19. Durante los años sesenta, las personas que amaban de forma diferente a lo establecido e impuesto por la sociedad lo tenían muy difícil. El nacionalcatolicismo imperante y las garras de la Dictadura convertían a las personas LGTBI en actores y actrices de sus propias vidas. Les tocó interpretar roles en una sociedad que no los comprendía ni los respetaba. La otra época durísima que se intercala en la novela es el confinamiento que nos tocó vivir debido a la pandemia del COVID-19 y de la que aún muchas personas sufren sus terribles consecuencias. A pesar de la dureza de la narrativa, la autora ha sabido envolvernos en una historia tierna, humana, desgarradora y dramática, una auténtica genialidad que no muestra odios ni rencores, sino que refleja la realidad con humildad y el día a día que le tocó vivir a aquella generación de personas LGTBI que nos precedió.

Quizá tú, lector de esta novela, te veas reflejado en ella. Por desgracia, aún en nuestros días es denominador común que a las personas LGTBI nos hayan robado la adolescencia y la juventud: no haber podido disfrutar de los primeros amores con la misma naturalidad que las personas heterosexuales; haber sufrido el mal trago que supone la salida del armario; el no poder besarnos en público; o, simplemente, el no poder ir de la mano por la calle junto a la persona amada sin ser víctima de las miradas, cuchicheos u ofensas de quienes nos cruzamos por el camino.

Las personas LGTBI que en nuestros días tienen más de sesenta años son testigos de excepción de toda una época, y siguen siendo los máximos referentes de la memoria LGTBI de nuestro país. Quienes hemos tenido el privilegio de conocer y grabar sus testimonios valoramos las libertades alcanzadas y somos conscientes de lo fácil que es perderlas, como está sucediendo en nuestro propio país y en demasiados lugares de Europa y del resto del mundo.

Normalizar los discursos de odio, los insultos y las faltas de respeto en las redes sociales, así como la invisibilidad de las personas LGTBI en ciertos ámbitos, siguen siendo factores de riesgo y amenazas reales para nuestros derechos. Recordemos que hablamos de Derechos Humanos, con mayúsculas. Por este motivo son tan importantes las referencias culturales como la novela que tienes entre las manos, que nos recuerda que las personas LGTBI existimos y lo importante que resulta nuestra visibilidad. Aprovecho para agradecer a las decenas de asociaciones y fundaciones LGTBI amigas que han ayudado a difundir este certamen literario y que, en su labor diaria, contribuyen a la defensa de una sociedad más justa e igualitaria.

Deseo que disfrutes de esta novela tanto como lo he hecho yo. La historia y las tramas que conocerás son fascinantes. Su relato nos deja un legado importante: ese inmenso patrimonio inmaterial que son las grandes lecciones de vida de nuestros mayores LGTBI y que tanta importancia recobran en nuestro presente. El amor de los

cobardes nos permite descubrir lo que fuimos para saber quiénes somos, conectar esas luchas pasadas y comprender cuál es la situación de las personas LGTBI hoy día. Asimismo, nos da a conocer lo que otras personas han luchado y a todo lo que han tenido que renunciar para conseguir que actualmente disfrutemos de más derechos y libertades.

En esta segunda edición del premio, la decisión final ha estado muy reñida. El jurado no lo ha tenido nada fácil tanto por la cantidad de propuestas recibidas —medio centenar— como por su calidad y diversidad. Aprovecho desde aquí para agradecer a todas y cada una de las personas que han formado parte del jurado por haber dedicado desinteresadamente muchas horas de su tiempo a leer, puntuar y tomar la difícil decisión de acordar qué obras serían las merecedoras de ganar y de ser finalista. Me gustaría además dejar constancia de mi más sincero agradecimiento a las autoras y autores que nos han enviado sus propuestas literarias por el esfuerzo que han realizado. Estoy convencido de que un buen número de ellas serán publicadas y gozarán de un tremendo éxito.

El objetivo de la Asociación Pasaje Begoña, que en estos momentos presido, es la visibilidad LGTBI, y descubrir, proteger y difundir la memoria LGTBI de nuestro país. Por eso me produce especial emoción que el jurado haya elegido precisamente esta novela, que combina la actualidad con la memoria histórica reciente. Además, me satisface especialmente que todo esto haya sido narrado por una mujer. Y también es para mí una feliz noticia que tanto la novela ganadora de esta edición como la finalista hayan sido escritas por mujeres.

No quisiera finalizar sin dar las gracias a todas y cada una de las personas que desinteresadamente han apoyado esta segunda edición del Premio de Literatura Diversa, y en especial a las personas LGTBI que decidieron ser visibles en épocas tan duras, por ponerse la vida por montera y demostrarle al mundo que era posible convivir en diversidad, ser ellas mismas y amar en libertad. Gracias también

a las entidades promotoras: Editorial Siete Islas y Asociación Pasaje Begoña; y al resto de organizadoras y patrocinadores: Madrid Orgullo (MADO), Muestra-t, revista Shangay y la prestigiosa cadena Ritual Hoteles.

Desde aquí emplazo a todas estas entidades a empezar a trabajar en la próxima edición, porque son muchos los retos que el colectivo LGTBI aún tiene por delante, y a través de la literatura tenemos la obligación de gritarlo a los cuatro vientos.

Gracias sinceras. Pasen y lean.

Fdo.: Jorge M. Pérez García.

Presidente de la Asociación Pasaje Begoña

ALARMA

Madrid. Sábado, 14 de marzo de 2020.

No sabía cómo sentirse. Cómo debí a sentirse. Tras tantos años y daños curvando con esmero las doloridas raíces de su osamenta, algo le provocaba una intensa sensación de pavor. Es el miedo que se le tiene a lo desconocido, a ese monstruo del armario que siempre busca dejarse la puerta entreabierta. La luz tenue. La lengua mordida hasta hacerse sangre.

No apagó la televisión, pero le quitó todo el volumen: un acto de defensa insuficiente. Las imágenes tomaron entonces el protagonismo, un poder que se asienta sobre el ojo humano y recorre las trincheras del cerebro. Pocas cosas hay tan escalofrantes como ver el dolor sin percibir el sollozo, como ver la lágrima sin su debida preparación.

«El mundo se ha vuelto completamente loco».

Se quedó un buen rato más en el sofá, acariciando la tela desgastada que tantas noches lo cobijó de la tormenta en ciernes. Un gris triste, tan neutro como el mobiliario, como la decadencia, como las esperas. Existían muchas esperas en ese domicilio. Existían noches retratadas por cada cojín, por cada hilo suelto que nadie se preocupó por cortar de cuajo. Existía el recuerdo de Adelaida porque, con ella en vida, ese sofá jamás hubiera estado tan sucio.

«Miseria, Javier. Miseria».

En la televisión hablaban de guerra. Le sorprendió la facilidad con la que se empleaba el vocablo bélico. En la salud y en la enfermedad,

en el matrimonio y en el divorcio, en las buenas y malas noticias. Todos los habitantes del planeta, «esta infamia llamada planeta», como a veces decía Adelaida, eran guerreros de algo: de un cáncer, de un territorio, de un litigio legal. La civilización mamó los pechos de Marte y en Marte se tradujo toda la existencia humana, cimentada en oleajes de rabioso conflicto, salvo que esta vez la horda enemiga no se disfrazaba de acero y furia, no había espartanos aguantando los envites de la todopoderosa Persia; esta vez, la horda enemiga se componía de un virus. Un jodido virus.

«Miseria, Javier. Miseria».

Y eso que lo avisaron en el bar: ya se sabe cómo son los bares en este país. Confesionarios, hogares, escuelas. Raíces de una cultura a veces fluctuante y a veces estanca, una cultura propia y ajena, heredera y enquistada. Semanas estuvieron hablando de algo que Javier no acertaba a asimilar, porque la mente de Javier se había cansado de asimilar cosas, de comprender, de reparar.

El caso es que una mañana, un jueves cualquiera, o puede que un viernes —«esa cabeza tuya, Javier»—, el viejo camarero, perenne y perpetuo de cafés y credos con olor a pan tostado, le dijo que tocaba echar la persiana, que llegaba la guerra.

—Ya ves, amigo mío —le explicó mientras limpiaba un vaso con el trapo que siempre descansaba sobre su barriga exultante y exultada. Impertérrito, como si todo aquello (el virus, la vida) lo hubieran pillado prevenido, con una maleta llena de certezas consumidas—. Treinta y dos años levantando la persiana cada día, sin faltar ni cuando se murió mi padre, que el diablo lo tenga en su dintel, y me toca cerrar el negocio ahora por un bicho de mierda.

Javier no preguntó nada entonces, pero ahora se preguntaba. Ahora se preguntaba cuándo iba a volver a tomarse el asqueroso café de Paquito; a reunirse con Antonio, el pediatra jubilado que siempre tenía un remedio para todo, desde la tos hasta la migraña; cuándo

iba a volver a pedirse el plato de jamón ibérico, imprescindible de los domingos a mediodía; cuándo iba a volver a hacer lo único que hacía con su existencia desde que Adelaida se marchó dejándole los hilos del sofá desestabilizados y un piso con olor a mandarina recién pelada.

«Miseria, Javier. Miseria».

Sabía lo que significaba el estado de alarma, la limitación de movimiento, los artículos de la Constitución Española. Se licenció en Derecho en una época de la historia en la que ser abogado suponía una profesión de riesgo. Perteneció al sindicato, defendió a muchos durante la transición; los jóvenes, esos que se llamaban a sí mismos comunistas, dirían de él que formó parte de la resistencia. Una resistencia algo descafeinada, como tantas veces le repitió Adelaida, porque para Javier Vázquez, hijo de Antonio y Lola, lo de tirarse a la calle con las pancartas en la mano nunca fue su fuerte. Él nadaba entre tinta y juzgados, él nadaba entre letras y argumentos, entre campos minados por el don de la palabra. «Y ahora, ¿de qué sirven los abogados ahora?». Hay batallas que solo quieren el clamor del fuego.

Cuando las imágenes de la televisión mutaron en bucles de dolor infinito, calculó la hora mentalmente con dificultad —«siempre fuiste de letras»— y marcó el número de teléfono. Alguien contestó al tercer tono. Alguien que estaba a cientos de kilómetros de su espacio, de sus hilos retorcidos. De su sofá gris. Triste.

—¡Papá! —La voz de Lola se preñó de un alivio sincero, tan sincero que Javier casi podía arañarlo—. Te he llamado un montón de veces. ¿Se puede saber dónde estabas?

—Pues dónde voy a estar, hija. En casa. ¿No te has enterado? Oficialmente ya no podemos salir a ningún sitio.

—Ay, papá, ya he visto la comparecencia. —Se escuchaban ruidos de fondo, vagos como una mentira sin preaviso—. Escucha, aquí la cosa

también se está poniendo fea. No es ningún chiste, debes hacer lo que te digan, no te pongas cabezota, que te conozco.

—¿Cabezota? —le preguntó con incredulidad—. ¿Qué crees que puedo hacer?

—Siendo tú, cualquier disparate.

—Ahora me ofendes, Lola. —Ojeó desde su posición todo cuanto lo rodeaba. Ochenta metros de soledad burlesca. Suspiró—. Ya sé cuál es la gravedad del asunto. En el bar llevan un par de semanas hablando sobre ello.

—El bar del Paquito no es precisamente la fuente de información más fiable. Catedráticos de mercadillo, eso es lo que va por ahí.

—Lola, ¿acaso te educamos tu madre y yo para que fueras una clasista? Esos hombres son catedráticos de la vida, que no es poco. —Dio vueltas y vueltas. Anexionando paredes y biorritmo. Divagando entre las motas de polvo que se colaban por las luces vergonzosas—. ¿Tú estás en tu casa? ¿Allí qué se sabe?

—Que estamos en la mierda, papá, eso se sabe.

Estuvo a punto de reprenderla por decir palabrotas, como lo hizo durante tantos años, años en los que Adelaida se reía de su pulcritud como padre. «La niña me ha salido a mí». Una de las miles de verdades universales sobre las que cimentaron el hogar ahora vacío.

—¿Y qué quiere decir eso exactamente? —le preguntó con temor.

Lola se rio abriendo el rayo de la esperanza que se sujetaba con pinzas. Y Javier se llenó de orgullo abriendo el rayo del amor que siempre se sujetó con pinzas.

—Pues que la situación es terrible en todas partes, pero tú sabes quién manda aquí, ¿no?

No le hizo falta añadir nada. Lola se marchó de casa tiempo atrás para especializarse en neurocirugía en un hospital americano. Con una maleta repleta de expedientes brillantes y sueños por pulir. Dos años después tenía un trabajo precario y un novio yanqui al que Javier no soportaba. Una pocilga de piso y muchos, muchos problemas para llegar a los días en rojo de cada mes. Y era terriblemente feliz.

Se despidieron con el manido «cuídate mucho» y Javier colgó con desgana. Como cuando se pide la cita del dentista. Colgó y se quedó un rato más de pie observando sus ridículos dominios, su reino sin vasallos. Dejó que el recuerdo lo acosara sin ningún tipo de pudor y pudo ver a sus chicas allí, puliendo una muesca en la lánguida risa del tiempo. Lola de pequeña pegada a las faldas de una Adelaida que tarareaba las letras de Aute. Lola adolescente discutiendo sobre política, estudiando, danzando por los pasillos para insuflar vida a una trinchera que siempre esperó la rendición de sus ocupantes. Lola, siempre Lola, llenando la inexistencia, ofreciéndoles excusas, salidas fáciles. Lola siendo su porqué, su cómo, dónde y cuándo. Lola centinela y diosa de páramos desiertos. Lola en un adiós lloroso y Lola en los silencios que anidaron después, junto a las telarañas y los hilos. Esos puñeteros hilos.

La tarde pasó como pasaban todas las tardes: lenta a propósito, solo para fastidiar. Y cuando Javier caminó por los canales de televisión para ver las mismas noticias, los mismos rostros preocupados, las mismas secuencias gemelas de otras madres, la voz de Adelaida cabrió en su cabeza, feroz como lo fue en vida, implacable como lo fue en la muerte: «Brillante, querido. ¿No se te ha ocurrido mirar a ver si tenías comida en la despensa?».

LA INCERTIDUMBRE

Madrid. Domingo, 15 de marzo de 2020.

Se preguntó si en algún momento de su vida perdió la capacidad de soñar.

Cuando la propia inercia le hizo abrir los ojos, salió de la nada absoluta. Como en los últimos veinte años, la noche no le había regalado su película muda ni invitado a su fiesta. La noche para él era egoísta, déspota. «Mejor el vacío que el abismo, querido». «Cállate un ratito, Deli».

Aún desde la cama, cubierto por la sábana y amparado por la complicidad de la mañana recién nacida, hizo un par de llamadas. Sus excompañeros de trabajo rechazaron la ayuda que les ofreció —«tú ya has trabajado suficiente, ahora es el momento del descanso»—. Como si el descanso fuese para él un premio, una redención. Se ofreció como un plañidero y Noelia, la joven abogada que aprendió el oficio bajo su mando y disciplina, se rio con amargura desde el otro lado del teléfono.

—Lo que daría yo por poder hacer la cuarentena, Javier. Quédate en casa y...

«Cuídate». Comenzaba a aborrecer esa palabra, imperativo lastimoso. Considerarse población de riesgo sometía su columna a veinte años más de trabajos forzados. De inexplicable vergüenza. «Cuídate y trata de no babear mucho, viejo chocho».

«Miseria, Javier. Miseria».

Se levantó —no tenía otra cosa que hacer— y siguió merodeando por su particular celda. Sacó las ganas suficientes e insuficientes de vestirse y rasurar su antaño frondosa barba. Como si fuera a salir a alguna parte, como si alguna parte fuera a tocarle la puerta para hacerle una visita cortés. Cortés y fugaz, adjetivos que componían los inestables cimientos de su larga vida. De su larga muerte.

«Ni una palabra, Deli. No se te ocurra abrir esa bocaza».

Limpió sobre limpio, comprobó que aún tenía viandas para sobrevivir algunos días en su particular isla de cocoteros infértiles. Puso papeles en orden. Encendió y apagó la televisión: el mensaje cambiaba de emisor, pero mantenía su contenido. Guerra, guerra, guerra. Volvemos a las Termópilas y lo hacemos a pecho descubierto. ¡Oh! ¡Ahora los héroes no tienen abdominales, sino estetoscopios! Viejo mundo, nuevas costumbres.

Salió al balcón a la hora establecida: un pacto de universal acuerdo. Para su sorpresa, el bloque de enfrente estaba lleno de personas —«claro, bobo, ¿qué pensabas?»—, banderas, música. Gente unida en un por y un cómo, gente unida en adverbios de aproximación. Entonces llegó el aplauso. Los espartanos ahora conducen ambulancias.

«Pero bueno, bobo... ¿estás llorando?». ¿Lo estaba? La boca le supo a mar y entendió que sí. También entendió que Deli, en el infierno en el que se encontrara, se reía. De él. De las manifestaciones de admiración. «Movimiento. Los aplausos no ganan las guerras». «Anda, Deli. Jubílate de esa maldad tan tuya».

Las luces de los automóviles desaparecieron calle arriba. El bullicio poco a poco germinó en una tranquila marea sin luna, y él lloraba, porque la boca le supo a mar.

—Dicen que mañana será a las ocho.

La voz lo sobresaltó. Se enjugó las lágrimas y miró hacia los lados, con un desconcierto precoz. A la izquierda, separada de él por un biombo de cristal templado, la muchacha asomaba una cabeza de rizos negros. De un negro infinito.

—Perdona, ¿qué?

—Que mañana lo hacen a las ocho. —Desde la derecha le llegó un ligero llanto de bebé y unas palabras de consuelo. La mujer se inclinó hacia su balcón, sorteando otro gemelar biombo—. Para que puedan hacerlo los críos.

—¿Los críos? ¿Es que está prohibido que aplaudan a esta hora?

Javier se sintió aprisionado por dos fuerzas vitales, jóvenes. Dos desconocidas que ahora ocupaban parte de su antiguo espacio. Parte de su oxígeno ya más dañino que fresco.

—A esta hora los niños se supone que están acostados. —La muchacha de la izquierda le habló a la mujer de la derecha—. Pero veo que tú no tienes ese problema.

—Y porque la cría está en el baño haciendo caca. —Las palabras de la mujer eran un canto vencido. Un pentagrama de resignación. Llevaba un bebé en brazos y lo acunaba con lánguidos movimientos. Con ligera desgana—. Horas les quedan a estos dos para dormir, ya te lo digo yo.

—Y encima van a poner banda sonora.

Antes de que la muchacha terminase de hablar, la calle se llenó de acordes lejanos y conocidos. De una canción recuperada para saciar estómagos inquietos, hieles que se aprisionaban por la incertidumbre. Javier bailó esa canción muchas veces. Un día, cuando su barba lucía marrón y no gris. Un día, cuando su vida lucía azul y no gris.

—La soledad compartida es algo más dulce —comentó la mujer, y por un instante, los tres guardaron silencio.

Tres figuras solitarias, recortadas en una noche que podría haber sido una noche más. Que debería haber sido una noche más. Guerra, guerra, guerra. Cuántas libertades se toman en tu nombre.

—¿Y cómo se encuentra usted? Debe tener mucho cuidado. —La muchacha de la izquierda, tan extraña para él como la mujer de la derecha, le habló con preocupación repentina, como si fueran amigos de siempre.

El caso es que Javier no sabía su nombre. El caso es que Javier no conocía a sus vecinos. El caso es que Javier, con la nariz metida en expedientes de divorcio y despidos improcedentes durante años, eones, apenas reconocía los muros de su propio hogar.

—Bien. Ha pasado un día y no he muerto, así que supongo que bien.

—Tenga cuidado y salga lo justo. Es usted población de...

«Miseria, Javier. Miseria».

El balcón se hizo demasiado estrecho para soportar tanta cercanía. El ermitaño afloró sin compasión, listo para cercenar con la guadaña cualquier atisbo de complicidad. De sutileza. Nunca se sintió cómodo sin la máscara que le ofrecía su traje de chaqueta. Su piel de abogado. Su otro yo.

Murmuró una disculpa que fue engullida por la música que destilaban los edificios. La gente bailaba en una danza sincronizada, cómplice. La gente se unía y el único que no anexionaba, que no soportaba la dureza del cemento, era un viejo abogado de la capital cansado de cansar silencios.

Dejó a las desconocidas «a las que debería conocer» y entró de nuevo en la guarida. Un león sin ánimos para ser príncipe. Menos

aún rey.

«—¿Sientes nostalgia de nuestros años de juventud, Javi?

Adelaida se recostaba sobre el sofá. En su regazo descansaba La casa de los espíritus cerrado a cal y canto y encantado bajo los dedos de la fría abogada. Javier tecleaba en el ordenador, y Lola, con la lengua pillada por dos paletas infantiles, dibujaba mariposas en un cuaderno que ya no estaba blanco, sino repleto de vida.

—¿No te gusta la canción? —le respondió él sin mirarla, pero ella sí lo miró. Los ojos de Deli nunca, nunca dejaron de radiografiar su espalda.

—“Soportaré los golpes y jamás me rendiré”. Esta canción hubiera triunfado en los setenta, ¿no te parece?

—En los setenta no estábamos para tanta fiesta, Deli.

—¿Y cuándo has estado tú para alguna?

Dejó el libro a un lado. Cuando lo hacía, cuando Adelaida ignoraba su lectura y lo observaba de esa forma, siempre quería decirle algo. Javier miró de reojo a su hija: los deditos de Lola ya no trazaban curvas. Los ojos de Lola trazaban una interrogación muda, viajando de su padre a su madre y viceversa. “Hasta ella lo percibe. Es lista, lista como un demonio”. La metáfora perfecta.

—Nunca, ya lo sabes. La efusividad no es mi fuerte.

Él también abandonó el empeño de trabajar. La tormenta se olía en el aire, la humedad los abrazaba. El trueno estaba a punto de reclamar parte del festín. Fijó su vista, cansada vista, en Adelaida: frente arrugada, pelo corto de un orgulloso castaño cuajado de canas. Aparentaba todos y cada uno de sus cuarenta y cuatro años,

incluso alguno más. Siempre le ocurrió eso: para Adelaida la vejez fue consentida. La herida, una visita prematura. No se ponía maquillaje, no se teñía el cabello. Su cuerpo flaco se vestía con ropas neutras y cómodas. Los tacones eran para ella artefactos extraños, inmanejables. Adelaida fue un torrente enfurecido. Una caja de Pandora sin cerradura.

—Ya lo sé, Javito. Te conozco demasiado bien. Te conozco mejor que nadie en este mundo.

—¿Qué quieres decirme, Deli?

Lo que llevaba años ansiando escupir. Las palabras que estación tras estación quedaban suspendidas en el aire, flotando como si fueran un murmullo que nunca terminaba de extinguirse, una caricia que no se daba, un aliento disuelto antes de posarse en ninguna piel. Se trataba de la conversación prohibida, la negativa tácita de aquello que los dos sabían, que arrastraban. Javier esperó con una curiosidad latente. Con ansia amarga. ¿Habría conocido a alguien? ¿Sería capaz de dar el paso de una vez por todas? Lola aún era pequeña y los dos la adoraban. Los dos, expertos en el arte de poner fin a matrimonios ajenos. Tenían el oficio en las venas, sabrían manejar la situación. Al fin y al cabo, ¿qué había para repartir? Un piso que desprendía trozos de conciencia. Una vida fabricada con barro defectuoso.

Aguardó con esperanza culpable. El corazón le latió tan rápido que temió que ella lo escuchara, como en cierta medida lo temía casi todo de ella. Pero Adelaida no pronunció el parlamento maldito. Las letras escarlatas. Solo soltó un suspiro, tan sufrido y profundo como el libro que custodiaba.

—Es una canción horrible. Y no te pega. Apaga eso, por favor. No puedo concentrarme en la lectura.

Entonces Javier lo supo, tan claro como se sabe que el amor nunca se va sin dejar marca. Tan claro como la inocente mirada de Lola, ya

fija en sus mariposas inocentes. Tan claro como la traslúcida piel de Adelaida, inerte a pesar de las venas que la teñían de azul.

“Ella también es una cobarde”. Eso no era tan malo. La cobardía es necesaria para comprender lo que se pierde. Sin embargo, había algo más allí. Algo terrible. Carcomido. En cierta manera, blasfemo. “Ella todavía me ama”».

Se acostó para aprenderse de memoria las marcas del techo, los grabados de las cortinas, las líneas que veteaban el viejo armario del dormitorio. Se acostó para permanecer dormido sin cerrar los párpados, despierto en mitad de la nada, impidiéndole a la memoria hurgar más en un corte supurante, infecto. Se acostó para pedirle una tardía cita al alba y, cuando llegó, lo hizo acompañada de una llamada de teléfono. Se acostó para dar comienzo a la verdadera historia: una historia que tampoco dormía.

UN LUNES CUALQUIERA

Madrid. Lunes, 16 de marzo de 2020.

—M e ha costado mucho dar con usted, señor Vázquez. —La voz sonaba juvenil, pero cargada de gravedad. Se había presentado como Irene López, una auxiliar de enfermería que trabajaba en una residencia de mayores de un pequeño pueblo de Teruel—. Por suerte ahora las nuevas tecnologías nos facilitan el trabajo.

Javier guardó silencio. Nació en su vientre una chispa de expectación, de ansia, como si las llamas que una vez tuvo no se hubieran extinguido del todo. «Rescaldos capaces de prender con la luz del nuevo día». Prendió rápido, y rápido se marchó.

La mujer reconoció la duda en la ausencia de sonidos y habló con mayor suavidad. Con algo parecido a la culpa.

—No sé si tengo forma de mandárselas ahora, con la que está cayendo. Creo que el servicio de correos trabaja bajo mínimos, pero podría preguntar si es posible.

—No vamos a poner en riesgo la salud de ningún trabajador de Correos por algo tan absurdo, ¿no le parece? —le contestó con brusquedad, con demasiada brusquedad.

Sintió una pincelada de remordimiento. Irene, la auxiliar de enfermería, tenía buenas intenciones. En un mundo en el que escaseaban las buenas intenciones. En el que costaban un precio inasumible.

Entre los dos bailó algo. Un vals de desconcierto.

—Bueno, yo solo pretendo mandarle algo que es suyo, señor Vázquez. Creo que a Lucas le habría gustado que las tuviera.

Volvía a repetir el nombre, ese nombre. Con demasiada facilidad, como un sustantivo de adjetivación imposible. Aquella mujer no sabía nada. Solo tenía un nombre escrito en un papel. La palabra sonó en un desgarró y rebotó contra las paredes del piso provocando un sordo eco, un eco sordo.

«Cobarde».

¿Qué quería de él Irene, la auxiliar de enfermería? Las puertas que se cierran con portazos ya no pueden volver a abrirse. No sin pedir algo a cambio. Paz, alma, costuras.

Javier negó con la cabeza, aunque la enfermera no pudiera verlo.

—Entienda que es un mal momento, señora. Le agradezco la intención. Sin embargo, Lucas desapareció de mi vida hace muchos años. No sé por qué han llegado a sus manos esas cartas, pero no las necesito, de verdad. Creo que ahora todos tenemos problemas más graves que ese, ¿no?

—Pues yo creo que precisamente ahora es el momento de cerrar todo cuanto tengamos pendiente, señor Vázquez. —El tono de la mujer fue glacial. Suponía una educada manera de mandarlo al infierno, y Javier lo sabía. No podía reprocharle nada. Él mismo llevaba mandándose al infierno demasiados inviernos—. Mire, le voy a decir una cosa: la residencia permanece cerrada a cal y canto, pero con nosotros dentro. Ninguno volverá a casa hasta que nuestros abuelos estén a salvo. Usted habla de problemas, ¿cree que no lo sé? Los siento en la nuca, soplándome como si fueran una guadaña. No insistiré, es evidente que le ha molestado la llamada. Si lo desea en otro momento, las cartas no irán a ninguna parte. Y, por supuesto, Lucas tampoco lo hará. Adiós, señor.

La llamada se cortó y Javier lo supo, justo en ese instante. Incluso escuchó el crujido, como si alguien pisara un cristal ya roto. Supo muchas cosas en apenas un segundo, lo supo todo sin saber nada. Supo también que debía moverse o se quedaría allí. Perpetuo y frío, indolente y custodiado. Una estatua de sal que nunca llegó a darse la vuelta.

A las siete y media salió al balcón. Después de haber comido, quizá. De hablar un rato con Lola y su novio americano, quizá. Después de ver las noticias, quizá. Cruzó un océano y llegó al otro lado de la isla. Sorpresa: estaba llena de náufragos.

—¿Lo ve? Ahora sí hay niños. ¡Un montón de niños! —fue el saludo de la mujer de la derecha nada más verlo.

Señaló al frente, como si a Javier lo cegara la luz de un marzo desteñido. En los balcones se prendían banderas con arcoíris. Todo saldrá bien. Sonaban acordes de música esa música. Todo saldrá bien.

Todo

saldrá

bien.

—Parece que la adversidad nos une —contestó él con una sonrisa tensa.

No tenía ganas de hablar con ella. No tenía ganas de hablar con nadie. Pero si regresaba al interior debería enfrentarse a otra charla menos amistosa, más real.

«Cobarde».

—Eso mismo le he dicho esta mañana a Susi antes de que saliera para el curro. —La chica de la izquierda llevaba ropa vieja,

desgastada. Sus ojos observaban el entorno con una infantil fascinación. Ojos grandes, repletos de primaveras que aún no se habían cortado el cordón umbilical. Ah, la juventud—. Que esta situación nos hará más fuertes como humanidad.

«Demasiada fe tienes tú en la humanidad».

—Susi es tu compañera de piso, ¿no? —le preguntó Javier de forma distraída, por preguntar algo (al ermitaño siempre le costaron las relaciones sociales. El contacto físico y verbal).

—Y de vida. Susi es mi novia —le contestó con cierta timidez.

«¿Aún estamos con esas?». De repente se sintió muy viejo y trató de comprender que los viejos tienen fama de intolerantes. Qué equivocado está el mundo. La intolerancia es cosa de jóvenes.

Javier intentó hacer memoria, pero hay misiones más que imposibles. No recordaba el nombre de la chica. No recordaba el rostro de Susi.

—¿Llevas poco tiempo en el edificio? —indagó con cierto pesar.

«Eres un mal vecino, querido». «Ay, Adelaida».

—Bueno, Susi alquiló el piso hace un par de años. —Las mejillas de Javier se tiñeron de rubor. «Muy, muy mal vecino»—. Yo me vine a vivir aquí en diciembre.

—Sois jóvenes. Para vivir juntas ya, me refiero —repuso sin pensárselo—. No te lo tomes a mal, por favor. Pero ¿no se supone que los jóvenes estáis cada vez más tiempo en las casas de vuestros padres, como pequeños parásitos a los que no hay forma de erradicar?

Las carcajadas fueron una dosis de medicina. De la que aplaca el dolor. Cuánto cura la risa y qué poco reímos a diario.

—Tampoco somos tan jóvenes, ¡eh! —Lo miró y fue como ver el sol. Ese que sale entre los nubarrones de tormenta. El que forma una paleta de siete colores, siete colores perfectos—. Yo tengo veintidós, y Susi, veintisiete.

—¿Y con esa edad no te apetece seguir disfrutando de los cuidados de tu madre un poco más?

—Eso sería si tuviera una madre —la sonrisa se hizo más amarga; el sol, más ocre— que quisiera cuidarme.

—Oh, vaya, lo siento, lo siento muchísimo —se apresuró a decir.

La música subió de volumen, la algarabía ocupó el espacio que semanas antes bebía de las mieles casi nunca dulces de la soledad. En el balcón de Javier se hizo el silencio. Un silencio cómodo.

—No te preocupes. No es que haya muerto, quizá ha sonado así —le explicó con demasiada ligereza. El daño siempre es íntimo; el bienestar, forzado—. Mis padres siguen vivos, solo que ya no me consideran su hija. ¿Ves? Ahora que todo el mundo teme no volver a ver a sus seres queridos, a mí nadie me echa de menos.

—No digas eso, mujer. —Javier se peinó el pelo, se acarició la barba. Se inundó. De una nostalgia muy vieja en un cuerpo muy joven—. Nada de lo sucedido entre vosotros puede ser tan grave como para que tus padres renieguen de ti. Te aseguro que no existe amor más incondicional. No dejarías de querer a un hijo, aunque... aunque... —bufó— aunque se largase a América a vivir con un tipo que no sabe una palabra de español y llama a su suegro Javito, así, como si fuera el amigo del bar.

—Se te ve encantado con la situación. —La mujer de la derecha habló sin mirarlos, ahogando una risa. También vestía con dejadez. El mundo vestía con dejadez.

—No, qué va. Soy muy feliz con mi yerno —repuso con ironía.

Los tres miraron al frente, los tres pensaron cosas iguales pero distintas. Tres almas. Tres causas.

—Mira tú por dónde —la chica de la izquierda rompió el hechizo con una tristeza afilada, de las que se pueden masticar, deglutir—, si mis padres tuvieran un yerno no habría problema. Ellos sí estarían encantados con la situación.

—Pero ¿cómo es posible? —La miró asombrado. Las palabras luchaban en su garganta y la boca se veía incapaz de darles forma y sentido, o sentido y consecuencia. «¿La intolerancia es cosa de jóvenes?»—. ¿Tus padres no te hablan por tener novia? ¿Todavía... todavía estamos con eso?

—Parece que sí.

Los ojos de la chica de la izquierda (la vecina de la que no recordaba el nombre) brillaron con un brillo que Javier conocía bien. Ese brillo que contiene un océano. Una marejada rebelde. Las pestañas contuvieron el agua. Benditas pestañas. Cuántas veces lo cobijaron a él mismo. Lo camuflaron.

Los aplausos comenzaron de repente y, de repente, algo se rompió. Javier lo sintió por dentro, como si su espinazo fuese una rama que el llanto de la chica hubiera partido en varios trozos. Quebrado para hacer leña; de la leña, un fuego; del fuego, un recuerdo amoratado. Estaba seguro, convencido de que si los aplausos cesaran en aquel momento todo el mundo podría escucharlo, de que el chasquido sonaría como un solitario trueno recorriendo las solitarias calles de un desolado Madrid.

Cuando llevas toda la vida cimentándote sobre una estructura viciada, un solo golpe de viento puede echar abajo yeso y viga. Puede romperte. Las lágrimas de una vecina sin nombre lamieron los cimientos de un hombre cansado del reproche del viento.

«Cobarde».

DE MUJERES

Madrid. Martes, 17 de marzo de 2020.

La noche no fue benevolente. En realidad, pocas veces lo es.

Se descubrió a sí mismo deseando encontrarse con sus desconocidas vecinas en el balcón. Ya no tan desconocidas. Eva —«nombre de tentación»— y Marina. Eva y Susana, Marina y Quique. Seres que compartían con él edificio. Sueños dirigidos por el globo hinchable del encierro persistente.

La vida les quedaba enfrente, plácida y muda en aquella mañana de marzo. Un marzo aún sin primavera.

—Pues Susi está doblando turno. —La conversación era tan trivial como trascendente. La existencia divagaba entre dos paredes separadas por un foso. En el foso bailaban los cocodrilos a la espera de carne humana—. En el supermercado están a tope. Yo, de momento, teletrabajo. La suerte de currar con ordenadores.

—¿Teletrabajo? ¿Eso qué es? ¿El invento moderno para tocarse las narices?

Los tres enmudecieron de golpe. La voz sonaba desde las alturas, como si existiera un dios mujer con bastante mala leche.

—Señora, estoy en mi hora del desayuno —gritó Eva mirando hacia el techo del balcón—. ¿Se puede saber por qué se mete usted en conversaciones ajenas?

—¡Pero si lleváis dos horas sin parar, trío de cotorras!

Javier le hizo un gesto a Eva para que se guardase la inminente réplica. Sabía quién era la mujer. «¡Para una vecina que conozco!».

—Pepa, no se enfade —exclamó conciliador—. Ya conoce a la juventud. Tienen incontinencia verbal.

—Yo la única incontinencia que conozco es la de la orina. Lo que hay aquí son pocas ganas de trabajar. ¡En mis tiempos deberíais haber vivido, vagos!

—Pero bueno, ¿quién es esta señora? —le preguntó Eva en voz baja.

Vestía un pijama que había visto mejores lustros y el pelo le caía despeinado sobre los hombros. Revuelto y hastiado, como todo lo que los rodeaba.

—Pues es... Pepa. No sé cómo explicártelo —Javier se rascó la barba pensativo—. Ya vivía en el edificio cuando Deli y yo compramos nuestra casa. Siempre ha sido así. Creo que se ganaba la vida de costurera hasta que perdió la vista hace años.

—Pero no perdió la lengua, la señora. —Marina asomó la cabeza por el biombo que separaba su balcón del de Javier—. Vive sola y reniega de todo. Mi hija dejó de subir a la terraza porque nos hizo llegar las quejas de que escuchaba sus pisadas, y eso que vive dos pisos por debajo.

—¿Creéis que estoy sorda? ¿Acaso no sabéis que el oído de las ciegas se agudiza? Si vais a criticarme, hacedlo en voz alta. ¿Pensáis que me voy a echar a llorar como una niña pequeña?

Marina y Eva intercambiaron una mirada y se taparon las bocas para no reír. El aire llegaba ausente, como si presintiera la falta de tráfico, de negocios, de prisa. Como si presintiera todos y cada uno de los individuales desastres convertidos en ciclón colectivo. En ese momento, la hija de Marina salió de la casa cargando un libro demasiado grande para sus pequeñas manos.

—¡No quiero hacer los deberes con papá! ¡Es tonto, no se entera de nada!

—Ah, por fin alguien dice algo inteligente hoy —replicó Pepa y las mejillas de Marina se tiñeron de un rubor vivo y viviente. Luminoso.

—Daniela, por favor. Eso está mal.

—Si el padre es tonto, es tonto. No se le debe reñir la sinceridad a los críos.

—¡Pepa!

—Esta señora no tiene filtro —se quejó Eva. Pareció percatarse de algo entonces y pegó una pequeña palmada que los hizo sobresaltarse—. Por cierto, ya que nadie puede salir de casa, ¿queréis que Susi os traiga la compra del súper? Podemos encargarle y que ella vaya trayendo lo que necesitamos. Me lo comentó ayer y casi se me va de la cabeza.

—Oh, sois dos ángeles caídos del cielo —comentó Martina.

—Los angelitos negros de Machín.

—Señora, ¿de verdad no tiene que hacer algo dentro de su casa? —Eva se metió al piso y salió de nuevo con una hoja de papel y un bolígrafo—. Se nos va a hacer largo el encierro con la costurera.

—Vagos.

—Cotilla.

—A ver, mantengamos las formas. —«Brillante idea la de salir al balcón por la mañana, querido». «Deli, vete tú también a tomar viento fresco, querida»—. Pepa, ¿quiere usted algo del supermercado?

—Coñac y tampones.

—Joder con la Pepa.

—Paciencia, por favor. ¡Paciencia!

A partir de ese momento todo fue un caos de palabras sueltas y entremezcladas. De vez en cuando se colaban carcajadas sinceras, de esas que nacen en la boca del estómago y dejan sensación de plenitud. De digestión consentida. En algún momento durante las horas que pasaron perezosas y se largaron sin pagar la cuenta, Marina se refugió en el interior de su casa y Pepa se calló, sin que Javier supiera si también había abandonado el barco en plena tormenta o simplemente seguía allí, guardando espacio y tiempo, vigilia y calma, como un viejo mago que nada entre la tinta de los libros de fantasía heroica. Solo quedaron ellos dos: el pasado inconcluso y un presente lleno de aristas.

—¿Has hablado con tus padres? —murmuró Javier tras un buen rato en silencio, y vio por el rabillo del ojo como Eva, expulsada de ningún paraíso, negaba con un movimiento lánguido.

—No me cogen el teléfono. —Javier sintió en sus tripas la metáfora del nudo, un nudo marinero de los que aguantan los embates del viento en plena furia.

—Seguro que te llamarán en cuanto puedan. —Hay mentiras que saben a piedad. Y piedad que solo sabe meterse en vena la mentira. Eva le sonrió como recompensa.

—¿Tus padres viven, Javier? —Qué voz tan bonita tenía la muchacha. Como una nana recién parida.

—No, Eva. Lola es toda mi familia. Mi hermano murió de pequeño y mi padre fue hijo único. Mi madre tuvo una hermana —«que solo Dios sabe dónde diablos vivió y dónde diablos murió»— a la que yo no conocí.

—Vaya faena —Eva se miró las uñas, cortas, pintadas de un esmalte negro que ya comenzaba a descascarillarse—. Aunque no sé si es peor tener familia y que no te hablen. Mis hermanos son como mis padres: con una mentalidad de otro siglo.

—¿Y si les mandas un mensaje? —«¿Y a ti por qué te importa tanto?». En realidad, aquella muchacha de pelo salvaje no era más que una desconocida hasta hacía dos días. Y él no era más que un hombre cansado de ser, de estar, de permanecer. ¿Por qué narices tenía que importarle tanto?—. Explícales lo que sientes, es mucho más sencillo así que de viva voz, porque sabes que no tienes que improvisar. Puedes escoger cada letra, cada verbo. Quizá todo sea un malentendido entre ambas partes.

—«Vete de mi casa y no vuelvas en lo que te quede de vida»: esas fueron las últimas palabras de mi padre. —Sonrió sin mirarlo. La sonrisa de los que han perdido—. Creo que su mensaje no da pie a malentendidos.

«No lo hagas, Javier. O no volveré a hablarte en lo que me quede de vida».

—Con qué facilidad se dicen palabras tan dolorosas, ¿verdad?

—Y cómo marcan para toda la vida.

Se miraron y se entendieron. Es difícil llegar a comprender a otra persona, alcanzar a visualizar el hilo que une y desune, que cose y libera. Es difícil desprenderse del yo para ver al tú. Si se consigue, todo transmuta en magia. Triste, sí. Doliente y amarga como el tuétano, pero magia. Javier pensó durante un segundo que se había detenido el tiempo. Que el daño los unía como se unen dos desconocidos ante la desolación de la muerte. Ante la visita semanal al cementerio. Ante la acidez que corrompe el alma tras el abandono.

La magia se rompió con tanta rapidez como había llegado. Pero algo quedó allí, flotando en lo invisible. Camuflado entre los acordes de un marzo herido. Quedó como queda el aroma de alguien que acaba de abandonar una estancia; algo que apenas percibes, pero que sigue ahí, aunque no puedas verlo. Eva se despidió sin sonidos y Javier se metió en su hogar. Para ver noticias en blanco y negro. Para comer sin hambre. Para vivir sin ganas.

Se había quedado durmiendo en el sofá con el álbum de fotos descansado sobre su estómago hinchado y henchido. Las imágenes de Lola lo ocupaban con descaro. Adelaida posaba en pocas y con disgusto, ni siquiera sonreía en las instantáneas en las que aparecía con su hija, con la hija de los dos. Para ella, tener a Lola fue un acto casi mecánico, algo que decidió hacer en un momento de su vida, un trámite, como todos los juicios que ganó a lo largo de su carrera. En las fotos, el pasado se desgajaba, se desprendía, pasaba las horas sin segundero, vestía y desvestía arrugas, estaciones, modas. Pero siempre acompasado en tres latidos: nadie más ocupaba la historia de sus vidas. Nadie más fue testigo. Ni invitado.

Javier dejó el álbum a un lado del sofá y se desperezó con poca ansia. La tarde tardaba en cederle espacio a la noche: solo cuando te han robado el día comprendes lo lentas que pueden llegar a pasar las horas. Miró el teléfono y se sorprendió al ver una notificación procedente de un número desconocido. Un mensaje con un comienzo tan duro como tajante:

«Si entiende algo de mujeres, sabrá que a cabezotas no nos gana nadie. Lucas es mi paciente y estas son sus cartas.

He decidido que, para evitarle un innecesario agobio y malestar, cada día le mandaré una. Si no desea leerlas, simplemente no abra mis mensajes. Pero así, al menos, yo cumpliré con mi parte.

Con afecto, Irene».

El temblor fue repentino, y el recuerdo, atroz. Las piernas le flaquearon —«siempre flaquean»— cuando intentó ponerse en pie. Alcanzó la puerta del balcón y la abrió en busca del aire que la enfermera le robaba. Maldita. ¿Qué derecho tenía ella a traer inviernos a la inerte primavera?

Las puertas que se cierran con portazos no deberían volver a abrirse. Pero esta se abrió para permitir el paso al torrente; y el torrente, al recuento de voces. Allí estaban todas, y sobre todas se coló la del ser venenoso que ocupó durante mucho tiempo las pesadillas de Javier.

«Siempre te alcanza, Javito. Por más que corras, por más que trates de dejarlo atrás, el miedo siempre te da alcance. Y, entonces, te aniquila como a una jodida cucaracha».

Si cerraba los ojos y se esforzaba, aún conseguía esbozar su rostro altivo, la maldad que desprendía con cada movimiento. Del mismo modo lograba recordar las formas bruscas de Miguel, sus aires de suficiencia, o las mejillas regordetas y cuasi rojas de Tono desprendiendo el eterno olor al queso de cabra que fabricaba su padre. Adelaida, con su falda de cuadros y sus escuálidas rodillas, les tiraba piedras en el recreo y esbozaba argumentos que nadaban entre la retórica y la poética. Por último, o por primero... él. Con el pelo tan indomable como el carácter. Negro como el desenlace del viejo cuento. Aquel semblante adusto, su fina ironía. Su prejuicio y su orgullo. Por encima de todo, la furia que vendía al mejor postor. Como el animal herido que solo puede defenderse lanzando estoques al aire. Considerando al mundo entero una amenaza.

Abrasaba recordar. Se metía en las entrañas y hurgaba con saña, con vicio. Casi sin darse cuenta pinchó sobre el archivo adjunto del infecto mensaje y el documento pestañeó bajo el glacial de sus ojos. Una hoja escrita con rapidez, con letras grandes y poco elaboradas. Con prisa, con pespuntos mal dados. En la parte de arriba, una

fecha; en la parte de abajo, un nombre; en medio, un puñado de frases que cobraron sentido bajo su sinsentido.

Maldita.

28 de enero de 1970.

Ha pasado un año desde la última vez que te vi. Podría contarte mil cosas. Lo primero que te diré es desde dónde te escribo: desde ninguna parte, Javier. Ese fue mi destino...

Terminó de leer allí mismo, de pie, sobre un suelo inestable. Sobre un lodo acusador. Terminó de leer y su vista encalló en el islote que no refugia a ningún náufrago. En la pérdida de cualquier fe.

Tuyo, Lucas.

Javier tiró el móvil al sofá y solo se percató más tarde del llanto, del gemido. Las puertas que se cierran con portazos se abren cuando les da la gana. Cuando escuchan de fondo el trueno.

VOCES QUE ACARICIAN COMO EL VIENTO

A las ocho en punto, la calle se llenó de aplausos. Javier miró a su derecha y por primera vez vio a sus dos vecinas abrazadas bajo la banda sonora que llenaba sin prisa y sin pausa las calles de Madrid. Javier las contempló durante largo rato. Era una imagen hermosa. Como solo saben serlo las cosas reales. Las que no se tiñen por el lienzo del artificio. Como solo sabe serlo la pasión. La que baila sin pisar los pies de su pareja.

—Eh... perdón, ¿decías? Lo siento, estaba...

—Lejos, es evidente —Susana se aferró más a la cintura de Eva. Las dos iban en pijama, con el pelo revuelto, con ojeras. Con cansancio y luz. Porque el desastre con amor es un desastre igual, pero precioso—. Te he preguntado por tu hija. Yo acababa de llegar al edificio cuando se fue.

—Ella está bien. Con miedo, como todos, pero es una chica fuerte.

—Y además tiene un novio americano que le hace compañía —dijo Eva guiñando un ojo, y Javier no pudo evitar echarse a reír.

—Sí, supongo que me quedará ese consuelo.

—¿Un americano? ¡¿Cómo consientes que a tu hija se la trajine un americano?! —bramó la voz desde las alturas—. ¿Acaso no sabes que están todos locos? ¡Por la Pasionaria, si pusieron a Trump de presidente!

—El yerno de Javi seguro que es de los americanos buenos, señora Pepa, de los que votaron a la Hillary —gritó Susana, y la mujer se puso a reír con fuerza.

—Otra que tal. ¿No os he dicho yo que los americanos están todos locos? ¡Ah, por favor! ¡Ahora tengo que escuchar el himno de España! —chilló de repente, cuando los acordes comenzaron a llegar desde el otro lado de la calle—. ¿Es que nadie respeta a los mayores?

—A esta mujer un día la van a detener —suspiró Eva.

—Pues fíjate que a mí me gusta —comentó Susana, y Javier le hizo un gesto de negación con la cabeza. «Tarde».

—¿Este bodrio? No te digo yo que los jóvenes estáis todos imbéciles —Susana lo miró con los ojos muy abiertos y se llevó un dedo a la sien para manifestar la posible enajenación de Pepa. Javier contuvo la risa y Eva se tapó la cara con las manos. Era la tarde dándoles una pequeña tregua. Era la vida recordándoles que hasta el aliento final todo es espectáculo. Grotesco, tranquilo, real o animado, pero vivo, jodidamente vivo—. El himno de la República es lo que debería llenar estas calles. Y la bandera roja, amarilla y morada es la que debería coronar todos los balcones. ¡Ah, qué sabréis vosotros, panda de tarugos! ¡Qué sabréis!

Aun así, Pepa calló, y aunque Pepa y los demás callaron, nadie sentía que faltasen las palabras. Cuando la emoción es común, el verbo se convierte en aire y conjuga historias que ya no quieren tener un final triste.

—¿Te han contestado?

Eva negó sin mirarlo. Sus dedos apretaron con más fuerza la mano de la mujer que la sostenía. Con tibieza, como si fuese una planta exótica surgida en mitad del asfalto. Susana alzó la vista y sus ojos castaños se clavaron en los de Javier.

Sonrió con una nostalgia hermosa.

—Eres viudo, ¿no? —le preguntó con curiosidad.

Él respondió que sí y ella frunció los labios.

—Debe ser duro ahora. ¿No te sientes solo?

—Creo que estoy más acompañado que nunca —le dijo él, abarcando con una mano todo cuanto los rodeaba.

La muchacha negó con un gesto que a Javier le recordó a Lola, esas veces en las que Lola se cuestionaba el mundo al que pertenecían.

—No me refiero a eso, sino al momento de entrar de nuevo en el piso. Esta situación debe ser dura y quiero que sepas —aseguró, tajante, férrea, como el más afilado de los cuchillos— que si necesitas algo a la hora que sea, estamos aquí al otro lado. No podemos suplir la compañía de tu esposa, pero intentaremos ocupar los huecos en blanco y ponértelo todo más fácil.

«La compañía de tu esposa». Durante un breve instante la imaginó allí, acodada en el balcón, con su ropa sobria y su mirada de eterno reproche. La imaginó criticándolo todo: las luces, la música, los aplausos, la gestión del gobierno, el comportamiento de los ciudadanos. La imaginó dando alegatos sobre cómo haría ella las cosas, cuánto horror evitaría, cuánto tiempo salvaría de la quema. «Y seguro que tendrías razón en todo, querida. Pero ¿eso lo haría más fácil?». Fácil era un adjetivo que nunca pudo acompañar al inclemente sustantivo de su esposa.

—Hay veces, Susana, en las que lo fácil no es siempre lo correcto. Hay ocasiones en las que no tener a alguien a tu lado, por más que lo hayas querido... puede ser un auténtico consuelo.

Al decir aquello se hizo un trémulo silencio. A pesar de los sonidos que rebotaban por los bloques de hormigón, acero y chupitos de cristal. A pesar de la algarabía que camuflaba dramas y maquillaba los sinsabores.

El arrepentimiento de Javier llegó tarde. Como un día, mucho tiempo atrás, lo hizo su baile de máscaras.

—Eso es duro. Muy duro. Creo que tiene que ser más difícil decirlo que escucharlo —murmuró Eva.

Javier no la miró. Le gustaba mucho su voz, una voz revestida de terciopelo. A veces parecen leyendas de poetas, versos escritos para lograr la rima. Lo cierto es que hay tonos que rompen en una tela sedosa, que sobrevuelan en caricias el lóbulo de la oreja. Voces que nacen para susurrar, para recomponer.

—Veréis, vosotras sois jóvenes. Algunas lo sois. —Señaló hacia arriba y Eva soltó una risita—. Os puede parecer una locura lo que voy a deciros, pero hay veces que la vida se hace larga. Eso no significa que quieras morir, significa que todo lo que arrastras es tan pesado que llega un momento en el que uno tiene que empezar a reconocerse cosas para evitar que esas cosas paguen treinta monedas de plata por una plaza en el infierno. Cosas que nunca piensas cuando eres joven y la vida parece un camino sin fin. Conforme pasan los años te haces más sincero contigo mismo, empiezas a ver muchas capas de piel que no te gustan, a entender que eres capaz de albergar ciertas manías y sentimientos que detestas en los demás. Entonces llega el examen de conciencia y, ¿sabéis qué? Que todos suspendemos, aunque no nos atrevamos a poner la nota.

—Los jóvenes también hacemos exámenes de conciencia. Al menos los que tenemos dos dedos de frente. —Susana le dio un beso ligero a Eva en la mejilla y se apartó unos pasos de ella, acercándose más a su lado del balcón—. Y esa vida tuya, Javier... ¿ha sido tan dura como para que tu examen sea tan doloroso?

—¿Cómo sabes que es doloroso?

—Porque estás llorando.

Javier se quedó perplejo. Se incorporó de golpe, como si la chica lo hubiera golpeado. Al llevarse una mano a la mejilla notó con estupor que estaba húmeda. Se giró como mecanismo de defensa: acababa de desnudar su alma ante dos desconocidas.

«Miseria, Javier. Miseria».

—Es toda esta situación, que me tiene muy nostálgico —dijo con soltura tratando de aplacar al rubor de sus mejillas, la turbación que se presentaba en latidos bajo el pecho.

Cuando se atrevió a mirar hacia su derecha, las dos chicas lo observaban con seriedad.

—¿Nos contarías algo de esa vida tan dura? —preguntó Eva con la voz de Eva, esa voz que susurraba.

Javier suspiró. La tarde suspiró casi a la vez, dejando que la oscuridad entonase su canción de guerra.

—Yo no he dicho que fuera dura —aclaró, acomodándose de nuevo en la barandilla—. Supongo que todas las vidas lo son, pero este país vivió una pesadilla durante muchos años. Es difícil ser feliz cuando la felicidad se convierte en un coto de caza solo para ricos.

—Yo tengo una versión de esa época: la que me han contado mis padres y mis abuelos. —Eva frunció el ceño para mostrar su disconformidad—. Son de los que todavía dicen que con Franco se vivía mejor.

—Y hubo muchos que lo hicieron, hija. Más de los que te puedas imaginar.

—En mi casa no se hablaba del franquismo. Nunca he conversado con nadie que viviera aquella época. —Susana lo miró con súplica e incluso juntó las palmas de las manos, como si estuviera rezándole a ningún dios—. Venga, cuéntenos algo. Me encanta escuchar a las

personas recordar el pasado. Ningún libro de historia te enseñará tanto como quien la ha vivido.

—Mi señor padre te diría que eso depende del bando de la persona que te cuente la historia. —Javier se acarició la barba. Sintió como si pusiera la mano en el pomo, un pomo de latón viejo y lleno de desconchones. Esos pomos que abren puertas cerradas a portazos —. Una historia contada es una historia subjetiva. Por más que lo intentes no puedes despojarte de tu verdad, y tu verdad no tiene por qué ser la que albergue la razón.

—Pues cuéntanos tu historia, viejo. —Las palabras de Pepa sonaron de repente como un trueno en la noche despejada. Javier se había olvidado de que la mujer seguía allí—. Y, si no nos mata el aburrimiento, después os contaré la mía. Eso sí, advierto: yo soy del bando que perdió, y tengo mucha mala leche, así que mi historia no va a ser políticamente correcta.

—Venga, señor Vázquez. —Eva le dedicó una sonrisa de las que valen todo un invierno. Todos los inviernos—. Como ya es tarde, podríamos empezar mañana. Será... no sé. Un cine en vivo o algo así.

—Mejor que la mejor de las películas —Susana dio pequeñas palmadas, como un niño ante la idea de un parque de atracciones—. Aunque, con mis turnos... creo que me perderé algún pase.

—Bueno, para eso tenemos esto —Eva sacó del bolsillo el teléfono móvil y lo enseñó cual trofeo—. Lo podemos grabar.

—Ah, no. Eso sí que no —advirtió él—. Soy abogado. Las cosas que graban me ponen nervioso.

—Javier —Eva abrazó a Susana por la cintura. El pasado los agarró también, solo que de forma más suave, anunciando, pidiendo un permiso que aún se deliberaba por un jurado demasiado implacable. Doliente—, ¿lo harás? ¿Nos contarás esa vida tan intensa?

Marina y Quique salieron al otro balcón y, de repente, se sintió completo. Completo por una pequeña familia sin sangre que los uniera. Sin predicado ni predicante: una familia improvisada bajo el yugo del futuro aún no escrito. No escrito para algunos. Burlado para otros.

«Hay tantas cosas que quiero contarte... pero no encuentro las palabras. Tú siempre fuiste el de la retórica, yo el que ni siquiera se aprendió las reglas de ortografía. ¿Cómo expresarte ahora en cartas lo que mi cabeza quiere decirte?».

«Y, sin embargo, así debió ser. Unas manos agarrando una cintura. El escudo contra el miedo. La familia sin sangre y la sangre que pierdes por aquel al que llamas familia».

—De acuerdo, está bien. Mañana os contaré un poco. No hay demasiado, ¿eh? No penséis ahora que tengo tantos años.

—¿Y cómo podemos llamar a tu historia, Javier? —le preguntó Susana con aquella voz que sonaba, que sabía a terciopelo.

Javier se rascó la frente y se quedó pensativo. Nunca le habían preguntado algo semejante. Ni siquiera él mismo.

—¿Se trata de una historia de amor y guerra? —preguntó Eva con una sonrisa repleta de promesas sinceras.

—¿Qué historia? —Marina los miró a los tres, desconcertada—. ¿Qué estáis tramando?

—¿Es una historia de valentía y lucha? —se aventuró Susana con expectación.

—¿Es la historia de un niño de papá que pudo permitirse ser abogado en pleno franquismo? —soltó Pepa, seca como un verano en el sur.

Javier sonrió sin poder evitarlo. Y, sin poder evitarlo también, llegaron los fonemas a sus labios. Coronando los pliegues de una conciencia dormida que estaba a punto de enfrentarse a la más larga de las madrugadas.

—Es una historia de cobardía —susurró y dejó, a caso hecho, que las palabras quedaran suspendidas en el aire, que comenzaran a pagar el precio.

NOSOTROS, QUE TUVIMOS SUERTE

Madrid. Miércoles, 18 de marzo de 2020.

-Aunque lleve más de media vida viviendo en la capital, yo nací en un pequeño pueblo de Murcia. No sé si habéis visitado Murcia alguna vez, pero siempre pensé que no se valora y no la valoramos lo suficiente. El lugar en el que me crie estaba rodeado de huertas, de sierras, de olor a pino y a romero. Vivíamos en el campo, aunque, para no faltar a la verdad, en aquellos tiempos, toda Murcia era campo. Sin embargo, nosotros, la familia Vázquez, tuvimos mucha suerte. Vivíamos en la zona de campo rica. Vivíamos... en la casa del marqués.

»Mi padre se llamaba Antonio Vázquez Cánovas y era uno de los muchos encargados que el marqués tenía en su extensa finca. Poco antes de que yo abandonara el pueblo, mi señor padre había llegado a tener más de veinte personas bajo su mando. Eso a vosotras, que solo veis el campo de lejos, os parecerá una soberana estupidez; hoy en día cualquier persona que trabaje en una empresa agrícola puede dirigir un tajo de empleados, pero entonces, ah, entonces... tener un puesto ya suponía todo un lujo, y tener trabajadores a tu cargo te hacía ser algo parecido al mismísimo Capitán América.

»Mi padre fue un tipo sobrio, iracundo. Podría contar con una mano las veces que lo vi sonreír en dieciocho años y me sobrarían tres o cuatro dedos. Era bajo, de piel morena por el trabajo al sol, con poco pelo y los ojos verdes. Es lo único que recuerdo tantos años después. Ni guapo ni feo, ni gordo ni flaco. Si pones la palabra vulgar en Google, es posible que aparezca alguna foto de mi señor padre. Y si pones la de mala uva, también.

»Mi madre ya era otra cosa. Lola Martínez, la Lola, como la conocían en la finca. O Lola la de las flores, o Lola la que se va al puerto... Mi señora madre fue querida en aquel lugar, pero es que para querer a mi madre tampoco hacía falta mucho esfuerzo. Y eso que de aspecto no destacaba: flaquita, baja, muy poca cosa. Eso sí, pocas melenas había por ese entonces como las de la señora Lola: de un negro sin dudas, rizado, con rizos de esos diminutos que parecen un pelotón rebelde. La escuchaba decir que se parecía a la Lola Flores, pero lo cierto es que mi madre cantaba poco y mal, y bailar... La casa de mis padres no destacaba por su alegría, precisamente. Para artista ya teníamos a la tía, aunque a ella yo nunca llegué a conocerla. Ahora, años después, me pregunto muchas veces si realmente la tía Mari Flo, la mujer que se fue a la Argentina para triunfar como artista y que escribía aquellas cartas que mi madre guardaba en la caja de latón de su mesilla, no fue una invención de Lola Martínez, como un alter ego, una idea de la vida que a ella le hubiera gustado llevar, pero con la que no podía soñar siquiera. Aunque cierto es que yo mismo vi con mis ojos un par de esas cartas. Contaban historias increíbles sobre teatros, espectáculos, viajes, señores con los que Mari Flo tenía toda clase de aventuras. Quizá existió, quizá no. Quién sabe. Con mi madre uno nunca terminaba de saber dónde acababa su mundo real y dónde comenzaba el de las fantasías, ese sitio en el que siempre estuvo a salvo del mundo que tanto la dañaba, que tantas cicatrices innmerecidas le regaló a Lola Martínez.

»Yo era hijo único, lo que no quiere decir que mi madre me pariera solo a mí. Tuve dos hermanos: el mayor murió de unas fiebres cuando yo nadaba todavía en la barriga de la Lola; el que nació después... fue el fin de la vida de mis padres, o el principio, si se mira de otra forma. Desde luego que algo cambió y se rompió para siempre en ambos el día que Carlos, Carlitos, como lo conocían en la finca, se despeñó desde el balcón de la casa del marqués. Mi padre estaba trabajando cuando lo hicieron llamar. Para entonces, alguien, nunca supe quién, sostenía en brazos el cuerpo ya sin vida de mi hermano. No recuerdo cuántos años tendría Carlos en el momento de su muerte: seis o siete, quizá alguno menos. Tampoco recuerdo

por qué estaba en la casa del marqués ni cómo se produjo aquel extraño accidente. No lo recuerdo o no lo sé, porque en mi casa jamás, ni un solo día después de aquello, se volvió a nombrar lo ocurrido. Era como si mis padres hubieran establecido un pacto no escrito, un pacto de dolor ausente, hasta tal punto que llegó un momento en el que yo apenas recordaba haber tenido un hermano pequeño. Claro que las muestras estaban ahí: en los ojos hundidos de Lola y las noches que pasaba recorriendo el pequeño pasillo de nuestra humilde y vieja casa; en los silencios de mi padre, mucho más espesos, las pocas veces que se sentaba con nosotros a la mesa. Con el paso del tiempo, la herida que trataron de cerrar lo único que hizo fue cicatrizar de forma grotesca, como un corte que nunca termina de secarse y que, cada cierto tiempo, se vuelve a llenar de sangre y pus; se infecta y envenena la sangre y los tejidos. No sé si después de mi marcha, algún día, mis padres volvieron a ser dos personas normales, dos personas curadas. Quiero pensar que sí. Quiero pensar que Carlos dejó de ser un fantasma y pasó a ser solo un recuerdo. Amargo, sí, pero sin cadenas. Ya jamás podré saberlo, de la misma forma que no podré saber por qué mi hermano se cayó de aquel balcón cuya barandilla le sacaba dos palmos. No me miréis así. ¿Qué podíamos hacer? No era una época en la que uno pudiera acusar a nadie. Y Carlos frecuentaba la casa del marqués porque se hizo, solo el diablo sabrá cómo, amigo del hijo pequeño, un relamido y malcriado niño que lo manejaba a su antojo como si fuera un muñeco. ¿Que aquel día lo hizo subir a la balastrada y mi hermano cayó? ¿Que lo empujó? Puede ser una cosa, pueden ser ambas. Pudo ser un accidente o un juego que bailase entre la inocencia y lo macabro. Ya os lo he dicho: en aquel entonces se agachaba la cabeza y había que tragarse la hiel si no querías perder las dos cosas.

»El caso es que cuando Carlitos dejó de respirar y pasó a ser un espectro entre los muros de mi casa y, supongo, en el gélido lecho de mis padres, yo tenía unos ocho o nueve años. Entonces no llevábamos la cuenta de nuestra edad con tanto celo. Los cumpleaños eran un trámite; los regalos, un lujo al alcance de

pocos. No había fechas que se esperaran con ilusión y los días pasaban todos iguales: trabajo, comida, descanso. Así que lo mismo podía tener una edad que otra y, si recuerdo algo más sobre aquellos años, fue porque durante algún momento entre la vida y la muerte de Carlitos... yo empecé el colegio.

»Quiero que os situéis para poder comprender lo que suponía ir a la escuela en aquellos años. Pepa lo entenderá bien, o no. Quizá cuando Pepa iba al colegio aún se escribía en tablillas de cera. El colegio al que yo fui estaba situado en la finca, lo que quería decir que pertenecía al marqués. Allí estudiaban los hijos de los trabajadores, pero ojo, solo los que, como mi padre, tenían un puesto de responsabilidad. No porque los demás fueran a otra escuela, ni mucho menos. Los demás, simplemente, debían trabajar y no disponían de tiempo para el estudio, pero ese es otro tema. Esa no es mi historia. Ya os he dicho que nosotros, los Vázquez, tuvimos mucha suerte a pesar de la languidez de mi padre, de la silenciosa locura de mi madre, de la tía argentina y del fantasma de Carlitos; a pesar de que en mi casa una palabra era casi tan valiosa como un real y que jamás, en toda mi niñez, recuerdo que mi padre me diera un beso. Teníamos suerte, mucha, y eso es algo que os quiero dejar claro. No encontraréis miseria en mi historia: comíamos tres veces al día, disponíamos de mantas en invierno y ropa nueva cuando la mía empezaba a encoger. No solo tuvimos suerte: fuimos verdaderamente afortunados.

»Antes de pasar al colegio, la parte fundamental de mi historia, os hablaré un poco de sus dueños: los que gobernaban sobre la escuela, la finca, el pueblo entero y sobre casi toda Murcia. Se trataba de un matrimonio no demasiado mayor, aunque en aquellos años, para un crío como yo, todos los que pasaran de los veinte ya nos parecían viejos. Él se llamaba Ignacio Ayuso Mompeán y debió de ser hijo de algún hijo de alguien importante durante la Guerra Civil. En el bando ganador, claro. Por aquel entonces, los marquesados, ducados y demás títulos eran casi como los dulces de Navidad: había de muchas clases y todos empachaban demasiado.

El marqués brillaba por su falta de inteligencia, algo que jamás podía ser pronunciado en voz alta. Físicamente... bueno, para no andar con florituras diré que era feo, feo como un dolor de muelas, como un vómito, como una mosca espachurrada contra un cristal, feo sin acepciones, feísimo, vamos. Claro, en aquellos años, las mujeres de los trabajadores de la finca se referían a él como alguien apuesto. Recuerdo que lo primero que hice al entrar en la escuela fue preguntarle al maestro qué significaba esa palabra. "Apuesto significa 'guapo'", me contestó el hombre. "Como el marqués", añadió. Cuando llegué a casa y comenté, en un ataque de sinceridad infantil, que a mí el marqués "no me parecía para nada apuesto", mi padre me pegó un guantazo que todavía, si me paro a pensarlo, me sigue doliendo. Antonio Vázquez nunca me dio un abrazo, pero tortas, lo que son tortas... tengo un buen montón para el recuerdo.

»El caso es que Ignacio, el marqués, era feo. Feo y, a mi parecer, bastante atolondrado. Su mujer ya componía otro lienzo: alta, espigada, con ojos de esos almendrados que, aunque pequeños, parecen contener toda la rabia de una primavera recién nacida. La recuerdo andando con elegancia por el camino que iba desde la hacienda hasta la única carretera que llevaba al pueblo, seguida de su doncella y los mozos que siempre la acompañaban. Cuando pasaba por la puerta de la escuela, si estábamos en el recreo, se acercaba a nosotros y nos daba alguna chuchería. Tenía un bolso de esos pequeños, una limosnera, y aún hoy me sigo preguntado cómo era posible que le cogieran tantas golosinas dentro. Se trataba de algo mágico, como si la marquesa fuera en realidad una Mary Poppins del franquismo. Solo le faltaba el paraguas... y las buenas intenciones, claro. Porque detrás de tanta sonrisa y tanto rizo, la señora doña Virginia Ayuso competía en maldad con las adelfas que adornaban las lindes de la finca, aunque, al igual que la fealdad del marido y su falta de ingenio, se trataba de ese tipo de cosas que no se decían en voz alta, que ocupaban los rincones, los murmullos sordos, las noches de tertulia en el refugio de cada hogar, que morían con la luz del alba porque la supervivencia, entonces, dependía de los actos más comunes. Actos como hablar o no hablar,

sonreír o no sonreír, mirar de una determinada forma, callar cuando tocaba.

»Pues ya tenéis el escenario: una hacienda con cientos de trabajadores; una casa enorme y lujosa que fue testigo de una muerte prematura; un matrimonio con mucho poder; una escuela dividida en dos: un lado para los niños y otro para las niñas; una casa muy pequeña donde vivía un hombre triste, una mujer de alma carcomida y un crío bajo para su edad, con los brazos flacos y las piernas cortas, con el pelo tan abundante como rebelde y el rostro vulgar, el ser vulgar. Ya contáis con los antecedentes. Ahora, amigas mías... empieza de verdad la historia.

El tiempo se le había pasado volando y se dio cuenta de que a sus oyentes les ocurría igual. Los aplausos los pillaron desprevenidos. El estruendo enmudeció los acordes lejanos de una lejana historia y las vecinas, a derecha e izquierda, arriba, aunque fuera de forma invisible, le rogaron que siguiera un poco más.

—¿Continuamos, Javier? —Eva se apoyaba en la barandilla y reflejaba en sus ojos las luces que pasaban bajo ellos en una comitiva de comienzo y final intermitente.

—¡Marina, el niño ha vomitado! ¿Puedes entrar de una maldita vez?

—La voz de Quique sonó repleta de angustia y ella los miró suplicante desde el otro lado.

—¿Mañana, por favor?

—Por mí sin problema, pero no os emocionéis demasiado. Lo que le sigue es igual de aburrido —advirtió él.

«Cobarde», respondió el eco de su cabeza. El reproche eterno.

—¿Una hacienda, un asesinato, una marquesa con una bolsa llena de chuches que nadie sabía de dónde sacaba? —Eva se abrió de brazos, como si señalara lo evidente—. ¿Acaso puede existir mejor prólogo para un buen libro?

A las diez y media de la noche desistió de hacer pasar la cena por su garganta. Se le atascaba, igual que la cerveza, igual que los recuerdos a los que él mismo, por propia voluntad, les había permitido la entrada.

Cogió el teléfono y marcó. Las manos temblaron con cada tono.

—¿La has leído? —La enfermera no se andaba por las ramas.

Se refería a la segunda carta: Javier la recibió durante el desayuno. La leyó durante el desayuno. Después, desistió de tomarse el café y las tostadas: todo le sabía a conciencia corrupta.

—Siento molestarte a esta hora. Solo quería preguntarte si... bueno, si... Es decir, yo...

—Lucas se encuentra bien, si es lo que estás tratando de preguntar —respondió la mujer, amable, pese a todo. Javier soltó el aire que, sin darse cuenta, contenía desde que comenzó la llamada—. Y aprovecho para preguntarte también cómo estás. Lucas se interesa mucho por tu estado de salud.

—¿Él te habla de mí? —le preguntó, perplejo. Perplejo y aterrado.

—Él no habla de otra cosa. —Se hizo un breve silencio. Javier creyó escuchar una risa cortante en él. Deli se burlaba desde donde quiera que estuviese. De él. De Lucas. De los tres—. Javier, no sé el tiempo que hace que no ves a tu amigo —«cincuenta y un años»—, pero la memoria de Lucas falla un poco más cada día. Le han diagnosticado principio de alzhéimer. Lleva unas semanas en las que le cuesta

recordar dónde está o quién es su familia. Fue a finales de enero cuando él te nombró por primera vez. Decirme que te mandara estas cartas quizá ha sido su último acto de lucidez real. A partir de ahora todo será muy duro.

Pasó un segundo. Veinte. Quizá cien. El salón ardía. Javier ardía. Lo que estaba roto reclamaba un pago, un culpable.

—¿Sigues ahí, Javier?

—¿Tiene a alguien? —le preguntó con voz ronca—. ¿Quién lo dejó allí?

—Su hermana Pilar. Ella vive en el pueblo. Viene a verlo cada mes y pasan un rato juntos. Pobre mujer. Está muy preocupada, pero ahora no podemos dejar entrar a nadie.

—Recuerdo a Pilar —le dijo él tratando de controlar la duda de su voz, la angustia de su voz, la blasfemia de su voz—. Tenía un hijo, ¿no?

«Ese maldito hijo de perra. Ha sido su venganza. Ahora tendrá que ver su rostro en la cara del crío toda la vida. Y Pilar ha sido marcada para siempre».

Aún le parecía verlo aquella noche, plantado en la puerta de su casa. Temblaba como si fuera una hoja vapuleada por el aire, pero no de miedo, sino de furia y de esa indignación que lo acompañó durante años. «El eterno chico enfadado». Nunca le faltaron motivos para ello. ¿Qué le contestó Javier? Ahora, su respuesta le provocaba vergüenza. Entonces... solo intentaba sobrevivir.

«No puedes venir aquí a decirme esto, Lucas. ¿Estás loco? Vete, no quiero que mi padre te vea. Mucho menos que te escuche».

La rabia dejó paso al dolor. Porque Lucas siempre fue un chico enfadado, sí, pero también herido. Hasta los huesos.

—Sí, lo tiene. Ellos son su única familia. Lucas no está casado ni tiene hijos. Por eso pensé que enviarte las cartas sería bueno para él, para que recuperara esa parte de su pasado, para que recuperara a un amigo...

Alguien la llamó —la enfermera sí tenía cosas que hacer— y se vieron obligados a dejar la conversación a medias, a dejar muchas cosas a medias. Cuando colgó el teléfono, Javier se quedó un buen rato de pie mirando a través de la ventana, sin ver. Miraba sin asimilar que la vida se estaba abriendo paso. Ignoraba las hierbas que arrancaba por el camino.

Desechó las palabras de Adelaida antes de que se formaran en su mente. Aquel era su momento, su historia y su dolor. Eran de él, le pertenecían, y el recuerdo de su mujer no iba a arrebatárselo. Deli no se quedaría con eso como se había quedado con todo lo demás. Ya no podía dominarlo todo, controlar hasta el último suspiro. Ya no podía... seguir atormentándolo.

Se metió en la cama y durmió del tirón hasta el alba. Por primera vez en años, la noche le regaló un sueño sin sueños. Sin pesadillas.

HIJOS DE NADIE

Madrid. Jueves, 19 de marzo de 2020.

-Buenas tardes, señores. —Quique salió al balcón y saludó con un movimiento de la mano. Estaba cansado, como se apreciaba la noche en sus ojeras, como se apreciaba en el pelo revuelto, el pijama arrugado. La sonrisa hermosa y a la vez triste—. ¿Cómo se encuentra hoy, Pepa?

—Ciega, como ayer. Y viva, como no sé si estaré mañana. ¿Acaso te importa mucho?

—Esta mujer es mala, ¿verdad? —preguntó en un susurro, y Javier afirmó con la cabeza.

—Se lo puede permitir. Ha vivido cerca de dos o tres siglos...

—¿Me seguís tomando por sorda?

—Por sobrenatural, más bien.

—Te estás volviendo igual de imbécil que esta juventud que te rodea. —La acusación de Pepa dirigida hacia Javier se quedó flotando en las alturas, como si fuese una salsa que espesase con el aire—. No hay cosa peor en el mundo que un viejo motivado.

Antes de que Javier pudiera replicar nada, Eva salió a su espacio de edificio, con los hombros hundidos y los ojos arrasados en lágrimas. Susana la acogió entre sus brazos con toda la dulzura que es capaz de albergar una persona que siente y ama.

—¿Nada, amor? —le preguntó con voz dulce. Eva negó con un gesto casi imperceptible—. Mira, no insistas más. Cuando ellos quieran hablar contigo, que te llamen. Tú no has hecho nada malo, no tienes que arrastrarte.

—Es tan duro, Susi, tan duro...

Susana miró a Javier por encima del rostro repleto de sufrimiento de su amada. Le hizo una pregunta sin voz, una súplica. Él se perdió un poco más en las pestañas mojadas de su joven vecina. Tan conocidas. Tan dolorosas.

—Bueno, ¿que os parece si seguimos por donde lo dejamos ayer?

—Sí, por favor. —Eva se apartó un poco de Susana y se limpió las lágrimas con valentía, con toda la energía renovada que siempre provoca el paso de la sal. De la mar—. Ibas a hablarnos de aquel colegio en el que comenzaba toda la historia.

—Pues sí, se puede decir que fue el inicio de mi relato. No porque la escuela tuviera nada de especial, imagino, porque los colegios de aquellos años no se diferenciaban mucho. —Javier se acomodó un poco más sobre la barandilla de hierro oxidado y se dejó mecer por el aire de la tarde, aún fresco a pesar de la cercanía de la primavera. En las ventanas de los edificios de enfrente se asomaban los rostros: algunos jóvenes, otros cuajados de líneas de vida. Dibujos, charlas, de lejos se apreciaban los acordes de un violín. El mundo se detenía, pero no lograba detener la libertad del alma. Es la magia del ser humano, a veces tan humano, otras tan cruel—. Mi madre siempre me dijo que yo nací con un pan bajo el brazo. Las cartillas de racionamiento terminaron en España cuando yo tenía dos o tres años. De los cincuenta a los sesenta, entre que Estados Unidos comenzó a mimarnos y se desbloquearon las importaciones, España empezó a producir más, a hacer un tímido intento de ser un país medianamente industrializado. Y todo eso, como ya habréis leído y escuchado mil veces, se hizo más patente a principios de los

sesenta. Cuando comenzó el desarrollismo español, un servidor entraba en la escuela, ese colegio construido para los hijos de los trabajadores del marqués donde aprendí poco de las materias... pero mucho, muchísimo, de lo que significaba la vida en realidad.

»El colegio se encontraba dividido en dos partes: una para los niños y otra para las niñas. Imaginaos la tontería: no podíamos permanecer juntos en la clase, pero nos veíamos en los recreos y, aunque los maestros se empeñaban en mantenernos separados... obviamente, no lo conseguían. Al menos no del todo.

»Con diez años, uno no es que esté a medio cocer, es que ni siquiera ha entrado al cazo todavía. Y si a eso le añades el hecho de ser hijo único, que tu hermano muerto es el fantasma que merodea por la casa del marqués, según decían todos, que tu madre está medio pirada y tu padre es más seco que la salazón, pues bastante es que yo alcanzara la capacidad suficiente de poder ir a la escuela sin morir en el intento. Crecí tímido e inseguro hasta decir basta. Lleno de silencios enquistados, de muros de lamentaciones que cimentaban el techo de un hogar maldito. Tardé mucho en ganar confianza con los demás niños, bastante más despiertos que yo, y los primeros meses los pasé solo, medio aislado, callado en clase y tratando de ser invisible. Era un ente que pululaba por las losas de terrazo. Sin embargo, cuando llegó la primavera del primer año, algo cambió. Algo nació y murió al mismo tiempo. Sí, supongo que existe un antes y un después de aquel jueves día veinticinco de marzo de mil novecientos sesenta y uno. Ese algo tiene sus propios nombres y apellidos, sus propios muros de las lamentaciones.

»Aquella mañana de primavera, yo deambulaba, porque no se puede decir de otra forma, por el patio de piedras de aquel colegio construido en el límite de las tierras del marqués. Era un edificio grande, de piedra clara y tejado rojo, que siempre brillaba bajo la luz de un sol inclemente que nunca deja de calentar en Murcia. En la

zona final del recreo, la que limitaba la zona de los chicos con la de las chicas, tres muchachos rodeaban a un crío flaco con los ojos abiertos como si estuviera viendo al fantasma que rondaba la hacienda. Entonces escuché: "Que le des el maldito bocata, niño. ¿Lo hacemos por las buenas o te lo quito por las malas?". Reconocí la voz al momento. Me quedé un poco alejado tratando de ver entre las cabezas que se amontonaban. Miré hacia atrás: Julio, uno de los dos maestros, hacía la vista gorda, porque el que hablaba, el que amenazaba, era quien era. En aquellos años, quien eras lo suponía todo. Todo. El chico contestó: "Me lo han dado los compañeros de mi padre. Es lo único que tengo para comer hoy". El terror bailó en las palabras nacidas de aquel cuerpo menudo, vestido con ropa humilde y remendada. El matón, un chico bajo para su edad, de pelo graso y bigote floreciente, se rio con una carcajada que entonces me pareció el sonido más desagradable del mundo, y aún me lo sigue pareciendo. Le contestó: "Si crees que me vas a dar pena, imbécil, lo llevas claro. ¿Acaso no has visto a Tono? Él sí que no tiene nada para comer, así que le vas a entregar el puto bocadillo. O no te lo vas a comer de todas formas, porque te lo voy a meter por el culo". Las risas sonaron algo forzadas, pero Jofi, el matón, o el señorito Joaquín, el hijo del guardia, como lo conocían los maestros, no se percató del matiz y sonrió satisfecho, como el verdugo que absorbe el aplauso obligado del público. El niño al que amenazaba contenía con desolación el llanto mientras los otros dos lo sujetaban con una fuerza excesiva para tan desigual oponente. En ese momento se escuchó otra voz: "Vamos, Manuel, que Tono es capaz de comerte el brazo a bocados. ¿Crees que esas lorzas se rellanan de aire?". Era Miguel, el mejor amigo de Jofi, que se mostraba menos agresivo, aunque más intimidante. Nadie sabía por qué seguía en el colegio aún junto a niños a los que casi doblaba la edad. Era alto, fuerte, burlesco hasta la médula. Tenía las mejillas pintadas por amoratadas marcas de acné. Al hablar señaló a Tono, el tercero en discordia: el chico con eterno olor a lácteo podrido. Sus padres se ganaban la vida como queseros y, junto a Miguel, hijo del capataz de la finca, y Jofi, hijo del guardia, componían la mayor riqueza que circulaba por el colegio, y la mayor impunidad. Entonces Jofi se acercó al niño,

amenazante y le dijo: "¿Estás sordo, Manuel? ¿O eres un puto marica y tienes ganas de que te meta eso por el culo? Porque si es lo segundo, puedo ir a por la porra de mi padre, a ver si te gusta más". Y de pronto se oyó: "¡Oh, vaya, qué valientes, tres contra uno! ¿Los chicos grandes no encuentran a nadie de su tamaño con quien meterse? ¿Tienen que atemorizar al más débil?". La voz provocó un efecto en cadena, como si se derrumbara la primera ficha del dominó. Tres pares de ojos se volvieron hacia el origen del sonio y recuerdo, lo recuerdo a la perfección, que cerré los ojos y pensé: "Lo van a matar". Fue un pensamiento certero y terrible. En todos los meses que llevaba en el colegio, ni un solo niño había sido capaz de contestarle a Jofi. Para no faltar a la verdad, nadie, a excepción de sus dos amigos, se atrevía siquiera a hablarle.

»En mitad del trémulo silencio me volví un poco para ver quién era el autor de tamaña insensatez y me encontré con un crío flaco y desgarrado, con los huesos marcados a través de la ropa y el pelo cortado a irregulares trasquilones, negro como la pérdida de toda esperanza. Debía ser más o menos de mi edad y me fijé en el orgullo que desprendían sus ojos, un orgullo casi palpable. Entonces vinieron a mi cabeza las palabras de mi padre, una afirmación que solía repetir a menudo. Lo que destellaba en los ojos del rebelde era el orgullo de los pobres. "Hasta los que son pobres como ratas tienen algo que les pertenece, que es solo suyo, hijo. Se trata del orgullo y la única forma de perderlo es hacer algo deshonesto. A mí el orgullo me lo da el trabajo sin descanso, pero otros se sienten orgullosos por cosas menos humildes y es de esa gente, Javier, de la que tienes que alejarte a toda costa". Observé al niño con atención, porque me sonaba vagamente. Cuando Jofi empezó a acercarse él, pensé que esos cuarenta kilos de rebeldía tenían un auténtico problema. El matón le dijo: "Eh, mirad aquí, amigos. Hay una rata apestosa y maloliente que se atreve a tocarme las narices". Sin embargo, el rebelde le soltó como si nada: "Apestosa y maloliente significan lo mismo, analfabeto". Y cruzó los brazos sobre el pecho y alzó la cabeza, orgulloso hasta los huesos. Un murmullo de sorpresa recorrió a todos los que estaban allí reunidos: era una mezcla de

miedo y admiración. “Los más valientes suelen ser los más idiotas”, eso era algo que también repetía a menudo mi señor padre.

»Entonces Jofi se acercó al crío como la plaga que amenaza el cultivo y le gritó: “¿Qué me has llamado, rata apestosa?”. El muchacho se rio en tono de burla y yo volví a cerrar los ojos. “Se lo va a comer con patatas y con el bocadillo de Manuel”, me dije. El chico continuó con toda la tranquilidad del mundo: “Analfabeto. ¿No sabes lo que es? Son esos que no saben hablar, leer ni escribir. Esos como tu padre y como vosotros tres”. El murmullo se extinguió y nos sobrevoló la tangible estela del pánico. Nombrar al padre de Jofi era como reírse de Franco: algo prohibido, temerario y absurdo, un acto suicida; era como una pala para cavar la propia tumba.

»El rostro de Jofi pasó de la grana al púrpura y después se quedó con un color azulado, lo que acentuó aún más su fealdad. Alzó el brazo para plantarle un puñetazo, pero el rebelde fue más rápido. Le dio una patada tan fuerte en la entrepierna que Jofi se quedó inmóvil, con la cara roja y las manos sobre su miembro. Entonces el niño aprovechó para soltarle un guantazo y el matón se tambaleó hasta caer de culo sobre las piedras. Todo fue tan rápido, tan inesperado, que ni Miguel ni Tono pudieron reaccionar en defensa de su amigo y, antes de darse cuenta siquiera de lo que sucedía, Julio estaba allí, con la respiración jadeante por la correndilla y una expresión de espanto en su cara de maestro, en sus ojos de maestro, en su boca de maestro. Los observó a todos por encima de las gafas y les gritó: “¡Señor Joaquín! ¿Qué le ha ocurrido? ¿A cuento de qué viene todo esto? Vamos, ¿quién ha golpeado al señor Joaquín?”. El niño rebelde se encogió de hombros, volvió a cruzarse de brazos y contestó: “Iba a quitarle el bocadillo a Manuel. Manu no tiene nada que comer. Además es pequeño. Jofi lo estaba amenazando”. Yo lo miré boquiabierto. Entonces no entendía mucho de valor, pero me parecía que aquel muchacho albergaba algo de lo que los demás carecíamos. Algo que aún no tenía nombre.

»Entonces se oyó desde el suelo a Joaquín, que decía: "¡Es mentira! ¡Esta rata me ha pegado sin ningún motivo! ¡Sin ninguno! ¡Yo no estaba haciendo nada!". Un número importante de ojos se clavaban en él en uno de los silencios más espesos que he vivido jamás. Y, creedme: he vivido demasiados. El maestro se inclinó sobre el rebelde y lo señaló, acusador: "A ver, señor García, ¿por qué motivo le pegas al prójimo? ¿Acaso es eso lo que enseñamos en el colegio? ¿Sabes el castigo que conlleva pegar a un compañero de colegio?". Pero el crío no se quedó callado, y soltó: "¿El mismo que se le pone al señor Joaquín cada vez que le zurra a uno de los pequeños?". En aquel momento pensé que no existía otra palabra para describirlo que buala, ni tampoco la hay ahora, sesenta años después. La palabra exacta es esa, y seguro que fue la misma que pensaron todos y cada uno de los que estaban allí. El maestro se quedó ojiplático, que también es la palabra perfecta para definirlo a él.

»De repente sonó la voz de otro adulto: "¿Se puede saber qué ocurre aquí?". La llegada de Plácido supuso una victoria para el niño rebelde. Todos sabíamos que Julio defendía a los niños ricos, mientras que Plácido, el viejo maestro de Historia, sentía cierta debilidad por los alumnos menos privilegiados. Al verlo aparecer, el rebelde miró a Jofi con una sonrisa que mostraba su victoria en la batalla. Plácido añadió: "Señor Joaquín, ¿otra vez molestando a los más pequeños? Julio, ¿acaso no has visto nada?". Julio balbuceó Nervioso y se trabó con su propia mentira, y Plácido no necesitaba demasiado para imponer: el tono bajo y firme, el porte fuerte, la mirada limpia que se oscurecía ante las injusticias. No supe mucho más sobre él una vez que terminé el colegio, pero espero, deseo con todas mis fuerzas, que la vida fuera benevolente con aquel hombre bueno. Las personas buenas son como el amor: escasean y hacen mucha falta.

»Con toda la calma del mundo, se dirigió a Jofi y le dijo: "Podría expulsarte por esto, Joaquín. Seguro que a tu padre le encanta saber que, en vez de defender a los más débiles, como hace él, los acosas y los amenazas, como haría un matón cualquiera. Levántate

y ven a mi despacho. Los demás, cada uno a lo suyo. Se terminó el recreo”.

»No sé qué me llevó a hablar, aunque creo que en realidad lo hizo mi instinto de supervivencia. Ese trío de imbéciles suponía mi salvoconducto para sobrevivir los años de colegio: yo no era como el niño rebelde, sino exactamente lo contrario a él. Sabía que, en el fondo, poco importaban sus actos: Jofi jamás sería expulsado. Y su venganza contra el niño rebelde se recordaría en la hacienda durante años. El camino frente a mí se bifurcaba en dos: uno suponía convertirme en Manuel; otro, aliarme con el mal.

»Esta se convirtió en mi primera mentira. Señalé al niño rebelde y lo acusé: “Ha sido él. Le ha atizado sin motivo. Joaquín hablaba con sus amigos cuando este ha llegado y le ha soltado una patada ahí. Ahí... bueno, en esa zona, por donde se mea”. A pesar de sentirme aterrado, tembloroso y a punto de hacerme pis, la voz me salió incomprensiblemente firme.

»Nunca he sabido después cómo logré aguantar el tipo. Al gesto inquisitivo de Plácido y a la desconfianza de Jofi y los suyos se le unió, por encima de todos, la mirada del odio más visceral que puede mostrar una persona. Bajo su flequillo negro y trasquilado, los ojos del niño rebelde se convirtieron en dos bolas de fuego, de rencor al diente. Pasaron unos segundos eternos. Hay que ver qué concepto tan extraño el del tiempo: vuela o se detiene, camina o se para en la senda para observar el destrozo, el miedo.

»Plácido soltó un breve y resignado suspiro y negó con la cabeza, como si yo le hubiera provocado la mayor decepción del mundo, y dijo: “Está bien. Lucas, conmigo. Otra vez”. Comenzó a andar con el niño siguiéndole los pasos, que caminaba con porte firme, prepotente, orgulloso. Solo cuando estaba a punto de llegar al edificio se giró hacia mí. A pesar de la distancia, distinguí su mirada. Y os prometo que lo que vi en ella no lo he olvidado ni lo olvidaré en todo lo que me queda de vida.

»Entonces supe de qué me sonaba. Lucas García era hijo de Martín, uno de los peones de la finca. El hombre se quedó viudo tiempo atrás y tenía otra hija mayor que Lucas. Los recordaba porque, unas semanas antes, mi padre había hablado de ellos durante la cena. Al parecer, la familia acababa de llegar procedente de Almería. Eran pobres como ratas y venían en busca de un jornal para llenar la mesa.

»Esa noche, mi padre me advirtió: "Que no se te ocurra juntarte con su hijo, Javier. Ese Martín... no me gusta nada. Habla con los demás entre cuchicheos. Creo que les mete ideas en la cabeza sobre las horas que echamos, el salario... No quiero pensar que sea sindicalista, porque si es así, nos vamos a meter en un buen lío". Mi madre le respondió con preocupación mientras recogía la mesa: "Deberías avisar al marqués, Toni. Tú eres uno de los encargados. Esas cosas son como la mala hierba: si la dejas crecer... ¡Ay, por la Virgen, que no ocurra nada! Ahora que parece que empezamos a sacar un poco la cabeza".

»Después de aquello se hizo el silencio en mi casa, como siempre se hacía, y yo lo olvidé todo, como siempre olvidaba: al presunto sindicalista y a los dos muchachos que debía mantener. Hasta aquel día de finales de marzo. Aquel día fui plenamente consciente de dos cosas: la primera, que quizá tenía posibilidades de entrar en el club de los tres matones, odiosos, sí, pero necesarios para mi supervivencia en los años de colegio; la segunda, que acababa de entrar en la lista negra del niño rebelde. Y no sabía si se trataba de un acto aún más temerario que enfrentarse a Jofi, el hijo del guardia.

Los aplausos interrumpieron la narración, pero Javier ya no los escuchaba. Javier miró al frente y vio, entre la tibieza de la tarde, unos ojos cercanos y lejanos, odiados y queridos hasta la médula. Unos ojos que, a su vez, lo veían. Lo juzgaban. Resultaba curioso

que, después de tantos años, después de todas las veces que alguien —un cliente, un adversario en un juicio, incluso su propia esposa— lo había mirado con rencor, esos ojos seguían siendo su recuerdo más doloroso. Ojos oscuros, enormes, llenos de luces y sombras, fiel reflejo del tiempo que duró la tormentosa amistad que unió y desunió sus vidas. Ojos que tantas veces le mostraron mil tormentas. Porque, por encima de todas las aristas de su piel, de las cicatrices de un alma demasiado joven para beberse la sal sin tocar el océano, Lucas fue un hombre furioso, repleto de olas que se estrellaban contra su propio acantilado.

ESA OTRA PARTE DESCONOCIDA

Madrid. Viernes, 20 de marzo de 2020.

Ca rtas desde ninguna parte.

Hoy hemos llegado a Berlín. Estamos instalados en una posada junto con otras tres familias de españoles. Uno de ellos medio chapurrea el alemán y, a través de él, nos vamos entendiendo. Deberías ver esto, Javier. Es inmenso. ¡Y está limpio! La gente va bien vestida, bien calzada. Aquí huele a prosperidad en cada rincón. La suerte que tenemos es que siempre necesitan mano de obra barata. Mañana voy a hablar con el gerente de un restaurante que necesita un friegaplatos. Nos ofrecen un poco de dinero del que quiera que sea que haya por aquí. Y encima, me permitirían comer en el restaurante cuando termine el servicio. ¿Te lo puedes creer? Pili está feliz. Después de tantas lágrimas, se lo merece más que nadie. Y el crío... una bola de carne enorme y rosada. Se ríe con todo. Quién lo diría, siendo hijo de quien es.

No puedo darte todavía una dirección, ni yo mismo sé dónde se encuentra este lugar. En cuanto me ubique te escribiré con los datos. Ya sabes, por si tú quieres escribirme y contarme algo sobre la universidad, señor futuro abogado, o sobre ti, pero solo de ti. No quiero que me hables de la vida de nadie. Sinceramente, eso me importa una mierda. ¿Cómo se dirá en alemán? Definitivamente, es lo primero que tengo que aprender.

Tuyo, Lucas.

Javier notó aquella vieja opresión en el pecho. Leer esas palabras, vivir una historia narrada como si fueran los fascículos de una enciclopedia, suponía subirse a una montaña rusa con demasiados giros, exponerse ante el daño a pecho descubierto, a hiel descubierta. Releyó la carta de Lucas y sonrió ante algunas expresiones. Las mismas que le robaron el aire. «No quiero que me hables de la vida de nadie. Sinceramente, eso me importa una mierda».

Se levantó con un movimiento lento, cansado, el mismo que lo llevó a recorrer los metros que separaban el comedor de su habitación. Debería quizá hacer ejercicio, como recomendaba todo el mundo para mitigar los efectos del aislamiento. «A la mierda. ¿Cómo se dirá en alemán?» Una vez allí, en ese territorio que siempre fue enemigo, sacó la caja donde Deli y él guardaban las viejas fotografías, las imágenes de toda una vida, de dos vidas indivisibles como las gotas de lluvia. Él no tenía fotografías de su infancia. Las cámaras de fotos eran un objeto extraño en aquel campo de Murcia donde pasó su niñez, de modo que el rostro de sus padres se sometía a los parámetros de su memoria y la memoria de Javier ya flojeaba por el paso de años y daños. Ante la ausencia de niños sonrientes y una infancia feliz, las imágenes que colocó sobre la cama desecha mostraban a un Javier veinteañero rodeado de sus compañeros de universidad, o junto a Deli en aquellas manifestaciones que a principios de los setenta comenzaban a inundar las calles de toda España. Entonces tenía el pelo oscuro, sin rastro de canas, y una barba que costaba mucho cultivar y que le gustaba porque le hacía sentir más maduro, más seguro de sí mismo. Desde los retratos lo miraba una Deli joven, con su pelo corto y despeinado, el brazo en alto y una expresión de furia que reclamaba, siempre reclamaba, porque aquella fue una época de renacimiento, de despertar, en la que los jóvenes comenzaban a liberarse del miedo y a alzar la voz por sus derechos y libertades. Javier asistió a ello en forma de espectador pasivo: dejó a los demás llevar la voz cantante, como hizo durante toda su vida. Rebeldía, pero con bajas dosis de exposición. Un rebelde barato. Un cobarde caro.

Tras una veintena de secuencias de su vida estudiantil llegó a las escasas fotografías de su boda. Dos jóvenes abogados que acababan de encontrar su primer trabajo, que acababan de encontrar su pequeño piso en Madrid, que tenían un futuro prometedor por delante. Dos jóvenes felices que miraban a la cámara con ilusión, con los dedos entrelazados y una sonrisa tímida. Hermosa. Adelaida vestía una falda plisada en color oscuro y una camisa clara. La primera y última vez que Deli renegó de sus eternos pantalones. La primera y última vez que sus pestañas se bañaron con una escasa capa de rímel. Un fugaz colorete. Un vergonzoso color de labios. La primera y la última vez de tantas cosas. De demasiadas. De todas.

Javier guardó las fotografías y sintió una leve punzada de inquietud. Se preparó algo de comer, llamó a su hija, merodeó por el piso. Dobló y desdobló recuerdos, con mimo y con desgana, con un poco de rencor y un mucho de culpa.

A las siete en punto salió al balcón. Lo esperaba su público.

—Pasaron tres o cuatro semanas antes de que pudiera considerarme un miembro oficial de la banda de los matones. Durante los primeros días me dediqué a acompañarlos en los recreos y a asistir de forma silenciosa a sus conversaciones de adultos, a escuchar los chistes que contaban y a los que nunca encontré la gracia, a observar cómo acosaban y se burlaban del resto de los alumnos con una casi total impunidad. Se aprovechaban de Julio y se contenían con Plácido. Se aprovechaban de su estatus y se contenían lo justo, lo necesario para poder seguir campando a sus anchas por el colegio. Era su coto de caza. El territorio de las bestias.

»El niño rebelde regresó de su expulsión unas semanas después del altercado con Jofi y observé como poco a poco se erigía en defensa de los más débiles, aunque no siempre con buenos resultados: a pesar de sus esfuerzos, Jofi y su banda, nuestra banda, seguían

haciendo lo que básicamente les daba la real gana. ¿Que si me gustaba? No, claro que no. Eran tres muchachos horribles, pero yo tenía un sentido muy agudizado de la supervivencia: la muerte de mi hermano supuso una enseñanza precoz y contundente. No me entendáis mal. Yo me crie con un hombre que agachaba la cabeza ante las órdenes. En una hacienda que suponía todo mi mundo, el principio y el fin de mi existencia. Así que no os escandalicéis por mi pasividad ante el mal. Ya advertí que esta no era una historia de valentía.

»De modo que, con el paso de las semanas, yo me convertí en algo así como una especie de mascota para mis nuevos compañeros de pandilla. Era el más joven y, por razones obvias, el más inocente. Cuando ya me tuvieron lo suficientemente domesticado, Jofi y Miguel comenzaron a utilizarme para sus fines personales. Les llevaba y traía mensajes, hacía sus deberes y todo lo que pasara por sus retorcidas mentes, como un cachorrito amaestrado. Al segundo año del colegio, ya formaba parte de la pandilla por pleno derecho a mis once años recién cumplidos. Era alto, flaco como un galgo y con el rostro moreno por esos veranos inclementes y malhumorados que se viven en Murcia.

»Ocurrió el primer día. Nos encontrábamos en el recreo comiéndonos nuestro bocadillo y el que Jofi le había quitado a un par de críos. De pronto, Jofi me dijo: "Eh, mira hacia allí, cachorrito, y dime lo que ves". Sí, cachorrito. Así me llamaban los tres durante todos los años de colegio. No tenía la capacidad de decidir si me molestaba el mote. Habría ladrado si me lo hubieran pedido.

»Giré la cabeza. Tono comía con la boca abierta y su eterno olor a queso de cabra. Miguel se fijaba en mí, como siempre hacía, poniéndome una prueba constante. Fruncí el ceño y respondí con vergüenza, turbado hasta el tuétano. Le respondí: "Pues niñas. Eso veo". Jofi se relamió, tal como os lo digo, y contestó: "Y qué niñas, ¿eh? Mira a esa, la rubia. ¿Te das cuenta de cómo se le marcan las tetas debajo de la camisa? Debe tener por lo menos trece. Seguro

que ya sangra todos los meses". Me quedé desconcertado y dije: "¿Que sangra? ¿Y eso por qué? ¿Acaso se hace daño con algo?". Miguel se echó a reír y Tono lo imitó por pura inercia. Me salpicó su baba, repleta de migas de pan. Jofi se agachó un poco para quedar a mi altura. Yo comprobé con orgullo que ya no debía agacharse tanto como el año anterior, pero jamás se me hubiera ocurrido comentarlo. De cerca, el rostro de Jofi destilaba grasa y un leve olor a ácido, como si la malicia pudiera impregnar también la piel de aquellos que la portan. Entonces añadió: "Eh, no os riais de cachorrito, por favor. Olvidáis que somos mayores que él. Somos sus protectores. Sangrar todos los meses significa que una chica ya puede tener bebés si te la tiras, así que está prohibido correrse dentro. ¿Sabes lo que es correrse, cachorrito?". Mi respuesta fue: "Pues... ir rápido de un sitio a otro...". Miguel se tronchaba de la risa. Tono escupió más saliva y más pan y Jofi sonrió. Eso era lo peor: nunca lo escuché reír a carcajadas, solo sonreía y miraba; miraba y ejecutaba. "Anda, cachorrito. Vas a hacerme un favor. ¿Quieres?", me pidió. Asentí con la cabeza, muy serio. Por el rabillo del ojo vi al niño rebelde mirándonos con descaro desde el otro lado del patio. Se apoyaba en uno de los postes de la portería con una sonrisa burlona. A su alrededor, los más pequeños, incluido Manuel, imitaban su postura y nos miraban con desafío. Volví rápido la cabeza para evitar llamar la atención de Jofi sobre el aguerrido grupo: los espartanos de Murcia. Jofi siguió con su petición: "Muy bien, perrito. Vas a acercarte a la chica y le darás esto de mi parte". Sacó de su pantalón corto de lino un papel arrugado. Lo agarré como si se me fuera la vida en ello y eché a andar tratando de no caerme redondo al suelo. Sobra decir que a lo único que temía más que a mi grupo de amigos era a esa otra parte desconocida, la que se encontraba repleta de niñas. Eran seres extraños para mí, casi extraterrestres llegados desde algún planeta que los niños jamás visitaríamos y que jamás comprenderíamos.

»Imaginaos ganar un Oscar y avanzar entre la multitud con decenas de ojos clavados en ti, salvo que no te miran con admiración, sino con una furia velada, como si amenazases a un perro con birlarle el

último trozo de carne. Cuando conseguí llegar hasta la rubia, le toqué el codo con suavidad, temblando cual flor de invernadero. Intenté hablar, pero no me salían las palabras: "Yo... eh... esto es... es... de... yo...". No me contestó la rubia, sino otra chica, una cría flacucha de pelo corto y ojos centelleantes. Por aquel entonces me pareció la reencarnación de alguna bruja de cuento a la que solo le faltaba la verruga. Me dijo: "¿Qué te pasa, niño? ¿Eres tartamudo o solo imbécil?". Conseguí articular: "Es de él. De Joaquín. La nota", y me apresuré a entregársela, ignorando el vendaval de rodillas huesudas. La rubia la cogió con cara de sorpresa y una maestra comenzó a andar en mi dirección, evidentemente molesta. Intenté escabullirme, pero entonces la otra niña, la bruja, me tiró del brazo para impedirlo y me preguntó con suficiencia: "¿Sabes que no puedes cruzar aquí, idiota? ¿Se puede saber qué quieres?". Qué miedo daba. Qué miedo dio siempre. Recuerdo que le supliqué como un pringado, como el cachorrito que era. Yo estaba desesperado y le suplicaba que me soltase, que me iba a ganar un castigo. Me dijo muy digna: "Oye, nene chico. Si tu amigo quiere meterle mano a mi amiga, que tenga el valor de pedírselo en persona. Dile que mierda para el correo que va y viene, a ver si lo pillá". No entendía nada y le pregunté: "¿Que mierda para qué?". Sentía el aliento de la maestra en la nuca y el sudor comenzaba a surcar mi espalda cual velero sin rumbo. "¿Eres retrasado o qué? Ah, no, porque los retrasados son más listos que tú. Por tanto, debes ser un perrito faldero, el perro de esos tres gilipollas", me espetó la bruja cruzándose de brazos. Joder, qué miedo daba. No os podéis hacer una idea. Aparte de dar miedo, la bruja tenía instinto. Aquella niña odiosa me caló en solo cinco minutos. No sé cómo, casi milagrosamente, logré zafarme de sus férreas y huesudas manos y huir justo cuando la maestra llegaba a mi encuentro. Corrí tanto que casi me meo encima, o quizá lo hice, por suerte ya no lo recuerdo.

»Cuando llegué al encuentro de mis amigos me recibieron con palmas y de eso sí estoy seguro. Me hinché tanto que parecía un pavo real, un pavo murciano. Así, me atreví a preguntar, más seguro y valiente: "¿Qué le ponías en la nota?". El cachorrito se ganaba una

galleta. Jofi me respondió sin mirarme, sino que le guiñó un ojo a Miguel: "Que mi espada quiere guerrear con su agujerito esta tarde, después del colegio. Y que si dice que no, sus padres van a tener el resto del año muy complicado. Las cosas hay que hacerlas así, cachorrito. O mandas o estás muerto. Y si me quiero tirar a la rubia, me la tiro". Entonces Miguel me preguntó con curiosidad que qué me había dicho la otra, la pequeña fea y morena. Julio ya nos avisaba desde lejos de que terminaba el recreo. Jofi se rio, le golpeó el hombro y le dijo: "¿Qué pasa, amigo? ¿Te ha gustado? ¡Si es una cría! Y fea como un dolor de huevos". Miguel se encogió de hombros. El verano le había regalado unos brazos aún más fuertes y una leve mejoría en las marcas de acné. Añadió: "No parece tan cría. Seguro que ya tiene el coño lleno de pelos. Me gustan rebeldes, ya lo sabes". Y remató Jofi: "Venga ya, Miguel. Tú te mereces algo mejor. Vamos, esta tarde te vienes conmigo. En el cuerpo de la rubia hay dos agujeros, ¿no? Yo soy un buen amigo que lo comparte todo con los suyos".

»Entonces sí me miró a mí, con mucha atención. Antes de entrar de nuevo en la clase, me detuvo poniéndome la mano sobre el pecho. Se agachó, poco, y me susurró aquellas palabras: "Lo has hecho muy bien, cachorrito. Como sigas así, voy a ser la mar de generoso contigo. Pero antes de ganarte del todo mi confianza debes hacer un trabajito especial". Mientras hablaba se giró hacia los niños que ya iban entrando en la clase. Justo por nuestro lado pasaba el niño rebelde con la cabeza alta, con ese orgullo que destilaban sus pasos y su pobreza. "¿Qué trabajo?", pregunté tragando saliva. Jofi no dejó de observar a Lucas hasta que desapareció dentro del aula y, solo entonces, se volvió de nuevo hacia mí. "Ya te lo diré cuando sea el momento, perrito. Ya te lo diré", contestó enigmático, y nos separamos para reanudar las clases.

»Por supuesto, pasados unos días, el maestro Julio me entregó personalmente la nota de la expulsión. Estaba prohibido no, prohibidísimo, acercarnos al patio de las niñas durante el recreo. Tuve que soportar una dura reprimenda por parte de la maestra,

para la que yo parecía haber ofendido al mismísimo Dios. Cuando me preguntaron en qué pensaba para cometer tal fechoría, sellé la boca para no delatar a mi mentor y me limité a murmurar un “solo quería verlas de cerca” tan recurrido como patético. Sin embargo, aquello pareció ablandar el corazón de la rabiosa maestra, que incluso me dedicó una sonrisa maternal y unas palmaditas en el hombro, repletas de compasión poco disimulada. La expulsión, que bordeó lo indefinido, se limitó a dos semanas en las que tuve que permanecer en casa, recluido con esa madre que danzaba por el pasillo de mi hogar como si fuera una histriónica mezcla de Lola Flores y una plañidera sin consuelo. “¡Ay, Carlitos! ¡Carta de tu tía Mari Flo!”, gritó con alegría una de las últimas mañanas de mi castigo. Yo estaba ayudándola a pelar patatas cuando llegó el cartero, todo un acontecimiento. Le dije que era Javito, no Carlitos, y ella me contestó: “Pues así te he llamado, hijo. ¿Cómo si no?”. Me abrazó tan fuerte que me levantó en peso. Dio una vuelta sobre sí misma con alegría. La alegría de mi madre siempre fue un espectáculo hermoso. Ella fue una mujer hermosa, pero también difícil. Hoy dispondría de más recursos, herramientas para controlar una mente tan inestable como única. Entonces, ser diferente se pagaba caro. Se pagaba con el alma y treinta monedas de plata. Mi madre tenía mucho de lo primero y poco de lo segundo.

»Me sequé las manos con el trapo. Para entonces, mi señora madre sujetaba la carta con aire soñador, con un brillo infantil y precioso en la mirada. Le pregunté que qué contaba la tía, y ella me dijo: “Ha conocido a un galán muy importante, Javito. ¡Un actor famoso de La Argentina! ¡Dice que la va a llevar de viaje a Estados Unidos para que se convierta en una actriz de Hollywood! ¿Te imaginas, Carlitos? Tu tía... una actriz famosa...”

»Siguió girando como la Cenicienta con pase para ir al baile. Me cogió de las manos y danzamos sin parar en el diminuto comedor. Reímos, esa risa que aligera el peso de la espalda, que separa día y noche, que crea abismos entre el miedo y la dicha. Se pasó el

tiempo demasiado rápido y, cuando llegó el olor a quemado, mi padre entraba por la puerta de peor humor que de costumbre.

»Os voy a ahorrar los detalles duros. No penséis que era algo tan extraño. Resulta cruel y bochornoso decirlo, pero no podemos pensar que blanquear esa parte de la historia borrará los sucesos, la vergüenza. En aquellos años, pegarle una bofetada a tu mujer no suponía nada del otro mundo; pegarle dos tampoco. Reventarle la nariz y el labio se pasaba un poco de la raya, pero nadie se echaba las manos a la cabeza. Sí, esa lacra se mantenía impune. No solo eso: se aceptaba. Nunca habrá redención posible para tanto dolor. Ni tampoco olvido.

»No se comió en casa ese día. Mi madre no salió del dormitorio en toda la tarde y, para la noche, yo le había preparado a mi padre con bastante torpeza unos huevos cocidos. Cenamos en silencio: dos muertos esperando que algún nicho se quedara libre, esperando turno. Solo cuando le puse el café de olla delante me atreví a preguntarle con todo el tacto que mis once años me permitían: "Padre, ¿ha ocurrido algo malo en el trabajo?". Me contestó distraído. Recuerdo que movía sin parar la cucharilla, dándole vueltas en el vaso, y el ruido me ponía bastante nervioso. Me dijo: "No, a mí no. Celia, la única hija de uno de mis hombres. Se la tuvieron que llevar al ambulatorio el otro día. El padre ha pedido un permiso, pero el capataz no quiere dárselo. La chica se encuentra bastante afectada. El hombre está distraído, no rinde. Me he visto en la obligación de mandarlo a su casa sin pagarle el jornal. Mañana seguramente lo echen a la calle". "¿Y qué le pasó a la hija?", pregunté en voz baja, porque mi padre también hablaba entre susurros. Supe que se trataba de algo malo. Lo dictaban todas y cada una de las arrugas de su frente. Su respuesta fue: "Al parecer alguien la forzó. Forzar significa obligar a otra persona a hacer cosas que no quiere. No se sabe nada, la chica no suelta prenda. Algún maleante, seguro. La dejaron bastante herida. Quizá tú la conoces, va al colegio. Es una niña rubia de ojos claros, muy guapa. Y muy

niña. No tiene más de once años”. Recuerdo que mi padre agachó la cabeza con gesto serio.

»Sí, me callé. Os advertí que esta es una historia de mentiras. No se trata de un cuento bonito, algo para llevar al cine y ponerle actores de moda y una emotiva banda sonora. Es una historia cruel, una historia de la España de las tinieblas.

»Aquel día comenzaron mis mentiras. Nunca le conté a nadie la verdad sobre Celia. Del mismo modo que nunca volví a rectificar a mi madre cuando me llamaba Carlitos y que jamás, ni un solo día, le pedí a mi padre que no volviera a reventarle los labios.

»España rezumaba dolor y yo no era más que un niño. Un cachorro que luchaba por sobrevivir en un mundo de lobos.

UN HOMBRE Y UN LLANTO

Madrid. Sábado, 21 de marzo de 2020.

La mañana amanecía fresca, como si se resistiera a jubilar del todo al invierno. Javier estaba sentado en el sofá con una taza de café en una mano y el teléfono en la otra

—Aquí estamos, sobreviviendo. Hay que sacar ánimos de donde escasean.

—Y Lucas, ¿cómo está?

—Pues a rachas. A veces lúcido, como si no le ocurriera nada, y otras... bueno, ya sabes, algo más ausente, por decirlo de alguna forma. Quieres... ¿quieres hablar con él, Javier?

No, no lo quería. Por más que la mujer le insistiera en cada llamada. Por más que su conciencia lo exigiera, que la penitencia lo solicitara. Por más que las pesadillas pidiesen el pago por ese pacto de negación absurdo. Negó con cortesía —«Judas»— y se despidió de la mujer deseándole suerte. Como una conversación de segunda con algún pariente lejano del que estás deseando librarte.

Nada más colgar leyó otra de las cartas. Líneas repletas de optimismo en las que el Lucas de los setenta ya tenía un puesto fijo en Alemania y ganaba sus primeros sueldos. Le explicaba que su padre acababa de marcharse a Suiza a probar suerte en los tendidos eléctricos. Por último, hablaba un poco sobre Pilar y su hijo, ese hijo nacido del dolor, de la venganza. Un crío rollizo y despierto, cuidado y amado por una mujer que se desvivía por el núcleo que componía

su existencia: Lucas y el niño. Tres solitarios corazones en un mundo que por fin, al fin, parecía concederle una tregua al niño rebelde.

«Tuyo, Lucas».

Javier suspiró. Las viejas palabras de su viejo amigo desprendían un halo de serenidad, de esperanza, de vida nueva, esa que se envuelve con mimo en un papel de regalo comprado para la ocasión. Vidas que huelen a café recién hecho, a lluvia temprana. Un sentimiento extraño se ancló en el pecho de Javier con repentina efusividad, como si el desayuno le hubiera provocado un ligero empacho, un tenue dolor de tripa. Se levantó para tratar de mitigarlo, pero a cada paso, en cada esquina, lo acechaba el fantasma del olvido, del recuerdo.

«Tuyo, Lucas».

Llamar a Lola no eliminó la sensación, más bien la espesó, como la harina espesa el huevo para hacer bizcocho. Se aposentó en su estómago y comenzó maullando con timidez para rugir con desconcertante furia. Ni la televisión ni el libro que tenía a medias desde hacía semanas, ni la radio ni tratar de dejar la mente como un cascarón vacío. Todo volvía, una y otra vez, al origen, al desenlace.

«Tuyo, Lucas».

Finalmente, los sesenta metros de casa se le hicieron sesenta kilómetros. Sesenta infiernos. A las cinco y media de la tarde se plantó en su balcón, pensando que estaría solo con los espectros que arrastraba.

—Cada vez salimos más temprano, ¿eh? —fue el saludo de Eva cuando lo vio aparecer. Le guiñó un ojo y siguió centrada en el ordenador portátil. Cuando vio que él la observaba con curiosidad, soltó una risita—. Nueva forma de teletrabajo. ¿No es una maravilla? Quizá, cuando todo esto acabe, me replantee lo de volver a la oficina.

—Nueva forma de no trabajar, diría yo —apostilló Pepa.

Eva abrió mucho los ojos y lo miró con cierto temor.

—Da mucho miedo. Es como escuchar a Dios hablarte desde las alturas. O a tu conciencia, que es peor.

—Me pregunto si alguna vez se mete en su casa —susurró Javier con complicidad—. Da la impresión de que ni siquiera va al aseo.

—A lo mejor lleva ahí desde el sábado pasado, sin moverse, vigilando todo lo que ocurre.

—Parecéis tontos. ¿Acaso no sabéis lo del oído de los ciegos? ¡Que lo escucho todo, idiotas! Y tú, abogaducho —Javier miró a Eva fingiéndose espantado—, venga, que con tu edad no debes dejar las cosas para más adelante. Puedes morir de un minuto a otro. Íbamos por lo de esa banda de matones asquerosos que le hicieron daño a la pobre chica rubia, y por ti, que eras un palurdo cobarde que ejercías de mascota.

—Dicho por ella suena aún peor.

Suspiró resignado. En aquel momento, Marina apareció en el balcón de al lado. Eva soltó un silbido de admiración.

—Pero bueno, ¿se puede saber dónde vas tú? ¿Acaso te han levantado el confinamiento a ti nada más?

Marina sonrió con coquetería. Llevaba un vestido negro ajustado y con escote. Una fina sombra de ojos volvía su mirada aún más gatuna, y su boca se bañaba en pinceladas de carmín. Javier la miró de arriba abajo para encontrarse con unas pantuflas de pelo rosa en los pies.

—Será que la han dejado salir de rodillas para arriba.

—Es sábado, ¿no? ¿Qué nos impide arreglarnos? —les dijo con alegría, con esa luz única que cada uno llevamos dentro, la que brilla cuando el día se convierte en la noche más oscura—. Me apetecía ponerme guapa. Con un poco de suerte, los niños se dormirán pronto, Quique y yo abriremos una botella de vino y...

Eva y Marina intercambiaron una pícaro mirada y se echaron a reír, hasta que la voz de Pepa se alzó de nuevo como una sentencia.

—Pues no se te van a dormir pronto. Es más, te darán una noche de perros y mañana te dolerá la cabeza del vino y de escucharlos.

Marina se quedó inmóvil y vocalizó un insulto bastante contundente sin pronunciar las palabras. Eva se llevó una mano a la boca para ahogar la risa.

—¿Ahora se puede saber por qué os quedáis todos mudos? ¿Estáis hablando de mí moviendo solo los labios?

—Creo que va siendo hora de que sigas con tu historia, Javier. Antes de que suba a matar a esa señora. —Eva cerró el ordenador y bajó las piernas de la barandilla, colocándose muy recta, casi ceremonial—. Si es tan amable, mi señor...

—Dejadme que piense un momento. Aquel año... ¿Qué más ocurrió aquel año? Siguió el curso, llegó el verano... —Javier puso los codos en el pasamanos y respiró con profundidad— ese verano...

»Las últimas semanas de curso, antes de las vacaciones, las pasé entre una extraña mezcla de tranquilidad y miedo. Por un lado, la protección que me brindaba mi nueva banda de amigos suponía una victoria segura; sabía que mientras me encontrase bajo su tutela, nadie me tocaría un pelo. Y eso, en los años que vivíamos y en el lugar donde nos encontrábamos, era un poder valioso, como tener un as en la manga.

»Por otro lado, pasar todas las horas que tenía libres con aquellos tres personajes me convirtió, en cierta medida, en algo parecido a ellos: la persona que observa la crueldad sin impedirla es igual de culpable que quien la ejerce. Pues bien, no os voy a engañar ni a teñir mi historia con una capa de virtud que sería falsa de todas las maneras; mis manos estaban untadas, y lo siguieron estando durante mucho, mucho tiempo.

»El caso es que el curso llegó a su fin y comenzaron los tres largos y tediosos meses de verano. La mayoría de los chicos que acudían a la escuela, hijos de familias ricas, se largaban a las ciudades de segunda residencia. Otros, hijos de familias humildes, se quedaban en la finca para trabajar junto a sus padres. Sí, Eva, no me mires así. ¿Crees que cuando los viejos te dicen que empezaron a currar con ocho o nueve años te mienten? Pues no. La vida en este país fue muy dura durante mucho tiempo. Otros como yo, que vivíamos en un camino intermedio, hacíamos de todo un poco durante el verano: ayudar en casa, deambular por la finca, tratar de escaquearnos. Aquel año yo ya me sentía muy mayor pese a mi corta edad. Aquel año yo tenía una misión, y el último día de clase, Jofi, que se marchaba a la ciudad a pasar las vacaciones, me cogió por los hombros a la salida del colegio y me habló serio, desafiante, horrible. Me dijo: "Debes ganarte su confianza, Javier. Nuestro cachorro es listo, sabrás cómo hacerlo. El curso que viene quiero quitarme a ese muerto de hambre como sea y de una vez por todas". Yo asentí, por supuesto, porque ante la estudiada mirada de matón barato de Jofi, poca cosa podía hacer uno. Y me pasé todo el mes de julio espiando al niño rebelde, que trabajaba de sol a sol en las tierras de los marqueses junto a su padre. Necesité un mes entero para buscar la forma de acercarme a un niño cuyo desprecio por mí era más que evidente. Era un chico demasiado pequeño para tener tanta responsabilidad, para soportar tanto sol inclemente sobre su cuerpo aún sin formar, sin haber empezado a vivir.

»Aquella mañana de finales de julio, la bruja a la que conocí en el recreo se sentó junto a mí, cerca del camino que nos separaba de la

tierra de labranza. Cuando me giré hacia ella, me topé con una mirada tan inquisitiva como burlona y me dijo: "¿Se puede saber por qué miras tanto a los jornaleros con esa cara de bobo?". Le respondí con una mentira: "Mi padre es uno de ellos. Solo lo veo trabajar". La bruja me miró alzando las cejas con aire de suficiencia, como si ella fuera una adulta y yo solo un crío de teta. Entonces me soltó: "¡Serás mentiroso! Tu padre está en el otro lado de la finca y no es jornalero, es capataz. Se llama Antonio, ¿a que sí?". Comenzó a sudarme la espalda. Aquella niña odiosa me ponía muy nervioso. Me defendí como si hubiera dicho algo malo y le contesté: "No es capataz, solo encargado. Además, ¿cómo sabes tú eso?". Su respuesta fue: "Porque mi padre también es capataz y lo conoce. Yo estuve en tu casa cuando tu hermano se tiró del balcón y se abrió la cabeza".

»La miré atónito, dolido, indignadísimo. Eran demasiados sentimientos juntos para que pudiera expresarlos un niño de once años, pero ella permanecía tan tranquila, sentada sobre la tierra del camino, con ese aire de saber más que nadie en el mundo, de conocer secretos inalcanzables para mí. Me clavé las uñas en las palmas de las manos y mi voz salió más aflautada de lo que cabía esperar para la rabia que desprendía. Le aclaré: "¡Mi hermano no saltó del balcón, se cayó! Se cayó, ¿me oyes?". Impasible, me contestó: "Sí, te he oído, no estoy sorda. Saltó, se cayó, ¿qué más da? La palmó, ¿no?".

»Un cuerpo pequeño envuelto en una sábana, eso fue lo que le devolvieron a mis padres aquel día. ¿Qué recordaba yo? El grito de mi madre, sin duda. Aquel grito ha sido recurrente en mis pesadillas durante años. Un grito... y nada más. Porque después todo se calló, se ocultó, se metió en el mismo nicho que Carlitos y se convirtió en tabú.

»Traté de mantener la compostura, pero no pude dejar de reprenderla: "Es feo decirlo así. Muy, muy maleducado por tu parte". Ella se encogió de hombros con indiferencia, pero me respondió:

“Nada en comparación con lo que pasó con Celia, ¿no crees?”. Entonces sí que me miró. Ah, cómo me miró. En realidad, siempre llevó una abogada dentro, implacable y voraz. En ese momento parecía el lobo acechando a una ridícula Caperucita. Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas. Había tratado de olvidar aquello, de hacer como que nunca ocurrió y tapiarlo, como la muerte de Carlitos, pero la niña rubia vivía, no se trataba de un fantasma que me atormentara en sueños. Y la bruja acababa de encontrar la herida y meter todos los dedos de la mano para remover venas y tejidos. No pude hacer otra cosa que mentir. Me estaba convirtiendo en un buen farsante gracias a mis terribles mentores. “No sé nada de lo que me hablas. No sé por qué te defiendes con un ataque”, fue mi respuesta.

»Cuando tienes once años y no has visto más mundo que una casa silenciosa y triste, un padre huraño y una madre medio loca, hay cosas que no terminas de entender porque te faltan recursos. Eso me impedía comprender qué bailaba en el rostro de la bruja, que la hacía apretar la mandíbula con esa fuerza, por qué me fui encogiendo sobre mí mismo hasta no ser más que una bolita de carne y mentiras. Ahora sé que se trataba de menosprecio.

»Inesperadamente, la bruja cambió de tema y dijo: “¿Qué te ocurre con Lucas? Te pasas días enteros mirándolo trabajar. ¿Tienes algún problema con él?”. Este cambio repentino, la acusación en la voz de la niña y sus palabras hirientes cortocircuitaron mi cabeza y me bloquearon. ¿Cómo sabía aquella idiota que yo trataba de acercarme a Lucas? De repente la vi como a un ser tenebroso que albergaba la capacidad de leer la mente. ¿Y si de verdad se trataba de una bruja? La observé entornando los ojos, tratando de adivinar el secreto que se escondía en los cuarenta kilos de huesos que se sentaban a mi lado, y le respondí: “No lo miro. Miro a los hombres”. A lo que ella respondió: “¿El imbécil de tu amigo, el del pelo sucio, te ha pedido que le hagas daño?”. En ese momento me convencí de que era una bruja. Leía la mente, los sentimientos. Entre balbuceos traté de convencerla de que se equivocaba, pero ella sonrió con su mirada

felina, elegante en su maldad. Dios, qué miedo me daba esa sonrisa, qué miedo me daba ella entera. Continuó: "Es un buen niño. Ayuda a los más pequeños. Tiene una hermana que no está bien y son pobres. Si tus amigos se quieren meter con él, te prometo que se las verán conmigo". Era exceso de información y una amenaza ridícula que, sin embargo, a mí me sonó factible y aterradora. Abrí la boca, la cerré... y pensé por una vez en mi vida, como si por un momento la maldad de Jofi transmutase hacia mi cuerpo e impregnara cada uno de sus poros, de sus aristas. Me mostré afectado y casi hice un puchero: una actuación digna de Oscar. Entonces le expliqué: "No quiero hacerle nada, al revés: deseo protegerlo. Llevas razón, no les cae bien y temo que puedan herirlo. Yo solo intento advertirlo, pero no sé cómo acercarme a él. Tampoco le caigo bien". La niña borde me sopesó. Movi6 la cabeza de un lado a otro como si estudiara una lección con mucha dificultad. Por último, se puso en pie, ágil y rápida, y me dio una palmada en la cabeza. Me sentí más cachorro que nunca. "Está bien, perrito. Nos vemos mañana a esta hora. Si quieres hablar con Lucas, yo puedo conseguir que lo hagas", me dijo. La vi desaparecer por el camino moviendo sus huesudas caderas. Desde lejos, Lucas se detuvo un momento. Frunció el ceño, extrañado y tras recibir una cachetada por parte de su padre, continuó el trabajo sin descanso hasta la puesta de sol.

»Aquella noche hubo visita en mi casa, cosa bastante extraña, tan extraña como que mis padres no me regañaran por llegar tarde. Los encontré sentados a la mesa, ambos con la cabeza gacha, y eso despertó en mí un instinto lejano, el que me indicaba que algo iba peor de lo normal en casa. Junto a ellos se sentaba un hombre mayor cuyo rostro me resultaba familiar. Era un capataz de la finca, quizá alguien con más poder. Hice memoria y recordé su nombre. Pensé que mi padre se sentiría orgulloso de mí.

»Fernando Gómez era uno de los hombres más importantes del marqués. Era el jefe de los capataces, algo así como el sheriff del condado. Lo saludé con educación y miré a mis progenitores complacido, pero ellos estaban muy lejos de allí. El tipo contestó:

“Ah, Javier, qué alegría verte, muchacho. Has crecido bastante, ¿eh? Casi pareces un hombre”. Le di las gracias por el cumplido y me dedicó un gesto que pretendía ser una sonrisa. A su lado, mi madre permanecía encogida, como si se hubiera hecho pequeña de repente. Me fijé en sus ojos y los noté enrojecidos. “Como la noche que murió Carlitos”, pensé. Creía que se trataba de eso: una muerte, hasta que caí en la cuenta de que en casa no quedaba nadie más: tres tristes tigres, y los tres estaban allí.

»El señor Gómez se levantó y pasó la mano con mucha suavidad por la nuca de mi madre. Ella se encogió aún más. Aquel gesto me turbó sin saber por qué. Se trataba de un gesto íntimo, un gesto que ni siquiera vi hacer a mi padre nunca. Entonces dijo: “Bueno, ya está todo hablado, entonces. Podemos quedar mañana si te parece bien, Lola”. Mi madre asintió con desgana fijando sus enormes y tristes ojos en el fondo del comedor, allí donde residía el persistente fantasma de Carlitos. Entonces Fernando se volvió hacia mi padre, lo miró con atención y pronunció su nombre. El movimiento de afirmación de mi padre fue casi imperceptible. Seguía con gesto ausente cuando Fernando, el jefe de los jefes, sonrió y pasó por mi lado dándome una palmada en el hombro a modo de despedida. Se escuchó la puerta cerrarse con un suave golpe y me quedé mirando a mis padres. Ninguno movió un solo músculo. “¿Te han hecho jefe, padre?”, le pregunté sintiéndome más tonto de lo normal. Había escuchado algunas veces que cuando Fernando Gómez visitaba una casa existían dos posibilidades: ascenso o despido. Yo no creía que a mi padre, un hombre trabajador y discreto hasta la médula, le hubiera tocado la segunda opción. Entonces mi madre murmuró, con una rabia desconocida para mí: “Sí, hijo, a tu padre lo ascienden”. Le dedicó una mirada cuajada de odio, un odio visceral, de ese que nace en las tripas y se enquistaba en el alma, y añadió: “Díselo, Antonio. Dile a tu hijo cuánto nos cuesta tu nuevo puesto”. Mi padre ni siquiera la miró para contestar: “No se te ocurra seguir por ese camino. No abras la boca”. Pero mi madre no se rindió: “¿Quieres que también haga eso mañana por la noche, cuando esté con él? ¿No abro la boca, Antonio? ¿Crees que eso le gustará?”. La voz de

mi madre se me clavó dentro, muy dentro, aunque yo entonces no comprendía el significado de sus palabras. No me entendáis mal. Hoy, sesenta años después, tampoco quiero comprenderlas. No voy a recrearme más en las miserias de mi padre ni en el drama de mi madre. Ninguno puede ya defenderse. No sé si Antonio Vázquez pagaría con el peso de su conciencia el dolor que le infligió a su esposa. Y tampoco sé si a Lola Martínez la vida le concedió alguna tregua. Lo dudo mucho y eso es lo que más me duele. Lo único que voy a decir es que mi padre consiguió convertirse en capataz. Eso trajo más pan a la mesa, ropa nueva, incluso dos pares de zapatos a estrenar cada año. Eso pagó mis estudios hasta que pude costeármelos por mí mismo. Eso hizo muchas cosas que yo tomé sin preguntar, sin cuestionar, sin pararme a pensar por qué, desde ese día, mi madre faltaba de casa algunas noches al mes. Tampoco me paré a pensar por qué, después de aquella noche, mi madre se convirtió en un espectro más de la casa, vagando de forma perenne junto al fantasma de mi hermano. Yo nunca pregunté nada, y esa fue otra forma de seguir untando mis manos.

»Al día siguiente, después de pasarme toda la noche escuchando el llanto de mi madre, después de ver su mejilla morada cuando me ponía el desayuno y después de ayudarla, en un silencio sepulcral, a hacer las cosas de la casa, salí al camino de tierra para encontrarme con la niña borde. Estaba allí, vestida con la misma ropa que el día anterior, y nada más llegar a su encuentro me llegó un ligero olor a sudor fresco y lumbre. Me miró con ese aire presuntuoso y yo la saludé con un gesto leve de cabeza. Me dijo: "Qué cara más mala tienes. ¿No has dormido, Javito?". Tanteé la posibilidad de pedirle que no me llamase así, pero llegué a la conclusión de que solo serviría para que lo hiciera con más saña. Nos quedamos mirando a los hombres faenar sin descanso. Entre ellos, Lucas se movía con nervio, vestido con pantalones anchos y raídos, igual que su camisa. Cuando el sol ya lamía despacio la ladera del monte, su padre le dijo algo y le revolvió el pelo con cariño. Entonces él nos miró, dio unas zancadas y avanzó hasta nosotros con paso firme. Se plantó frente a mí con los brazos cruzados en jarra, tapando los últimos rayos de

sol, y me soltó: “¿Qué problema tienes? Deli me ha dicho que quieres hablar conmigo”. Recuerdo que me pregunté por qué estaría siempre tan enfadado, hasta que me percaté de su ropa empapada en sudor, su pelo chorreando, las mejillas coloradas por el esfuerzo. Yo, en cambio, iba como un pincel, estrenando camiseta y sintiéndome como un completo imbécil. “¿Deli? ¿Quién es Deli?”, le pregunté. El niño rebelde y la niña borde se miraron sorprendidos y de repente se echaron a reír con ganas. Me levanté furioso y me restregué la tierra de los pantalones con la mayor dignidad que pude y dije: “¿Se puede saber de qué narices os reís?”. “De ti. De tu cara de bobo”, me soltó la bruja con absoluta impunidad. Entonces intervino Lucas, que me explicó: “Deli es ella. Yo soy Lucas. Y tú eres el perrito de los tres matones. ¿Por qué ahora quieres ser mi amigo?”. Llevaba días preparado la respuesta, preparándome para ese momento. Tenía una misión que cumplir y me daba igual aquel par de creídos que parecían saber más que yo, más que nadie. No iba a defraudar a Jofi. Debía mantenerme en el bando de los vencedores a toda costa.

»Planté con fuerza los pies a la tierra que me sostenía y fijé toda mi atención en los ojos de Lucas, que eran almendrados y del color de la corteza. Coronaban un rostro curtido por el sol, viejo a pesar de la juventud. Parecía un chico... ¿cómo decirlo?... limpio. Creo que esa es la palabra adecuada. Desprendía orgullo, sí, y también una tremenda sinceridad. Pasaron por mi cabeza todos los ensayos, todas las estrategias. Tomé aire, abrí la boca y... me eché a llorar.

»Si eso hubiera sucedido delante de Jofi y sus secuaces el llanto se habría acallado con una buena paliza. Sin embargo, el niño rebelde me miró con preocupación, cambió el peso de un pie a otro, se mordió el labio, alargó la mano... y la posó sobre mi hombro. “Venga, no te preocupes. ¿Qué te ocurre? ¿Esos matones te han hecho daño?”, me preguntó. Yo no contesté. Lloré, hipé, moqueé. ¿Pensáis que Lucas se rio de mí, que se burló? Pues no. El niño borde que yo creía que me odiaba y al que debía acercarme solo como señuelo, hizo algo inédito en mi vida, algo que ni siquiera

ocurrió cuando tuve que velar unos años antes el cadáver de mi hermano. Ni siquiera cuando mi padre le zurraba a mi madre y los dos nos quedábamos llorando en la cocina. Ni siquiera cuando me sentía tan mal, tan pobre y tan absurdo que no le encontraba sentido a la vida.

»Lucas me abrazó. Y yo me hundí en ese recodo sereno. Y lloré sobre su hombro.

BAJO EL SOL DEL VERANO

Madrid. Domingo, 22 de marzo de 2020.

Estoy haciendo buenas migas con una de las camareras del restaurante. Resulta que, después de dos semanas, he descubierto que es más española que Cervantes, y los dos nos pensábamos, el uno del otro, que éramos de Alemania. ¡Cómo se nota que no tenemos tiempo ni de hablar! Llevábamos semanas saludándonos al entrar y salir del trabajo, mirándonos en silencio, hasta que ayer, al salir a fumar en uno de los descansos, me siguió y comenzamos a hablar.

No te lo vas a creer: se llama Lola, como tu madre. ¡Vaya ironías del destino! Es un nombre precioso así, como suena. Nada de Dolores. Lola, como La Faraona.

Lleva casi dos años viviendo aquí y ya chapurrea el alemán con mucha dignidad. Tiene el pelo rubio, rizado, y los ojos muy grandes, de color verde. Le dije que más que española parecía sueca y se echó a reír. Esa risa tan contagiosa resulta un bálsamo después de tanto llanto y tanto silencio. Pilar me dice que la invite a salir. Ya sabes cómo es. Lo que más desea en el mundo es que me case y le dé sobrinos. Está feliz, sobre todo ahora que tenemos noticias de padre. Se hospeda en Berna, con contrato fijo. Dice que en cuanto cobre nos mandará casi todo el sueldo. Como sigamos así, en un par de meses conseguiremos incluso tener ahorros, ¿te lo puedes creer?

Espero que a ti también te estén saliendo bien las cosas. A mí la vida parece sonreírme al fin. Me agarraré a esta buena suerte, vaya a ser que la pierda pronto, ya me conoces. Si todo marcha podré invitar a

Lola a cenar y la llevaré a un buen restaurante. ¿Quién sabe? A lo mejor incluso regreso a España con familia propia.

Te escribiré pronto.

Tuyo, Lucas.

Javier tiró el teléfono con rabia sobre el sofá. Miró la fecha en la parte superior de la carta: databa del año setenta y dos. ¿Qué estaba haciendo él en esa época? Se encontraba en su tercer año de carrera. La muerte de Franco asomaba por la esquina y España ya era un hervidero de activismo social, de altercados, de acciones terroristas de ETA. En el exterior, aquel año que comenzó con el Domingo Sangriento de Derry, estuvo marcado por el escándalo Watergate, por el atentado terrorista que aquel verano sacudió los Juegos Olímpicos de Múnich. Javier tenía entonces veintidós años, llevaba pantalones de campana y asistía de la mano de Deli a todas las manifestaciones de Madrid. Entonces acababan de comprometerse. Entonces no conocía el destino del amigo del que se despidió tres años antes. «Me atormentaba tanto no saber nada de ti y, sin embargo, tú te lo pasabas de lujo en Alemania conociendo a mujeres que se llamaban como mi madre».

Se levantó con furia, cogió un trapo y puso la música a todo volumen. Con la voz de Joan Manuel Serrat de fondo, cantándole al Mediterráneo que Javier nunca había visto, limpió su pequeño piso hasta que estuvo reluciente. Cuando terminó se preparó la comida, cogió una de las últimas botellas de vino tinto del armario y la descorchó.

—Por ti, pequeña Che Guevara.

Brindó frente a la foto de Deli y se bebió la copa despacio, dejando que el fruto de la uva le hiciera amargas cosquillas en la garganta, en el corazón.

Cuando salió al balcón a media tarde lo hizo con una bandeja sobre la que portaba media docena de copas y sus existencias finales de alcohol.

—¡Olé! ¿Qué celebramos? —Susana, vestida con un pijama de corazones, aplaudió con ganas; a su lado, sentada con el ordenador sobre las rodillas, Eva le dedicó una sonrisa cariñosa.

—Este hombre es nuestro héroe, ya te lo digo yo. ¿Sabes no nos queda una gota de vino en casa? Estamos ante una situación límite.

—Vamos, señor abogado —Quique y Marina le hablaron desde la derecha, los dos con ropa cómoda y rostros cansados. Desde el interior del piso se escuchaba el sonido estridente de, quizá, una película de dibujos animados—. La vieja tenía razón y el sábado fue un desastre. Alégranos el domingo al menos. ¡Necesitamos seguir escuchando la historia!

—Os lo dije —replicó la voz desde las alturas—. Os lo merecéis por ingenuos.

—¿Cuántos años te pueden caer por empujar a una señora desde un balcón, abogado?

Javier recriminó a Marina con cariño y desvió la mirada al frente, a los rostros en la lejanía, difusos pero reconocibles. Se levantaba un aire frío de finales de marzo. Lo sintió sobre la piel y le provocó un ligero escalofrío. Y soñó. Con un verano lejano. Con un sol que le regaló tantas noches en vela. Tantas marcas en el alma.

—No sé si alguno de vosotros ha estado alguna vez en Murcia —entonó, con voz pausada. A su alrededor se hizo el silencio—. Los veranos son abrasadores. Es como entrar por la mismísima puerta del infierno. Son secos, duros, veranos amargos en carne y tierra. Para mí, el verano de mis once años... fue el mejor tiempo de toda mi vida.

»Resulta curioso como, en apenas un instante, todo lo que te rodea puede transformarse y convertirse en algo completamente distinto. Deli, Lucas y yo éramos tan diferentes como la noche y el día, como el agua y el fuego. Sin embargo, aquel verano unió nuestras diferencias y nos convirtió en un solo ser indivisible y único. Único... y particular.

»Deli y Lucas sí albergaban cierto parecido. Los dos poseían mentes ágiles y respuestas demasiado mordaces para la escasa edad que teníamos. Los dos podían llegar a ser tremendamente bordes. Descubrí que su amistad nació tiempo atrás, a pesar de proceder de núcleos muy distintos: en la escala social de la hacienda, el padre de Lucas representaba el escalón más bajo. Unido a su condición de trabajador raso, se encontraban ciertas sospechas sobre la tendencia social de su familia paterna, y la sombra de la república sobrevolaba su apellido. Alguien así estaba en continua vigilancia y en constante peligro.

»Por el contrario, Deli era la niña bonita de la finca. Su familia llevaba décadas sirviendo para el marqués. Su padre trabajaba como capataz desde hacía años. Pese a su aire rebelde e inconformista, pese a ir vestida como poco más que una pordiosera cuando no estaba en el colegio, Deli pertenecía, como decían en aquellos años, a una familia pudiente. Sin embargo, pese al abismo que los separaba, Deli y Lucas conectaban de alguna forma íntima, una forma que solo les pertenecía a ellos y que, al final de aquel verano, comenzó a resultarme un tanto molesto. A aquella molestia no le encontraba explicación, claro. Son esas cosas del alma que solo el alma entiende, cosas adultas en sentimientos de niño. Era complicado entonces, y lo es ahora. El caso es que aquel verano, el verano de mis once años, la bruja, el niño rebelde, y yo nos convertimos en algo así como los tres mosqueteros.

»Un día, Deli llegó desde atrás y nos dijo: "¿Sabéis lo que podemos hacer hoy?". Lucas y yo nos sobresaltamos. Estábamos sentados en la linde mirando cómo los hombres recogían los enseres de trabajo.

El calor había convertido esa jornada en un día especialmente complicado. Lucas se hallaba de peor humor que de costumbre, exhausto, empapado en sudor. Yo guardaba silencio. Aprendía poco a poco cómo comportarme con el niño rebelde, cómo actuar en función de su estado de ánimo.

» Lucas torció el gesto y contestó: "Vosotros, que estáis de vacaciones, lo que os dé la real gana; yo, que trabajo como un burro, dormir". Se miró las manos: sus largos y finos dedos estaban cubiertos de llagas supurantes. Vio que lo estaba observando y las escondió con aire despreocupado. Pensé que Deli no insistiría, pero, obviamente, me equivoqué —aún me quedaba mucho que aprender sobre la bruja—: "Si crees que me das lástima, vas apañado. ¿No presumes de ser tan fuerte? Seguro que se te quitan las ganas de dormir cuando te cuente mis planes". Yo casi me encogí. Bajo el mandato de Deli nos habíamos pateado la finca metiéndonos en un lío detrás de otro. Traté de dilucidar qué pasaría por esa cabecita tan retorcida. Deli siempre lograba sorprenderme.

» Se acercó mucho a nosotros y sentí su aliento en mi oído haciéndome cosquillas. Miré a mi amigo, que también parecía sorprendido, y Deli dijo en voz muy baja, con aire misterioso: "Vamos a colarnos en la casa de los marqueses". "Estás como una cabra, Adelaida", le respondió Lucas con intención. Ella odiaba que la llamasen por ese nombre. "¿Sabes la vigilancia que tiene la casa? ¿Qué quieres, que nos peguen dos tiros?". Yo pregunté si podrían hacer eso y Deli me dedicó una sonrisa burlona (no sabéis cuántas de esas sonrisas me dedicó a lo largo de los años). Su respuesta fue: "Pues claro que no, bobo. Mi padre es capataz. Me he enterado de que el tuyo también". Yo desvié la mirada al escucharla. La nueva posición de mi padre era algo tabú para mí, y doloroso. Entonces replicó Lucas: "¿Y qué? De noche todos los gatos son pardos. Si nos ven, creerán que vamos a robar. No tengo ganas de morir, Deli. Ve tú con Javi". "Javi". Nadie me llamaba así. Yo era Javier o Javito. O cachorro o mascota o cualquier sinónimo de perro obediente. La palabra Javi en la boca de Lucas sonó como una caricia, como algo

íntimo. No me preguntéis. Tenía once años y sentí un cosquilleo en las tripas que confundí con hambre. Entonces resultaba fácil confundir las cosas.

»Deli pasó los brazos alrededor de nuestros hombros y se quedó en medio de los dos. Entonces nos dijo: "¿Sabéis que se escuchan voces por la noche? Uno de los guardias se lo dijo a mi padre en secreto. ¿De verdad te lo vas a perder? ¿O es que tienes miedo?". Suponía el talón de Aquiles de Lucas. Deli lo conocía bien. Él la miró con cierta rabia y ella sonrió con picardía. Y, sin previo aviso, sin que ninguno lo esperásemos... le plantó un beso rápido y fuerte en los labios.

»A ver si explico bien lo que sentí en aquel momento. Yo me encontraba fuera de la conexión que los dos mantenían, fuera de su órbita de niños mayores, de su forma de entender el mundo. Ver esa complicidad tan de cerca, ver ese beso, despertó cosas para las que no tenía nombre y para las que no tenía control.

—¿Sentiste celos? Porque deduzco que estabas algo pillado por Deli
—dijo Susana con una sonrisa, y Javier la miró con seriedad y negó con la cabeza.

—Celos... Sí, puede que fueran celos. O incredulidad o fascinación. La primera vez que ves un beso resulta extraño e inquietante. Vosotros sois la generación de la libertad. No recordaréis la primera vez que visteis a dos personas juntar sus labios porque nacisteis con ese intercambio natural. Supongo que con trece o catorce años ya os meteréis mano, aunque no quiero que me lo confirméis. Tengo una hija. No necesito saber nada del despertar sexual de vuestra generación.

»Pero estábamos en los sesenta y existía la censura. Hablar de sexo era tan impensable como criticar a Franco. Yo jamás, en toda mi vida, había visto a mi padre tocar a mi madre salvo para darle algún

bofetón. El sonido que provocaron al besarse sonó como un chasquido, fuera y dentro. No tengo otra forma de expresarlo.

»El caso es que tocar la fibra de Lucas surtió efecto. Quedamos después de la cena en la valla que separaba a los simples mortales de la imponente hacienda del marqués. Resulta que Deli había descubierto que Arturo, el guardia que se encargaba de proteger la puerta, se escabullía todas las noches para encontrarse con una de las sirvientas de la casa. Me abstuve de preguntar para qué se encontraban esos dos, porque no quise quedar como un imbécil. Pensé que sería para jugar a las cartas (recordad: once años mal cocidos). Las previsiones de Deli acertaron y nos encontramos la puerta abierta. Según ella, al guardia le podía la calentura. También me abstuve de preguntar. Entonces pensé que el hombre padecía de fiebres.

»Yo repiqueteaba como una campana mientras avanzábamos por la entrada de tierra. Estaba aterrado, como nunca lo estuve antes y pocas veces después, completamente despavorido, e iba diciendo: "Como nos pillen... Ay, como nos pillen... Ay cómo nos pillen...". Deli iba la primera con paso resuelto. Tras ella, Lucas se volvía de vez en cuando para mirarme y hacerme un gesto de aliento. Porque el instinto de Lucas era ese: llevaba la protección en la sangre, en el espíritu. En un momento dado tuvo que apreciar el pavor en mi cara, porque alargó la mano y cogió la mía. Aún recuerdo su contacto: áspero y suave a la vez. Mis dedos temblaron como si su piel transmitiera el invierno.

»De pronto, Deli se frenó y susurró: "Oh, mierda. Joder. ¿Es que no tenían otro sitio? Quería entrar por la cocina. Mierda". Me llegaron sonidos extraños, una especie de siseo, de jadeo. Sentí que me moría de miedo. "El fantasma de la hacienda", pensé. "¡Carlitos!". Me acerqué más a Lucas buscando su calor, su cobijo.

»Con el corazón martilleando bajo mi pecho, pregunté: "¿Esas son las voces que dices que se escuchan? ¿Son fantasmas?". Lucas y Deli

se taparon las bocas para ahogar las carcajadas. Deli me apartó de Lucas y me señaló el muro trasero de la imponente casa de piedra y me dijo: "Mira allí, Javito. Dime qué tipo de fantasmas son esos". Había dos figuras en una posición extraña. Una silueta que parecía la de una mujer se inclinaba hacia delante, apoyando las manos en la pared, y un hombre la apretaba por detrás con movimientos fuertes y rítmicos. Escuché gemidos y la voz femenina diciendo "¡no pares!". Me volví hacia Deli con espanto, pero ella solo dijo con aire triunfal: "Arturo y la criada". Le pregunté si no le estaba haciendo daño, a lo que ella contestó con una risita que pareció malévola (¡idiablos, que fue muy malévola!): "No, Javito. Esos jadeos no son de dolor precisamente".

»Entonces intervino Lucas: "Deberíamos irnos, Deli. Nos vamos a meter en un buen lío. Si echan a mi padre por mi culpa...". Aquellas también eran palabras mágicas para Deli. Los dos conocíamos la precaria situación de nuestro amigo. Le cogió la mano con cariño y asintió con la cabeza, justo en el momento en el que la sirvienta de los marqueses soltaba un gritito final y todo quedaba en silencio.

»Deli echó a andar y ordenó: "Venga, vamos. Otro día probaremos a ver si los amantes cambian de escenario". Pero yo no pude seguirla. Avancé unos pasos hacia un ruido cercano que me llamaba, un ruido conocido que hacía que brotara en mí la semilla del recuerdo. "Javito, ¿no me has oído? Vamos, que Arturo ya está subiéndose los pantalones. ¡Venga, bobo!".

»No la escuchaba. ¿Qué se distinguía en la tibieza de la noche? Una risa suave, un leve murmullo. Caminé a ciegas, guiado por una brújula invisible, hasta la fachada delantera de la mansión. Alcé la vista para encontrarme con la balaustrada. Era de un blanco roto, destellante por la luz de la luna. Desde allí llegaba el sonido. La sombra cruzó el balcón tan rápido que no tuve tiempo de distinguirla. El viento me trajo un nombre: mi nombre. Lo que se balanceaba pero no caía preguntaba por mí, suplicaba, pedía un auxilio que nadie pudo darle en su día.

»Lucas murmuró cuando llegó a mi lado: "Javi, ¿qué ocurre? ¿Qué ves allí? ¿Qué hay allí, Javi?". No logré decir nada. Señalé con la cabeza arriba, a la forma labrada sobre la piedra, al lugar donde ocurrió todo. Tartamudeé: "Es... Es... Carlos. Es Carlitos, mi hermano. Mi hermano....". Vi cómo la figura se alzaba sobre la barandilla, menuda y frágil, viva aún, o muerta, o quizá entre los dos mundos que no lograba abandonar del todo. Antes de caer me dedicó la última risa, el último eco.

»Alguien gritó unas palabras que no distinguí. Se trataba de una voz masculina y parecía tremendamente enfadada. Noté un zarandeo, una presión, y de repente estaba corriendo como si me persiguieran todos los fantasmas: el de la hacienda, el de mi casa, el de mi conciencia. Corría sin distinguir los límites del camino, guiado por la mano de Lucas, por su fortaleza. Corrimos hasta dejar atrás la valla de la entrada, hasta dejar atrás la silueta de la construcción recortada en la noche, hasta dejar atrás cualquier rastro de los marqueses. Solo nos detuvimos cuando nos cercioramos de que no nos perseguía nadie. Entonces nos echamos al suelo y Deli comenzó a reír frenéticamente. Lucas le gritó: "¿Qué te hace tanta gracia, loca? ¡Han estado a punto de pillarnos!". Estaba rabioso como un animal en plena caza, y ella se rio con más fuerza mientras se sujetaba la barriga y gritaba: "¿Acaso no lo habéis visto? ¡Arturo corría detrás de nosotros con la polla todavía al aire! ¡Joder, no lo habéis visto! ¡Ay, que risa, por favor! ¡Qué risa!". Pero a Lucas no le hacía gracia y le dijo: "Te reirías menos si nos hubiera pillado. Estás como una cabra, Deli. ¡Como una cabra!". Ella saltó sobre él con un movimiento felino. Se sentó a horcajadas en su cintura y le soltó un beso largo, más intenso que de costumbre. Lucas pasó los brazos por su espalda y, cuando pensé que todo se volvería demasiado extraño para mí, la apartó con delicadeza y la sentó a un lado.

»Después se incorporó muy despacio, se me acercó y me preguntó con suavidad: "¿Qué te ha pasado allí, Javi?". Yo negué con la cabeza y sentí la humedad en los pantalones. Me había meado encima. La vergüenza me acusó como una mala noticia y me levanté

notando las mejillas ardientes y las piernas temblorosas. Logré decir que me iba a casa mientras comenzaba a andar en dirección opuesta, pero Lucas se levantó de un salto y me alcanzó y me volvió a preguntar: "Javi, ¿qué ocurre? ¿Qué es lo que te ocurre?". Y yo contesté: "Nada. Nada, idéjame!". Eché a correr. Sin girarme, escuché las pisadas de Lucas siguiéndome. No me detuve hasta que la fachada de mi pequeña casa bailó delante de mis ojos. Entonces frené en seco y me quedé de pie, inmóvil frente a las dos figuras que se despedían en el camino, y escuché: "...mañana, ¿de acuerdo? A la misma hora".

»Busqué refugio en el lateral de la construcción. Sentí la presencia de Lucas a mi lado. Sin decirle nada saqué la cabeza un poco, lo justo para ver sin ser visto. Fernando, el jefe de los capataces, sujetaba a mi madre por la cintura. Ella permanecía quieta y, en mi mente infantil, me pareció que se encontraba en una posición extraña, como si fuera una muñeca de trapo. Fernando la agarró por la nuca y la acercó hasta él. Sus rostros se unieron, como los de Deli y Lucas momentos antes. El hombre que acababa de ascender a mi padre a cambio de acostarse con su mujer, se fue un poco más tarde. Vi a mi madre dirigirse con paso lento, como si le costara un mundo andar, hacia la desvencijada puerta de nuestra casa. La abrió y desapareció de mi vista. Entonces Lucas empezó a decir: "¿Ese no es...?". Era la primera vez que el niño rebelde se quedaba sin palabras. No añadió nada y yo tampoco le respondí. La crueldad no necesita justificación alguna.

»Poco a poco, con movimientos suaves, me giró hacia él. Pasó sus brazos flacos y fuertes alrededor de mi cintura y me abrazó. El silencio cómplice se enredaba en nuestros pensamientos. Lo único que me dijo fue: "Todos los adultos son unos imbéciles". Si os dais cuenta, esa frase de Lucas es sabia y atemporal. No hay una verdad mayor. Todos los adultos somos unos imbéciles. No existe réplica posible ante tal afirmación.

»Lloré en los brazos de aquel niño al que me había acercado solo porque un matón quería tenderle una trampa. No fui consciente en aquel momento, pero mientras trataba de dormir escuchando el llanto de mi madre de fondo, como una plegaria muda y desgarradora, una certeza cayó sobre mí con la gelidez de la guadaña: el verano se acababa y yo debía volver con mi grupo de amigos, de protectores, unos amigos que solo querían hacerle daño a la única persona en toda mi vida que me había dado un abrazo.

LO DIFÍCIL DE LA VIDA

Murcia. 20 de septiembre de 1962.

-Jofi se acercó a mí durante la pausa para el recreo. Acabábamos de comenzar el nuevo curso y, como siempre, sus dos secuaces lo seguían cual sombras descaradas y perpetuas: Miguel, con aquel aire de tipo duro, y Tono, masticando como si se le fuera la vida en cada mordisco. Lo primero que me dijo fue: "Vaya, vaya, vaya, mira a nuestro cachorrito... ¿Qué tal ha ido el verano, perrito? ¿Te lo has pasado bien estando solo en este cochambroso lugar?". Sentí la mirada de Lucas puesta en mí, la sentí aun sin verlo, aun separados por metros y metros de tierra pedregosa. Me encogí de hombros, tratando de mostrar indiferencia, y contesté: "Pues no. Una mierda". La palabra mierda tiene algo de poderoso: convierte a un niño bobo e inocente en un atisbo de malote. Las palabrotas siempre conceden cierta aura de malicia. "¿Y vosotros? ¿Lo habéis pasado bien?", añadí.

»No hacía falta ninguna respuesta. Jofi y Miguel se miraron con esa sonrisa tan suya. Y Tono... Tono simplemente masticaba. Jofi contestó: "No ha estado mal, perrito. No ha estado mal". Jofi me echó el brazo sobre los hombros y me obligó a girar el cuerpo. Había llegado la hora de asumir las consecuencias de mis actos: el hijo del guardia señalaba, sin ninguna duda, al objetivo tanto tiempo deseado. Continuó: "Y bien, ¿qué me cuentas sobre esa garrapata asquerosa? ¿Crees que te has podido ganar su confianza? Llevo dos meses pensando en cómo darle un escarmiento y te voy a necesitar para lograrlo". Tragué saliva. ¿Conocéis esa sensación de miedo que te produce una película de terror? Cuando la cámara avanza y suena esa musiquita... Sabes que el susto está próximo y todos tus

músculos se ponen en tensión, preparando la respuesta. Pues así me sentí yo, exactamente igual. Balbuceé nervioso algo así como: "Esto... creo que sí. Creo que... bueno, nos hablamos. No... no amigos, no tanto, pero...". Y el continuó mi frase: "Pero ¿lo suficiente como para que, si tú quedas con él en algún lugar apartado, él vaya?".

»Se trataba de una pregunta difícil. Lucas nos miraba desde lejos y sus ojos desprendían furia. Yo volvía a codearme con mis tres matones después de un par de meses de ahondar en nuestra amistad. Volvía a ser la mascota de tres imbéciles. ¿Perdería la confianza de Lucas? Por aquel entonces yo no terminaba de comprender todo lo que engloba la palabra confianza. Sin embargo, mi instinto me dijo que algo estaba a punto de cambiar para siempre.

»Yo era cobarde, pero no tonto (al menos, no del todo), así que le respondí con sinceridad: "No lo sé, Joaquín. En realidad, Lucas solo se fía de una persona. Creo que haría cualquier cosa que ella le dijera". A Jofi le pareció lo más gracioso del mundo. Se volvió hacia Miguel con una sonrisa malvada ensanchando sus gruesos labios, como un joker de mercadillo, y dijo: "Espera, espera. ¿Ese muerto de hambre tiene una novia? Increíble, ¿cuántos años tiene ese crío? ¿Tú crees que será capaz de echar un polvo?". Y Miguel preguntó con mucho interés: "¿Y quién es la novia de ese desgraciado?". Desprendía cierto brillo felino en los ojos, un poco de audacia, un mucho de depravación. Os voy a decir una cosa: Jofi era el cabecilla reconocido de aquella pequeña banda, pero Miguel... Miguel daba miedo: en el pasado como muchacho y en el presente como pesadilla.

»En un último intento de proteger a mis amigos, balbuceé: "Pues... no sé. Una... una niña. No sé". La conciencia comenzaba a pesar demasiado. El aire me gritaba un chivato en código morse. Miguel soltó una carcajada y me palmeó el hombro con más fuerza de lo necesario y soltó: "Claro, no va a ser un niño. Aunque eso sería

genial, ¿eh? ¿Os imagináis que esa rata fuera pobre y, encima, maricón? Podríamos hacerle unas cuantas cosas la mar de apetecibles”. Jofi se acarició la sombra imperceptible a la que con orgullo llamaba barba, se dirigió de nuevo a mí y añadió: “Dejarle una marca de la casa para el recuerdo. A ver, cachorro, céntrate. Mira al patio de las niñas. Solo mira, ¿eh? No queremos que vuelvas a quedarte sin colegio por nuestra culpa. ¿Quién de ellas es?”.

»Vi a Deli hablando con un grupo de niñas. Movía las manos con énfasis, exaltada en su parlamento. Presintió que la observábamos y se detuvo para devolvernos la mirada. Entonces se percató. Se percató y se alarmó porque Deli siempre fue, de lejos, la más lista de todos nosotros. Sus ojos buscaron un punto al fondo del patio, disimulando, tratando de mostrarse discreta. Jofi tampoco era ningún tonto. Se dio cuenta y dijo: “Mira, Miguel, parece que ya hemos encontrado a la novia de nuestro amigo”. Miguel se puso serio al momento y contestó: “No me jodas, perrito. ¿La hija del Felipe es la novia de esa rata? Me cago en todo. Como se la esté tirando, te juro que lo mato”. Jofi le dio una palmada tranquilizadora en la espalda y le dijo: “¡Ese qué se va a tirar, hombre! Sin embargo, lo ideal sería que te la tirases tú. Seguro que eso le encantaría a la rata. ¿Qué dices, Miguel? ¿Te atreves con la rebelde? Dicen que es capaz de morder y transmitir la rabia”. Miguel se puso un dedo en los labios y dio varios golpecitos antes de añadir: “Um, déjame que piense... Si le hago daño a ella, ¿crees que su valiente novio vendrá a defenderla? Y si acude y yo le parto las piernas a ese mamón, ¿crees que tu padre me meterá en el calabozo?”. Jofi fingió asombrarse y preguntó: “¿Cómo voy a creer tal locura? Se trataría de defensa propia. Todo el mundo conoce a la rata: un puto pobre hijo de un puto rojo. Partirle las piernas supondría un motivo de alabanza, no de castigo”.

»Miguel se puso muy serio. Yo miré a nuestro alrededor: los profesores ya avisaban del fin del recreo. Lanzó su amenaza: “La quiero a ella, Jofi. No me voy a quedar a medias. El ataque a Lucas tendrá que ser cuando yo termine. Terminar significa ‘correrse’, por

si queda alguna duda". "Sin problema, caballero", le dijo Jofi, que volvió a palmearle la espalda y después me miró. El resto de los muchachos ya entraba en clase. Lucas pasó a bastante distancia de nosotros, sin quitarnos los ojos de encima. No logré distinguir lo que veía en ellos. Desconfianza, sí, aunque también algo más: dolor, un dolor que rasgaba su iris como un rayo azota la desnudez del cielo. Entonces Jofi se dirigió a mí y me dijo: "¿Sabes una cosa, Javito? Que lo has hecho muy bien. Como aliado indiscutible nuestro tendrás tu recompensa. Elige a la que quieras, cachorrito, y te la daremos. Tienes... ¿cuántos? ¿Doce años, trece...?". Negué con la cabeza. Si hablaba, lloraría. Jofi le restó importancia con un gesto de la mano y siguió diciendo: "Bah, los que sean: edad suficiente para estrenarse. La que quieras, perrito. Y ahora, vuelve a clase. Ya te avisaré de tu próxima misión. Buen trabajo, cachorro. Muy buen trabajo". Me revolvió el pelo y me palmeó la cabeza. Por un momento pensé que sacaría una galleta y me la tiraría para que la cazara en el aire.

»Durante algunas semanas, la cosa permaneció tranquila. Traté de hablar con Lucas un par de veces, pero él me ignoraba, me esquivaba, se escabullía como un insecto ante la presencia humana. Su amistad con Deli creció al mismo tiempo que los dos se alejaban de mí: el verano pasó a ser un recuerdo tan doloroso como triste, casi irreal. Mi grupo de matones llegó a absorber todo mi tiempo entre deberes, tareas, recados en la hacienda y en el pueblo. Nunca me quejé de nada, porque la felicidad de pensar que Jofi había olvidado su venganza lo ocupó todo: mis días y mis noches, mis sueños, cada uno de los segundos de mi existencia. Incluso maceré, con un delicado mimo, la esperanza de volver a recuperar la amistad con Lucas algún día y recuperar ese verano que se escapaba de mis manos con una crueldad inconsciente.

»¡Qué equivocado estaba! ¡Qué cosas más duras me quedaban aún por aprender! Lo difícil de la vida radica en que llega un día en el que tienes que decidir. Por muy fácil que sea tu camino, por muy plácida que sea tu existencia, siempre —antes o después— deberás

tomar una decisión entre varias alternativas. Para mí, que en algún momento de aquel curso cumplí doce años, que en algún momento durante aquel curso le pregunté a mi madre por aquellas salidas nocturnas y recibí un bofetón tan fuerte de mi padre que tuve la mejilla morada durante días, también me llegó el momento de decidir. ¿Pensáis que se trataba de una decisión fácil? ¿Pensáis que era tan sencillo como elegir entre Lucas y mis tres mentores?

»Ojalá solo se hubiese tratado de valentía, pero en la Murcia y en la España de los sesenta, cada decisión podía costarte el cielo o el infierno, el sufrimiento o la calma. Maldita sea, podía costarte la vida o la muerte. Os preguntaré una cosa antes de contaros lo que sucedió durante aquel año: ¿Qué habríais elegido vosotros?

Madrid. Lunes, 23 de marzo de 2020.

—No sé qué responderte a eso. Lo que yo siento ahora mismo no tiene nada que ver con tus circunstancias de entonces. —Eva miró al suelo y negó con la cabeza—. Eso todavía ocurre, ¿sabes? No es exclusivo de aquella época. Los matones de cole campan a sus anchas con total impunidad. Siempre existirán opresores y oprimidos. ¿Qué decisión tomaría yo? Sinceramente, no lo sé. El acoso es un acto terrible, pero la pasividad lo es aún más.

—La diferencia radica en esa impunidad de la que hablas. Entonces existían ciertas clases que no conocían el castigo. Ya os he contado que el padre de Jofi trabajaba como guardia civil. —Eva asintió—. Pues era de los malos, de los que se creían dioses con su pistola y su tricornio. No os confundáis: también había guardias buenos, pero los malos podían hacer mucho daño sin sufrir ninguna consecuencia.

—Cuando tenía doce o trece años viví una situación parecida en el colegio —dijo entonces Marina, pensativa— con una matona que

atemorizaba a los más pequeños. Nadie se atrevió jamás a enfrentarse a ella. La muy bestia incluso llegó a meterle la cabeza a una cría en una de las fuentes, y faltó poco para que la ahogase. Yo lo observaba todo desde lejos, sintiéndome afortunada por no ser esa cría y sin hacer nada por temor a las represalias de la matona. Nos convertimos en espectadores pasivos de la maldad humana, ¿no?

—Creo que fue Einstein el que dijo que el mundo no se destruiría por los que hacen el mal, sino por los que se sientan a mirar cómo lo hacen, o algo así —comentó Javier. Las palabras de Marina abrían un poco más la caja de Pandora y desparramaban sin pudor el contenido. «Llegó a meterle la cabeza a una cría en una de las fuentes»—. Sí, nos hemos convertido, sin duda, en espectadores pasivos de la inmundicia.

—¡Eh, no, no, caballero! —Susana se apresuró a detenerlo cuando percibió su intención de marcharse—. Ahora no nos vas a dejar así. Necesitamos conocer tu decisión. ¿Qué camino tomaste?

—Yo... eh... yo...

Javier no deseaba continuar la narración. Lo cierto, lo que no confesaba, era que narrar esas historias, su historia, le costaba un precio demasiado alto. Cada palabra, cada secuencia, solicitaba como salario una parte de su energía, de su propio ser. Sin embargo, no tuvo escapatoria. Deli solía decirle que huir de una persona con ansias de saber es como hacerlo de un laberinto: no era imposible, pero sí altamente complicado.

Eva se metió en su piso un momento para salir después con una botella de vino y una docena de vasos de plástico. Los llenó con diligencia y los entregó a sus vecinos con enorme devoción, en un gesto casi ceremonial.

—¿En serio? ¿Beber vino en esto? —les dijo Javier con burla, mirando cómo el envase transparente se teñía de un tímido burdeos.

Eva se encogió de hombros.

—Se nota que en tus años no conocíais el botellón. Venga, señor Vázquez. Revela el misterio del matón y el rebelde.

«Llegó a meterle la cabeza a una cría en una de las fuentes». Javier bebió un largo sorbo del licor de uva: el vino sabía a conciencia amarga. A distorsión.

—Mantuve la lealtad a mi grupo de matones hasta que todo se precipitó. —Alguien le rellenó el vaso, no supo quién. Se acomodó sobre la barandilla y dejó que el alcohol enturbiara su cobarde memoria—. No contaré ciertos detalles que solo me provocarían vergüenza. Pasaron muchas cosas aquel curso. Incluso llegué a estar tan integrado con esa gente que el día de mi duodécimo cumpleaños recibí una invitación por parte de Jofi: sus padres me esperaban para cenar en su casa. Podéis imaginar mi desconcierto, y también podéis imaginar la cara de mi padre cuando se lo dije; se hinchó tanto que pensé que reventaría y dejaría el comedor impregnado de sus restos. Me dijo: “Es uno de los guardias con mayor rango, Javier. Me siento muy orgulloso de que te tengan esa consideración”. Mi padre me palmeó el hombro al decir aquello. Quedaos con ese gesto, porque fue la primera y la última vez que Antonio Vázquez metía las palabras orgullo y Javier en la misma frase. Fue la primera y la última vez que me miró con algo parecido al cariño.

»En realidad, los padres de Jofi se parecían bastante a los míos. Su madre miraba al suelo, sonreía sin un atisbo de ilusión, dos bolsas negras hundían unos ojos que quizá en otras circunstancias, en otro siglo, habrían sido bonitos. Su padre era... Jofi. Más alto, con menos pelo y una barba de verdad.

»Cenamos en un trémulo silencio. El hombre nos preguntaba con disciplina militar y nosotros respondíamos de la misma forma. Me sorprendió la actitud de mi mentor: cabizbajo, sumiso hasta la médula. Recuerdo que en algún momento de la noche se nombró a

Deli —Adelaida, como la llamó el padre de Jofi—, y en algún momento también salió a relucir el padre de Lucas. “El republicano”, remarcó el guardia con sorna. O quizá dijo “la rata republicana”. Ambos, Jofi y progenitor, coincidieron en que Lucas y su amiga “la libertina” merecían, cuando menos, el exilio. Creo que también se nombró algo de la muerte con honra. Y de la patria. Se hablaron demasiadas cosas... y yo era demasiado joven para entenderlas todas.

»El caso es que cenar con la familia más importante de la hacienda, a excepción de los marqueses, me convirtió en algo parecido a un Dios, pero, como ocurre con todos los fanatismos, muchos de los chavales me admiraban y un altísimo porcentaje me odiaba a muerte. Durante semanas, apenas volví a cruzar más que un par de miradas frías con Lucas... hasta que llegó el momento. El curso terminaba, volvía el verano y Jofi ansiaba su venganza con un hambre atroz, como el león que después de días sin comer sabe que tiene un bocado seguro. Y ese bocado... debía servírselo yo.

»Nos encontrábamos a finales de mayo. El calor tocaba a nuestras puertas y caldeaba el ambiente: nada provoca más tensión que un sol que no perdona. El fin de curso desprendía buen ambiente y en la finca se notaba: el NO-DO nos llenaba de imágenes sobre la apertura de España al exterior, la creación de empleo, el crecimiento de la industria y el turismo, que comenzaba a llegar a nuestro país como una flora exótica y nunca vista hasta ese momento. Es como llevar años sin comer y que de repente te pongan un plato de patatas. Sí, solo son patatas, pero ya es mejor que el plato vacío. La miseria se calma con poco. Es lo triste de haber conocido la pobreza.

»En medio de ese clima de exaltación, Jofi decidió perpetrar su venganza antes de las vacaciones de verano. Deambulaba ansioso, excitado; incluso un par de veces lo vi pelearse con Miguel a gritos. Sentía un deseo atroz de hacer daño y nada iba a detenerlo. Gozaba de una impunidad absoluta y a veces me he preguntado qué lo detenía realmente para no cometer todas las atrocidades que debían

pasar por su oscura cabeza. Es mejor no saberlo. Las maldades humanas son muy antiguas y yo muy viejo para comprenderlas.

»La cuestión es que me utilizaron sin que opusiera resistencia. Debía tenderle una emboscada a Lucas y servírselo a mi trío de matones como si fuera una ofrenda. Lo difícil consistía en acercarme de nuevo a él después de tantos meses sin hablarnos. Le di vueltas durante varios días hasta que el propio Lucas me brindó la oportunidad. Se acercó a mí una mañana después del colegio. Acompasó nuestros pasos y me miró con ese desafío que yo conocía tan bien, con un desprecio casi palpable. Después de lo que habíamos vivido el verano anterior, escocía, vaya que si escocía. Me llamó y se giró hacia atrás para asegurarse de que no nos escuchaba nadie. Tenerlo tan cerca me provocó una reacción extraña. Estaba más alto y más formado y tenía la piel morena de trabajar bajo la crudeza del sol, con los brazos fuertes y los ojos repletos de furia. Habló para herirme. Y después hurgó en la herida, porque la rabia necesita destilar, defenderse. Entonces me dijo: "Dicen que uno de tus amigos está molestando a Deli. Ella no dice nada, porque ya sabes cómo es, pero le da algo de miedo. Se lo ha encontrado un par de veces yendo sola". Contesté sin pensar: "Deli nunca va sola. Siempre va contigo". Al momento me di cuenta de la absurdidad de mis palabras. Lucas alzó la ceja y no contestó. Casi parecía un ridículo ataque de celos. Añadí: "Además, Miguel no le hará nada. Le gusta, sí, ¿y qué? ¿Acaso no es normal que a los chicos nos gusten las chicas?". Su respuesta fue: "¿Nos gusten? ¿Tú también vas detrás de alguien, perrito?". Ahí estaba la crueldad merecida, insuficiente. Lucas frunció los labios, como si a pesar de su suficiencia al hablar algo en su pregunta le molestase. Así que seguí la marea, sin saber muy bien hacia qué orilla me arrastraba. "Pues sí. Y ella va detrás de mí. En realidad, ya lo hemos hecho", le dije. Yo no tenía ni idea de qué significaba esa expresión: se trataba de una frase recurrente de mis tres mentores. Pasaron unos segundos más secos que el día que nos acunaba hasta que Lucas se detuvo para mirarme de frente, al fin, y me dijo: "¿Hacerlo? ¿Qué coño quieres decir con eso?". Me envalentoné y contesté: "Pues ya sabes. Lo que

hacen los novios". Sin embargo, Lucas no reaccionó como yo esperaba. Primero mostró sorpresa, después... se echó a reír y respondió: "Por supuesto, perrito. Cuando sepas de lo que hablas ya me cuentas lo que hacen los novios y las novias. Hasta entonces vete a casa a que mamá te cambie el pañal. Eso si la encuentras, claro... Lo mismo se ha ido a dar una vuelta con el jefe de los capataces". No existe definición posible para el dolor que me provocaron sus palabras. La rabia de Lucas, su miedo inconfesable, actuó como un resorte, a traición, sabiendo dónde atacar, cómo provocar el mayor daño. Hace poco escuché una frase en una película que me llamó la atención, sobre todo porque la peli es una de esas americanadas de las que no se puede sacar nada bueno. Decía que el problema de poner tu pie sobre el cuello de un tigre es que nunca puedes volver a levantarlo. El niño rebelde era un tigre al que la vida y nosotros tratábamos de poner cadenas, y entonces dejamos las llaves a su alcance.

»No me quedó más remedio que responder a la maldad con maldad, sin pararme a pensar que el comportamiento de Lucas respondía a un miedo visceral y profundo: miedo por la amenaza de vivir con un hombre señalado, miedo por esa hermana a la que debía proteger, miedo por los más pequeños del cole a los que se veía en la obligación moral de cuidar, miedo por el hambre, por la miseria, miedo por todo lo que representaba su vida. Yo no pude recapacitar: su mensaje me había dañado hasta los huesos y arañaba las compuertas de una vergüenza silenciosa. Entonces, salió un ser terrible de mi interior que lo destruyó todo a su paso. Salieron estas palabras: "Van a tenderle una trampa a Deli para que se quede a solas con Miguel. ¿Eso era lo que querías que te dijera? Pues ya lo sabes. Miguel y Deli sí que harán cosas de novios, así que si te surge alguna duda de cómo hacerlo... tendrás a quien preguntar".

»Iba a darme la vuelta cuando me cogió del brazo. Al mirarlo, llegó el derrumbe. Me vine abajo como un castillo de naipes y el desprecio tomó el lugar de la decadente furia. Los ojos de Lucas se abrían como platos. Mostraban pavor, un miedo sincero por su única amiga,

por la única persona de la finca que no lo juzgaba, que no quería verlo lejos de allí. Se acercó tanto a mi cuerpo que logré distinguir las motas doradas que bailaban en su iris castaño. Su mirada pintaba el universo infinito. Me preguntó: "¿Dónde? ¿Cuándo?". "Esta noche. Cerca del pantano. No se te ocurra interrumpirlos. Deli también tiene derecho a pasárselo bien, ¿no crees?". Con estas palabras terminé mi función. A fin de cuentas, nadie ganaba en aquel juego.

»Para Jofi, aquello supuso un auténtico regalo. Me jaleó como a un dios griego y lo preparó todo con el cuidado de hacerme partícipe de cada detalle, de cada maldad. Por la noche, los cuatro matones esperábamos al salvador de Deli en el pantano situado en una zona a las afueras de la finca. La figura apareció por el camino recortada en negro sobre azul saliente. Lucas iba solo. No portaba nada más que su ropa vieja y aquel orgullo tan férreo que lo acompañó durante años. Observé con atención a mis acompañantes. Jofi salivaba como un perro rabioso; Miguel parecía indiferente, con las manos metidas en los bolsillos y una expresión de aburrimiento; Tono se apoyaba contra la linde de tierra, fatigado por la caminata. No quiero imaginar el aspecto que tendríamos desde lejos. No quiero pensar que yo me encontraba entre ellos esa noche de luna avergonzada. Pero estaba allí, de pie, recto, como cuando el maestro nos preguntaba la lección, con mis pantalones recién comprados, mis zapatos nuevos, mi blusa de algodón impoluta. Todo pagado por el jefe de los capataces y el llanto de mi madre. Lucas llegó a nuestra posición y nos miró con sorpresa. Le bastó un segundo para entender, porque Lucas, su daño, conocía más del mundo que cualquiera de los habitantes de esa hacienda. Le bastó un segundo para odiarme. Con todo el rencor que puede sentir un chico de trece años demasiado viejo para una existencia tan breve.

»Lo difícil de la vida resulta asimilar lo que uno es y lo que puede llegar a ser. Hay que conocerse y entenderse, y debemos ser conscientes de que todos albergamos una parte cruel. Sí, todos, hasta el ser más puro puede sentir malicia. Hasta el ser más malo

puede sentir bondad. No nos desvestimos en negros o blancos: somos una paleta de tantos grises que sería imposible definirlos todos.

»Aquella noche, bajo una plata acusadora, Jofi sacó una navaja y desvistió a Lucas.

Yo miré hacia otro lado. Aquella noche le hicieron cosas a Lucas que nunca diré en voz alta. Y yo miré hacia otro lado. Lloré mientras él forcejeaba y se resistía. Lloré mientras lo llevaban al pantano y lo lanzaban allí como si fuera un muñeco roto. Entonces, cuando los matones terminaron su venganza y pasaron por mi lado con andar tranquilo e inconsecuente, uno de ellos, no recuerdo cuál, se acercó a mi oído y me susurró: "Así me gusta, perrito, que aprendas a llorar para adentro".

»Los vi desaparecer por el camino. Aún recuerdo esa imagen, tan vívida como si la tuviera delante en este momento: las tres sombras fundiéndose con el negro de la noche, y ni uno solo se volvió para ver el infierno que abandonaba.

»Dejé de llorar y corrí. Corrí como si yo fuese el diablo que había campado a sus anchas esa noche por la baldía tierra de una hacienda maldita.

LAS COSAS QUE SE ROMPEN CON UN CRUJIDO

Madrid. Lunes, 23 de marzo de 2020.

-¿Murió? ¿Lucas murió? —La voz de Eva lo devolvió a la realidad. Al girarse para mirarla comprobó que tenía el rostro blanco como la cera—. ¿Cometisteis un crimen? Pero tú... tú... eres abogado. Eres... abogado...

—Lo dices como si eso te eximiera de ser un delincuente.

—¡No! ¡No, joder, pero...! Se trata de un asesinato. Por mucho que fuera una época dura, ¡es un asesinato!

—No, Eva, Lucas no murió. Al menos no en cuerpo.

Javier se alejó de la barandilla y se desperezó para activar sus articulaciones atrofiadas. Se encontraba extenuado, así que esperó a que sus oyentes se despidieran. Sin embargo, nadie movió un solo músculo. Escuchó la tos de Pepa y un ligero «madre mía» murmurado por alguna de las chicas. Supo, en ese preciso instante, que nadie se movería de allí: todos formaban ya parte de la historia. Él había comenzado y no existía fuerza humana que lograra contenerlo.

—Si os soy sincero, no sé ni cómo logramos sacarlo. Alerté a uno de los guardias que hacía la ronda por la finca. En apenas unos minutos se juntó en el pantano una docena de personas. Yo no dije de quién se trataba: arriesgarme a confesarles que era Lucas suponía correr el riesgo de que no quisieran rescatarlo. Me inventé la milonga de que había visto a alguien saltar al pantano y supongo que el recuerdo de la muerte de Carlos sirvió como detonante. No se

necesitaban más escándalos en la hacienda de los marqueses, de modo que todos se dejaron la piel en sacar a Lucas, que después de expulsar algo así como dos o tres litros de agua, abrió los ojos... y me miró. A pesar de que lo rodeaban un puñado de hombres, os prometo, y no estoy mintiendo... que él me miró a mí, solo a mí.

»Son esas cosas que se rompen con un crujido, y aquella noche se rompieron demasiadas. Habría jurado que incluso hicieron ruido, como cuando un jarrón cae al suelo, como el vaso que se estrella y se hace añicos. Lucas estaba desnudo, tiritando, lleno de moratones y arañazos. Herido por dentro y por fuera. Verlo así, tan indefenso, tan asustado, temblando como enero ante las nevadas, me rompió el corazón en trozos tan pequeños que nunca he podido volver a recomponerlos del todo. Me quedé allí, gritando sin voz, mientras los hombres lo levantaban para llevárselo y alguno murmuraba con cierta burla que era «demasiado jaleo para salvar al hijo del rojo». ¿Creéis que alguien le preguntó por lo sucedido? Pues no, ni aquella noche ni las que le siguieron. Nadie supo nunca, o nadie quiso saberlo, por qué Lucas se encontraba en el agua esa noche y por qué yo, el hijo de uno de los capataces, alertó de la situación. Nadie dijo nada, nadie abrió la boca, ni cuando terminó el curso sin que Lucas regresara al colegio ni cuando Jofi y sus secuaces se despidieron hasta septiembre ni cuando llegó el verano y el letargo prófugo que siempre lo acompañaba.

»Nadie preguntó. Nadie contó y ni siquiera se molestaron en inventar versiones. El recuerdo de lo sucedido se convirtió para mí en una sombra oscura más. Otro fantasma. Como el del hermano que saltó de un balcón, como el de aquella familia rota, como el de los silenciosos muros de la casa. Una lacra. Una astilla en un corazón revestido de madera podrida.

»Lucas no empezó el nuevo curso. Ese año sería también el último para dos de mis matones: ni Miguel ni Jofi podían repetir más. Ellos le restaban importancia. Jofi iba para guardia civil y Miguel se

marchaba a Zaragoza, ciudad natal de su madre, para trabajar con su tío en un taller de vehículos.

»Hablábamos en el recreo, apoyados contra el muro que separaba los dos patios. Jofi le preguntó a Miguel: "¿Desde cuándo te interesan a ti las tuercas y los motores?". Miguel se encontraba frente a nosotros. Con la vista fija en la zona de las chicas, en Deli, contestó: "Desde nunca. ¿Qué otra cosa quieres que haga? ¿Acaso no te das cuenta de que nos echan del colegio, Jofi?". A lo que Jofi respondió: "Te echarán a ti, imbécil. Yo lo dejo para ser guardia civil". Pero Miguel no estaba conforme con la respuesta y le soltó: "Dirás para que tu papá te compre el puesto". Jofi le lanzó una mirada furiosa, pero no replicó. Dos leones solo se pelean por el territorio y por el control de una manada, y a ellos ya no les quedaba nada por lo que luchar allí.

»De pronto cambiaron de tema. Jofi señaló a Deli con la cabeza y le dijo a su compañero: "Te vas a ir sin tirártela". Miguel soltó una risotada antes de decir: "Eso que te lo crees tú. He tenido paciencia porque quiero que sea mi último acto en este lugar de mierda, algo así como mi obra final". A Jofi le brillaron los ojos con ese brillo que yo conocía tan bien y que daba miedo, y contestó: "¿En serio? ¿Te vas a atrever, al fin? Venga, no seas malo. ¿Cuándo tienes pensado hacerlo?". Miguel repuso, enigmático: "A final de curso. Una emotiva fiesta de despedida". Jofi asintió con solemnidad y le ofreció: "Si necesitas ayuda solo tienes que pedirlo. Aunque sigo sin entender por qué te gusta la más fea del colegio". Miguel me guiñó un ojo y dijo: "Mira quién habla. ¿Les has dicho al gordo y al perrito quién te la pone dura estos últimos tiempos?". Y Jofi: "Se trata de una presa más difícil de conseguir. Dicen que el padre no la deja ni a sol ni a sombra. Y ahora tiene también al hermano de perro custodio". Sin dejar de masticar, Tono preguntó: "¿De quién habláis?". Resultaba extraño oír su voz. Si hago memoria, creo que en realidad esa fue la primera vez que lo escuché hablar. "De la hermanita mayor de nuestro niño rebelde", respondió Jofi.

»Me tuve que contener para no pegar un brinco. Por lo poco que sabía de Pilar, la hermana de Lucas poseía algún tipo de carencia, un defecto del que nadie conocía gran cosa. Contaban que pensaba como una niña pequeña y no podía valerse sin ayuda. Hoy en día seguro que no tendría la más mínima importancia. Entonces, debido a la enorme ignorancia colectiva, se referían al déficit que tuviera con esa palabra: defecto.

»Con gran esfuerzo logré articular: "Pero esa niña... está malita, ¿no?". Yo la tenía más que vista: solía llevarle la comida a Lucas y a su padre cuando estaban trabajando. Era una chica bonita, delgada, de pelo castaño y ojos alegres. Nunca le encontré ese defecto del que los mayores tanto hablaban. Jofi me revolvió el pelo y me dio una palmada antes de decirme: "Es guapa. Me gustan sus hoyuelos. Y te aseguro, cachorro, que lo que tiene entre las piernas no está malito. Todos son iguales: con pelo, calientes y babosos como un caracol". Miguel se rio, me pasó un brazo por los hombros y me informó: "No te creas nada de lo que te dice, Javito. Jofi nunca consigue que se les ponga baboso". "¿Y cuándo se les pone baboso?", preguntó Tono, expectante. La segunda y última vez que oí sus palabras.

»Me alejé de la conversación porque mis pensamientos saltaron del acantilado y cayeron hacia la oscuridad eterna. La idea me acompañó el resto de la mañana y por la tarde, mientras ayudaba a mi madre con las compras. Me acompañó durante la silenciosa cena y después, ya acostado, con la sábana cubriendo mi menudo cuerpo y las arañas invisibles de la nostalgia trepando los muros de una alcoba rendida. Mi pensamiento se convirtió en un rezo de penitencia muda: «Le va a hacer daño como a Lucas. Le van a hacer daño como a Lucas». Conocía bien a Jofi, aún más a Miguel. Nunca fueron de farol, nunca. Ni una sola vez cejaron en su empeño por hacer lo que les daba la real gana.

»Así que me transformé en lo imposible. Yo, cobarde hasta la médula, decidí que después de mi comportamiento con Lucas,

después de mi crueldad, salvar a Pilar sería la única forma de redención posible. A pesar de mi torpeza, intuía que Lucas adoraba a su hermana. Son esas cosas que se ven, que se palpan incluso en el aire. De modo que tomé la decisión esa noche, entre el eco de mi madre ausente y mi padre verdugo, de imponerme juicio y castigo a través de la protección de aquella niña que siempre desprendía luz.

»Podéis pensar que se trataba de algo sencillo, pero nada más lejos de la realidad. Ya sabéis cómo se las gastaba mi trío de matones. Proteger a Pilar suponía ponerme a mí mismo en un grave peligro. La traición para Jofi se pagaba con un precio inasumible. Sin embargo, no me importó. No existe nada más poderoso en el mundo que una férrea determinación. Mueve montañas aún no nacidas. Reíos de mí, pero me convertí en un espía digo de una peli de James Bond. Vigilaba a mis matones y a la chica durante todas mis horas libres. Controlé movimientos, fiscalicé palabras, busqué como el carroñero entre la muerte cualquier tipo de información sobre sus planes. Hasta que llegó el momento de actuar. El fin de curso se aproximaba y yo ya conocía el lugar y la fecha planeada por Miguel y Jofi. Me armé del escaso valor que albergaban mis trece años recién nacidos y tomé la iniciativa. ¿Pensáis que no fue nada extraordinario? ¿Que cualquier otro habría actuado igual? No tenéis ni idea. Lo que hice aquel día es la segunda cosa, escuchadme bien, la segunda cosa de la que me siento realmente orgulloso en mi vida. Si os preguntáis cuál es la primera diré que está a bastantes kilómetros de aquí, que se llama Lola y que tiene la misma mala uva que la madre que la parió.

Logró finalizar la narración cerca de las dos de la mañana, pese a los ruegos de sus vecinas para que continuase. El cansancio trasmutaba en una losa severa y rígida que se le clavaba entre el coxis y el cuello, entre las costillas y el corazón. Se despidió de sus chicas y entró en el piso con paso fatigado. Con un mundo en cada hombro.

Con una luna pendenciera dando vueltas en su tortuoso pensamiento.

Se puso el pijama ignorando la imagen que le devolvía el espejo. Sabía que ese hombre lo miraría con lástima y le haría daño. Javier odiaba que lo compadecieran, de modo que cogió el teléfono y abrió la notificación pendiente. Cerrando estímulos. Preparándose con un escudo de contención fingido.

Cartas desde ninguna parte.

Quizá no debería contarte esto, porque ya me conoces y las cosas de la intimidad me dan bastante vergüenza. Nunca fui tan resuelto como Deli, aunque creo que a ti te ganaba por goleada. No te lo tomes a mal. La inocencia es un bien que por desgracia escasea.

Lola y yo nos hemos acostado juntos por primera vez. Ha sido bonito, aunque resulta difícil explicarlo. Pensé que sería un desastre, pero Lola es tan cariñosa como paciente. Al terminar, me ha dicho un «te quiero» de los que se clavan en el alma, sin forzarlo, de forma totalmente natural. Sé que aún no nos conocemos mucho, sin embargo, el cariño fluye entre nosotros. Lola es todo cuanto yo hubiera soñado tener jamás. Te aseguro que voy a dejarme la piel para que esto funcione y que algún día podamos regresar a España como marido y mujer.

Ahora llega la parte difícil. Es muy duro volver a hablar de ella, pero, si puedes, dile a Deli que la recuerdo. Mucho. Cuando veo las imágenes de España por televisión, cuando observo esas manifestaciones, la gente en la calle, las proclamas, las protestas, la imagino con el brazo en alto, enfrentándose al Régimen, gritando por los derechos, por la justicia. Después de tanto tiempo me gusta imaginarla así: con sus pantalones, su pelo corto, su eterno gesto de enfado; como un torbellino imparable, arrasando al mismísimo caos.

Espero que sea todo cuanto quería ser. Lo deseo con todas mis fuerzas.

Poco más que contarte. Aquí las cosas van bien. Consigo ahorrar y poco a poco chapurreo mejor el idioma. Este es un buen país para vivir, Javier. Se respira libertad y derechos. La gente opina sin temor, no se anda mirando por encima del hombro. No sé, a veces pienso en qué habría pasado si tú... Lo siento. Me pongo sentimental cuando me acuerdo de España. La vida nos sonríe a ambos: trabajo, dinero y amor.

Ojalá algún día puedas conocer a Lola. Seguro que los cuatro seremos grandes amigos.

Te escribiré pronto.

Tuyo, Lucas.

Los sentimientos se complican cuando el fuego es cruzado y, para Javier, aquel día resultaba una batalla sin tregua. Un puñado de horas estiradas por encima de sus posibilidades. La fatiga le oprimía el pecho e impedía que la sangre circulara con normalidad, y durante unos segundos solo vio motas de polvo riéndose en la cornisa de su mirada.

A tientas, humedecido por un llanto que se negaba a salir al escenario, marcó un número de prefijo extranjero.

—¡Papá! ¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo? —La voz de Lola sonaba con un punto de ansiedad, el justo para ser controlado, el justo para ser evidente.

—No, no. Tranquila, hija. Solo necesitaba... yo...

«Lola es todo cuanto yo hubiera soñado tener jamás. Ojalá pudiéramos regresar a España como marido y mujer».

—Papi, háblame, me estás asustando. —Javier escuchó a un hombre de fondo hablar en inglés, apenas un murmullo entrecortado entre sus propios sollozos y la angustia de una hija—. Papá, idime algo!

—Estoy muy orgulloso de ti, pequeña. ¿Te lo he dicho alguna vez? — consiguió articular, con la voz entrecortada.

«Lola es todo cuanto yo hubiera soñado tener jamás».

—Un montón de veces, papi —repuso ella algo más calmada—. Hasta cuando he sido un auténtico desastre. Por eso te adoro. ¿Te lo he dicho alguna vez?

—Un montón de veces, hija. Hasta cuando he sido un padre de mierda. —Su risa ahuyentó los demonios, como el hechizo de la bruja más poderosa del universo.

—Papi, tengo que ir al hospital. ¿Seguro que no ocurre nada? ¿Quieres que William se quede un rato más hablando contigo?

—Hija, te quiero, pero no sometas mi cariño a una prueba tan dura.

—Pues que sepas que cada día me doy más cuenta. Cuando ocurren situaciones así, conoces a la gente de verdad, y él es todo cuanto yo hubiera deseado tener jamás.

«Lola es todo cuanto yo hubiera soñado tener jamás».

Javier se secó las lágrimas. Trató de secarse el alma, aunque el alma se sentía tranquila bajo la lluvia. Sonrió a la nada.

—Pero no se lo digas ¿eh? Que el halago muchas veces debilita. No vaya a relajarse el americano.

—Te quiero mil abriles, papá.

—Y yo dos mil, Lola. —Su hija colgó y él, doliente y dolido, se quedó un buen rato más con el teléfono pegado en la oreja—. Y yo dos mil.

Aquella noche, el zarpazo del sueño fue inclemente. Visualizó entre neblinas de irrealidad a una chiquilla joven de pelo castaño y rizado que agarraba la mano del Lucas que él recordaba: el muchacho de dieciocho años vestido con orgullo y ropa vieja. Dedicándole una sonrisa burlona, Lucas le presentaba a la muchacha como su esposa, como su amor. Ella lucía una barriguita ya bastante abultada y desprendía la luz de la estrella más desafiante. Deli agarraba del brazo a Javier y, en un momento dado, las dos mujeres se apartaron y los dejaron solos. Solos en las ciénagas del subconsciente.

«—Es todo lo que he soñado jamás —le dijo Lucas, con el rostro iluminado por la ilusión. Al momento, su mirada se tornó del color de la sangre y de sus mejillas se abrió una carne viva como la más viva de las cicatrices, dejando a la vista músculos y huesos, y cientos de arañas que movían sus patas sin contención ni vergüenza—. Todo lo que he soñado jamás.

—¡Lucas! ¡Lucas, no!

Javier trató de llegar hasta su amigo, pero las arañas le cerraban el paso custodiando cuerpo y espíritu, acompasando latidos, rasgando la piel, colándose entre la boca, la nariz y los remordimientos.

—Todo lo que he soñado...

—¡No! ¡Ayuda, ayuda, por favor!

Corrió hasta las mujeres en un acto inútil. Ellas, ajenas al espectáculo, ajenas a la existencia que tuvo y perdió, contaban otra historia, quizá en un sueño distinto, quizá en un despertar

demacrado. Y Lucas se desvaneció ante sus ojos, desvencijada su osamenta por la osadía de los insectos, podrido por dentro y por fuera, supurando años, los años que se arrancan de raíz para dejar un campo donde ni siquiera se pueden plantar minas.

—Todo lo que he soñado... jamás...».

Despertó empapado en un sudor frío que ni siquiera merecía. Temblaba como un niño ante el abandono de la madre que lo alimenta y veía pasar una y otra vez una secuencia sin voz, articulada en gris sobre negro, vertiéndose impávida sobre la piel de un amigo que nació y murió entre sus dedos. Entre sus mentiras.

El timbre sonó como un disparo a bocajarro y tanteó la insolente oscuridad para dar con el teléfono que descasaba en la mesilla.

—¡Diga! —rugió con brusquedad. Sentía la lengua espesa y un sabor ácido anidaba con descaro en el cielo de su boca.

—¿Javier? —Al escuchar la voz de la mujer se alertó de inmediato y se despejó de golpe, como si en vez de una llamada hubiera recibido un cubo de agua fría sobre la cabeza.

—¡Irene! Dime, dime. Perdona, es que acabo de despertarme.

—Oh, lo siento. No pretendía molestarte, pero pensé que querías saberlo. A Lucas le ha dado un infarto. —Las arañas. Las arañas chillaban en algún rincón de la alcoba. Del espacio. Javier se mordió el labio hasta sentir el sabor de su propia sangre—. Lo trasladaron al hospital hace una hora. Aún no sabemos nada, aunque los médicos dicen que hemos actuado rápido y eso siempre es bueno.

Javier dejó caer el teléfono despacio en la cama. Aún escuchaba la voz de Irene al otro lado cuando se levantó y anduvo unos pasos, conmocionado. Se tocó la cara, los ojos, el pelo. Se habría metido la

mano hasta el interior del pecho solo para comprobar que su corazón seguía allí, latiendo sin que lo mereciese.

Volvió a coger el teléfono minutos después, siglos después. La mujer, claro, ya no estaba hablándole a la nada. Sin embargo, tenía un mensaje, una sentencia: «Se encuentra muy grave. Intentan estabilizarlo, aunque no han podido decirnos gran cosa. Yo debo volver a la residencia. Te paso el número de su hermana por si quieres saber algo más. Lo lamento. Lo lamento mucho».

—¿Y tú por qué diablos lo lamentas? —le gritó al teléfono, desquiciado—. ¿Tú qué sabes de él, de mí, de nada? ¡¿Por qué tuviste que llamarme, que mandarme esas malditas cartas?! ¡¿Por qué abriste la jodida puerta?!

Tiró el móvil con todas sus fuerzas contra la fotografía de la pared. Los dos se hicieron añicos: los cristales que contenían pasado y presente se esparcieron por el suelo con un quejido casi culpable abriendo huecos entre la maleza de sus dudas, regando un desierto seco durante demasiados milenios.

Javier alzó la mirada para encontrarse, dispersa entre sus lágrimas, la sonrisa de la mujer con la que un día decidió compartir vida y miserias. Ya no le pareció una sonrisa hermosa. Deli se reía de los fantasmas que una vez soltaron para que anidasen en rincones inertes.

EL DÍA QUE TAMBIÉN FUÍMOS HÉROES

Madrid. Martes, 24 de marzo de 2020.

El poder de la tormenta radica en su inicio, en el ruido que la acompaña. El poder de la tormenta es saberse conocedora del ritmo y el compás que marcan sus versos, columpio de promesas perecederas.

Tras la tormenta de la mañana, la lluvia dejó a Javier un ligero sabor a salado y la urgente necesidad de escuchar la voz de sus compañeras de encierro, de sus compañeras de vida. Salió al balcón antes de tiempo, sintiendo aún los estragos de una pesadilla resucitada en cada uno de los restos que descansaban en el cubo de basura, en la llamada sin respuesta, en el mensaje que anunciaba palabras negras, como antaño lo hicieron los cuervos.

—Tengo un gran problema encerrado en un espacio muy pequeño.

—Javier sacó, como un mago primerizo tratando de impresionar al público, el amasijo de cristal que pretendía ser su teléfono—. ¿Qué hago yo ahora con esto?

—Tirarlo, es evidente —respondió Eva de inmediato. Estaba sola en su espacio de vivienda, vestida con un pijama de verano y con el pelo cayéndole libre sobre la frente—. Joder, Javito. ¿Acaso se te ha caído veinte veces de las manos?

—¿Sabéis si las tiendas de telefonía abren? —preguntó él, agobiado. Miró a Marina y a Quique, que lo observaban con cierta lástima. Ambos negaron con la cabeza—. No puedo quedarme sin teléfono. ¿Cómo hablo con mi hija?

—Pues por Skype —respondió Eva de inmediato.

—¿Por qué?

—A ver, espera. Creo que Susi tiene... Mmm... ¿Tu teléfono es libre?

—Nunca lo he llevado con cadenas.

—Javier... no. No, en serio. —Eva lanzó una risita y se metió en su casa para volver a salir con un móvil diminuto que aparentaba todos y cada uno de los años que debía tener.

Tras asistir a varias operaciones manuales, como testigo absorto de una generación que nació con una sabiduría tecnológica imposible para él, Javier observó con alivio cómo el viejo teléfono de su vecina se iluminaba y aparecía su agenda de contactos.

—No es gran cosa, pero para charlar con tu hija sirve.

Eva terminó de hablar cuando comenzaron los aplausos. Al acabar, los acordes de una guitarra española sonaron en el edificio de enfrente y llenaron la calle de nostalgia y de una bruma invisible que, aun así, los envolvía. Como la caricia que se pierde en la mano antes de ser dada. Como el «te quiero» que muere en los labios dejando un regusto a vino barato y mentira.

—Javier, tienes mala cara —dijo Quique, preocupado—. Deberías descansar. Deja la historia para mañana. Por desgracia, ninguno de nosotros tiene planes a corto plazo.

—Bueno, yo tengo algunos planes para esta misma noche —respondió Marina, que pellizcó con cariño la cintura de su marido y le plantó un beso fugaz en los labios, un beso robado con consentimiento.

Javier notó ese bocado en las tripas. El mordisco del lobo sin manada. «Es todo cuanto he deseado jamás».

—Si no te encuentras bien, Javier, por supuesto, lo dejamos para mañana —dijo Eva con desilusión.

El silencio hizo un tímido intento de bailar con ellos un vals sin música hasta que la voz lo interrumpió con saña.

—¡Qué va a dejar para mañana! ¿Y si me muero esta noche? ¡Cómo se nota el egoísmo de los jóvenes! —La indignación de Pepa los bañó desde las alturas—. Yo no me voy a quedar con las ganas de saber si lograste proteger a esa niña, la hermana del otro. La... ¿cómo demonios se llamaba? Pili, ¿eso? La pobre Pili que tenía un defecto. ¿Qué defecto? ¿Era coja, tuerta, bizca? ¿De derechas? ¿Qué le pasaba a esa criatura?

Javier hizo memoria. El rostro de Pilar se mezclaba con cuarenta años de olvido y de férrea disciplina por mantener alejado cualquier indicio de recuerdo, hasta que logró visualizar, tejer con mimo los puntos sueltos de aquella época. Pilar y sus mejillas rosadas, su pelo castaño, su mirada limpia.

—¿Qué defecto tenía? Para mí ninguno. No sabía leer y contaban los viejos que apenas hablaba. A veces se quedaba mirando al vacío, perdida en algún lugar al que los demás no podíamos acceder. ¿Qué defecto tenía? Ninguno. Para mí se trataba de una muchacha más, para Lucas... era toda su vida.

»Lucas perdió a su madre al poco de nacer él. No la recordaba, nunca la conoció. Su padre trabajó siempre de sol a sol y la única persona que lo cuidó durante años fue aquella niña con ese defecto inexistente que, para estar «malita», como yo escuché decir a menudo, se encargaba de limpiar, cocinar, atender a su hermano y a su padre. Pilar dejaba un rayito de luz allí por donde iba. Desprendía un olor agradable, a pan y hierba fresca. Resulta curioso que recuerde ese olor más que su propio rostro, y que recuerde su risa más que la risa de mi madre, a pesar de que nunca se rio por algo que hubiera dicho yo.

»Como os conté ayer, yo ya sabía cuándo planeaba Jofi encontrarse a solas con Pilar. Como mi malvado mentor no destacaba por su audacia, repetía el mismo escenario en el que atacó a Lucas un año antes: un lugar discreto a salvo de las miradas de los guardias, un trámite innecesario en realidad, porque mi protector gozaba de impunidad absoluta. Sin embargo, supongo que el hecho de ocultarse lo hacía sentirse especial, un verdadero gánster. ¿Cómo conseguiría atraer a Pilar a la trampa? Muy sencillo. Ese engendro de la naturaleza llevaba semanas cortejando a la hermana de Lucas en secreto. Bueno, casi en secreto, porque yo conocía paso por paso todas las tretas que Jofi empleó para seducir a la pobre chica. Pilar, como la mosca que huyendo del hombre cae en la tela de araña, se dejó engañar por las vacías promesas de aquel hijo de perra. Con lo que no contaba Jofi era con que la araña, por una vez, tenía de enemigo a un insecto más grande desplegando sus propias trampas.

»Llegué hasta el lugar elegido, amparado por la oscuridad y siguiendo los pasos de Pili. Me sentía como el héroe de esos cromos que a veces intercambiábamos en los recreos. Yo, el perrito, el niño que lloraba para adentro, avancé por el camino de tierra silencioso cual ninja en preataque, acompañado solamente por el ruido de mi corazón y por los grillos, que ya comenzaban a cantarle una nana a la noche libertina. Vi a Pilar detenerse junto a Jofi, nerviosa, enroscándose en el dedo mechones de su larga cabellera y vestida con lo que debían ser sus mejores galas. Una chica a punto de vivir su primer amor. Un malnacido a punto de destrozarle la vida.

»Me detuve a unos pasos de ellos, oculto tras la tierra que bordeaba el pantano, y agudicé mis sentidos y mi contención para no comportarme de nuevo como un maldito cobarde y salir corriendo de aquel lugar que tan horribles recuerdos me traía. Respiré, concentrado como un superhéroe en blanco y negro. Vi como Jofi se acercaba a Pilar y comenzaba a toquetearla. Ella se puso nerviosa y trató de apartarlo: la idea romántica se desvanecía y la realidad abría las fauces de una bestia de cuento oscuro. Cuando Jofi la agarró con fuerza y trató de besarla, ella forcejeó, con lo que solo

logró aumentar el deseo de su asaltante. Entonces le dijo enfadado: "Venga, idiota, si lo estás deseando. ¿Para qué narices has venido aquí si no es para esto?". Ella estaba aterrada y le rogó: "Joaquín no, así no, por favor". Jofi le dio la vuelta y la azotó sin miramientos. Después le desgarró la vieja falda, que cayó al suelo con la vergüenza de abandonar a su dueña ante la barbarie. Pilar gritó y yo grité en silencio con ella, clavándome las uñas en las palmas de las manos. Cogí una piedra, dispuesto a morir matando, hasta que escuché con alivio los pasos tras de mí. Llegaban los refuerzos.

»Jofi la golpeó en el trasero con una saña desquiciante mientras le decía: "Maldita zorra tonta y retrasada. ¿Crees que puedes dejarme con el calentón? Ahora te vas a enterar. ¿Te contó tu hermanito lo que le hicimos aquí el año pasado? Le gustó mucho, zorrita. Y a ti te gustará aún más". Le dio la vuelta y se dispuso a arrancarle la camisa. Pilar ni siquiera chillaba ya: su mente la resguardaba del tsunami y la envolvía en olas de paz fingida, evaluando daño y cerrando compuertas, dejándola como una muñeca rota en los brazos del monstruo humano.

»Cogí aire y desplegué velas. Grité: "¡¡AHORA!!", y mi pequeño ejército salió como una tromba de agua: diminutos duendecillos furiosos que se abalanzaron contra Jofi en un violento poema de venganza. Me limité a observar el espectáculo desde mi posición, sintiendo una macabra sensación de victoria ensalzarme entre sus inexistentes brazos. Jofi hizo ademán de chillar, pero no se lo permitieron: los niños lo cubrieron como una marabunta. Lo tiraron al suelo, lo patearon, le escupieron y lo insultaron con palabras existentes e inventadas. En medio de aquel caos me acerqué a Pilar, la agarré del brazo y le dije que se fuera a casa rápido. Ella me miró un momento sin comprender, aún asustada, tratando de taparse el cuerpo y la vergüenza. Temblaba tanto que casi me puse a temblar con ella. Le costó volver de ese mundo de defensa que la custodiaba. Le costó volver de una zona de confort que la aislaba de la maldad del resto. Le insistí: "Pilar, vamos, rápido. Los guardias llegarán enseguida".

»Me giré al escuchar la voz de Lucas, que se encontraba detrás de mí sudoroso, jadeante y con los ojos desprendiendo furia y miedo. A su lado, Deli trataba de recuperar la respiración perdida durante la carrera para alcanzarnos. Mientras el burdo espectáculo continuaba con un ritmo frenético, la escuché murmurar: "Eres un jodido loco". Yo me hinché de satisfacción, deseando escuchar las palabras de agradecimiento de Lucas, deseando ver la admiración en su rostro eternamente atormentado, pero toda la atención de mi amigo se centraba en su hermana. Le decía: "Vamos, por favor. Como nos vean aquí echarán a padre, Pili".

»Aquello rompió su conjuro de autoprotección. Avanzó hacia su hermano y agarró la mano que él le tendía. Sin mirar atrás, sin decir ni una sola palabra, se alejaron, camuflándose con la oscuridad. Recuerdo sentir la decepción como un hierro candente, que las lágrimas me nublaron la visión y que el orgullo se me rompió en millones de trozos de ego marchito. ¿Cómo era posible tal desfachatez por parte del niño rebelde? Me jugaba el pellejo por su hermana y no tenía ni el detalle de agradecerme. Me indigné y me desdoblé en un Hyde que ansiaba partirla la cara a todos los Jekyll del universo. Deli debió percibirlo, porque me puso la mano en el hombro y me lo acarició con suavidad. Recuerdo bien sus palabras: "Has sido muy valiente, pero te acabas de meter en el lío de tu vida. ¡Vosotros, pandilla de diablos, vamos antes de que venga alguien!".

»Mi banda de pequeños enanitos salió cortando a la orden de Adelaida, porque a la Adelaida de trece años que yo conocí la obedecía todo el mundo. Por mi lado pasaron corriendo como una exhalación todos aquellos a los que Jofi y sus secuaces (y por qué no decirlo, yo mismo) habían humillado durante tanto tiempo. Se trataba de un ejército recluido por mí en el mayor de los secretos, un ejército para la venganza. Y Lucas ni siquiera me lo había agradecido. Los sentimientos me encadenaron a una rabia desigual e impidieron que me percatase de lo más importante: la figura que yacía casi a mis pies, inerte como la roca más dura, descansaba en una posición extraña sobre la mortaja de tierra y hojas secas.

»De repente, Deli me dijo: "Javito, es mejor que nos vayamos, ¡pero cagando leches!". Reaccioné al ver el destello de luz desde el otro lado del camino. Lo acompañó un murmullo que se elevaba por momentos y pasos acelerados liberando las sombras de la noche. Corrí junto a Deli obviando todo lo ocurrido en la última hora: obviando un cuerpo desvencijado, la desvencijada humillación de Pilar, obviando mis propias consecuencias y sintiéndome a medias un héroe, un cobarde y un auténtico villano.

—A ver que me aclare. —La voz de Susana lo trajo de nuevo al presente. La muchacha se apoyaba en Eva y esta le acariciaba los rizos con una preciosa letanía—. Primero acompañas a tres matones a torturar al pobre Lucas y, al año siguiente, encargas a unos mocosos pegar una paliza de muerte a un chico. Pero tú quién eres, ¿el abogado del diablo?

—El de El cabo del miedo —murmuró Marina mirándolo con asombro; Quique le dio un codazo y se escuchó un fuerte carraspeo de Pepa.

Javier suspiró y dejó que, en recompensa, su cuerpo absorbiera el frescor de la noche recién parida.

—No, Jofi no murió, aunque algunos dijeron después que el chico pidió hacerlo a gritos durante semanas. Los guardias de la finca tardaron mucho en llevarlo al hospital. Hubo quien dijo que fue intencionado. —Javier esbozó una sonrisa cuajada de amargura—. A Joaquín se le quería poco; a su padre, menos todavía. El caso es que sufrió lesiones cerebrales de importancia. Permaneció muchos días hospitalizado y, cuando salió... En fin, digamos que su idea de ser guardia civil se esfumó junto a los restos de toda su malicia.

»Yo no volví a verlo nunca más. En realidad, creo que nadie lo hizo. Se marchó con su madre al norte: al parecer tenían familia allí. Unos dijeron que acudía a un hospital de recuperación para las secuelas

de la paliza; otros contaban que no quedaba mucho por recuperar. Jofi no hablaba ni entendía: un vegetal albergaba más conocimiento que mi antiguo amigo. La verdad nunca se supo, salvo que Jofi se fue para no regresar. Sin embargo, el padre se quedó en la hacienda. Y eso, aunque ahora mismo no sea importante, supone algo fundamental en toda esta historia. Digamos que, sin Jofi, yo no me habría convertido en un desalmado que al final hizo lo correcto, y sin su padre yo no me habría convertido en un cobarde que al final hizo lo incorrecto. Supongo que es el resumen de la historia: un cuento de héroes y villanos. De héroes que a veces se confundían con villanos, más bien. Y de villanos que nunca consiguieron ser héroes.

»Pero vayamos por partes. Lo que le ocurrió a Jofi tuvo una investigación, claro que sí. Digamos que los días después de aquella paliza fueron los más tensos y duros de mi existencia. La Guardia Civil, encabezada por el padre de Jofi, recorrió la finca interrogando de forma exhaustiva a todo ser viviente con el que se cruzaba, desde niños a trabajadores, desde personal de servicio hasta los mismísimos marqueses. Y os puedo asegurar que los interrogatorios de entonces eran muy diferentes a los de ahora. La gente, buena gente a la que yo puse en peligro, vivió angustiada durante semanas. Finalmente, la resistencia pudo más y el poder de los que mandaban allí también: todo el mundo parecía haber sufrido un repentino ataque de amnesia. “¿Jofi? ¿Quién es Jofi?”. Nadie albergaba la menor intención de traerlo desde el pasado: la maldad de mi antiguo protector dejó un caldo de odio cocido a fuego muy lento. Ni siquiera sus amigos lograron arrojar algo de luz al asunto, y no pretendo mostrar presunción, pero supongo que ambos intuían mi participación en los hechos y me miraban con recelo, con algo parecido al temor. Aun así, ninguno de los dos se atrevió a preguntarme nada y, cuando llegó el día en el que Miguel abandonaba la finca, se acercó a mí con una maleta en la mano y una expresión de suficiencia reptando por su sucia boca. Mientras esperaba a que su padre arrancara la moto para llevarlo al pueblo —debía subirse a un autobús con destino a Zaragoza—, me dijo: “Han

sido buenos años, ¿eh? Lástima no poder despedirme de Jofi". Le mentí (y os aseguro que me gustó sentirme tan malvado): "Seguro que ya se encuentra mejor. Quizá algún día volváis a veros". Su respuesta fue: "Ojalá, vaya putada que nadie sepa quién lo atacó, ¿eh?". Me miró con desafío. Eran nuestros últimos momentos. Siempre supe que Miguel desprendía aún más bajeza que el hijo del guardia, que su inteligencia bailaba sobre una hoja de doble filo, que su crueldad crecía y mutaba a cada instante, con cada reto autoimpuesto.

»Para su sorpresa, y la mía, el cachorro creció de repente y le enseñó dos colmillos recién brotados de la carne fresca. Le contesté: "Meterse con los más débiles conllevaba un riesgo. A lo mejor alguno se cansó de ser la víctima de su película". Y él repitió con una enorme tensión: "A lo mejor". Yo traté de cuadrarme. Nos separaban unos veinte centímetros, varios años y muchas cuentas pendientes. Le dije: "Veo que al final no te atreviste con Deli. Haces bien, Miguel, es demasiado para ti. Imagínate haber terminado como Jofi, mandándote a cachitos a Zaragoza".

»Muchas veces a lo largo de mi vida me han mirado con maldad: los acusados; algunos jueces; a veces, incluso mis propios defendidos; mi mujer, cuando nos peleábamos y la cosa se recrudecía; ciertos compañeros de trabajo; durante la Transición nos observaban con odio aquellos que luchaban por la causa opuesta. Pero no recuerdo otra mirada como la que me dedicó Miguel ese día. Ni siquiera fue odio: se fundían bajo sus párpados un temor creciente, una admiración palpable, una ironía que renqueaba. En ocasiones, los ojos narran pasajes enteros sin necesidad de pronunciar una sola letra. Y los de Miguel hablaron por los dos. Se dio la vuelta para marcharse y me dijo al fin: "Yo me alegro de que el perro ya no sea un cachorro, sino un lobo malvado y cruel".

»Me quedé un buen rato en la orilla del camino contemplando cómo se asentaba el polvo que la moto le arrancaba a la tierra. Cuando me di la vuelta para regresar a casa, vi a Lucas plantado a varios metros

de distancia, elucubrando teorías que quedaban fuera de mi alcance, quizá blasfemando o redimiéndose, quizá pensando sin pensar en por qué la vida es inconsecuente con aquellos a los que debe defender. Fui a acercarme, pero me hizo un gesto con la mano para desechar la idea. Después de unos segundos perezosos, echó a correr por el sendero en dirección contraria. Contraria a mí.

»Aunque aún estaba muy lejos de volver a ganarme la confianza de Lucas, mi hazaña sirvió para lograr un más que evidente acercamiento a Adelaida, el terror de la hacienda. No encuentro forma de explicaros cómo era la Deli de trece años que me acompañó durante ese curso escolar. No sé si alguno llegasteis a conocerla. Resulta curioso que el encierro sirva para hablar entre nosotros por primera vez. Son las cosas de la vida: en pleno desastre te ofrece un regalo.

»Para simplificar: Deli parecía un volcán en continua ebullición. No uno de esos que permanece quietecito un porrón de años y entra en una erupción controlada, no. Deli expulsaba lava sin interrupción y sin piedad, quemando todo lo que tenía la mala idea de cruzarse en su camino. Tan rápida y sutil que, antes de notar el calor, ya estabas achicharrado. Con el paso de los años se calmó, aunque siempre mantuvo una tensa espera expulsando nubes de ceniza, dispuesta a rugir en cualquier momento. Deli nunca dejó indiferente a nadie: la adorabas o la odiabas, porque ella hacía exactamente lo mismo contigo. Porque sentía lo mismo. Un Lope de Vega con la Constitución como poemario.

»Deli y yo paseábamos por la finca cuando el sol nos daba un respiro, o ella venía por la noche a casa y nos sentábamos en la puerta a tomar el poco fresco que la luna de verano nos prestaba. A mi madre le gustaba verla por allí, y qué decir de mi padre: estaba más que encantado. Deli suponía, como solían decir entonces los mayores, un buen partido, y supongo que llegaron a fantasear con la

idea de emparentarse con una de las familias más importantes de la hacienda. Mi madre se unía a nosotros algunas veces y le hablaba a Deli sobre esa hermana quizá imaginaria quizá real que tenía en la Argentina. ¿Sabéis una cosa? Me gusta recordar aquellas noches. Creo, con total sinceridad, que fue una de las pocas treguas que la vida le concedió a mi señora madre. Recuerdo especialmente una, una en concreto, en la que mi padre nos acompañó tras terminar su jornada. Puede que solo se trate de un recuerdo cambiado, que no sucediera en realidad, porque yo ansiaba cosas que en mi casa jamás ocurrieron: besos que nadie daba, abrazos que a mis trece años solo me había regalado Lucas. Ansiaba con todas mis fuerzas tener una familia feliz. Por eso albergo como un tesoro cierta imagen difuminada de mi padre sonriendo a algo que Deli le decía, mientras tocaba con suavidad la mejilla de mi madre y le daba un ligero beso en la comisura de los labios. Quizá sea un recuerdo bordado por el hilo de mi anhelo y, lo más seguro, es que os parezca una soberana tontería, pero me gusta pensarlo. Me gusta pensar que mi padre fue capaz de sentir algo, y mi madre, capaz de recibirlo.

»Un día, mientras acompañaba a Deli a su casa, me dijo: "Parece evidente que tus padres piensan que somos novios". Nos cruzamos con algunos hombres que se encargaban de los riegos por la noche, con un par de guardias, con una pareja de recién casados que caminaba cogida de la mano. Vivir en la hacienda suponía pertenecer a una pequeña gran familia. Fingí un asombro casi genuino y le contesté: "Pero ¿qué dices?". Por mi cándida mente también había pasado esa inquietante posibilidad. Ella me repitió: "Pues que piensan que somos novios, ¿es que no escuchas?" Con Deli siempre te sentías tonto, un bobo sin remedio. "Te escucho, pero no te entiendo", le respondí. Y esa frase la utilicé con ella a lo largo de mi vida innumerables veces. Me metí las manos en los bolsillos de los pantalones y pateé una piedra del camino. Deli me miró entonces muy seria. La vi nerviosa: cosa mala. Se encogió de hombros tratando de mostrar indiferencia y me soltó: "Tampoco sería tan extraño. Los chicos y las chicas que se gustan se hacen

novios, ¿sabes?”. Y yo le dije: “Pues claro que lo sé. Los que se gustan, pero tú y yo no nos gustamos, ¿no?”.

»Nos detuvimos poco antes de llegar a su casa. Deli preguntó si quería acercarme hasta la puerta: sus padres se encontraban allí, tratando de buscar una gota de aire para calmar la sed de la madrugada. Le dije que no y noté que se entristecía. Pensad una cosa: yo tenía trece años. Puede que fuera un intento de gánster, pero en cuestión de amores un elefante con plataformas mostraría menos torpeza. No comprendía lo que Deli necesitaba. No distinguía las señales. Y aunque lo hubiera hecho... A los trece años lo único que Deli me provocaba era un temor creciente que se podía convertir en intenso pánico. Entonces ella se acercó a mí deprisa y me plantó un beso fuerte y rápido en los labios y se despidió con un “hasta mañana”. Yo me quedé muy quieto, sin la menor idea de cómo corresponder al gesto. Escuché desde lejos una voz femenina llamar a Deli y me aparté, más nervioso que en el juicio menos favorable. Le devolví la despedida sintiendo un tremendo calor en las mejillas. Deli, diestra ante la ineptitud, dio unos pasitos y ladeó un poco la cabeza hacia un lado, como un pajarito esperando la amabilidad de aquel que lo alimenta. No me olvidaré de lo que me dijo a continuación: “Entonces somos novios, ¿no? Me has besado delante de mis padres. Ahora me preguntarán y si les digo que no eres mi novio, sufriré golpes y castigos. Quedaré como una fresca y nuestra amistad llegará a su fin, así que dime que somos novios o mi vida corre bastante peligro”. Imaginaos a Deli ante un estrado. Suponía un espectáculo tan inquietante como maravilloso. Sé, con total seguridad, que aquel fue su primer gran alegato. ¿Qué responder ante tal derroche de chantaje? Traté de pensar con rapidez, de articular una defensa competente, pero está claro que Deli siempre ejerció su profesión mejor que yo. Solo pude contestar: “Yo... creí que te gustaba Lucas. Como algunas veces lo has besado...”. Me explicó con naturalidad: “Solo lo besaba para ponerte celoso, tonto”. En realidad, yo no tenía la menor idea de qué suponía “ponerse celoso”. De eso se aprovechaba Deli: navegaba en mares fáciles. Me dijo: “Además, debo tener cuidado y alejarme de él. No

conviene que me relacionen con esa familia". De repente miró hacia los lados, como si acabara de percatarse de lo indebido de sus palabras. Y continuó: "Tú y yo estamos en el mismo nivel. Tu padre se lleva bien con el mío, ¿sabes? Así que somos novios y punto. Mañana nos vemos y damos un paseo, ¿de acuerdo?". Derrotado, respondí sin deliberar la artimaña: "De acuerdo". Y nos despedimos con otro beso rápido.

»Se alejó tarareando una canción de Raphael. Cuando llegó al encuentro de sus padres les dijo algo y ellos levantaron la mano a modo de saludo. Quizá me estuvieran llamando, pero me di la vuelta y eché a correr por el camino con dos pensamientos acechando mis pasos: el primero, que Deli me había tendido una emboscada digna del mejor tramposo; el segundo, que esa niña rebelde y defensora de los inocentes acababa de quedar como una auténtica clasista.

CUANDO NO SABES QUE ERES FELIZ

Madrid. Martes, 24 de marzo de 2020.

—Q ué bonito, Javier. —Susana parecía emocionada. Abrazó la cintura de Eva como si fuese la llave del paraíso que un día les robaron—. Entonces, ¿tu mujer y tú estuvisteis juntos desde esa edad hasta que ella murió?

—Sí, Susana —contestó Javier con suavidad—. Nos convertimos en novios aquel día con una trampa magistralmente ejecutada. Poco después nos casamos y no nos separamos ni un solo día hasta que se marchó.

—Vaya pájara la Adelaida.

—Señora, ¡por favor! —la recriminó Eva mirando a las alturas.

Se escuchó un bufido y Javier tuvo la sensación de que Dios existía en realidad. Tenía voz de mujer y estaba bastante cabreada con ellos.

—¡Pero si es verdad! Cazar a un hombre de esa forma...
¡Vergonzoso!

—Seguro que usted también empleó alguna artimaña, Pepa —le dijo Quique camuflando una risa con un leve acceso de tos—. Seguro que hubo algún amorío que la puso a prueba.

—¿Yo? ¡Que el demonio me lleve! Los hombres siempre me dieron asco. Las mujeres más. A mí, menos Santiago Carrillo, me daba asco todo el mundo.

—Esta mujer es un pecado divino por todas nuestras faltas. —Eva negó con la cabeza y se apoyó en Susana con un gesto de hermosa fragilidad—. Javier, ¿qué ocurrió con Lucas? ¿Conseguisteis reconciliaros?

—¿Qué ocurrió con Lucas? —Javier sonrió con cierta malicia. Después se percató del cansancio que lo acechaba—. No sé si ya habéis escuchado suficientes maldades por hoy.

—Nunca se escuchan suficientes maldades, amigo mío. —Martina le guiñó un ojo. Los niños jugaban en el suelo del balcón, ajenos a la historia, ajenos a esos capítulos desgranados con gotas de sal añeja. Javier los observó a todos en apenas un segundo: la nueva familia nacida de una epidemia mundial. La vida floreciendo entre cenizas—. ¿Qué os quedó por hacer? ¡Ya no había matones a los que escarmentar!

—Huelga decir que no me siento orgulloso de nada de lo que sucedió. —Javier alzó las manos en gesto de defensa—. El «ojo por ojo diente por diente» no sirve y nosotros no resultamos un ejemplo para nadie.

—Ya, ya. Ese alegato, abogado, para tu defensa en el juicio final. —Eva entrecerró los ojos y lo señaló con el dedo de forma acusatoria—. Y ahora, vamos a hablar de maldades. Estamos en medio del colapso, demonios. Dime algo que me alegre la semana.

—Si os empeñáis... —Javier suspiró y se acomodó en la baranda reconvertida en segunda piel—. Menos mal que todo está ya prescrito.

»El caso es que cuando comenzó el nuevo curso, la noticia de mi noviazgo con Deli corría como la pólvora. En el campo de la Murcia de los sesenta pocos más entretenimientos existían que la contemplación de la vida ajena, y tanto Deli como yo teníamos ya cierto renombre en los dominios de los marqueses.

»Lucas no asistiría al colegio ese año. Me enteré por Plácido que debía dejar los estudios para trabajar a jornada completa. Deli ya no hablaba con él y las noticias comenzaron a escasear, de modo que traté con todas mis fuerzas de olvidarme de aquel niño rebelde cuya ausencia me reconcomía por dentro y me dediqué a mis estudios, a mi nueva reputación, a ganarme cierto respeto por parte de Plácido, algo que me llenó de orgullo. Descubrí con cierto asombro que nacían en mí unas ansias renovadas por conocer más, por leer más, por debatir sobre historia, literatura o religión. Siempre dentro de los límites que marcaba la Dictadura, Plácido comenzó a traerme una serie de libros avanzados, de cursos superiores, e incluso libros de Derecho que yo devoraba por las noches, bajo la escasa luz que iluminaba con paciencia las paredes de mi cuarto. Supongo que la vergüenza de los actos cometidos en el pasado me incitó a buscar una forma de proteger a los débiles, de conocer las leyes que podrían ampararnos de la opresión. No recuerdo si fui yo quien despertó en Deli el interés por la abogacía o al contrario, pero el caso es que nos encontramos en un momento dado hablando sobre normativa, leyes y juicios famosos, buscando documentación con los pocos recursos de los que disponíamos. Vivimos una época bonita, vibrante, un tiempo de descubrimiento y aceptación, de conocer y conocerse. Las personas lo sentimos en un momento determinado de nuestra vida. Algunos se descubren pronto, otros lo hacen de forma tardía. Hay quienes no llegan a descubrirse nunca y estos, dicho sea de paso, son los que más problemas suelen tener o crear.

»Todo fluía de forma fácil y sencilla, todo... menos Deli. Y eso que la relación bailaba con pasos firmes: llegamos a parecer un matrimonio viejo, como solía decir la madre de ella, a la que conocí el día que Deli cumplió los catorce años. Yo vestía ropa nueva, escogida con cariño por mis padres, e incluso le llevaba un regalo comprado con todos mis ahorros: un libro de segunda mano, Orgullo y prejuicio, que Adelaida acogió con la emoción de quien ve el mar por primera vez. Comimos en su casa, una casa sin sombras ni fantasmas, con unos padres que no agachaban la mirada para hablarse, con mentes y pieles libres de daños. La cosa iba sobre ruedas: un par de

muchachos en la flor de la vida y un noviazgo bonito y recién parido. ¿Qué problema había? El problema, evidentemente... era yo.

»Pero no divaguemos. Aquel día, el día del catorce cumpleaños de Deli, ella salió de su casa a despedirme. Nos besamos con ganas dispares. Yo aún no me sentía preocupado por la falta de deseo que el contacto con mi novia me provocaba. En mi casa jamás se hablaba de sexo, y el hecho de que los torpes magreos con Deli solo me dejaran un leve regusto a rechazo no suponía ningún problema para mí. Todavía.

»Esa tarde me zafé de ella con suavidad, con un puñado de palabras inconexas que por suerte no recuerdo. Me topé entonces con vientos huracanados. Me dijo: "Somos novios, ¿sabes? Tendríamos que hacer las cosas que hacen los novios". Y le respondí: "Ya hacemos lo que hacen los novios, Deli". Y ella: "Desde luego que eres tonto de remate. ¡Ay, Dios! ¿Voy a tener que enseñarte también eso?".

»No quise conocer el significado de esas palabras. Y, desde luego, no tenía la menor intención de aprender nada nuevo. Para mí bastaba con esos tímidos acercamientos. ¿Acaso debíamos llegar más lejos? Sí, no me mires así, Eva. Sé que a esa edad las hormonas hierven como el agua al fuego, pero no era mi caso. La lengua de Deli dentro de mi boca solo me producía una leve sensación de asco. Por supuesto, me habría matado antes de confesarle algo semejante. De hecho, me habría tragado mi propia lengua antes que contradecir nada de lo que Deli hablaba.

»Después del breve pero intenso encontronazo, logré despedirme de ella y me marché a casa sintiéndome a partes iguales un bobo y un fracasado. Desde la lejanía percibí el revuelo: trabajadores hablando en el camino, algunos guardias, otros observando desde las lindes sin que los capataces les riñeran por tener quietas las manos. Si en la España de los sesenta los obreros podían descasar durante la jornada, es que se trataba de un asunto serio.

»Me acerqué al lugar de los hecho y le pregunté a uno de los trabajadores que conocía: “¿Qué ocurre, señor Roberto?”. El hombre me respondió en voz baja: “Es el jefe. El señor Fernando”. Al escuchar el nombre me alarmé de inmediato. A pesar de los devaneos de mi nueva vida no olvidaba las lágrimas que mi madre vertía cada mes, en silencio y sin consuelo, por culpa de ese personaje. Apreté los puños con rabia. Le pregunté qué había ocurrido y me explicó: “Anoche trataron de robar en la casa de los marqueses. Y parece ser que el imbécil se dejó la identificación. Hay que ser tonto de remate”. El encargado lo oyó y le advirtió: “Shhhh, calla, Roberto. Si no es culpable y se entera de que has hablado mal de él, todos tendremos problemas”. A lo que otro de los trabajadores contestó: “Pero ¿cómo no va a ser culpable, hombre? Dicen que los marqueses han puesto la denuncia. Ese no va a volver a ver la luz del sol, te lo aseguro”. El encargado volvió a intervenir y dijo: “Callaos ya y volved al trabajo si queréis ser vosotros los que volváis a ver la luz del sol. ¡Venga, sin holgazanear, que aprovecháis cualquier excusa!”.

»Yo me alejé con paso lento, observando con una macabra fascinación cómo los guardias casi arrastraban a Fernando por el camino hasta el coche patrulla. Sus gritos solo dejaron de escucharse cuando lo metieron en el interior del vehículo y cerraron la puerta de un portazo. Después desaparecieron, vehículo, jueces y verdugo, levantando un polvo que parecía más ocre, más brillante sin la turbación de ese malnacido.

»Aquella noche en casa, mientras sorbía una sopa que sabía mejor que nunca, dije en voz baja: “Se han llevado preso al señor Gómez, el jefe de los capataces”. Mi padre no levantó la cabeza del plato, pero mi madre se giró hacia mí y me acarició el pelo con cariño. Mi padre respondió: “Sí, lo hemos escuchado. Intentó robar. La gente que hace cosas malas merece ir a la cárcel”. En un alarde de valentía, cogí la mano de mi madre y le besé con cariño los dedos. La miré y traté de reflejar en mi mirada todo lo que sentía en aquel momento. Todo lo que sabía, lo que supe durante años. Ella pareció

entenderlo, aunque la realidad de mi madre distaba poco del espejismo. Ahora entiendo que se trataba de un mecanismo de defensa, una forma de protegerse de ese mundo que no la merecía, que tanto la contaminó. Sin embargo, esa noche fuimos cómplices en un daño que no cicatrizaría con el encarcelamiento de Fernando, pero que sí saciaría sus ávidas fauces. Cómplices como herederos de un caparazón resquebrajado. Lola, la mujer que parió tres hijos y muchos fantasmas, me guiñó el ojo y me abrazó con fuerza. “Espero que no salga de allí”, dije. Guardo ese recuerdo con celo, envuelto en papel de seda y colocado en las estanterías de mi memoria. “Yo también lo espero, hijo”, me contestó.

»En aquel momento tocaron a la puerta y me levanté contrariado. Era tarde y temí que a los guardias les gustara la hora de las brujas para sus interrogatorios. No había nadie y fruncí el ceño, pensando que se trataba de una broma, cuando vi el papel en el suelo. Era una cuartilla marrón que parecía bastante vieja. La cogí y leí a la luz de los faroles que iluminaban los colmillos de la noche: “Te devuelvo el favor. Tú salvaste a mi hermana, yo a tu madre. Te espero mañana junto al olivo que hay detrás de la casa. Después de la cena. Lucas”. Me quedé allí plantado con el papel entre los dedos y una danza frenética de mosquitos que buscaban purgar los estragos del calor insomne. No sabría describir lo que sentí en ese instante, porque no te das cuenta de que eres feliz hasta que, con el paso del tiempo, rememorar ciertas fechas, ciertos actos, evoca en ti emociones que no consigues gestionar en su momento, justo cuando te suceden. Si lo pienso ahora... se trataba de felicidad. Lucas se acababa de jugar el pellejo por mí en un acto de temeridad absoluta y encima quería verme. ¿Qué sentí? Algo tan grande que no lograría definirlo jamás. Aunque una cosa estaba clara: lo que mis latidos aplaudían después de leer las simples palabras de Lucas era lo que callaban cuando Deli me besaba. Así de simple. Así de complicado.

Cerró la puerta del balcón para acallar la fría voz del tiempo. Las paredes de su hogar, refugio durante años, se convertían en un peligroso germen enemigo. Trató de escudriñar un resto de conciencia, algo que lo devolviera a un paisaje reconocible, a sonidos de vida pasada. El recuerdo de Lola danzando de una habitación a otra como una mariposa recién nacida. El recuerdo de Deli cuestionando voz y voto, cuestionando el mundo que los rodeaba de forma inevitable. «Son todos iguales, Javito, ¿no lo ves? Ya no quedan políticos por devoción. Todo se reduce al dinero. ¿Dónde están los jóvenes que nos rebelamos contra el tirano? ¿Por qué se extinguen los valores, las convicciones?».

La noche le susurraba nanas de amor podrido cuando se sentó en el sofá con el teléfono entre las manos, acunado con lástima por unos dedos que le exigían, que temblaban al marcar.

—Perdón, creo que me he equivocado —se apresuró a responder ante la voz masculina que preguntaba su identidad—. Preguntaba por Pilar. Pilar García.

—Yo soy su hijo. ¿Quién es usted?

El segundero se estrelló contra la barrera de lo inevitable y le provocó una incómoda parálisis. Se trataba del escenario más insospechado: él no llegó a conocer al hijo de Pilar, solo un esbozo de vida en su vientre. Todo se le vino encima: pasado, presente, un futuro que predicaba en todos los desiertos. Aferró con fuerza el aparato y se dejó mecer por la locura, por la ráfaga de viento que arrasaba su castillo de arena.

—Soy un viejo amigo. O conocido, más bien, de tu madre y de tu tío. —Trató de sonar normal, como si su voluntad no se hallase al borde del precipicio—. Llamaba por él. Me han dicho que ha sufrido un infarto y solo quería saber cómo se encontraba.

—Pues está en la UCI, según las informaciones. Verá, no podemos ir al hospital. —La voz del hombre sonaba grave, afectada—. No nos

permiten estar allí. Con todo esto es imposible, así que permanecemos en casa atentos a las llamadas de los médicos.

—Se va a recuperar, ¿no? —preguntó con ansia, y el hombre lo percibió: la desesperación casi se puede moldear como la plastilina.

—Lo cierto es que no lo saben —reconoció con pesar, dolido como el propio Javier. «Más», le dijo el subconsciente de inmediato: a fin de cuentas, él llevaba cincuenta años peregrinando en la memoria de Lucas—. Ya padeció hace unos años una angina de pecho. Nos ha dado varios sustos. Perdóname que le pregunte, pero ¿quién es usted? Mi tío no tiene demasiados amigos.

—Es algo complicado de explicar —susurró su voz. «Es algo complicado de sentir», gritó el comedor vacío que lo cobijaba—. Hace bastantes años que no hablo con Lucas, fuimos amigos de la infancia.

Se escuchó una voz femenina de fondo, una voz cuajada de angustia. El hombre que respondía desde el otro lado de la línea se apresuró a calmar a la mujer.

—No, no es del hospital, no te preocupes. Se trata de... perdona, no me has dicho tu nombre.

—Oh, perdóname tú. Soy Javier Vázquez. Siento haberos importunado a estas horas.

—No pasa nada. Lo cierto es que ya no sé ni en qué día vivimos —le respondió con una risa triste como triste se conjugaba la noche—. Por cierto, ¡qué casualidad! Yo también soy Javier. Javier García, encantado de hablar con usted.

—Te llamas como yo —repuso desconcertado, y el hombre volvió a reír con algo más de alegría.

—Mi nombre lo eligió el tío por alguien que fue... —Se detuvo. Él, el universo. Se detuvieron muchas cosas que llevaban demasiado tiempo al descubierto tratando de florecer entre la basura. Entonces el hombre carraspeó, porque a veces los hechizos deben romperse para que no se conviertan en maldiciones—. Espera, ¿eres tú? ¿Es posible? ¿Tú fuiste ese gran amigo por el que llevo mi nombre?

¿Lo era? Le resultaba presuntuoso pensar que sí. Le hacía cosquillas en el alma pensar que sí. Quitaba telarañas y abría las ventanas.

—No sé qué responder ante eso —le dijo con sinceridad—. Hace tantos años que no veo a Lucas...

—Javier, ¿puedo llamarte mañana? Mi madre se encuentra algo nerviosa y yo quiero hacerte algunas preguntas. El tío es el único padre que he conocido. —Su voz se rompió. Tanto daba. En eso se habían convertido los últimos días: cristales y heridas—. Si tú eres esa persona, creo que hay muchos asuntos de los que debemos hablar, ¿o me equivoco?

—No —respondió con sencillez. Lo roto ya nunca vuelve a ser igual, por mucho que pegues las piezas—. No te equivocas.

—Hasta mañana entonces.

—Hasta mañana.

Mañana serían muchas cosas. En eso consiste este cuento llamado vida.

LA MENTIRA EN LA VERDAD

Madrid. Madrugada del miércoles 25 de marzo de 2020.

A las tres y media de la mañana la conciencia ya no le concedió más tregua. Despertó de un sueño pesado, lánguido como el velo de las novias. No recordaba las imágenes, pero sí el frío. ¡Qué fría es la culpa! ¡Cuánto puede llegar a congelar la madrugada!

Se dirigió al armario con paso sonámbulo, sus movimientos guiados por algún macabro titiritero. La ropa de Deli aún descansaba allí, planeando una fuga sin objetivo, desafiando los engranajes del tiempo: pantalones sobrios, camisas neutras. Cajones en los que, agazapados, los recuerdos clamaban un juicio justo, un jurado benevolente. El espacio que habitualmente se utiliza para la ropa fue usurpado por su mujer como refugio de viejas libretas, fotografías que divagaban entre grises y colores, cuadernos, recortes de prensa y expedientes de algunos de los casos utilizados para el trabajo de los dos. Javier pasó su mano sobre ellos con trémulo cariño, temiendo que se desvanecieran en el mismo polvo que ya bañaba el recuerdo de su mujer. Temiendo que le hablasen y echasen en cara años de culpas a medias y reparto de reproches. Rebuscó entre los recuerdos de su mujer como el que trata de aguantar la arena entre los dedos. Diligente. Temeroso.

La caja de latón estaba escondida entre fulares de seda y recibos de luz. Parecía una tráfuga de la batalla. Un soldado avergonzado de su fuga. Un muro hacia ninguna parte.

—La caja que tienen todas las abuelas —susurró en mitad del silencio. Acarició los dibujos, ya difuminados, de galletas de

mantequilla y letras inglesas—. Aunque tú no serías una abuela al uso, ¿eh? Nada de cuentos antes de ir a la cama ni comida casera los domingos. Una copia de la Constitución y clases sobre derechos laborales.

Se sentó en el borde de la cama, diligente, con la caja entre las manos. Jamás, en vida de su mujer, se atrevió a profanar sus cosas privadas, sus papeles, sus retazos. Deli conservaba esa cajita desde la niñez y él nunca le solicitó acceso. Después de su muerte sus pertenencias estaban intactas, perennes ante el paso de las estaciones, como los diques de contención, los acantilados y los rechazos amorosos de amores que se enquistan en los albores de un seco verano. Javier se limitó a pasar el trapo y eliminar el polvo travieso, sin mover un ápice sus perfumes y sus cremas, sus tintes para el pelo. Abrir esa caja suponía mucho más que acceder al pasado de la mujer con la que vio caer las hojas de más de cuarenta otoños. Suponía romper el lacre de un silencioso testamento.

Abrió la tapadera azul como si estuviera cometiendo el peor delito del mundo, hurgando en una parte sagrada de su mujer, tan propia que jamás quiso compartir con nadie: ni con el hombre con el que dormía ni con la hija a la que dio forma y sentido. Javier tembló y suspiró, y sintió ese pinchazo en las entrañas. Ese daño.

—Perdóname, mi amor —susurró al susurro del alba—. Perdóname.

El caos bailaba dentro del recipiente con suavidad, con la destreza de un bailarín de tango. Fotos viejas y otras más recientes, papeles con tinta desgastada, tiques de uso irreconocible. Cartas sin abrir. Suponía el escenario perfecto de una lluvia de enero. Grisáceo, descolorido. Triste. Inmensamente triste.

Javier observó con atención las fotografías. Algunas de la familia de Deli, una de las pocas en la hacienda que pudo permitirse una cámara de fotos. Madre, padre e hija miraban al objetivo sonrientes, porque fue una familia sonriente, porque la vida los trató con el

mismo cariño con el que ellos trataron a la vida. En otras, muy antiguas, aparecían Deli y él, dos muchachos tímidos observando un mundo que les ofrecía dulces cantos de sirena. ¿De qué fecha databan? ¿En qué lugar inmortalizaron un noviazgo recién parido? Detrás se apreciaba el esqueleto de la iglesia. Un domingo cualquiera, una misa cualquiera a la que ya acudían juntos porque eran «novios oficiales». Cómplices oficiales.

En otras imágenes cambiaba el fondo y el trasfondo: los dos ya jóvenes, con la universidad como testigo, solos o acompañados por amigos y profesores. Con pantalones de campana y gesto fiero, en plena ola expansiva de una libertad clamada a coro. A prosa reciente y verso pasado. Tras las fotografías de la época estudiantil llegó una única stampa del día de su boda. Una boda rápida y sin celebración: por aquella época, Javier no tenía noticias de sus padres y Deli había perdido a los suyos con un par de años de diferencia. En la imagen, los dos se cogían de la mano y sonreían de forma algo forzada, como lo hicieron todo durante años. Rápido. Fingido. Obligado.

Sintió cierta decepción. Albergaba la esperanza de encontrar alguna fotografía de los tres, algo que le llevara a recordar las facciones duras del chico que marcó su infancia. Sin embargo, para Deli parecía evidente que la única persona importante de su vida, aparte de sus padres... era él.

Desvió su atención de los fotogramas que recogían la sal de orillas pasadas y se centró en el resto de los papeles que daban forma y sentido a una vieja caja de latón. Cartas que ambos se dedicaron durante algunos veranos en los que él se quedó en Murcia mientras ella se iba de vacaciones con la familia, poemas torpes e infantiles que Deli le obligó a redactar. Javier estaba a punto de desechar recuerdos imposibles hasta que vio en un desgastado folio la letra cuidada y elegante de su mujer. Enlazada con una tinta negra que exigía la jubilación, tejía con mimo cada letra sobre una cuartilla abandonada. La curiosidad lo llevó a leer las palabras secretas de su

esposa, sintiéndose a medias un traidor y a medias un voyeur. Hasta que descubrió el destinatario al que Deli le había escrito tantos años atrás.

Lucas:

Sé que hemos sido amigos durante mucho tiempo. De hecho, sé qué éramos nuestros únicos amigos, todo lo que teníamos. Y te agradezco las cosas que hiciste por mí, todas las veces que me acompañaste, que me escuchaste. Eres un buen chico y un buen amigo.

Pero ahora es distinto. Javier y yo estamos juntos, tú ya lo sabes. Él me quiere y yo lo quiero. Sin más. Mis padres lo adoran y los suyos se muestran encantados. Tenemos planes de futuro. El país está cambiando y nosotros también, y ansío formar parte de la lucha, absorber y participar en este renacer, en todo lo que se está consiguiendo con él. Quiero una vida con él, lo quiero todo con él.

Tú te irás, es inevitable. Los dos lo sabemos. Tu padre no puede aguantar mucho más en este lugar: encontrarán la forma de deshacerse de él. Como hemos hablado tantas veces, nunca estaréis a salvo mientras el Régimen viva y al Régimen, por desgracia, todavía le queda bastante tiempo. Solo te pido una cosa, Lucas: cuando te vayas, no se te ocurra buscarlo. No se te ocurra meterte en medio y confundir sus sentimientos. Javier es frágil, inseguro y temeroso. Necesita una guía, necesita a alguien que lo levante cada vez que cae. Si sigues en su vida no conseguirá jamás alejarte de su pensamiento. Solo lograrás que sufra. Lograrás que se vaya contigo y entonces, ¿qué? ¿Qué futuro le espera escapando, en el exilio, huyendo por algo de lo que no es responsable?

No somos tres, Lucas, nunca lo fuimos. Solo somos dos y tú no entras en esa ecuación.

Si lo quieres, como ayer me dijiste, si lo quieres de verdad, déjalo. Él no te desea a ti: solo se encuentra confundido. Me quiere a mí, me necesita a mí y yo voy a protegerlo. Porque él es todo, escúchame bien, todo lo que siempre he soñado.

Siento decirte estas palabras. Espero que logres encontrar la felicidad algún día.

Deli.

«Todo lo que siempre he soñado». Las palabras que Lucas escribió en una carta que nunca llegó a enviarle no salieron jamás de su pensamiento, aunque lo hicieran de su mano. Solo imitaba el juicio feroz de su esposa. El chantaje vil y silenciado. La carta estaba arrugada, como si una mano convencida o molesta, emisora o receptora, la hubiera atacado sin misericordia. ¿Deli se arrepintió de su propia malicia antes de entregarla? ¿O quizás Lucas, presa de la frustración, se la llevó a su antigua amiga para pedirle explicaciones después de recibirla? Javier nunca lo sabría: Deli estaba muerta y Lucas agonizante. Una parte de su vida expiraba, se moría sin remedio, y él siempre fue demasiado cobarde como para tratar de reconstruir una historia a tres bandas y tratar de ponerle nombre.

—No tenías ningún derecho. ¡Me oyes, maldita sea! —gritó al vestigio de un miedo adulterado, al vestidor abierto que mostraba sin pudor la regia ropa de Deli, a los cajones que se burlaban de su tragedia, a las paredes, a las cortinas, a los cristales con el perfume que su mujer usó durante años, al espejo que le devolvía el reflejo de un extraño: un hombre viejo con corazón viejo, un hombre herido con herido orgullo—. ¡No tenías ningún derecho a meterte en medio! ¡No tenías ningún derecho a chantajearlo! ¿Nunca fuimos tres? ¡¿Nunca fuimos tres, Deli?! ¡¿Estás segura de eso?!

«—¿Por qué no puedes? ¿Acaso no me deseas? ¿No te gusto?

¿Cuánto tiempo atrás se remontaba en su memoria? Llevaban cinco o seis años juntos. No era la primera vez que hacían el amor, y no era la primera vez que se convertía en un completo desastre. Deli le daba la espalda, desnuda, en el asiento trasero del coche que les había prestado un amigo de la universidad. Él se abrochó los pantalones, acalorado, muerto de vergüenza. Alargó la mano para acariciar su piel, pero la dejó suspendida en el aire, a varios centímetros de su contacto. A varios centímetros de lo que los separaba de forma irremediable.

—Es el sitio, Deli. Mira los coches, joder. Distingo los rostros, sé que los demás me ven a mí como yo los veo a ellos.

—Pues no los mires.

—No me gusta. Estar aquí no me gusta. Cuando tengamos otro sitio...

—¿El sofá de la casa de Toni, ese en el que tampoco pudiste porque ellos estaban en la otra habitación? ¿El descampado de la hacienda de los marqueses, ese en el que no pudiste porque según tú éramos demasiado jóvenes? ¿El portal del jodido piso de Carla, donde...?

—Basta, Deli. Basta, no sigas —le dijo, enfadado. Ella seguía sin volverse hacia él—. Vamos, regresemos a la residencia. Mañana es lunes y hay clase temprano.

—Vete a la mierda.

—Deli...

—¡Que te vayas a la mierda! —le gritó fuera de sí. La vio encoger los hombros y agachar la cabeza. Se quedó completamente inmóvil cuando se percató de que estaba llorando. Hasta ese momento, nunca la había visto llorar. Las primeras lágrimas son como un

diagnóstico indeciso. Aterradoras. Corrosivas—. ¡Al menos sé valiente y dime la verdad! No te excitas conmigo. No te gusto. Ya está. Sé valiente, Javier. ¡Por una vez en tu puta vida, sé valiente!

Javier guardó silencio esa noche. No existía réplica posible: no podía rebatir su argumento. Deli siempre fue mucho mejor abogada que él. Siempre fue más inteligente. Cerró los ojos y trató de encontrar una respuesta que nunca llegó. La firma de un testamento en blanco. Cuando la oscuridad exigía un precio que ninguno podía pagar, se atrevió a mirarla de nuevo. Deli lo observaba con las lágrimas arrasando sus mejillas. Aún con el torso al aire, aún mostrándole unos pechos pequeños y firmes que Javier no ansiaba acariciar. Los miró un instante, absorto, y ella se dio cuenta de su gesto.

—¿Qué son para ti? ¿Qué es mi cuerpo, mi sexo, mis labios para ti? ¿Nada? —le dijo implacable.

Dejó de ser la Deli herida y se transformó en la Deli rencorosa. Él tragó saliva. Jamás dejó de sentir aquel sabor metálico en la boca: el sabor de la traición.

—Deli, entre tú y yo hay algo más que esto. Somos más que la parte de atrás de un coche.

—No me desees lo más mínimo.

—Cariño, yo...

—No, no, no. ¡No! ¡Cállate de una puta vez! Voy a hacerte una pregunta. Solo una pregunta y te dejaré en paz. Ya veremos cómo solucionar lo que ocurra a partir de ahora. —Deli apretó los puños, se los llevó a los ojos y los cerró un momento calmando fuego y hielo. Después habló con una voz dura como el futuro que se cernía sobre ellos—. Este problema tuyo... ¿lo tendrías con cualquier otra? Te he visto hablar con Verónica durante las clases, sonreír a las

cosas que te dice. Es una tía guapísima, con un buen par de tetas. ¿Te gusta, Javi? ¿Sientes deseo por ella? ¿Te la tirarías?

Él negó con la cabeza. Verónica era una chica inteligente que logró llegar a la universidad tras una infancia bastante complicada. Le caía bien. Vestía una sonrisa eterna y las pecas divagaban por su rostro con encantadora despreocupación. Ni siquiera se había fijado en su pecho.

Deli apretó los labios. La rabia asomaba a su rostro volviéndolo felino, cruel.

—¿Sientes deseo por alguna otra mujer que yo conozca?

Él volvió a negar. No sabía dónde quería llegar su novia. Perdía por momentos el control sobre su existencia. Cursaban el segundo año de carrera, se encontraban en la flor de la vida y el futuro se les insinuaba con descaro. Para el resto del mundo, Deli y él se mostraban como una pareja perfecta, enamorada y feliz. Pero cuando los demás no los veían, cuando se quedaban ellos solos y Deli se echaba en sus brazos... todo salía a la luz. El verdadero drama de sus vidas. El gran engaño.

—Entonces, ¿qué ocurre, Javier? ¿Por qué narices no podemos hacer el amor, eh? ¡Por qué! —preguntó, exigió, salivó.

Rabiosa y ofendida, lo abofeteó dos veces y después reanudó el llanto. Javier siguió inmóvil. Ni un terremoto habría conseguido mover su cuerpo lo más mínimo.

Pasó un tiempo incalculable. El dolor sostiene la línea del tiempo y juega con ella a su antojo. Deli desechó el último rastro de sal y se vistió. Deslizó los dedos por sus rizos encrespados, tratando de darles forma, y volvió a mirarlo con una mirada desafiante. Inmensa: esa era la mejor palabra para definirla. Deli escondía en un cuerpo diminuto la furia de mil ciclones, la grandeza de mil desastres.

—¿Deseas a algún hombre?

—No —murmuró Javier con la mirada perdida; ella tomó aire.

—Aún... ¿aún lo deseas a él?

A veces, los segundos transcurren a una velocidad indeterminada. A veces, el segundo se detiene y todo queda flotando, suspendido, como si la gravedad reclamase una confesión inoportuna. A veces, un instante vale una vida entera. Una muerte entera. Y ni siquiera somos conscientes.

—Sí —susurró Javier sin reconocer el sonido de su propia voz, sin reconocerse en su propio ser.

Deli le dio la última bofetada, tan fuerte que lo dejó sin aliento. Después acercó su rostro al de él apretando la mandíbula como un animal rabioso y le habló muy bajo, muy despacio, siseando, dejando escapar veneno.

—Pues él no regresará. Está muerto, Javier. Jamás volverás a verlo, así que olvida y sigue adelante. Busca la forma de que seamos una pareja normal. O te abandono a ti y pierdes toda esa mierda de fachada de seguridad que solo has conseguido alcanzar porque estás conmigo. Te dejo con tu muro de vergüenza, con tu secreto, con eso que te llevará a la locura porque nunca lo reconocerás como algo tuyo. Olvida y échame un maldito polvo de una jodida vez. Puedo hundirte la vida y tú sabes que soy capaz. Sabes bien —abrió la puerta del coche y salió de un salto. El portazo corrompió la inocencia de una madrugada infiel— que soy perfectamente capaz».

—No tenías ningún derecho. No lo tenías, Deli. No lo tenías...

Se dejó caer sobre la cama, llorando culpa y rencor. Culpa y odio contra ella, contra él, contra la mala hierba que atrapó unos pies

doloridos de fingir verdades. Se tumbó y el blanco y negro de las fotografías le dejó una impronta en la piel. Una impronta roja como el rojo de sus mentiras.

LAS PALABRAS QUE SE DICEN CON LOS OJOS

Murcia. 25 de mayo de 1964.

-Lucas se mostraba como una silueta bajo la férrea protección del árbol. Miré a los dos lados del camino y avancé unos pasos hacia él. Me dijo: "Ya pensé que no venías". A lo que respondí: "No resulta fácil salir de casa por la noche, ¿sabes?". Y él replicó: "Bien que sales para pasear con tu novia". Detecté cierta rabia en sus palabras, en su tono defensivo. Imaginé que se trataba de celos por Deli. Hasta ese momento pensaba que él sentía algo por ella, algo como lo que debía sentir yo y el corazón me negaba. Continué diciéndole con intención: "Eso es distinto a salir solo. Menos por aquí, que últimamente hay tantos... robos". Lucas se plantó por fin frente a mí y observé el efecto del trabajo, de la miseria, del hambre. Dolió, como todo el océano sobre una sola herida, observar su cuerpo flaco, la ropa raída, las llagas que se burlaban de la tibieza de sus dedos. Me dijo: "Sí, la cosa pinta cada vez peor. Como esa paliza que le dieron al tal Joaquín, el hijo del guardia, el año pasado". "Unos indeseables", dije yo. Y él: "Desde luego. Menos mal que quedamos personas honradas como tú y yo".

»Sonrió. Me quedé observándolo ensimismado, porque las sonrisas de Lucas suponían un bien valioso y escaso, como la lluvia en Murcia, como las promesas sinceras, como el amor que no exige ni daña. Nunca me detuve en su sonrisa como esa noche, brillante como la más fugaz de las estrellas.

»Entonces le pregunté: "¿Tu hermana está bien? Bueno, y tú y tu padre... Quiero decir, ¿estáis bien? Hace tanto que no hablamos...". "Desde aquella noche", pensé de inmediato con un eco en la cabeza

que chillaba verdades sucias, las que tratan de lavarse en pleno día y te sacan la lengua con la llegada de la noche. Sentí un deseo atroz de huir de él, de su sonrisa, de su condena. Lucas pareció percibirlo y me puso la mano en el brazo para apretármelo con suavidad. Sin dejar de sonreír, me dijo: "Es que tu chica te tiene ocupado todo el tiempo". Y yo no pude más que rendirme ante él. ¿Por qué me sentía de esa forma? Me elevé, flotando en una nube inexistente. Entonces no lo sabía, pero ahora sí: se llama felicidad, la verdadera. Lucas volvía a ser mi amigo, a confiar en mí. El corazón bailaba. ¿Qué digo bailaba? Hacía acrobacias bajo mi acobardado pecho. Le expliqué que mi chica era... acaparadora. Me rasqué la nuca con timidez y Lucas me regaló una de sus carcajadas. Qué sonido más hermoso. El más bello que escuché jamás hasta que oí la primera risa de mi hija.

»Lucas siguió diciendo: "Es Deli, ¿qué esperabas? ¿Que se sentara bajo un limonero para que le dijeras palabras de amor al oído?". Y yo le confesé, un tanto avergonzado por hablar así de mi novia: "Por lo menos esperaba que me dejara respirar un poco". Lucas me palmeó el brazo con complicidad y nos sentamos apoyando la espalda en el tronco del centenario olivo.

»"Y tú, ¿cómo llevas una demostración de amor tan abrumadora?", me preguntó. "Pues la capeo, sin más", le respondí. Lucas me miró de reojo. Sujetaba un puñado de hierba en la mano y lo fue deshaciendo poco a poco, de forma abstraída, mientras me decía: "Eso suena triste. Yo nunca he tenido novia, pero dicen que al principio es cuando los dos deben estar más... no sé, efusivos. ¿Habéis... estado juntos ya?". Bufé antes de decir: "Ya te lo he dicho: a todas horas", pero Lucas alzó las cejas en un gesto bastante significativo. Tardé un poco en darme cuenta del sentido de sus palabras. Los dobles sentidos son mi eterna asignatura pendiente. Entonces dije: "Ah, te refieres a... a eso", a lo que asintió con la cabeza. Parecía interesado y yo noté el rubor ascenderme por las mejillas. Me daba una vergüenza tremenda hablar de sexo. Escuchar a Jofi y Miguel durante dos años hablar del tema me generó una idea sórdida y oscura del tema. Percibía el contacto como algo

denigrante y soez. Me encogí de hombros y traté de mostrarle indiferencia. Fingir siempre se me dio mejor que captar dobles sentidos. Sin saber por qué, le mentí: "Pues claro. Somos novios. Los novios hacen... eso". Lucas me observó un rato más con atención y frunció levemente los labios. El silencio hizo acto de presencia y acompañó la calidez de la primavera en ciernes. La brisa recién nacida nos traía aromas a romero y limón, aromas de mi tierra, tan lejana ya, tan cercana en mis recuerdos. Cerré los ojos dejándome mecer por la sensación. La plenitud. Yo era joven en una noche joven, yo era inocente en un lugar donde la inocencia se solía pagar cara. Cuando regresé de nuevo a la realidad descubrí el café solo de la mirada de Lucas clavado en mí socavando cada uno de mis poros.

»De repente me soltó: "Te he odiado durante mucho tiempo, Javi. Con toda mi alma". Profanar algo sagrado no debe provocar el mismo efecto que me hicieron aquellas palabras. Atravesar la carne con hierro candente tampoco. Solo pude contestar: "No sé cómo pedirte perdón, Lucas. Lo que ocurrió... No tengo excusa. Es terrible. Me porté como un ser terrible". Perdido en un océano sin fondo, me preguntó con dolor: "¿Lo viste todo? ¿Viste lo que me hicieron?". Me quedé quieto, hipnotizado por la oscuridad que desprendía, una oscuridad dañada. No existe nada tan bello y tan terrible como un corazón sangrante. "No, no lo vi. Volví la cabeza", y repetí el "lo siento" llorando sin contención. Llorando para afuera lo que un día, muchas noches atrás, me obligaron a llorar para adentro. Añadí: "Ojalá consiguiera retroceder hasta esa noche y evitar...". Pero él me dijo con dureza: "Pero no se puede. Es lo que tiene el tiempo, ¿no? Los actos de un día, una hora, un segundo, no se pueden deshacer. Son inevitables". Yo me hundí sin deseo alguno de aferrarme a nada que me sostuviera. Suponía una muerte merecida, el final de un indulto que la vida me otorgó en un juicio amañado. Lloré más. Habría llorado hasta secarme las venas.

»Le dije que me iba a casa, pero cuando fui a levantarme, él me agarró por el brazo para impedírmelo. "Javi, espera. No he

terminado de hablar contigo”, me dijo él. Y yo le contesté: “Es que no hay nada más que hablar. Me porté como un cobarde y ellos te destrozaron”. Exasperado, me calló con un: “Déjame hablar, joder. Cállate”. Soltó un suspiro y se miró las manos. Las tenía sucias, llenas de cortes ennegrecidos, de líneas de vida desgastadas. Manos de trabajo, de hombre cansado de existir, salvo que Lucas no era ni siquiera un atisbo de hombre: pocos años para una osamenta demasiado curvada. Solo entonces me percaté de sus ojeras, su tez oscura, su extenuación. Mientras yo me dedicaba a pasear de la mano de Deli y holgazanear todo el día, Lucas se dejaba la piel y el alma trabajando. Continuó diciendo: “Te he odiado (o lo intenté, más bien), pero tú salvaste a mi hermana. Quién sabe lo que habría podido ocurrir si no llegas a aparecer tú. Tú y tu banda de...”. Terminé la frase moqueando: “Enanitos locos”, y Lucas volvió a reír suavizando sus facciones, prendiendo una hoguera en las sombras de su rostro. Con tremenda vergüenza, con total desconcierto, me descubrí a mí mismo pensando lo guapo que era aquel niño de cabello y mirada oscuros. El pensamiento me descolocó. Y también algo más. Aletearon las mariposas de mi estómago, esas que ni siquiera sabía que estuvieran allí, anidando en el desastre de mi interior.

»Se reía tanto que las lágrimas rodaron por sus mejillas con una absoluta libertad. Preciosas. Mágicas. Dijo “Vaya panda de salvajes. Quiero que tengas claro que yo los entrené. Ese odio hacia Jofi fue inculcado por mí, y esa forma de dar patadas... imagino que también”. “En ese caso, ahora entiendo por qué solo tuve que decirles ‘¡atacad!’”, fue mi respuesta. “Será la historia de sus vidas, sin duda”. “Y la de la nuestra”. “Eso seguro”.

»Nos miramos un largo rato. ¿Alguna vez os ha ocurrido eso? Fijar tus ojos en los de otra persona y ser correspondido. Sin necesidad de hablar: solo sentir. Entonces la electricidad se eleva y planea, sale de uno y llega al otro, envuelve, entiende el momento y lo alarga: diez segundos, un minuto. No apartas la vista y quieres quedarte así, quieto, sin mover un solo músculo, sin tan siquiera atreverte a

respirar demasiado fuerte por miedo a romper el hechizo. Se trata de palabras, ¿sabéis? Palabras que se dicen con los ojos. Y no hace falta nada más. Si os ocurre con alguien, si al conectar de esa forma lo sentís absolutamente todo... aferraos con fuerza. Porque es la persona, aunque después dure una hora o un día. Un atardecer de invierno.

»Fue Lucas quién rompió el momento. Se hacía tarde y en realidad ninguno de los dos debíamos estar allí. Los guardias andaban más nerviosos que nunca y yo podía ser el hijo de uno de los jefes, pero Lucas no era más que el hijo de un hombre señalado. Se puso en pie y se limpió la tierra de los pantalones. Y se acercó hasta mí: olía a humedad, a vida. Me dijo: "Ahora ya no estamos en deuda, Javi. Podemos... ¿podemos empezar de cero? ¿Ser amigos?". "Podemos serlo todo, Lucas", pensé yo y pensaron mis mariposas, pero respondí: "Por supuesto. Me alegro de que hayamos hablado". Y él: "Espero que Deli no se ponga celosa. Le gusta mucho acaparar a las personas. O someterlas, más bien". Y otra vez mi pensamiento: "Me importa un comino Deli. Me importa un comino el mundo entero". Y yo: "Seguro que le gusta que nos llevemos bien. Sé que tú y ella sois buenos amigos". Entonces Lucas me dijo: "Nadie termina de ser nunca demasiado amigo de Deli, Javi". "Ya. Entiendo lo que quieres decir", le contesté. Nos echamos a reír de nuevo. Lucas me dio una palmada en el hombro y a mí me quemó la piel. Me propuso que nos viéramos al día siguiente a la misma hora en ese mismo lugar y yo le dije que me parecía genial. Me sonrió y nos despedimos. Echamos a andar cada uno en dirección opuesta al otro.

»Llegué a casa silbando y besé la frente de mi madre. Ella me dedicó una sonrisa repleta de luz y supe que teníamos carta de Mari Flo. La escuché con paciencia mientras me leía, con bastante dificultad, las letras de su hermana artista. Las verdades o mentiras, no me importaba entonces, no me importa ahora. La hacían feliz un breve instante. Cuando terminó volví a besarla y la abracé. Sentí la humedad en la base del cuello, allí donde ella apoyaba el rostro. Todavía no sé si eran lágrimas de felicidad o purga de sal.

»Me gusta recordarla así: con luz en la mirada y una tregua en el alma. Yo me acosté esa noche, pero no logré conciliar el sueño. Me pasé horas sonriendo sin saber por qué. O quizá ya lo sabía, pero aún era joven para comprenderlo.

»Algunas veces cuesta asimilar ciertas cosas. Son cosas que se quedan enterradas en un rincón de la cabeza, dormidas, pero no muertas. Cosas que tratan de despertar y llamarte a gritos. Son cosas del alma. Demasiado complicadas para este mundo que ya no cree en cuentos de amor. Demasiado frágiles para este mundo que ya no entiende de moralejas».

Madrid. Miércoles, 25 de marzo de 2020.

Tres nuevas cartas de Lucas. Cartas que no llegó a enviarle jamás llenas de optimismo, de una vida plena. Plena: una palabra extraña, casi mágica. Sentirse pleno es tan difícil como saberse feliz. Utópico como la metáfora del trueno. Sin embargo, la vida del que fue su amigo desprendía una templanza que Javier no alcanzó jamás. En una conciencia no limpia, ese camino es demasiado fácil. Una conciencia brillante como la más brillante luz.

Nos casamos en Alemania, pero ya estamos camino de Suiza. Mi padre me ha conseguido un trabajo en la empresa donde se encuentra él. Fue una boda rápida, ya sabes que lo riguroso nunca fue mi fuerte. Solo asistieron Pilar, el crío y el cura. Ojalá la próxima vez que te escriba sea para decirte que soy padre. A Lola le encantan los críos. Quiere tener cuatro o cinco y le he dicho que para eso debemos practicar mucho. Se ríe y todo el mundo se detiene bajo el hechizo. Me encanta su risa. Me encanta su pelo, su cara, sus ojos. Me encanta su olor. Todo de ella. Soy feliz, Javier. Como no lo fui nunca. Espero que tú también lo seas con Deli. ¿Ves? Al final la vida nos concedió una tregua. Quién lo iba a decir.

Tuyo, Lucas.

«Me encanta tu risa. Tu pelo, tu cara, tus ojos. Me gusta todo de ti, Javi. Te quiero, te quiero como nunca he querido a nadie en toda mi vida». La suave voz de Lucas haciéndole cosquillas en el oído y en el alma. Su aliento a fresco, a futuro inesperado. Los besos que recorrían los invisibles surcos de una piel demasiado joven para albergar marcas, aunque demasiado vieja para albergar daños. Su furia calmada bajo la cura de unos besos furtivos, siempre furtivos.

Javier se sentía celoso. Celoso y ridículo. Celos de unas letras escritas cincuenta años atrás y que jamás recibió. Celos de una mujer que no conocía y de un hombre que apenas estuvo unos años en su vida y se marchó dejando una cosecha destrozada y la infertilidad de un sueño. Sentía celos y rabia, la rabia que provoca quemaduras de primer grado. Porque esas palabras habían sido suyas. Le pertenecían. ¿O acaso todo fue una mentira, una fantasía? ¿O acaso lo que Javier sintió por Lucas no llegó a ser correspondido más que en los tristes anhelos de una alcoba triste?

Se obligó a releer las cartas. Albergaba la sensación de que algo no encajaba allí. Un descuadre, una perturbación que lo inquietaba. Cuando los ojos le escocían de dibujar y desdibujar letras e hipótesis, se armó de valor y marcó el número de teléfono.

—¡Hola, Javier! —Le sorprendió el saludo efusivo del hombre, su tono cariñoso—. Perdona, sé que quedé en llamarte. Madre mía, ¿qué hora es? No me he dado ni cuenta. Al sonar el teléfono he recordado nuestra conversación.

—No te preocupes. ¿Cómo sigue Lucas?

—Igual. Continúa en la UCI, aunque según me han dicho es bueno que no haya cambios. La estabilidad es la mejor señal. —Suspiró con un aire preñado de alivio—. ¿Te parece bien charlar ahora? ¿Tienes

ganas de contarme cómo era el tío de joven? La verdad es que no alcanzo a imaginarlo.

—¿Cómo es Lucas para ti?

—Un gruñón adorable. —Javier no pudo evitar echarse a reír—. Así lo definen mi mujer y mis hijos, al menos. —Se escuchó también una risa al otro lado—. Es severo, eso también es cierto. Me crio con bastante rectitud, pero tiene un corazón que no le cabe en el pecho. «Y la mirada oscura como un pozo. Y la sonrisa oscura como la noche».

—Entonces se trata del mismo Lucas que yo conocí. ¿Qué os ha contado de su infancia?

—Poco, en realidad. Una vez me dijo que fue una época terrible y hermosa al mismo tiempo. Imagino lo duros que debieron ser esos años.

—Mucho. Y los precedentes y los que siguieron. A ver, ¿por dónde quieres que empiece?

No le contó demasiado. Suponía exponerse: el primer contacto con alguien tan cercano a Lucas podría abrir una herida de imposible cicatrización, una pérdida irrecuperable. El hijo de Pilar le hizo algunas preguntas y después de un rato se disculpó.

—Perdona, ha llegado mi mujer. Es enfermera y lleva días doblando turnos.

—No te preocupes. Esas cosas son las importantes. Yo seguiré aquí cuando quieras volver a hablar.

—¿Mañana?

—Mañana. Me parece perfecto.

Salió al balcón poco después de las seis. Una solitaria figura se recortaba sobre la tarde todavía latente. Javier observó los hombros de Eva y los vio moverse con un acompasado ritmo, suave a la par que hipnótico. No se giró, aunque él intuyó que ella también intuía. Los hombros de Javier se movieron también y un par de balcones separados por un biombo se regaron con sal. No hay nada más trágico, «no hay nada más bello», que un océano compartido.

—La vida es una mierda. —La escuchó decir en un susurro—. Y te has saltado un capítulo, señor Vázquez.

Él se giró para mirarla. Eva parecía la protagonista única y absoluta de la pintura más triste del mundo. De la única sinfonía de un músico maldito. La última sirena de cualquier mar.

Ella también se volvió y los ojos de ambos se encontraron para hablarse sin necesidad de pronunciar una sola palabra. Se contaron cosas que solo se pueden decir con los ojos.

BESOS QUE SABEN A HUMO

Murcia. 15 de febrero de 1965.

-L levaba meses tratando de que Lucas aprendiera las lecciones que yo daba en la escuela. Él la dejó tiempo atrás para trabajar a tiempo completo en la finca. Me contó, en plena confianza, que Pilar recibía una educación especial muy cara. Por aquel entonces, ese tipo de cosas estaban fuera del alcance de la gran mayoría de las personas, y la familia de Lucas apenas tenía para comer. Me contó: "Mi padre quiere que aprenda un oficio de los buenos, no que se quede solo para ser la mujer de un hombre. Que se valga por sí misma. No es tonta, ni mucho menos; de hecho, es más lista que yo, pero ella necesita un empuje y todo eso vale dinero. Debo ayudar". Por eso dejó Lucas el colegio. Por eso trabajaba de sol a sol como si fuera una mula. Por eso pasaban veinte años y veinte más sobre el cuerpo joven de un viejo muchacho. Por eso me volvía loco. Me tenía totalmente a su merced, ese niño rebelde que ya no era tan rebelde, aunque seguía igual de deslenguado.

»Un día me dijo: "No se me da. No se me da y punto. Además, es una tontería. ¿Para qué quiero yo aprender eso?". Yo le contestaba: "¿Cómo que para qué? ¡Pues para hacer un montón de cuentas!". Y él me explicaba: "Ya sé hacer cuentas. Sé restar y sumar. Para trabajar en el campo, como comprenderás, me sobra. Ecuaciones... ¿Qué narices se consigue con las ecuaciones? Venga, dime. ¿Qué utilidad tiene esto?". Estábamos en el olivo, aprovechando uno de los pocos descansos que Lucas tenía para comer. Yo le había llevado un bocata de chorizo que se comió con el ansia que solo puede provocar el hambre, esa que arraiga, la que extiende sus raíces por un estómago vacío. Lo observé mientras apuraba las últimas

migajas. Estaba más alto y más formado y sus brazos eran fuertes de vivir lo que yo no podía ni siquiera imaginar. Lucas se hacía un hombre y yo seguía siendo solo un niño mimado. Le contesté: "Pues no lo sé. Pero me pediste que siguiéramos el orden de la clase, y ahora estamos con esto". Y me dijo: "Ya podrían enseñaros cosas de provecho. Como trabajar, por ejemplo". Le respondí que para eso no hacía falta estudiar, pero él no estaba de acuerdo y me respondió: "¡Anda que no! La universidad de la vida, como dice mi padre". Me sonrió. Me perdí una vez más en su sonrisa. Y tuvo que volver al trabajo.

»Así pasaban nuestros días. Se trataba casi de una rutina, una ecuación de las que tan poco le gustaban a Lucas. Nos veíamos a la hora de comer: yo le daba las lecciones y él refunfuñaba. Por la noche lográbamos escaparnos y entonces no existían conversaciones sobre deberes ni la dureza del trabajo; entonces simplemente nos sentábamos bajo el olivo y callábamos. Lucas es la única persona con la que he apreciado el silencio. Jamás pude permanecer callado tanto tiempo y sentirme cómodo como con Lucas a mi lado.

»Una noche, Lucas intentaba leer: "¡Qué extraño animal es el hombre! Nunca está en lo que tiene delante. Nos acaricia sin saber el qué...". Lo corregí mientras le pegaba un golpe en el hombro: "Sin que sepamos por qué". Él se quejó, bufó, frunció el ceño y volvió a concentrarse en la lectura. Dijo: "¡Qué más dará! Sin saber por qué, sin que sepamos por qué...". Pero insistí: "Lucas, no tiene nada que ver una cosa con la otra". Me miró alzando una ceja, enfadado como siempre que yo lo corregía, testarudo hasta los huesos, orgulloso hasta la médula. "Mira, ¡yo ya no sé nada! ¡Anda y que os den a Unamuno y a ti!", gritó. Le dije: "Eso me duele en el corazón". Y su respuesta fue: "Pues que también le den a tu corazón". Me empujó y lo empujé. Hablamos hasta que su padre lo llamó desde el otro lado del camino. Lucas se levantó y se despidió de mí para ir a su encuentro. Cuando llegó, el hombre me saludó con un casi imperceptible gesto de la cabeza. Me pareció ver cierta preocupación en su cansado rostro. Pero quizá fueran cosas mías.

»Por supuesto, mi relación con Deli se resintió. Yo no me percaté hasta que un día, mientras acompañaba a mi madre a hacer unos recados en el pueblo, nos cruzamos con la madre de Deli. Me preguntó, preocupada, si es que me había peleado con su hija. Muerto de vergüenza le dije que no y la mujer suspiró con alivio y me pidió: "Pues habla con ella, hijo. Deli parece una plañidera. Dice que cree que estás con otra". Mi madre, escandalizada, me advirtió: "¡Javier! Ni se te ocurra, ¿eh?". Tuve que presenciar una bochornosa charla sobre lo que los buenos novios hacen para tener a sus novias contentas.

»Y tuve que concienciarme de que no podía seguir así; debía conjugar a Lucas y a Deli en la misma ecuación, me gustara más o menos. Durante algún tiempo pensé que no resultaría tan difícil. Al fin y al cabo, mucha gente tenía novia y un mejor amigo. ¿Acaso no sería yo capaz de tal proeza? De modo que comencé a llevarme a Deli a mis quedadas con Lucas y viceversa. Pensé que se trataba de un plan brillante. Ellos fueron amigos antes de que yo irrumpiera en sus vidas y siempre mantuvieron un carácter similar: tozudos, mordaces, incluso hirientes. Sin embargo, con el paso de las semanas comencé a darme cuenta de que algo no encajaba en mi plan magistralmente orquestado. Deli y Lucas se entendían cada vez menos. Discutían por todo, querían ir a sitios distintos, se llevaban la contraria continuamente. Eran como agua y aceite empeñados en marcar su territorio. Terminaban peleados y dejándome sin la menor idea de cómo coser el roto que separaba a dos personas tan importantes para mí.

»Hasta que una noche me armé de valor y le pregunté a Lucas el porqué de su repentina enemistad con mi novia; esa novia tan formal que me arrastraba todos los domingos a misa, a comer a su casa, a pasear por el pueblo con sus padres como si ya fueran mi propia familia. Me esperaba mil contestaciones: que Deli era bastante irritante, cosa que yo ya sabía; que era presumida y altanera; que tenía un carácter de mil demonios. Me preparé argumentos para rebatir todas sus quejas respecto a la que

supuestamente debía ser la mujer de mi vida, pero jamás habría esperado su respuesta, tan simple como abrumadora: "Porque te quita el tiempo que tienes para estar conmigo". Lo dijo con naturalidad, como el que habla sobre el calor del verano, y después volvió a sumergirse en el libro. Leía con esfuerzo, pero Lucas acababa de descubrir a Unamuno y nos pasábamos horas enfrascados en esa Niebla que supuso tanto para nosotros. Leyó: "¿Qué quiere usted que hagamos los pobres si no hacemos hijos para los ricos?". Y yo le pregunté con teatralidad, modulando la voz de forma grave: "¿Qué quiere usted que hagamos los ricos si no es joder a los hijos de los pobres?". Lucas alzó las cejas, me miró sorprendido y se echó a reír con ganas antes de decir: "La palabra joder en tu boca suena fuera de lugar, ¿lo sabías?". Y le respondí: "¿Acaso los insultos son propiedad de los trabajadores del campo?". "No. Lo único propiedad de los trabajadores del campo es la miseria", sentenció.

»Dejó el libro a un lado y se apartó un mechón de pelo de la frente. Lo observé embelesado hasta que me di cuenta de lo que estaba haciendo y aparté la vista con vergüenza. Cambió de tema: "¿Tienes más familia aparte de tus padres, Javi?". Y yo le conté: "No. Mis abuelos murieron antes de que yo naciera y mi padre tuvo un hermano que falleció de niño, pero me queda una tía: Mari Flo, una artista argentina con gran fama mundial. Tiene tanto éxito como amantes, siempre según las cartas que le manda a mi madre. A mí me parece que no es más que un fantasma, uno más en la vida de Lola Martínez". Algo debió mutar en mi rostro, quizá una sombra furtiva, y Lucas me preguntó con curiosidad: "¿Uno más? ¿A qué te refieres con eso?".

»Nunca había hablado de Carlitos con nadie ni de las sombras que a veces parecían acorralarme en la alcoba, como si les debiera algo. Era como un pacto de sangre. Nunca me había derramado como lo hice aquel día, hablándole del silencio de las noches, del llanto velado de la mujer que me parió quince años atrás. Me vacié como

si alguien hubiera abierto el dique de todas mis tragedias y ansiara dejarme seco. Seco y limpio.

»Lucas me dejó hablar. No me interrumpió ni una sola vez a pesar de que el tiempo para él suponía el valor máspreciado. Las horas que pasaba conmigo se las arrancaba a la noche, a su escaso y fugaz descanso. Mantuvo un fiel silencio y conforme yo hablaba sus ojos se iban encharcando. Mi sufrimiento suponía su sufrimiento. Pocas cosas demuestran una lealtad más firme. Cuando terminé mi narración, Lucas se miró un instante las manos: le temblaban levemente. Me dijo: "Javi, siempre he querido preguntarte algo. La noche en la que Deli nos convenció para meternos en la casa del marqués y, cuando estábamos huyendo, te quedaste tieso como un perro muerto...". Traté de sonreír y contesté: "Vaya comparación más agradable". Pero la noche exigía confesión. No puedes parar la tormenta una vez que la nube se enfurece. Lucas insistió: "Me he preguntado muchas veces después qué viste allí, Javi. ¿Qué te dio tanto miedo?". Agaché la mirada y me mordí el labio con timidez. Sentí el contacto de Lucas sobre mi hombro. Encima de nuestras cabezas, las ramas del olivo nos observaban con una muda complicidad y nos ofrecían un frágil amparo. Alargué la mano, casi sin pensar lo que estaba haciendo, y rocé los dedos rugosos de mi amigo mientras le decía: "¿Me tomarías por loco si te digo que vi a Carlos?". "No permitas que los fantasmas se queden contigo, Javier. Nadie tuvo la culpa de la muerte de tu hermano. Debéis dejarlo ir o no podréis desprenderos de él jamás": esa fue su respuesta. Entonces murmuré, escupí casi sin voz: "Siempre he pensado que ellos... que ella... habrían deseado que fuera yo, que muriera yo. Nunca me quitaré esa sensación de encima". Me contestó: "Pues quítatela o se aferrará a ti, a tu piel, la impregnará y te convertirás en un hombre rencoroso. Tú vives y Carlos murió: esa es la única verdad. Si tus padres no lo aceptaron no tienen por qué arrastrarte en su amargura, así que olvida los fantasmas. Los vivos te necesitan". Entonces le dije: "Si escribieras las palabras que dices serías infinitamente mejor que Unamuno". Y sonriendo me respondió: "Como vuelvas a reírte de mí te tragas el libro. Y ahora,

señor Vázquez, te toca. Leer desgasta demasiado. Me resulta mucho más apetecible que leas para mí". Se recostó contra el tronco con los ojos cerrados y una sonrisa traviesa. Debía ser muy tarde. El alba llegaría pronto y, sin embargo, él permanecía allí, junto a mí, para ahuyentar a los fantasmas. Para no dejarme solo.

»A lo largo de aquel año sucedieron más cosas aparte de mis vaivenes emocionales. Joaquín, el padre de Jofi, comenzó a pasar más tiempo por la finca. Vigilante, como el gato que observa con gula la comida sobre la mesa. Nadie había vuelto a tener noticias de Jofi, como si su paso por el mundo no fuera más que un espejismo, el recuerdo fugaz de algún verano en quiebra. La presencia del hombre que lo concibió se convertía en algo molesto, como la mosca que se posa sobre la carne y no logras espantar. Así me sentía yo cada vez que lo veía cruzar los caminos de un lado a otro, con su uniforme, su andar firme, su arma; con los ojos entrecerrados, buscando víctimas o verdugos tras cada hombre, tras cada mujer, tras cada sombra.

»Deli le preguntó un día a Lucas con toda la malicia: "¿Tu padre no tiene miedo?". Cuando actuaba de esa forma nacía en mí un tremendo rencor hacia ella. Nos encontrábamos en el pueblo: Lucas acompañaba a su hermana a hacer unos recados y Deli y yo acabábamos de salir de catequesis. Él le contestó con el ceño fruncido: "¿Por qué va a tenerlo? ¿Acaso mi padre es un delincuente?". Estábamos fuera de la tienda de comestibles, donde Pilar hacía cola para pagar las compras. Deli lo miró con suficiencia y continuó: "Dicen que va a por él, a ver si lo pilla haciendo algo malo. Le tiene ganas, lo sabe todo el mundo". Y Lucas le respondió: "¿Lo sabe todo el mundo o lo saben en tu casa porque sois muy listos?". Y ella le soltó sin rodeos: "Piensa que fuiste tú el que le dio la paliza a su hijo. Mi padre me dijo que el tuyo no consentía que Jofi y Pilar fueran novios". Deli me agarraba la mano con fuerza y se apretaba contra mí como si quisiese marcar un territorio inexistente. Lucas puso cara de desprecio y dijo: "¿Novios? Ya lo hubiera querido ese engendro asqueroso". Se apoyaba contra la pared de la tienda y

trataba de mostrar un gesto despreocupado. Entonces vi el brillo animal en los ojos de Deli y supe que se avecinaban truenos. "Hombre, la que parecía quererlo era ella. Otra cosa es que Javier estuviera allí para impedir que se echara a perder, la pobre", contestó. Lucas se incorporó con rapidez, con la rabia tiñendo de rojo sus mejillas. Abrió la boca para replicar, pero justo en ese instante Pilar salía de la tienda. Se acercó a él y le preguntó con cierta vergüenza: "Me ha devuelto esto. Mira la cuenta, Lucas. ¿Está bien?". La rabia de Lucas transmutó en una intensa ternura. Le sonrió con suavidad mientras sumaba y restaba los importes. Finalmente le dijo: "Está perfecto, Pili. Lo haces muy bien. ¿Ves? Dentro de poco ya no necesitarás que te acompañe".

»Como si al nombrarlo lo hubiéramos invocado, vimos pasar al padre de Jofi por la acera de enfrente acompañado de otro hombre y vestidos los dos de paisano. Se percató de nuestra presencia y desvió el rumbo para alcanzarnos. Cuando llegó hasta nosotros nos preguntó: "¿Acaso no tenéis nada mejor que estar aquí holgazaneando? ¿No hay trabajo en la finca para vosotros?". Deli, toda inocencia, toda dulzura, dijo: "Salíamos de catequesis, señor González. Ya regresamos a casa. Solo queríamos acompañar a nuestros amigos a hacer la compra". De repente, el hombre miró a Pilar con una fijeza inquietante y dijo: "Hola, Pilar. Qué guapa estás esta tarde, muchacha". Su comentario nos dejó descolocados. Yo miré a Lucas, que parecía a punto de explotar en mil pedazos tan pequeños como furiosos. Pili le respondió con un "Gra... gracias, señor González". Y él se ofreció: "¿Quieres que te lleve yo a casa? Estarás más segura que con esta panda de gandules". Me desprendí de la mano de Deli y agarré la de Lucas con firmeza. Me daba pánico que hiciese alguna tontería: meterse con un guardia civil en la España de los sesenta podía salir muy caro. Y Lucas no se encontraba precisamente en una buena posición. Deli salió al rescate: "Es un detalle, señor González, pero íbamos a confesar antes de ir a casa, ¿verdad? Nos lo ha pedido don Tomás. Casi lo olvido, qué tonta...". Deli se golpeó la cabeza sin dejar de sonreír. El silencio fue denso, casi masticable. Yo notaba que del cuerpo de

Lucas emanaba una tensión dolorosa y recé al Dios en el que nunca creí porque no abriera esa boca malhumorada que siempre estaba dispuesta a soltar algún disparate. Tras unos segundos que me parecieron horas, Joaquín respondió: Id, pues. No hagáis esperar a la iglesia. Imagino que no tendréis muchos pecados que confesar. Sois tan jóvenes... tan inocentes...". Le tocó la mejilla de Pilar. Fue un gesto leve, rápido, un gesto que contaba muchas cosas. Solo cuando se alejó para marcharse pude soltar el aire que había estado conteniendo. Las palabras de Pilar cuando lo perdimos de vista fueron: "¡Qué simpático! Me alegro de que no se enfadara por lo de su hijo, ¿verdad, Lucas?". Para Pilar la maldad no existía. El mundo solo se tintaba de un color: el blanco que le ofrecía la perpetua protección de su hermano. Sin embargo, Lucas no era más que un crío, el hijo de un hombre marcado. No podía protegerla de todo. En realidad, no podía protegerla de nada. Él lo sabía. Y yo también.

»Llegaba la noche y, con ella, nuestra hora de las brujas: un tardío ocaso de tardía primavera. Estábamos sentados bajo el olivo, ese olivo, probando a ser adultos antes siquiera de saber ser niños. Lucas me dio un cigarro que le había "cogido prestado" a uno de los trabajadores. "Es asqueroso. Asqueroso", le dije cuando terminé de toser. Lucas se reía como un loco, con las manos en la barriga y las lágrimas saltando la barrera de su mirada. Cuando se calmó me preguntó: "¿Entonces por qué lo haces?". Herido en mi orgullo, le dije: "¿Y para qué lo has traído tú?". Apagué el cigarrillo contra el suelo, sintiendo aún el horrible sabor en mi boca. Me respondió: "No sé, por probar. Pensé que tendría que estar bueno si hay tanta gente enganchada a esto. Y sí, es asqueroso, aunque yo al menos no he estado a punto de ahogarme". Puse cara de suficiencia y le dije: "¡Oh, claro! ¡Cómo va a afectarle algo al gran Lucas! Eres el fuerte, el indestructible, el valiente...". Se reía y decía: "Vale, vale, cállate, bobo. Eres un bobo. Será que tengo más pulmones que tú". Y yo: "Será que te has tragado la tos para no mostrar debilidad". Se encogió y hombros y me confesó: "Eso también". Y volvimos a reír.

»Faltaba poco para el nuevo verano. Se trataba de un día especial: Lucas cumplía los dieciséis. Yo los cumpliría en breve. El año siguiente cambiarían muchas cosas: terminaba el colegio y comenzaba bachillerato en la ciudad después de obtener una matrícula de honor que recibí de las propias manos de un orgulloso don Plácido.

»Lucas no contaba nada. Sin embargo, llevaba unas semanas encontrándolo más mustio y ausente. Aquel día le regalé un libro de Unamuno que compré con el poco dinero que mis padres me daban por paga. Suponía quedarme sin ahorros, pero merecía la pena. La cara de Lucas se iluminó como la primera luz del alba y comenzamos a leerlo juntos, bajo la complicidad del olivo y de todas las cosas que se callan cuando el corazón habla.

»Lucas se recostó sobre el árbol. La noche nos avisaba ya de su visita inevitable, de su calor inevitable. "Así que el señorito se va a estudiar con los ricos", me dijo. Observé que su camisa entreabierta dejaba ver el inicio de un pecho despejado, oscuro por el castigo del sol. Debió notar mi embelesamiento, porque me miró alzando las cejas, como si me preguntara algo. Yo respondí nervioso: "Eh... no. No, claro que no. No es una escuela de ricos", a lo que comentó: "Lo es desde el momento en que solo los ricos pueden estudiar". Le dije que yo no era rico, pero que le ponía esfuerzo, y él me respondió: "Tú no tienes que trabajar para comer. Ya eres bastante rico". Entonces me quejé: "¿Vamos a pelearnos el día de tu cumpleaños? ¡Te he hecho un regalo!". Él se puso muy serio y habló con tristeza: "Cuando te vayas ya no volverá a ser lo mismo. No tendremos tanto tiempo para vernos. Tú deberás estudiar mucho y yo deberé trabajar mucho". Pero le dije: "Lucas, seguiré viviendo en el mismo sitio. Solo me voy por las mañanas. No cambiará nada". Y él: "Y luego, ¿qué? Cuando acabes...". No lo había pensado. "Cuando acabes" suponía una estación demasiado lejana. Aún faltaban tres años para ir a la universidad que para mí era todo un mundo. "Pues después, no lo sé. A lo mejor me voy a Londres o a Estados Unidos a seguir estudiando con los ricos", bromeé, pero él se inclinó hacia mí, con el

dolor anclado en su mirada. "Tú no harás eso, ¿verdad? No me dejarás para irte tan lejos. Lo dices en broma, ¿no?", me preguntó. "Claro que bromeo. ¿Cómo voy a ir yo a otro país? Te he dicho que no soy rico", le contesté. Continuó diciendo: "Es que... tengo miedo, Javi. Ahora conocerás a mucha gente, a otros amigos, y te olvidarás de mí y de todo esto no importará para ti". Abarcó el olivo, el camino, la silueta de la casa de los marqueses, perpetua sobre un fondo que empezaba a depender del negro. "Porque te rodearás de gente más importante, gente que sepa hacer ecuaciones". Agachó la cabeza y me pareció el gesto más triste del mundo. Rápidamente le respondí: "Pero ¿qué dices, Lucas? ¡Claro que no! Tú eres mi amigo, mi mejor amigo. Eres... especial. Eres..."

»¿Qué era? ¿Qué era Lucas para mí? Pensé todo lo rápido que pude. Quería que las palabras adecuadas llegaran a mis labios, decirle algo que lo reconfortara pero que no me comprometiese, porque los chicos no se hablaban de esa forma, porque yo tenía novia, porque los amigos no se dedicaban los adjetivos que brotaban en mi garganta sin contención alguna, como un caudal furioso, como un río desbordado. Así que lo abracé por no hablar; por no asumir una realidad que no acertaba siquiera a comprender; porque me habían enseñado que un hombre jamás, bajo ningún concepto, debía sentir cosas por otro hombre. Se trataba de algo prohibido, obsceno, criminal, algo castigado por Dios, castigado por la ley, castigado por la sociedad, por la gente que sí era normal. Así que lo abracé por no hablar. Y por no hablar, ocurrió en apenas un segundo. Lo vi todo desde fuera, como si me hubiera apartado de mi propio cuerpo y lo observase desde lejos. Lucas giró la cara hacia mí muy despacio y buscó mis labios.

»No era mi primer beso: ya arrastraba cierta experiencia con Deli, pero sí era la primera vez que me estremecía. La boca de Lucas aún sabía a humo, pero no me importó. Noté la humedad y la punta de su lengua rozando con delicadeza la mía, pidiéndome permiso. Podría haberme apartado, podría haber actuado de mil formas

distintas. Sin embargo, me abrí para recibirlo. En todos los sentidos en los que se puede abrir una persona.

»Dicen que el primer beso suele ser un desastre. No existió desastre alguno allí. Las manos de Lucas se deslizaron por mi nuca, por mis hombros, por toda mi espalda. Yo deslicé las mías de forma ansiosa por el hueco de piel que la camisa dejaba a la vista. Sincronizados como la más sincronizada de las melodías, sin torpezas ni miedos. Nos besamos con hambre, un hambre voraz, el hambre de dos personas que se han amado durante tanto tiempo que ya no lo recuerdan, que llevan años sin comer. Le mordí los labios, me enrosqué en su cuello, saboreé su saliva y me dejé arrastrar por sus gemidos. No pensamos en nada, porque el mundo dejó de tener importancia para nosotros. Solos él, yo y todo lo que suponíamos el uno para el otro.

»De pronto oímos: "Maldito cerdo asqueroso". Me solté con rapidez. Deli estaba plantada frente a nosotros como un fantasma que ha olvidado que sigue muerto. Roja por la rabia, salada por el llanto. Casi no podía articular palabra. "Deli... yo... yo...", le dije. Me ahogaba por la culpa, por la vergüenza, por el miedo. Me levanté, aún con el sabor de Lucas en mi boca, aún excitado, con la camisa entreabierta y la piel ardiendo, el alma ardiendo. Gritó: "¿Cómo podéis? ¡Cómo puedes!". Me abofeteó y salió corriendo. Yo me quedé inmóvil, sin atreverme a dar un solo paso, sin atreverme tan siquiera a respirar. ¿Qué acababa de hacer? ¿En qué clase de engendro me convertía aquel beso? Me llevé las manos a las sienes, sintiendo que la cabeza me explotaba. Me sentía sucio. Cuando noté la presencia de Lucas detrás de mí, me aparté de un brinco. "Suéltame", le dije con voz ronca. Él me miró con dolor. Intentó tranquilizarme: "Hablares con ella. No te preocupes, Javi, hablares con ella y...". Pero yo estaba fuera de mí y le grité: "¡Que no me toques! ¿Por qué has hecho eso? ¡No vuelvas a acercarte a mí!, ¿me oyes? ¡No vuelvas a acercarte a mí nunca!". Salí corriendo sin mirar atrás, alejándome de aquel beso de humo, del tacto de una piel que anhelaba con todas mis fuerzas, de la sombra que seguía

mis pasos y, como si perteneciera a otra persona, no llegaba a alcanzarme por mucho que me persiguiera.

»Así de injusto fui. Con Deli, con Lucas, pero, sobre todo, conmigo mismo. Un mentiroso y un cobarde. Llegué corriendo a casa y me tumbé sobre la cama sin quitarme siquiera la ropa. Lloré hasta quedarme dormido tocándome los labios aún hinchados por los besos de Lucas, tocándome el alma para hundirla en lo más oscuro. Sentía asco por mí mismo, lástima por Deli y rencor hacia Lucas, por su presencia en mi vida, por un beso que creía robado, confundido. Sentí demasiadas cosas para comprenderlas y asimilarlas.

»Me había enamorado de un hombre en la España franquista de los sesenta. Suponía casi una sentencia de muerte y yo era demasiado cobarde para aceptarla.

»Hay besos que saben a humo. Un humo disperso. Besos que pesan y, al pesar, marcan. Hay besos que le dan sentido a la palabra eterno. Pero mucho más eternas son siempre las palabras. Esas que, una vez dichas, ya nada puede borrar, por mucho que sobre ellas caiga la cruel guadaña del tiempo.

—Joder, Javi. Joder —La única respuesta de Eva; nadie replicó nada más.

La primavera helaba de repente, como si se resistiese a dejar un invierno perezoso. El aire les gritaba gritos mudos, secretos silenciosos, verdades dolorosas. Media docena de corazones se rendían ante un horizonte sangrante y sangrado, ante un futuro teñido por el eco de la incertidumbre.

Y, sin embargo, allí, en aquel pequeño rincón del mundo, media docena de corazones encontraban eso a lo que algunos afortunados logran llamar hogar.

—Qué duro es vivir algunas veces —resumió Marina con una preciosa sencillez. Se volvió hacia él con los ojos húmedos—. Javier,

¿conseguiste reconciliarte con Lucas?

Él suspiró. Era todo culpa suya. Había abierto la puerta y el pasado tanto tiempo contenido salía ahora a raudales, sin piedad alguna, y exigía el terreno vallado durante años. Exigía un final: el que Javier le negó por miedo a poner el punto en el lugar incorrecto de la última oración.

CUANDO TÚ ERES TU ENEMIGO

Murcia. 24 de diciembre de 1965.

-E ra mi día favorito de todo el año. Solo cuando nació mi hija volví a revivir la ilusión por la Navidad, pero nunca con la intensidad con la que la paladeaba en mis años de niñez, incluso en aquel despertar de una adolescencia que se adivinaba bastante tormentosa. Nochebuena, la fecha más importante, suponía para la finca todo un acontecimiento: las familias iban de portal en portal cantando villancicos y comiendo los típicos dulces navideños. Mis padres jamás participaron de esa celebración, y no porque a mi madre no le hubiera gustado: los ojos de Lola brillaban como estrellas cuando las cuadrillas pasaban por nuestra puerta levantando una tregua en forma de algarabía. Entonces, mi madre palmeaba como los niños pequeños y daba vueltas sobre sí misma, alejada de una realidad que se teñía de morado en sus antebrazos, sus ojeras, en las venas que reclamaban territorio independiente en el blanco de sus ojos. Solo la veía tan feliz cuando Mari Flo nos enviaba esas cartas repletas de historias imposibles de demostrar. Por eso tengo tan buen recuerdo de aquellas noches. Porque Lola nunca mereció perder esa luz en la mirada. Nunca mereció la oscuridad que la secuestró en vida.

»Para la Nochebuena de mil novecientos sesenta y cinco, yo ya me había reconciliado con Deli. De hecho, ni siquiera se trató de una reconciliación. Tras algunas semanas sin hablarnos después de mi beso con Lucas, ella regresó a mi vida sin más, como si nada hubiera sucedido. Solo una vez sacó el tema en tono amenazante: "Aléjate de él, Javier. Imagínate que os pillan los guardias esa noche.

Está mal, no es normal, tú lo sabes y yo lo sé. Lucas te confunde y eso no puede volver a pasar jamás”.

»No, claro que no volvería a pasar. ¿Por quién me tomaba Deli? Una pareja, unos novios, un matrimonio estaban formados siempre, siempre, por un hombre y una mujer. ¿Cómo pude volverme tan loco ese día? Deli tenía razón. Lucas era una mala influencia. Me confundía, me metía ideas tontas en la cabeza. Además, aquel día estuvimos fumando. Seguro que se trataba de eso: el humo, el desconcierto, y todo lo vivido entre nosotros, esa cantidad de rencillas pendientes. Me afiancé en mi hipótesis, me alejé de mi amigo y traté de seguir con mi vida: domingos de misa y comida en la casa de Deli, noches de paseo con ella por el campo, los estudios y la recta final en el colegio. Nada podía desviarme de mi objetivo. Nada debía alterar la frágil carcasa de mi existencia que recubría un corazón ya de por sí frágil, inflamable al contacto con el aire.

»Deli me besaba el cuello con fuerza y me bajaba la cremallera del pantalón. La empujé con suavidad. Después de cenar en mi casa yo la acompañaba a la suya, con el sonido de los villancicos de fondo, con el cielo cuajado de estrellas sobre nuestras cabezas. Un camino solitario, la noche cómplice, dos cuerpos jóvenes supuestamente enamorados. Esa noche me dijo: “Vamos, Javier. No hay nadie, todo el mundo está con las cuadrillas”. Y yo le contesté: “Por eso mismo, Deli. Pueden aparecer en cualquier momento. ¿Qué pasa si nos pillan?”. Y ella me contestó: “Pues que se apartarán con disimulo. Javier, somos novios desde hace dos años. ¿Acaso alguien se va a asustar por que hagamos esto?”. Volvió a aferrarse a mí, atrapando mis labios con ansia. Y yo volví a apartarla, cada vez más incómodo mientras le decía: “Aquí no, Deli. Aquí no”.

»Me miró con sorpresa, después con decepción. En apenas un segundo mutó a la furia, porque Deli nunca fue amante de la condescendencia. Se apartó de mí y puso los brazos en jarra, preparándose para el ataque. Y yo me encogí. Con ella no había otra defensa. Sin la menor clemencia me soltó: “Vaya, siento no tener

polla para poder ponerte cachondo". ¿Se sentía mal por ser cruel? No lo creo. No he conocido a nadie tan consciente de sus palabras como siempre lo fue Deli. Y con menor capacidad de arrepentimiento. Me despedí bruscamente de ella con un "hasta mañana, Deli, que descanses". Me di la vuelta y me alejé a pesar de que ella me reclamaba con exigencia. No me giré ni una sola vez. Y cuando Deli y la silueta de su casa quedaban ya fuera de mi vista, y cuando yo andaba por el camino hirviendo de rabia e impotencia, y cuando estaba a punto de maldecir el ruido lejano de las malditas cuadrillas... me topé con él.

»Quiero explicaros una cosa rápidamente. Yo llevaba semanas evitando a Lucas con una disciplina férrea. Una parte de mí se había concienciado de que podía, de que dejar a Lucas atrás era tan fácil como atarme los zapatos, de que el futuro que tenía por delante suponía mi único objetivo, una ecuación en la que él no tenía permitida la entrada. Pecaba de un optimismo que entonces me parecía factible y ahora solo me provoca lástima y cierta vergüenza desteñida. ¿Cómo sabes que amas a alguien de verdad? De verdad, Eva, de verdad, no que te gusta, no que te apetece llevártelo a la cama. ¿Alguna vez habéis amado hasta el punto de perder el apetito, de sentir náuseas, de mantenerte despierto durante toda la noche? ¿Hasta el punto de sentir que el alma te pesa? Pensadlo. Pensadlo bien. Y no renunciéis a ese sentimiento. Es atroz, es visceral y descarnado, pero hermoso. No podría describirlo de otra forma. Atroz y hermoso.

»Pero volvamos al tema. Cuando lo vi solo pude decir "oh". Lucas estaba frente a mí con las manos en los bolsillos, una viejísima chaqueta de lana sobre su camisa desgastada, unos pantalones descoloridos y unos zapatos llenos de tierra seca. Estaba despeinado y ojeroso, tenía la piel tostada, marcada por el sol, y un cansancio tan palpable que casi se adivinaba por encima de la ropa. Y no me salió otra palabra. ¿Por qué? Porque me quedé sin aliento. ¿No me creéis? Replantead mi anterior pregunta. Pensad si alguna vez habéis amado realmente.

»"Buenas noches", me contestó con diligencia como si saludara a uno de los guardias. Giró la cara para no mirarme y se dispuso a seguir su camino. Al pasar junto a mí alargué el brazo y lo detuve. Seguía conteniendo el aire. Me latía el corazón en las sienes. Sí, Eva, eso existe. Se llama amor. Tartamudeé: "Eh... ho... hola. Hola, Lucas. ¿Có... cómo estás? ¿Cómo está... tu... Pili, y tu...?". Su respuesta fue: "Bien. Gracias por preguntar. Buenas noches". Lo dijo con esa furia tan suya, con ese desafío tan nuestro. Sin embargo, no se movió. Y mis dedos se quedaron aferrados a su chaqueta, a los pespuntos de un imposible. Nos miramos. A lo lejos, la cuadrilla entonaba El campanillero. Conocía la canción: mi madre la cantaba años atrás, cuando Carlos aún no era un fantasma, cuando yo no estaba muerto de miedo, cuando mi padre sonreía de vez en cuando. Se me hizo un nudo en la garganta. ¡Qué idiota me sentía! ¡Dios, qué idiota!. Entonces le dije: "Hace tiempo que no te veo". Y él contestó: "Ya le has puesto tú empeño en que sea así. Mira, Javier, no tengo nada que hablar contigo. No somos amigos. Así que suéltame, si no te importa". Le pregunté enfadado que dónde iba y él me miró con burla. "¿A ti qué te importa?", respondió. Y sí, le pregunté exigiendo una respuesta: "Es tarde. Vas solo, ¿adónde vas?". Parecía un marido celoso. Lucas se rio con ganas y yo me mordí los labios por no ponerme a chillar como un demente. Me dijo: "A ver a una novia que me he echado. Vamos a practicar todas las cosas que Deli y tú no alcanzáis ni a imaginar. Y llego tarde". Solté: "Eres un imbécil. Y un mentiroso. Tú no tienes novia". Me miró con intriga. Yo sentía fuego en las mejillas y en el pecho. "¿Y tú cómo lo sabes?", preguntó, y pensé: "Porque me quieres a mí, idiota. Como yo te...".

»Pasó un instante eterno. Sus ojos clavados en los míos, la noche, la música lejana en un rezo perpetuo, una caricia invisible. Entonces le pegué un tirón y lo acerqué a mí. Lo besé con toda la rabia que tenía dentro, sin saber lo que hacía, perdiendo la noción de nuestra propia existencia.

»Lo escuché gemir, desesperado, y pronunció mi nombre. Nos abrazamos con fuerza, nos clavamos las uñas en la espalda.

Paladeamos y mordimos y todo fue tan fuerte y tan dulce que cuando escuchamos acercarse a la cuadrilla el mundo ya había desaparecido y no tenía la menor importancia. Mareado y confundido murmuré que tenía que irme. A punto de reír, a punto de llorar. Ebrio de felicidad, pero también de culpa. Los peces en el río sonaron cerca, demasiado cerca. Alguien me reconoció y gritó que me uniera a ellos. Negué con la cabeza, sonriendo con tensión. Lucas me observaba en silencio con los labios hinchados y los ojos brillantes. “¡No, gracias! Es tarde. Tengo que volver a casa”, respondí. Otro de los hombres, arrastrando las palabras como solo consigue hacerlo el alcohol, exclamó: “¡Déjalo, Paco! ¡Se habrá cansado de magrear a la novia!”. Se escucharon risas y algunas frases subidas de tono. Yo no volví a mirar a Lucas. Me alejé tras despedirme y solo cuando los perdí de vista comencé a correr como si me persiguiera el diablo llevando mi conciencia en una bandeja de plata.

»Pasé toda la noche en vela, tratando de entender qué me estaba ocurriendo y cómo podía detenerlo. No exagero si os digo que pensé en matarme: el sufrimiento se me antojaba insoportable. Inasumible. Me había enamorado de un amor enemigo. Un amor que, aunque me costase la vida, debía alejar de mí.

»Cuando eres pequeño y te prohíben algo buscas la forma de saltarte esa prohibición sea como sea. La voluntad cuesta, el mandato cuesta, el imperativo se somete a un baño de deseo irremediable. Somos humanos y, como humanos, débiles, no sabemos ser otra cosa. La mente me gritaba que detuviera mis sentimientos; mi corazón... me llevaba a él continuamente. Lucas se convirtió en una droga para mí, en un anhelo constante. Si me concienciaba de que debía dejar de verlo, a los dos o tres días lo buscaba desesperado, como un sediento ante la gota de agua. Cuando estábamos juntos me sentía fatal; peor cuando no lo estábamos. Todo eso os puede parecer una tontería, una exageración, pero entended una cosa: tenía quince años. Durante el día, mi noviazgo con Deli seguía su curso, cada vez más afianzado,

cada vez más sólido. Ella también estudiaría bachillerato. Los dos queríamos ir a la universidad, los dos manteníamos una visión de futuro parecida. Nuestros padres se conocían, en la finca nos conocían y envidiaban: una relación perfecta. Pero durante las noches...

»Mi vida se convirtió en un caos, un vórtice de sentimientos encontrados. Cada instante con Lucas parecía eterno. Nos devorábamos a besos en encuentros que comenzaron a saber a poco, porque necesitábamos más: más contacto, más piel, más amor. Algunas veces hablábamos durante horas, otras nos abrazábamos, otras no dejábamos de besarnos hasta que teníamos que contenernos para no llegar a más, porque ninguno de los dos sabía cómo frenar aquello, pero tampoco cómo culminarlo. Las caricias abrasaban, las miradas más. Todo se volvió irreal y, de repente, me sentía dos personas en una: día y noche, luna y sol, dos caras de una moneda convertida en campo de batalla. Una lucha incesante conmigo mismo y todo lo que yo suponía. Me convertí en mi más fiero enemigo durante esos años. Y nunca, ni un solo día después de aquello, he logrado ganar esa guerra.

»Logré mantener esa locura durante dos largos años. Imaginad el desgaste mental, lo exhausto que me sentía. No concebía dejar a Deli, porque suponía la única tapadera que me aferraba a algo parecido a la normalidad. No podía dejar a Lucas, porque estábamos completamente sometidos el uno al otro. Sucedieron muchas cosas durante esas ocho estaciones. Y, al mismo tiempo, mi vida entró en una especie de rutina: cursé bachillerato, hice amigos nuevos, me gané, a base de esfuerzo, la confianza de los profesores. Encontré un trabajo a tiempo parcial en un taller de electrodomésticos del pueblo, donde ganaba un dinero que con celo fui guardando para la universidad. Veía a Deli todas las tardes al salir del trabajo. Algunas noches entre semana íbamos al cine, asistíamos a misa, comíamos en su casa o en la mía todos los domingos, nos besábamos muchos ratos y yo la frenaba cada vez con más esfuerzo. En algún momento durante esos meses intentamos acostarnos juntos por primera vez,

porque a mí ya no me quedaban excusas. Fue un completo desastre. No son necesarios los detalles. Deli dejó de hablarme durante días y tardamos mucho en conseguir terminar aquello que durante cuatro largos años no me atreví tan siquiera a comenzar.

»También en algún momento de esos particulares años tuve mi primera vez, la de verdad. Tampoco seré explícito. Es lo único mío, lo único en toda mi vida que realmente me pertenece. Mis padres se ausentaron por algún motivo que ya no recuerdo y yo avisé a Lucas cuando terminó de trabajar. La soledad de la casa nos esperaba con mimo. Solo necesitamos cerrar la puerta. Solo necesitamos un instante, porque entre nosotros la vida fluía como una corriente alterna que no se detenía jamás. Si alguien os pregunta alguna vez qué es la complicidad, la verdadera, por favor, acordaos de Lucas y de mí. Era conexión absoluta. Es así de simple y no hay más. Las primeras veces suelen ser vergonzantes, ¿verdad? Pues os diré una cosa: Lucas y yo éramos lo más perfecto en el amor que pueda existir. Seguro que hubo nervios, risas, manos temblorosas bajando la ropa. Seguro que nos tropezamos con algo, que alguno se quejó un poco, que sentimos cierto dolor. Seguro que ocurrió todo eso, pero ya no lo recuerdo. Solo me acuerdo de sus ojos, de sus manos y de sus palabras de amor. Solo me acuerdo de la caricia que prestaba su voz en mi oído, del tacto áspero de una piel marcada. Solo lo recuerdo a él. Esa es la única verdad.

»Estábamos tumbados sobre mi cama, desnudos, dejando que el sudor se secara despacio y evaporara la humedad que nos consumía. Sentía los dedos de Lucas acariciando mi espalda con suavidad, de arriba abajo, formando un oleaje tranquilo. Yo recostaba la cabeza en su pecho, justo donde latía un corazón que se calmaba poco a poco, un corazón que me pertenecía y al que le pertenecía total e inevitablemente. “¿En qué piensas?”, me preguntó, y yo le mentí: “No pienso en nada”. Pensaba en la vergüenza de lo que acabábamos de hacer, de lo que llevábamos meses haciendo. Pensaba en el mundo, en la gente, en que sufríamos una enfermedad. En todo eso pensaba mientras Lucas acariciaba con

ternura mi cuerpo y me dejaba su impronta en la piel. De pronto me dijo: "Quiero preguntarte algo. Y necesito que seas sincero, por favor. Te lo pido por favor". Me incorporé y lo miré con seriedad. Debíamos ser cautelosos: mis padres no tardarían mucho en volver; el trabajo de Lucas también lo esperaba. Nos convertíamos en prófugos de nuestro propio tiempo. Con cierto temor le pregunté qué era. La mirada de Lucas se oscureció. Detuvo el movimiento de sus dedos y, de repente, mi piel quedó huérfana sin su contacto. "Tú no piensas que esto esté mal, ¿verdad? Dime que no lo piensas, Javi. Dímelo, necesito escucharlo de tus labios", me pidió. Hay palabras que encierran trampas. Trampas que suponen una cárcel. Lucas suplicaba y yo no era más que un imbécil. Peor: un imbécil cruel. Me sentí dolido y le respondí: "¿Por qué me preguntas eso ahora?". Me levanté y comencé a ponerme la ropa que unos momentos antes decoraba el suelo de mi diminuta alcoba. Él me observó en silencio. Hay silencios que también encierran trampas. Continué: "¿Qué quieres que te conteste, Lucas? Aparte de que seamos..., lo que somos, resulta que tengo novia. ¿Crees que esto es justo para ella?". Y me respondió con desprecio: "Tú no la quieres. Cuanto antes os lo confeséis los dos, mejor para todos". Se levantó también, completamente desnudo, flaco como un perro al que nadie alimenta, con hematomas viejos, nuevos y prestados, con una miseria orgullosa. Hijo de un hombre señalado. Hijo de la rabia. Le contesté: "Pero ¿qué dices, Lucas? ¿Qué narices estás hablando? ¿Crees que me plantaré ante Deli y le contaré lo que hemos hecho? ¿Crees que la voy a dejar por... por...?". Me detuve, indeciso, aún con la camisa en la mano, aún con la piel cálida y brillante por la saliva. Lucas me devolvió una mirada repleta de dolor. Eso es algo que nunca me he perdonado. Porque tardé mucho tiempo en ser consciente de todo el daño que yo le causaba. Porque entonces solo pensaba en mí y en el escándalo que supondría nuestra aventura. Sin rencor, solo completamente decepcionado, masculló: "No, supongo que no. Supongo que yo no merezco tal sacrificio". Se vistió deprisa, dándome la espalda y yo me quedé callado, incapaz de articular un solo sonido coherente. Antes de que saliera del cuarto,

de mi cuarto, alargué la mano y lo detuve con una desesperación abrumadora. Le pedí: "Esto no puede volver a ocurrir. Nunca".

»Llevo media vida tratando de olvidar la expresión de Lucas tras esas palabras. Solo queda un recuerdo difuso, un rostro oculto por una sombra, porque la memoria daña demasiado. Lucas y yo acabábamos de hacer el amor por primera vez, la primera para ambos. Y sí, se trataba de "hacer el amor". El sexo es algo distinto. Es un desahogo divertido o no, fugaz o largo, intenso o descafeinado. El sexo sin amor se convierte en un verbo más, un acto, una función. Lucas y yo hicimos el amor aquel día. Y aquel día yo le rompí el corazón de nuevo, como tantas veces antes, como otras tantas después, como nunca dejé de romperle. Por eso no recuerdo la expresión de Lucas esa tarde, pero sí mis palabras, mi desesperación, mi cobardía. Le dije: "¿Me has oído? Esto no vuelve a ocurrir. Lo olvidamos y punto. No ha sucedido nunca, ¿vale? ¡Nunca!".

»Aguantamos una semana sin hablarnos. Al octavo día hicimos el amor de nuevo, como lo hicimos casi cada día durante aquel año. Y se cumplía el trámite, siempre se cumplía el mismo trámite: mi incompreensión nos separaba, mi amor nos unía, su dolor nos separaba, su amor nos unía. Un ciclo entre cielo e infierno. Una autopista sin señales que solo podíamos recorrer a pie.

»Llegó el último año de bachillerato. Yo cumplía dieciocho años, Deli también, y los dos estábamos listos para ir a la universidad. Se acercaba el momento de decidir. Una vez más daba la bienvenida al enemigo, levantaba las trincheras, cogía el fusil y me preparaba para enfrentarme al fantasma de mi reflejo. Comenzaba a ser consciente de que debía dejar algo atrás que me provocaría un desgarró insoportable. Pero, como siempre ocurría en nuestras vidas, alguien decidió por nosotros. Alguien dio forma a la peor de las pesadillas.

Madrid. Miércoles, 1 de abril de 2020.

«—Tengamos un hijo, Javier. Me siento preparada. Quiero ser madre.

Estaban terminando de comer. Él ojeaba un informe del caso que tenía entre manos; Deli jugueteaba con el tenedor sobre la comida, sin llegar a probarla. Suspiró, como siempre que le daba vueltas a algo en esa retorcida cabeza. Javier alzó la mirada, pensando que no había escuchado bien.

—Nunca me dijiste que quisieras serlo.

—Es que nunca quise hasta ahora —respondió sin mirarlo.

Parecía que le diera vergüenza, y quizá se la daba. Para hacer un hijo se necesitaba sexo, y el sexo entre ellos era algo complicado que les suponía un gran esfuerzo, un acto de fría mecánica. Javier trató de ocultar su desazón. Ser padre nunca entró en sus planes. Nunca se vio capacitado para aceptar tal responsabilidad.

—Deli, ya no tenemos veinte años. ¿Sabes lo que supone ahora un bebé? Noches sin dormir, pañales... ¿De verdad quieres enfrentarte a todo eso?

—Sí, lo quiero. ¿Crees que no lo he pensado bien?

Claro que lo había hecho. Adelaida jamás tomaba una decisión sin someterla a un severo escrutinio. Jamás.

—Yo... no sé qué decirte. No me veo como padre. No me apetece, no quiero —le dijo con brusquedad.

Ella lo miró con dolor. Cuántas veces se hirieron a lo largo de los años. Pero algunas, y Javier lo sabía bien, algunas veces también supieron quererse.

—Pues voy a ser madre contigo... o sin ti.

Y siguió jugando con la comida sin aceptar una réplica. Porque Deli no solo ejercía de abogada, sino también de jueza y de testigo. No parecía necesitar a nadie a su alrededor. Sin embargo, llevaba veinte años casada con él. Llevaban juntos desde los catorce, y Javier nunca entendió por qué una mujer tan independiente y fuerte como su esposa decidió aceptar aquella extraña y dolorosa relación que los unía.

La búsqueda del bebé los incitó a tener más intimidad que en todos sus años de matrimonio. Hicieron el amor casi todas las noches. Javier cerraba los ojos y se dejaba llevar. El deseo se despertaba con el debido esfuerzo. El amor ya era algo más complicado. Deli lo besó como la mujer enamorada que un día fue. Durmieron abrazados durante semanas. Dieciocho meses después, la prueba de embarazo dio positivo y los ojos de su mujer brillaron por primera vez en la vida.

—Te quiero, Javier. Lo he intentado con todas mis fuerzas —le confesó unos días después con la camiseta vieja que utilizaba como pijama, las piernas flacas al aire, descalza, mirando por la puerta cerrada del balcón sin observar nada—. Pero no logré que me resultaras indiferente. Te quiero. Siempre te he querido. Esa es la verdad.

Se acarició la barriga. Nunca la vio, antes ni después de aquel día, tan frágil y vulnerable, tan enamorada. Él se acercó a ella por detrás y la abrazó: toda una rareza.

—Yo también te quiero, Deli.

Le decía la verdad. Adelaida era algo intocable para él: su enemiga, su aliada, su costumbre, como decía el gran Unamuno. Era su lucha constante. Aquella parte de sí mismo que siempre pudo mantener bajo control. Deli suponía los pies en el suelo, un mundo consistente, la realidad a la que se aferró con catorce años para no

soltar jamás. No la amaba, pero la quería. La quiso hasta el último aliento que ella expulsó entre sus brazos.

—Siento que no lo lograras. Lo siento de verdad, aunque no lo creas. Yo solo traté de protegerte. Dime una cosa, Javier, y no volveremos a tener esta conversación. —Se giró hacia él. Estaba llorando. Cosa mala: Deli nunca lloraba—. ¿Al menos he conseguido hacerte feliz? ¿He conseguido que... lo olvidaras?

No supo al principio a lo que se refería, hasta que cayó en la cuenta. Veinte años después, ella seguía refiriéndose a Lucas. No lograba olvidarlo. Siempre estuvo allí. Fue una revelación dura, atroz. Su esposa, la mujer que gestaba una vida en la que él tenía parte, seguía pensando en el muchacho con el que Javier vivió su primer amor. Seguía viéndolo como una sombra entre ellos, como una amenaza. Y Javier se declaró culpable de la cobardía más absoluta. Sin necesidad de juicio ni jurado. Porque ella acababa de demostrarle que era la persona en el mundo que más lo conocía, que conocía su verdad, más incluso que él mismo y se la confesaba sin rastro de clemencia.

Javier le besó la frente despacio, con temor a dañar la piel aún en carne viva. Y ella cerró los ojos.

—Soy feliz, Deli. Me muero de ganas de tener a ese bebé en brazos. Quiero envejecer contigo y quiero morir a tu lado. ¿Es suficiente, mi señora?

Ella rio y lloró. Negó y asintió. Por último, le dio un beso que sabía a pacto sellado y regresó la Adelaida férrea e inquebrantable.

—Es suficiente, mi señor.

Nunca volvieron a hablar de aquello. Cerraron la puerta a cualquier fantasma del pasado. Lola nació e inundó sus espacios vacíos, los huecos de aquel matrimonio asentado sobre cimientos inestables, siempre inestables. No quedó tiempo para más reproches ni

recuerdos. Y Javier cumplió su no promesa: envejecieron juntos. Ella murió entre sus brazos.

Lola creció, ellos también lo hicieron y Lucas pasó a ser otro espíritu, como el de aquel hermano que saltó de un balcón cuando la vida aún se pintaba en blanco y negro. Como el espíritu de su propia existencia, obligado a travestir las esquirlas de un corazón que jamás estuvo completo».

—¡Buenas noticias, Javier! —El sobrino de Lucas se mostraba exultante—. ¡Lo han subido a planta por fin! Parece que sale de esta. Este viejo cabezota no es tan fácil de tumbar, ¿sabes?

Se reflejaba mucho amor en la voz del hombre, del que no tiene fisuras.

—Me alegro muchísimo, de verdad. Supongo que tu madre estará loca de alegría.

—Conteniéndola estoy para que no se plante en el hospital a pesar de la prohibición de las visitas. Refunfuña como una cría pequeña.

—Normal. Tu tío y tu madre siempre fueron uno, Javier.

—Bien que lo sé. De no haber sido por el tío, mi madre... —Se detuvo indeciso—. Bueno, eso ya no importa. Estoy deseando hablar con él. A ver cuándo nos dan permiso.

Javier llevaba varias madrugadas releendo las cartas de Lucas. Hasta que la luz del sol lo vencía y apartaba las telarañas de las dudas que crecían y se asentaban en terreno fértil, sobre un barro que poco a poco comenzaba a oler a mentira. Se armó de valor y tomó, por una vez, el camino de los valientes. Por una vez.

—Verás, Javier, quería preguntarte algo.

—Sí, ya lo he pensado. Cuando el tío esté bien, le diré que te llame. Pero solo cuando se encuentre con fuerzas, que estos viejos reencuentros de amigos suelen ser demasiado emocionantes y no quiero más sustos.

—No, no es eso. Tengo una curiosidad. Tu tío, ¿está viudo? Creí recordar que se casó hace muchos años, y al saber que estaba en la residencia, pensé que quizá su mujer había muerto.

«No dudes. Supone tu maldito derecho. Ya no eres el enemigo, no quedan trincheras para ti».

Se hizo un silencio incómodo al otro lado de la línea. La voz del sobrino de Lucas sonó de nuevo, repleta de una evidente prudencia.

—Me temo que estás equivocado, Javier. ¿Quién te dijo que mi tío se encontraba en una residencia?

Entonces despertó su instinto de abogado, dormido pero no inerte. Le pegó una bofetada tan repentina que por un momento perdió la capacidad de reacción. Se recuperó. Siempre fue bueno en su oficio.

—Una enfermera. Se llama Irene. Trabaja en esa residencia y ella me localizó. Me está mandando unas cartas que tu tío me escribió, pero que nunca llegó a enviarme.

Más silencio. La inquietud se llenó de patas de araña que le reptaban por el ombligo. Tragó saliva para descubrir que le sabía a metal pesado. A metal pasado.

—Javier, no sé lo que ocurre aquí. ¿A qué cartas te refieres? ¿Dices que esa mujer se llama Irene?

—Sí, sí. Irene... mmm, no recuerdo el apellido. Verás, hace cincuenta años que no veo a Lucas. Ella dio conmigo porque tu tío, con lo del principio de alzhéimer, se había acordado de su infancia y, por tanto, de mí.

—Alzhéimer. Ya.

—Son cartas de la vida que tuvo Lucas cuando abandonó Murcia. Me hablaba de su matrimonio y de Lola, su mujer. Me pregunto si... no sé. No me has nombrado a ningún hijo de él ni me la has nombrado a ella. Creo que solo necesito... —«¿Se puede saber qué narices estás haciendo?»— ...hablar con ella. Es importante para mí. Lleva el nombre de mi hija, ¿sabes? Necesito...

¿Qué necesitaba? ¿Y para qué? La cabeza le dio vueltas. Las arañas seguían avanzando, un ejército de cruel firmeza. ¿Qué diablos le pasaba por la mente? No quería hablar con la mujer de Lucas. No quería pensar siquiera que Lucas amó a alguien que no fuera él. No debió meterse en todo aquello. Una mala idea. Una idea terrible. Las arañas se rieron.

—Javier, discúlpame. Debo colgar. —La evasiva se palpaba a través de la distancia que existía entre ambos—. Te prometo que mañana hablamos y te contaré lo que deseas saber.

—De acuerdo. ¿Te he molestado en algo? —le preguntó con prudencia.

—No, Javier. Me temo que el que debe pedir disculpas soy yo. Hasta mañana, amigo. —La respuesta del hombre le sorprendió.

—Hasta mañana.

Las arañas se calmaron esa noche, justo después de que Javier se rindiera al alto el fuego de sus pesadillas. El sueño brotó tranquilo, como brotan las amapolas cuando se despejan de la escarcha de la incertidumbre. Creyó escuchar que alguien lo llamaba valiente, pero no podría jurarlo.

LAS ALMAS PODRIDAS

Murcia. 2 de mayo de 1968.

-E l bachillerato llegaba a su fin. Fue una buena época de crecimiento personal, pero también de aprendizaje complicado. A base de ensayo y error descubrí mi cuidada dedicación como estudiante, sin embargo, también mi falta de brillantez. Tenía claro que jamás destacaría en una disciplina: mi camino se asentaba sobre tierra limpia, sin imperfectos; para un paseo tranquilo, sin carreras de fondo.

»Otra cosa que aprendí durante ese tiempo fue que jamás aceptaría la parte de mí que Lucas despertaba. Participaba con absoluta normalidad en las bromas de mis nuevos amigos de instituto, bromas soeces sobre chicas, asquerosas sobre chicos. La palabra maricón se utilizaba con tanto desprecio, con tanto odio, que comencé a aborrecer mi propia certeza y a disfrazarla de una realidad que no se correspondía con lo que yo era y sentía. Nací de nuevo mudando la piel y el alma, y ese nuevo yo se volvió popular entre sus amistades, ese nuevo yo tenía una pareja que despertaba envidias, una buena posición y la posibilidad de acudir a la universidad, cosa que la gente de pueblo no podía permitirse. Le puse tanto empeño a ese parto de dieciocho años, tanto tesón, que terminé por acostumbrarme a habitar una piel desconocida como te habitúas a calzar un zapato incómodo o a tomar una bebida que no te gusta.

»Los estudios me ofrecieron la tregua necesaria para alejarme de Deli y Lucas durante unos meses. Necesitaba tiempo para afrontar la imprescindible e inminente separación de ese niño rebelde que un

día entró como un vendaval en mi existencia para ponerlo todo patas arriba, tiempo para arrancarme la placenta y culminar el alumbramiento.

»La primavera del sesenta y ocho estuvo marcada por las manifestaciones y las revueltas en París, por aquella huelga que supuso una de las mayores conocida hasta entonces en toda Europa. Vivíamos años de despertar, de lucha, años en los que los jóvenes comenzaron a darse cuenta de que tenían un poder único en sus manos: el poder de discrepar con armas hasta entonces infravaloradas: la voz y el argumento. Para mí, la primavera del sesenta y ocho estuvo marcada por algo más: por almas marchitas, almas podridas y almas que perdieron. Ese es el legado que me dejó a mí aquel mes de mayo tan revolucionario.

»Deli me dio la noticia. Nos encontramos después de clase, los dos cargados de libros, los dos agobiados por la cercanía de la prueba de acceso. Aquella mañana en la que llegaban ecos de protesta desde todas las partes del mundo se puso a mi lado y, como si me estuviera diciendo algo de otra persona que no me importase tanto, me susurró: “¿Te has enterado de lo de Pilar?”. Quiero creer que no hubo mala intención, aunque una parte de mí siempre dudó de las verdaderas intenciones de la madre de mi hija. La miré con desconcierto. Y con vergüenza me percaté de que llevaba semanas sin saber nada de Lucas. Me detuve, tratando de equilibrar la media docena de libros que bailaban entre mis manos. Le contesté: “No. ¿Le ha ocurrido algo?”. Ella, toda llena de inocencia (qué afilada era la mayor parte del tiempo, qué dañina en ocasiones), me preguntó: “Oh, ¿no te lo ha dicho tu amigo?”. Le respondí de inmediato; “Deli, hace mucho que no lo veo y que no hablamos. ¿Qué le pasa a Pilar?”. Y dijo tajante: “Pues que está preñada. Eso le pasa. No te imaginas la que se ha montado, nadie sabe quién...”.

»La dejé con la palabra en la boca. Quiero que entendáis que eso suponía el acto más temerario del mundo. Sabía que la tormenta llegaría después, pero en ese momento lo único que me importaba

era él. En ese momento, el muro construido con soberbia e intolerancia se derrumbaba, y ni siquiera hoy recuerdo cómo logré llegar tan deprisa a la casa de Lucas. Al abrirme me topé con la descripción precisa del término desolación. Lucas parecía una sombra o, mejor dicho, una sombra habría tenido mejor aspecto que Lucas. Sin saludarme siquiera, me dijo con furia: "¿Qué coño quieres?". Era lo mínimo que me merecía. Me sentí más cobarde que nunca, más despreciable que el más despreciable de los criminales. Recuerdo que aún apretaba los libros contra mi pecho. Recuerdo que me dolía el corazón. Recuerdo muchas cosas de aquel día y ninguna me provoca el menor orgullo. "¿Qué le ha ocurrido a tu hermana?", le pregunté con ansiedad. Y entre dientes me respondió: "¿Para qué me preguntas si ya lo sabes?". Me odiaba, lo sentía, notaba los arañazos invisibles en la garganta, en el estómago. Después de tres años de relación, yo lo había apartado como quien quita una mosca molesta de su plato, con indiferencia consentida. No puedes recibir nada peor de la persona que amas.

»No me atrevía a formular la pregunta. A mis oídos, sonaba ridículo, pero por fin me atreví y dije: "¿Quién...? No sabía que tuviera novio". Y me contestó con desgana: "Es que no lo tiene, idiota". Pasó junto a mí con los puños apretados y aspecto fiero. Me miró y solo vi dolor en sus ojos. Luché contra el impulso de soltar los libros y abrazarlo hasta morir allí mismo, de pie frente a una miseria convertida en hogar. Desde la puerta, su padre asomó la cabeza y nos miró con preocupación. Le dijo que no se entretuviera. Me observó de nuevo, frunció el ceño y volvió a meter la cabeza dentro de la casa. Lucas echó a andar apartándome de un empujón, pero le supliqué: "¡Lucas, por favor, dime algo!". Y su respuesta fue: "¿Y a ti qué mierda te importa lo que haya sucedido? Tú ya no eres nada mío, ni siquiera mi amigo. ¿O acaso te mandan tus nuevos colegas para tener algo con lo que cebarse?". "Luc, por favor...", le dije. Se acercó tanto a mí que pude distinguir las venas rojas que poblaban el blanco de sus ojos como cientos de minas abandonadas. En eso lo convertía el dolor: un perpetuo territorio de guerra. Me contestó: "No me llames así. No me mires, no me toques, no me busques. Has

puesto mucho empeño en sacarme de tu vida, no tires tu trabajo ahora por algo que no tiene nada que ver contigo". Y yo le rogué: "No me hagas esto. Solo quiero ayudarte, solo quiero...". Pero él ya se iba alejando con paso altivo. Porque Lucas, hijo de un hombre señalado por el franquismo, hermano de una mujer que estaba a punto de destrozar su vida para siempre, habitante de una cloaca mugrienta y trabajador explotado hasta la médula, tenía algo que no poseíamos ninguno: dignidad.

»Los rumores se convirtieron en clamor. Finalmente descubrí aquello que mi enclaustramiento por los estudios me había negado: el padre del bebé resultó ser Joaquín, el guardia civil. El padre de aquel al que mi venganza destruyó se vengaba ahora de la forma más fría. Convencido quizá durante años de que Lucas fue el culpable de la desgracia de su hijo, perpetró en silencio el acto más vil, pero también el más efectivo. Daos cuenta de una cosa: ese hombre podría haber cometido mil fechorías. En aquellos años, una persona de la ley albergaba un poder casi absoluto. Podría haber quitado a Lucas de en medio, haberles pegado dos tiros a él y a su padre, hacerlos desaparecer de la faz de la tierra. Sin embargo, aquel ser escogió la maldad más perdurable. Escogió ser una llaga ulcerada y eterna en la vida de Lucas para que nunca lo olvidara, para que lo recordarse durante el resto de sus años. Un plan tan brillante como demente. La máxima perfidia.

»Joaquín sedujo a Pilar con mucha tranquilidad, sabiendo que disponía de todo el tiempo del mundo. Lucas y su padre trabajaban de sol a sol y la muchacha pasaba muchas horas sola. Puedo imaginarla sintiéndose halagada, puedo imaginar las promesas de aquel malnacido, las veces que le aseguraría que abandonaría a su mujer por ella. Puedo imaginar muchas cosas y todas me repugnan. Al final logró su objetivo: Pilar esperaba un hijo suyo y Lucas tendría un sobrino con esa sangre envenenada. Pilar quedaría marcada de por vida y Joaquín solo tenía que sentarse, tranquilamente y desde lejos... a disfrutar de su venganza.

»Me costó mucho poder encontrarme con Lucas a solas. Me llevó a perder demasiadas horas de estudio, pero no me importó. Las habladurías corrían como la peste y la preocupación ahogaba las excusas de mi pensamiento. Consolar a mi amigo se convirtió en mi prioridad máxima. Después ya vería cómo continuar con mi rutina.

»Una noche nos encontramos en el olivo, ese olivo tan nuestro, el que lo había visto todo de nosotros. Aquella noche, Lucas estaba tan cansado que se le cerraban los ojos solos. Llevaba semanas doblando turnos para que su padre pudiera estar con su hermana. La delgadez le marcaba las costillas y le acentuaba los pómulos. El dolor lo envejecía. El mundo lo maltrataba. En un momento dado, me decidí a preguntarle: "Lucas, ¿es verdad? ¿El padre del bebé es... es... él?". Se mordió los labios, esos labios que yo besé tantas veces. A pesar de su piel apaleada por el sol mantenía una desquiciante palidez en el rostro. ¿Cómo era aquello posible? Se consumía y yo ni siquiera había sido capaz de verlo. No supe estar a la altura. Aquel día comprendí otra cosa sobre mí: nunca sería esa clase de persona que da un paso al frente. Siempre rezagado, siempre mirando las cosas desde lejos, siempre con miedo a tomar la iniciativa. Me contestó con demasiada calma: "Es de ese hijo de puta. Pero lo mismo da que fuera del marqués. Nunca lo reconocerá". Lucas lo había asimilado y eso me hizo sentir aún peor. Yo no había estado a su lado en aquel tránsito. "Pero ¿es posible que ese desgraciado la haya... la haya...?", le pregunté. Él suspiró. Se pasó las manos por el pelo sucio. Vestía ropa desgastada. Era un viejo en el hermoso cuerpo de un joven muchacho. Me contestó: "No, Javi. Ella dice que son novios. Que él le ha prometido que dejará a su mujer y se casarán. Lleva meses engañándola, meses. Y yo, trabajando todo el puñetero día, no pude impedir nada. Ni siquiera me di cuenta. Le he fallado tanto, tanto...". Enterró la cara entre las manos y comenzó a sollozar. Me acerqué a él lentamente, esperando que me rechazara, pero Lucas se aferró a mí como si fuera la última esperanza en el mundo, en su mundo. Me había necesitado durante semanas y yo no estuve, porque una parte de mí odiaba el amor que sentía, sin remedio, por el hombre que lloraba sobre mi hombro. El aire me

trajo una palabra que me acompaña desde entonces sin descanso: cobarde.

»Cuando se calmó, me relató toda la historia que yo ya sabía por otras bocas. El final de ese terrible discurso, la consecuencia inevitable, era la marcha de toda la familia. No quedaba lugar en la finca para ellos y, no solo eso, su presencia allí suponía un perpetuo peligro.

»Apoyados en el tronco del olivo, Lucas me explicó su situación: “De todas formas las cosas para mi padre se complican cada vez más. Los capataces hablan de él como “el sindicalista”. Lo cargan tanto de trabajo que su cuerpo ya apenas resiste. Está convencido de que pretenden matarlo de esa forma, y lo peor es que ni siquiera podemos quejarnos: necesitamos los cuatro duros que nos dan. Ahora, con lo de Pili...”. Lucas cerró los ojos y las lágrimas pintaron un lienzo en sus mejillas: el lienzo de los malditos. Acaricié la fina barba que se había dejado crecer en los últimos meses y él atrapó mis dedos y los besó con ternura. Continuó diciendo: “No sé qué será de nosotros. No lo sé. Si hablamos, Joaquín encarcelará a mi padre; si no lo hacemos, ¿qué ocurrirá con mi hermana? No tenemos dinero para hacernos cargo de un bebé. Nadie querrá casarse con ella después de esto, y quedará marcada para siempre. Es un puñetero callejón sin salida, ¿no te das cuenta?”. Casi sin darme cuenta murmuré: “Es su venganza”. Lucas me miró con fijeza, asintió y dijo: “Sí, lo es. No ha parado hasta encontrar la forma de acabar con nosotros. De hundirnos más en la miseria. Nos quiere fuera de aquí. Pero antes deja un legado: un puto niño que nos recordará su jodida cara toda la vida. Mi padre está desesperado. ¿Cómo vamos a salir de esta, Javi? ¿Cómo?”

»¿Qué podía decirle? Lucas tenía razón. Joaquín les había disparado en una zona que no los mataría de inmediato, pero que les impediría recuperarse, que dañaba tejido y hueso y los convertía en seres dependientes de un destino que no buscaron jamás. Lucas se sentía tan culpable que se percibía a través de su propia piel, a través del

oxígeno que se obligaba a respirar. Aquella noche se hizo muy larga. Mucho. Cuando sufres, las horas parecen días, se vuelven pesadas, asfixiantes. Entonces, Lucas dejó de llorar y me buscó. Yo me dejé buscar. Los dos nos necesitábamos. Los dos nos queríamos. Hicimos el amor despacio, como nunca lo habíamos hecho. Y una vez que el alba tocaba a nuestra conciencia, me pidió algo, como el reo que solicita el último deseo antes de ser ajusticiado: “No vuelvas a alejarte de mí. Prométemelo, Javi. No vuelvas a dejarme solo”.

—¿Qué ocurrió, Javier? —Eva le preguntó con ansia, y lo hizo volver en sí.

Tardó un poco en regresar. Durante un momento le pareció encontrarse de nuevo allí, bajo las ramas de aquel olivo, entre los brazos desesperados de Lucas, con todo el peso del mundo cayendo sobre ellos. Casi le pareció percibir el olor a tierra seca, a olivo, a brisa cálida de un verano en ciernes. La primavera del sesenta y ocho fue la primavera de la revolución.

—Qué duro tuvo que ser todo... —escuchó decir a Marina.

Se volvió hacia ella, que le mostró una sonrisa triste y negó con la cabeza. Y se preparó porque llegaba el fin. Y el comienzo. Miró al frente, abajo, a los lados, a su público expectante, y a la calle desierta pero al mismo tiempo tan llena de gente. Miró el cielo sobre su cabeza y aspiró el olor de aquella ciudad herida de muerte. Notó algo distinto y tardó un poco en darse cuenta. Hasta que lo sintió: él ya era algo más fuerte que el catorce de marzo. Era algo más fuerte que el mes anterior. Era algo más fuerte que nunca y se sentía mucho más libre. Las alas batieron en su espalda dispuestas a echar a volar.

—No, Marina. Aquello no fue lo más duro. Lo más duro del amor siempre es cuando termina. Ya os he dicho que no era una historia bonita. Ya os dije... que era una historia de mentiras y de cobardía.

«Fueron días extraños. Trataba de centrarme en mis estudios. Era la recta final y no quería tirar por tierra tanto sacrificio, pero las noticias llegaban de todas partes, y cada cual resultaba más preocupante que la anterior. Escuchaba hablar a mis padres a hurtadillas: el círculo se cerraba alrededor del padre de Lucas, que cada vez tenía más enemigos y la situación se volvía insoportable. Yo temía que le hicieran algo, porque podía ser joven, pero no imbécil: sabía de sobra que la gente marcada como él no vivía un buen final en el régimen que padecíamos. No se les concedía el beneficio de la duda ni el derecho a un epílogo digno. Yo trataba de encontrarme con Lucas, pero tras nuestra última cita en el olivo resultaba imposible. Intentaba por todos los medios llevar una vida normal; sin embargo, la conversación con Deli me provocaba dolor de cabeza, la tristeza de mi madre me irritaba, la languidez de mi padre me ponía más furioso que nunca. Acumulaba incertidumbre e impotencia, un rastro de culpa que me susurraba cada noche en el oído y el rítmico ruido de mi conciencia gritando en silencio las cosas que el corazón callaba. En ese maltrecho caldo de cultivo, en ese lodazal de porquería, tuve que presentarme a los exámenes que me considerarían, contra todo pronóstico, apto para ir a la universidad a estudiar Derecho.

»Lucas fue a buscarme a la parada del autobús, donde regresamos del lugar en el que se habían celebrado las pruebas de acceso. Me dio la enhorabuena con timidez y yo le dediqué una sonrisa tensa. Iba con mis amigos, todos bien vestidos, peinados, sonrientes por habernos quitado de encima la presión del estudio. Vi cómo nos miraban con curiosidad y después, con cierta malicia. Enseguida volvieron mis demonios. Pensé que sabían lo nuestro, que alguien nos había visto, que resultaba evidente, visible, como si lleváramos en el pecho una letra escarlata que mostrase lo que yo seguía considerando una falta y un pecado. Lucas estaba plantado frente a mí, con su ropa vieja y sucia, con un paquete en las manos mal envuelto en papel de rafia que me alargó con cierto temblor mientras me decía: “Es...para ti. Lo he hecho yo”. Se rascó la cabeza mostrándome un amago de sonrisa vergonzosa. Escuché risas que

no se molestaron en ser disimuladas, que acariciaron mi espalda con la crueldad de una confesión obligatoria. Me puse tremendamente nervioso y balbuceé: "Ya. Eh... gracias. Tengo que irme...". Pero Lucas me preguntó con una mezcla de decepción y sorpresa: "¿No vas a abrirlo?". Me giré hacia atrás y él siguió el rumbo de mi mirada y me preguntó: "¿Qué ocurre? ¿Te da vergüenza que yo no vaya vestido como ellos? ¿Acaso ahora eso te importa?". Le pedí que se callara y el calor y el color inundaron mis mejillas en oleadas inevitables de un cálido carmesí. Oí más risas y deseé con todas mis fuerzas que el suelo bajo mis pies se abriera y me tragara, me tragara y me masticara sin dejar ni un rastro de mí. Le dije: "No, no me da vergüenza, pero tengo que irme a casa. Abriré esto luego, ¿vale?". Él asintió. Dudó. Abrió la boca para decir algo y la volvió a cerrar. Les dirigió una última mirada a mis acompañantes, una mirada cargada de cosas que aún me avergüenzan, y se marchó sin pronunciar una sola palabra más. Lo observé hasta que su silueta se desvaneció por el camino, como una sombra asustada de la luz del día.

»Cuando me reuní con mis amigos, Jorge, un chico del pueblo colindante con el que había coincidido en el bachillerato, me señaló con la cabeza el espacio ya vacío que acabábamos de abandonar. Me echó el brazo sobre los hombros en gesto cómplice y bajó la voz para decime: "Mira, no quiero aguarte la fiesta, pero deberías tener cuidado". "Cuidado, ¿por qué?", le pregunté sorprendido. Y me respondió: "Por ese. No es trigo limpio. Mi padre es amigo de un profesor que tuvisteis en el colegio. Dice que el padre de ese muchacho tiene los días contados. ¿Sabes otra cosa que dicen? No te lo tomes a mal. Yo sé que tú no eres de ese bando ni mucho menos. Si no, no me atrevería a tocarte siquiera, no te ofendas". Le pedí que me explicara qué quería decir. Por un momento pensé que se refería a la eterna división de nuestro país. La sola idea de que la gente pudiera tachar a mi familia de comunista o republicana me secó la garganta de repente y convirtió mi esófago en un pasaje del terror, pero Jorge, un buen chico de una buena familia, católica, de derechas, de dinero, alzó las cejas y se sonrojó, como si las palabras

que iba a pronunciar le produjeran vergüenza a él y no a mí: “Pues que dicen que sois demasiado amigos. Demasiado”, remarcó con toda la intención y con toda la maldad que deja la impronta de la intolerancia. Continuó diciéndome: “Que os leáis libros el uno al otro, que paseáis, que os sentáis por la noche a mirar las estrellas. Ese bando, Javito. A eso me refiero”. Imagino, aunque no lo recuerdo demasiado bien, que mi cara pasó de un color a otro en cuestión de segundos. Lo más seguro es que esos colores fueran rojo, púrpura y blanco, la paleta de la vergüenza, la frustración y el miedo. Me quedé mudo, rígido, con la boca abierta como un imbécil y el paquete que me había dado Lucas en la mano, aferrándose a mis dedos en un intento desesperado de gritarme que dejase de ser un cobarde, que admitiera, que hiciera lo correcto por una vez en mi vida. Sin embargo, el miedo es un pepito grillo con ínfulas de héroe atormentado. Miré a Jorge con expresión bobalicona y mis labios se movieron por voluntad propia. O quizá ajena. La voluntad de un país sumido en la desesperanza. “¿Qué bando?”, volví a preguntarle en un susurro. En una súplica. En un absurdo. Y Jorge bufó moviendo los rizos oscuros de su frente y respondió: “Pues el de los maricas, bobo. Ese bando. Yo sé que tú no, pero creo que tu amigo es maricón perdido. Ten cuidado, Javito. Eso es como la peste: si te acercas demasiado... se te acaba pegando”.

»Aquella noche, después de que mi madre preparase una cena algo más especial para celebrar mi buena fortuna en los exámenes, abrí el paquete de Lucas. Bajo la rafia desgastada apareció una vieja libreta deslucida a la que le habían rasgado algunas páginas. Supuse que era de su padre: esas libretas que la gente de campo solía utilizar para apuntar las horas de trabajo. El resto de las hojas estaban amarillentas y repletas de una letra grande y descuidada: la letra de Lucas. Me había escrito, con mucho esfuerzo, algunos pasajes de los libros leídos por ambos a lo largo de aquellos años. De “nuestros libros”, como él solía llamarlos. Dada la dificultad que Lucas tenía para escribir, supe que le habría costado un mundo preparar el regalo. Pensé en las horas de sueño perdidas, en el tiempo dedicado para confeccionar con sus propias manos, esas

manos cortadas por una vida demasiado vieja para tan joven piel, un obsequio para mí, solo para mí. Imaginé la ilusión de Lucas al garabatear las palabras de Unamuno, la ilusión al recrear el cariño con el que yo lo recibiría, el abrazo en el que nos fundiríamos. Recuerdo que me senté sobre la cama con la libreta entre las manos, sin poder hacer otra cosa más que notar el peso de la culpa en la nuca, como una guillotina sin filo. Y acaricié las letras de Lucas tratando de borrar lo sucedido, tratando de crear una escena nueva, una escena en la que yo me comportaba como un ser humano algo más decente y algo menos indigno.

»Fue un viernes cuando mis amigos y yo decidimos ir a celebrar nuestro acceso a la universidad. Todos habíamos aprobado y la gente tenía ganas de festejar después del duro curso. Supongo que incluso a Murcia llegaba el eco de aquel año de revueltas, de alzamientos y revoluciones, y nos sentíamos impregnados por el despertar de un país al que todavía le quedaba mucho para salir de su letargo. Estábamos a punto de entrar en uno de los bares del pueblo para tomar unas cervezas y jugar a las cartas cuando vi a Lucas haciéndome gestos desde la calle para que me acercara a él. Deli me susurró al oído muy bajo para que nadie la escuchara: "Ni se te ocurra. No me dejes en vergüenza o te juro que no me vuelves a ver el pelo, Javier". Me clavó las uñas en los brazos para coaccionarme y advertirme en un gesto feroz. Le dije: "Solo es un momento, Deli". Me alejé y la dejé con la palabra en la boca. Noté los ojos de los demás clavados en mi espalda, que supuraba a través de mi camisa nueva comprada para la ocasión, pero no me volví. Avancé hacia Lucas con paso lento, mientras la vida, esa vida que nunca se detiene por nada ni por nadie, se sucedía alrededor: parejas que paseaban disfrutando de la noche, familias, personas solitarias que afrontaban el devenir de sus solitarias vidas. Sobre mi cabeza, como un vaticinio involuntario, comenzaron a escucharse los truenos lejanos que anunciaban tormenta.

»Lucas sonreía. Siempre resultó raro verlo sonreír. Sus ojos brillaban al mirarme como dos estrellas en un cielo despejado. Lo entendí: era

una mirada de amor. ¿Alguna vez os han dedicado alguna? No puede existir mejor regalo. Él me esperaba con el corazón en carne viva y yo... yo andaba a su encuentro como si me dirigiera al cadalso.

»Con una timidez inusual en él me dijo: "Javi, te he estado buscando". Se metió las manos en los bolsillos y contuvo la respiración. Yo torcí el gesto con desagrado, como un completo idiota, y le dije: "Iba a tomar algo con unos amigos. Para celebrar lo del examen. Las notas son definitivas: hemos aprobado". "¡Qué bien, Javi! Me alegro mucho. Te lo mereces", contestó. Sonrió un poco más. No lo pude apreciar bien por la irreverente oscuridad, pero juraría que se puso colorado. Mis amigos no se movieron del sitio y permanecían irritantemente pendientes de nosotros. Noté que todos nos miraban, noté que nos miraba la noche y, por un momento, tuve la terrible sensación de que toda la gente que pasaba por la calle se acababa de detener para prestarnos atención. Como si Lucas y yo fuéramos los títeres de un teatro de marionetas. Los payasos de ningún circo. Comencé a sudar agobiado. Aterrado. Entonces él continuó diciendo: "No nos hemos visto desde el otro día. Te gustó... ¿te gustó mi regalo?". Le respondí que sí, que me había gustado. Traté de controlar el temblor de mi cuerpo, los latidos desbocados. A pesar del miedo que me provocaba la situación, ardía en deseos de abrazar a Lucas y comérmelo a besos. Era todo tan intenso, tan asfixiante, que el suelo se volvió inestable, enemigo como el mundo que nos señalaba.

»Lucas continuaba hablando: "Eran de los primeros libros. Con los que me ayudaste a leer de carrerilla, sin equivocarme". No miraba nada más, a nadie más. En mitad de una calle por la que la gente discurría, Lucas solo tenía ojos para mí. Debería haberme sentido el ser más especial de la Tierra, jodidamente orgulloso de que un hombre como Lucas sintiera todo lo que sentía por mi ridículo ser, pero lo cierto es que solo albergaba temor, un inevitable y violento temor. Le respondí evasivo: "Ya. Bueno, tengo prisa. Nos vemos mañana y hablamos con más calma". "Y sin una docena de ojos clavados en nosotros", pensé. Las palabras de Jorge resonaron con

fuerza en mis oídos: “Eso es como la peste: si te acercas demasiado... se te acaba pegando”.

»Fui a darme la vuelta, pero Lucas repitió mi nombre con un tono de súplica. Vi de refilón la mirada asesina de Deli y la de mis amigos, que me pareció burlona. Sudé algo más. Imaginé que era cierto: todo el mundo conocía la relación, el sexo, lo vivido; todo el mundo conocía y hablaba y yo, maldito fuera, acababa de entrar de forma oficial en el otro bando. Estuve a punto de salir corriendo, pero me contuve porque llevaba toda mi vida conteniéndome y tenía demasiada experiencia en ello. Era un profesional del camuflaje, un triste ser. Entonces Lucas me preguntó: “¿Podemos hablar ahora en otro sitio? Es importante, por favor”. Lucas no tenía que suplicarme. Lo supe entonces, lo sé ahora y lo he sabido siempre: él era demasiado inmenso, demasiado bueno, demasiado importante para suplicarle a nadie, pero yo lo había llevado a eso. Yo lo llevé a demasiadas cosas. “Es que... me están esperando...”, le dije. “Pues que esperen. Es importante”, repitió menos sonriente y más inseguro. Sopesé la situación, intuyendo que no se rendiría fácilmente, y le hice un gesto con la cabeza. Nos alejamos un poco hacia una esquina. El sudor me empapaba la camisa y la vergüenza me corroía las entrañas. Lo maldije por dentro por ponerme en esa situación, comportándome como un canalla.

»Una vez apartados de las miradas, le dije con brusquedad: “Vale, está bien. ¿Qué quieres? A Deli se la llevan los demonios cuando nos ve juntos”. Él me miró dolido durante un instante, pero después volvió a sonreír. Era como ver salir el sol tras la noche más oscura. Tenía una sonrisa preciosa. Siempre la tuvo. Me dijo: “Javi, nos vamos. Hemos encontrado a alguien que nos ayuda a salir del país. Nos vamos a Alemania. Mi padre ha conseguido cartearse con un par de amigos que se fueron hace años y que pueden ofrecerle trabajo. Lo hemos pensado mucho y es lo mejor. Aquí ya no queda nada para nosotros, solo peligro. Joaquín está al acecho y no voy a permitir que le haga nada a mi padre”. Me quedé sin habla. ¿Por qué me sonreía si había ido a buscarme para decirme que se marchaba?

¿Acaso pensaba que eso me haría feliz? Me dejó sin capacidad de respuesta, seco por dentro, herido, roto como solo saben romperse las ilusiones. Atiné a decir: "Pero... tu hermana, el bebé... El dinero, el transporte, ¿cómo? ¿Cómo, Lucas?". Y me respondió contento: "Ya lo verás. Te lo contaré todo. Podemos quedar mañana y ultimar los detalles. ¿Sabes lo que me han dicho? Que allí en Alemania... tú y yo... que no está tan mal visto, ¿puedes creerlo?". Se puso a temblar. Aquella noche pensé que temblaba de miedo, o quizá por el viento algo frío que la tormenta arrastraba pese a ser verano. Ahora sé que temblaba de emoción, porque me estaba ofreciendo algo tan maravilloso que entonces no alcanzaba a comprender. "Dicen que allí no es cosa de enfermos, que es más natural... no sé. Bueno, da igual. Ya lo veremos cuando estemos allí. Tenemos que hablar con tus padres y hacer las maletas y...". De repente sentí pavor. Noté un sabor a salado en la boca, como si la hubiera inundado un charco de sangre, y un dolor lacerante en el estómago. Me temblaron las piernas y no sé siquiera cómo logré mantenerme en pie. Lucas se puso más serio y su fachada de seguridad se resquebrajó cuando contesté: "Espera, espera. Para, por favor, para. ¿Tenemos? ¿Cómo que tenemos?". Él consiguió decir: "Pues... que... te pido que vengas con nosotros. Conmigo. Es... una vida nueva para los dos. Yo... no quiero irme sin ti. Te amo y tú me amas a mí, y...". Entonces fui cruel y despiadado al decirle con ansiedad: "No puedo irme, ¿estás loco? ¿Has pedido la puta cabeza?". No medí las palabras, no medí nada. Puede que lo que Lucas me ofrecía fuera una locura, pero ¿qué derecho tenía a hablarle así? Aquel muchacho de mirada limpia había sufrido lo indecible. Ahora estaba muerto de miedo y se plantaba ante mí con todo lo que tenía: su amor, tan hermoso como incondicional. Y yo me porté como una bestia, como un desalmado. "Debes haberte vuelto majara. Estoy a punto de entrar en la universidad, tengo trabajo, tengo novia y una familia. ¿A cuento de qué me iba a largar contigo así sin más? ¿Qué te hace pensar que te diría que sí?". Lucas abrió la boca y la cerró sin hablar. Negó con la cabeza. Se pasó la mano por la garganta, como si se ahogara en tierra firme y volvió a negar. Pero empezó a hablar de nuevo para explicármelo todo: "Javier, sé que da miedo, pero es un viaje seguro.

Los amigos de mi padre nos han buscado ya el alojamiento y tenemos un coche para llegar hasta allí. Nos esperarán en la frontera para los permisos. Mi padre lleva semanas planeándolo, no ha dejado nada al azar, te lo aseguro. Tenemos dinero: llevamos ahorrando semanas, no hemos gastado nada, ni una perra. Podemos hacerlo, sé que podemos. Nosotros te mantendremos y, en cuanto lleguemos allí...". Pensaba y pensaba y se aturullaba con las palabras. Debía haber ensayado todo aquello antes, pero mientras lo ensayaba, Lucas seguramente nunca barajó la certeza de que yo no sería digno de él. Porque Lucas confiaba en mí. Porque creía que yo era un hombre distinto, un hombre que lo merecía. Ese fue su gran error. Y seguía hablando: "Mira, yo puedo trabajar para que tú estudies. ¿Te imaginas estudiar Derecho allí? Será la hostia, Javier. No tendrás que preocuparte de nada, nosotros nos encargamos de...". "No", le dije tajante. Él añadió: "Le he dicho que vienes. Le he explicado lo nuestro. Le ha costado mucho". Alzó las manos como si se protegiera. Y lo hacía en realidad: se protegía de mí y de mi ira, mi soberbia y mi intransigencia. Al oírlo, deseé abofetearlo con todas mis fuerzas. Sus palabras se convertían en una espada que se clavaba en mi pecho sin piedad alguna. Pensé: "Su padre lo sabe. Se ha atrevido a decírselo, se ha atrevido a delatarme". La lluvia comenzó a caer con fuerza, sin misericordia, como un torrente salido en mitad de la nada. Un cielo llorando por nosotros dos. Terminó diciendo: "Se enfadó mucho, estuvo días sin hablarme. Pero ¿sabes lo que me ha dicho? Que lo sabía. Que me conoce y sabía que yo sentía algo por ti. Dice que, con el tiempo, quizá podrá asimilarlo. Pero debemos salir de aquí. Es urgente. Tenemos apenas unos días para...". Yo ya no lo escuché. La lluvia me empapaba la ropa, me helaba el sudor sobre el cuerpo. Los truenos se clavaban en mis sienes, traspasando el cerebro y dejando el eco de una idea de un pasado nuevo, un presente prestado y un futuro viejo. Me sentí traicionado, casi enloquecido. ¿Qué ocurriría si la noticia circulaba? ¿Si la gente conocía lo que Lucas y yo llevábamos tantos años haciendo y ocultando? Aquello podría suponer la muerte para los dos. Resultaba un castigo penado por Dios y por el hombre. Comencé a delirar. Casi escuchaba las risas en mi cabeza, las burlas,

los dedos señalando. Me visualicé en la cárcel, me vi torturado por los guardias. Mi vida pasó delante de mí en apenas un suspiro y sentí un odio inmenso hacia el hombre al que tanto había amado.

»No sé todo lo que le dije. La memoria es selectiva a veces, por suerte. Sé que tuvieron que ser demasiadas cosas, y demasiado crueles, porque lo hice llorar y yo estaba ya tan fuera de mí que sus lágrimas solo me provocaron más rencor. Grité que había arruinado mi vida, que lo había destrozado todo, y mientras los truenos emitían una banda sonora lúgubre, yo lo destruí a él de todas las formas posibles en las que se puede destrozarse a un ser humano. Recuerdo perfectamente que terminé diciéndole: "No vuelvas nunca. Vete de mi vida, lárgate y no vuelvas nunca, ¡nunca! Tú y yo no hemos sido nada. ¡Jamás! Solo me produces asco, ¿te enteras? ¡Asco!".

»Mis amigos me llamaron desde lejos. Sonó como un disparo. Los ojos de Lucas me miraban sin desviarse. Huecos, vacíos, muertos. La lluvia le pegaba el pelo a la frente, se colaba por sus labios, por su cuello, por la piel que yo besé y acaricié durante años. Entonces se alzó la voz de Deli sobre la del resto cargada de veneno: el que ella había acumulado también con el paso de las estaciones. "¡Vamos, Lucas, que lo dejes ya! ¿Cuatro años no te han servido para ver que Javier no es un maricón? ¿Qué tiene que hacer para que dejes de perseguirlo, escupirte a la cara? Solo ha sido tu amigo por pena, Lucas. Lárgate, no queremos líos con gente... como tú". Lucas murmuró mi nombre con un quejido salido de sus mismas entrañas. Suponía un canto a la desesperación, un último intento. Y yo hice lo que se esperaba de un hombre como yo. "Cobarde", me dijo la lluvia. "Cobarde", respondió el viento. Y le grité fuerte, porque necesitaba que todos lo oyeran, que supieran que nunca estuve en el otro bando. Que yo era alguien normal, alguien como el resto. Grité como un desquiciado: "¡Lárgate de una vez, maricón asqueroso! ¡No quiero volver a verte en la vida! ¿Me oyes? ¡En la vida! Cuatro años aguantándote han sido demasiados. ¡Vete a perseguir a otro! ¡Sal de mi vida de una maldita vez! ¡Rojo maricón

de mierda!!". Y me alejé sin volverme ni una sola vez. Entré en el bar y bebí como si no fuera a amanecer nunca más. Alguien me prestó un coche viejo y me llevé a Deli a un descampado. Intenté hacer el amor con ella, pero no lo conseguí. Salí casi a rastras y vomité sobre la tierra hasta que la cerveza y la vergüenza me salieron a borbotones por la boca y la nariz. Regresé dando tumbos a casa, me acosté mientras la tormenta bramaba sobre los cimientos de aquello a lo que llamábamos hogar. Me dormí. Sí que amaneció al día siguiente. Y yo no volví a ver a Lucas.

»Entré en la universidad. Dejé mi humilde casa, el fantasma de Carlos y la triste vida de mis padres. Tampoco volvería a verlos a ellos. Algunos años después, cuando yo estaba terminando la carrera y empezaba a buscar trabajo como abogado, los perdí con poco tiempo de diferencia. Nadie me avisó y yo ya hacía mucho tiempo que no buscaba noticias del pueblo. Regresé a Murcia solo para el entierro de mi madre. Tres tumbas pegadas: un matrimonio perdido y un niño que saltó desde un balcón para destrozar una familia de forma irreversible. Me sentí un poco reconfortado al saber que al menos mi madre ya estaba con la persona que más había amado en toda su vida. Me gusta pensar que se encuentran los dos juntos: ella bailando por Lola Flores y Carlitos mirándola con los ojos brillantes, palmeando con ilusión. Mari Flo (que tiene la cara de Ava Gardner), canta en una esquina, con voz sugerente y modulada. Parece una mujer elegante de maneras finas, pero en un momento dado mira a mi madre con complicidad, se remanga las faldas y se pone a taconear con ella. En esas fantasías nunca aparece mi padre. A él no lo imagino de ninguna forma. Supongo que en la eternidad será tan mustio e insignificante como lo fue en vida. Espero que no lo esté pasando bien. Espero que sufra en cierta medida. No me siento mal por pensar eso, de la misma forma que él nunca se sintió mal por el triste legado que dejó en su existencia.

»A Deli y a mí la suerte nos sonrió. Conseguimos trabajo, hicimos dinero. Nos casamos jóvenes. Tuvimos a nuestra hija algo mayores. Nunca recibí una sola noticia más de Lucas. Y pasó la vida como

pasan esas cosas que no tienen demasiado sentido. Pasó rápida o lenta, depende de la melancolía de cada uno, pero pasó. Y Lucas se convirtió en una astilla fina y áspera clavada de forma tan profunda que, por más afán que le puse, no conseguí arrancarla del todo. Lucas representaba el recuerdo de mi vergüenza, y traerlo al presente significaba despertar los demonios que dormían bajo mi cama, en el hueco de la escalera, en un rincón de la conciencia.

»Renuncié a mí mismo y gané una vida, pero una vida descafeinada, una vida con un hueco que jamás conseguí llenar, porque solo habría podido llenarse con esa parte de mí mismo... que nunca conseguí aceptar.

»Y ese es el fin de la historia. Espero no haberos aburrido demasiado.

Se atrevió a mirar alrededor, porque solo escuchaba silencio, un silencio que quizá contase más que mil palabras. Entonces comenzaron los aplausos. Sus manos se movieron de forma inconsciente, como si otra persona tirase de ellas para ejecutar una acción incontrolada. Sin embargo, aquella tarde percibió algo distinto. Desde ambos lados del balcón le llegaba un sonido más fuerte, casi rabioso, y se dio cuenta: el público, su público, lloraba. Solitarias lágrimas resbalaban por las mejillas de sus vecinos, pero no lo miraron. Aplaudieron con la vista al frente, a un universo indefinido, y Javier tuvo la certeza de que, en parte de esos aplausos se desgranaba un pequeño retazo de la historia que durante aquellos días les había contado. Un poco de él. Un poco de Lucas. Un poco de sus padres y de aquel pequeño campo de Murcia. De una casa y un fantasma. De una vida perdida. De un amor imposible que se quedó ahogado para siempre bajo los acordes furiosos de una noche de verano bañada por la lluvia.

Vio el mensaje cuando terminó de hablar con su hija. Abrió la notificación pendiente sintiendo un aleteo en el estómago y la leyó.

«Javier, lo primero es pedirte perdón de antemano. Lo que ha ocurrido es tan vergonzoso que no sé qué sentir al respecto. Aún debo charlar con cierta persona que me debe una buena explicación, pero te aseguro que mañana hablaré contigo y te lo contaré todo».

Dejó el móvil sobre la mesilla, extrañado. Después se recostó y se quedó despierto mirando el techo de la solitaria alcoba.

El cielo despejado de la noche daba paso a las estrellas. Sin embargo, Javier habría jurado que el sonido de los truenos se colaba en su cabeza, como aquella noche, y le dejaban mensajes. Mensajes guardados en ninguna botella.

CARTAS DESDE NINGUNA PARTE

Madrid. Viernes, 03 de abril de 2020.

El corazón del mundo latía ralentizado, como si por primera vez fuera consciente de que existe un frío común, un frío que puede anidar al unísono en todas las personas, sea cual sea su raza, género o pensamiento.

La muerte une más que la vida. Es cruel y tristemente heroica. «Más de diez mil muertos». Javier notó el paso más lento, los movimientos cuasi limitados, como si él también perdiera parte de energía, como si una parte de su propio ser hubiera muerto con los demás. Los datos resultaban un eco obscuro en su cerebro; las cifras, una noria de feria en la que nadie quiere montar. No pudo ni deseó evitar el llanto. Todos aquellos años sin permitirse derramar una sola lágrima se esfumaban como ceniza bajo la caricia del viento y lloró. Lloró por cada uno de los muertos silenciosos y solitarios. Lloró por los vivos que no comprendían por qué les tocaba vivir aquello. Lloró casi recreándose en la acción, sintiéndose liberado, herido hasta unos huesos que ya no chillaban; solo maldecían en gemidos rotos. Cuando el agua salada purgó su cuerpo y su espíritu, y se vació por dentro hasta la extenuación, se vistió, poniendo un poco de esmero en peinar su leonina cabellera, y aguardó paciente, con el teléfono sobre la mesa, como si esperara la llamada más importante de su vida.

«¿Qué opinas tú, amor? ¿Qué crees que querrá decirme nuestro amigo?». «Que eres un bobo idealista buscando un pasado que nunca regresará. Eso creo que va a decirte el sobrino de Lucas».

Desde el retrato sin cristal, los ojos de Adelaida lo miraron con burla, o con lástima, o con rencor. Las manos de Javier temblaron y lo hizo el suelo bajo los pies que lo sostenían. La angustia le cerró el esófago como una señal en una dirección prohibida y estaba a punto de apagar el teléfono cuando este sonó.

—¡Diga! —contestó demasiado fuerte, demasiado ansioso; al otro lado de la línea una voz carraspeó.

—Javier... ho... hola. Soy...

—Irene —repuso extrañado. Apartó el teléfono de la oreja y comprobó el número: era el que correspondía a Javier, el sobrino de Lucas. Tuvo una terrible corazonada—. Dime que no ha muerto. Dime que no le ha ocurrido nada, por favor.

—No, no. Tranquilo, todo está bien. Lucas regresará pronto a casa. Evolucionará favorablemente.

—¿A casa? —preguntó.

Las sienes le palparon en una melodía que solo él lograba oír: la melodía de la incertidumbre. La mujer mantuvo el silencio durante un momento y después habló deprisa, como si necesitara el castigo de las palabras.

—Sí, Javier, a casa. Lucas vive con nosotros: con mi esposo y conmigo. Aunque se pasa la vida renegando por ello, y busca una y mil excusas para que lo dejemos irse. Sin embargo, desde que se rompió el menisco no queremos que se quede solo. Él vive en un tercero sin ascensor. ¿Cómo vamos a permitir que se quede recluido en su casa sin salir a ningún sitio? Aunque ahora, con todo lo que ha pasado... Pero mira, si le hubiera dado el infarto estando solo, habríamos llegado tarde. Se lo he dicho cuando he hablado con él. ¿Ves, tío? ¿Ves cómo fue buena idea que vinieras a casa?

Lo dijo todo seguido, sin detenerse, sin respirar. Exorcizando los rescoldos de una mentira. A Javier la cabeza le dio vueltas, las paredes de la habitación parecieron hacer eco con sus propios pensamientos. Apretó el teléfono más fuerte, como si temiera que la mujer pudiera escapar en cualquier momento en un descuido.

—Irene, no entiendo nada. Tú me dijiste que eras la trabajadora de la residencia en la que estaba Lucas. Tú me dijiste que...

—Te mentí.

Así, sin más. Se lo había dicho con mucha suavidad y sin rastro de culpa. Javier se quedó mudo, sin capacidad de reacción. Los segundos se avergonzaron de su paso y ralentizaron la marcha, apretando la tecla que daba paso a la cámara lenta. Todo inmóvil, todo conteniendo el aliento, hasta que ella volvió a hablar con inquieta tranquilidad.

—Verás, pensamos que si te decía la verdad desde el principio no querías hablar conmigo. Era... demasiado personal. Eso dijo el tío: que te lo tomarías como algo personal. Así que contamos una mentirijilla. Tampoco falta tanto a la verdad. Es cierto que trabajo en una residencia. Es cierto que hemos estado más de dos semanas sin salir. Ayer fue el primer día que regresé a casa después de que nos hicieran las pruebas y diéramos negativo. Y cuando regresé, Javier me dijo que... que debía... contarte la verdad de una vez por todas.

—Eres la mujer de Javier —dijo como un tonto, y se dio cuenta de una cosa—. ¿Cómo que tu tío dijo que sería demasiado personal? ¿Qué diablos está ocurriendo?

Mientras el televisor le mostraba la terrible realidad de un mundo en tinieblas, Irene se lo contó todo. Y conforme escuchaba sus palabras, cálidas y cariñosas como la nana de una madre, Javier se fue hundiendo en el sofá, sintiendo cómo fluía un huracán de sentimientos desde su interior hasta impregnar toda su piel, como si

se deslizara sobre ella una manta tejida con paciencia y mucho, mucho amor.

—No sabes lo que le costó dar contigo. Tantos años... Verás, cuando yo conocí a Javier, creí que Lucas era su padre. Mi marido siempre lo ha considerado como tal. Él es el único padre que Javier ha tenido. Y yo... Verás, mis padres murieron en un accidente cuando yo era muy niña. La pequeña familia de Javi lo es todo para mí. Adoro a su madre. Siempre la hemos cuidado y ella ha cuidado de nosotros. En cuanto a Lucas... es... no sé cómo explicarlo, es...

—Inmenso.

Javier lloraba de nuevo. ¿Cuántas lágrimas puede acumular un ser humano? Lloraba tanto como aquella lluvia furiosa que cayó la noche en que se despidió de Lucas con un asqueroso insulto. Lloraba como la lluvia que había reinado en su alma desde entonces. Escuchó la risa suave de la mujer.

—Sí, lo es. Es especial. Los primeros años de mi noviazgo con Javier pensaba que era un mujeriego. No tenía mujer ni novia y, según mi marido, le había conocido un montón de amigas, pero jamás nada serio. Pero con el paso de los años entendí que los gustos de mi tío no iban precisamente por esos derroteros. Tuvo un amigo durante algunos años, pero la cosa terminó y, desde entonces, Lucas ha permanecido solo. Se centró en su trabajo y en cuidar de Pilar. En ayudarnos con los críos. Para mis hijos, Lucas es su abuelo. Lo adoran y él los adora a ellos. Pero, por muy extraño que pueda parecer, siempre sentí que él arrastraba algo, cierta melancolía, un... ¿cómo lo dirían los viejos? Un pesar. Le pregunté muchas veces, traté de indagar, pero Lucas siempre fue muy celoso de su intimidad. Nunca me contó nada de su vida, hasta que tuvo el accidente. Se cayó de las escaleras y se rompió el menisco, suerte que no se rompiera la cabeza... Javier y yo acordamos traerlo aquí. Los dos trabajábamos, pero a Pilar siempre le ha encantado cuidar de su

hermano, aunque te puedo asegurar que Lucas es un enfermo bastante difícil...

—Irene, necesito saber una cosa. —Javier trató de serenarse. Un río constante de lágrimas vestía de salitre sus mejillas, como una orilla lamida por las olas del mar—. Las cartas que me mandaste contaban que Lucas hizo vida en el extranjero, que se había casado con una mujer llamada Lola, que estaba en Suiza trabajando con su padre, y no parecía tener mucho interés en regresar a España.

—Sonaba bien, ¿verdad? Sonaba muy bonito. A él le hubiera gustado que todo hubiese ocurrido... exactamente así. —La voz de la mujer se cubrió con una capa de tristeza, como si de repente una pequeña nube pudiera ocultar todo el firmamento—. Lucas escribió esas cartas nada más establecerse aquí, en Teruel. Fue el único sitio al que lograron llegar cuando salieron de Murcia. Al final, los amigos que iban a ayudar a su padre lo traicionaron. Los guardias cogieron a Martín. Lucas consiguió escapar con Pilar, no sin antes ver cómo...

—Mataban a su padre —sentenció Javier. Y el dolor masticó culpa y pecado, dejando la hiel envenenada. Y remiendos que no podían ocultar los rotos. «Oh, Lucas. Oh, mi amor»—. Cuánto dolor debió sentir. Cuánto miedo.

—Bueno, nunca lo confesó. El tío es un hombre orgulloso. Esa historia no la sé por él, sino por Javier. Resulta un tema tabú en casa. Lo que ocurrió entonces, y lo que ocurrió después, imagínate... ¿Cuántos años tendría Lucas? ¿Diecinueve? ¿Veinte? Tiraron a su padre a una cuneta como si fuera un muñeco. Él tuvo que huir arrastrando a su hermana embarazada. Mi marido nunca me ha revelado demasiados detalles, intuyo que porque su tío tampoco se los ha contado a él. Pero España a finales de los sesenta, dos críos solos y sin nada que llevarse a la boca... No quiero pensar en ello. Pero salieron adelante, y eso es lo único que importa.

«Javier, sé que da miedo, pero es un viaje seguro. Los amigos de mi padre nos han buscado ya el alojamiento y tenemos un coche para llegar hasta allí. Nos esperarán en la frontera para los permisos. Mi padre lleva semanas planeándolo».

Sí, salieron adelante, era lo único que importaba. Javier no quiso imaginarlo. No quiso pensar en dos muchachos solos y muertos de miedo viendo cómo le pegaban un tiro a su padre y lo tiraban como una basura inservible, en lo que debió pasar por la mente de Lucas al verse solo, a cargo de su hermana, en un lugar desconocido. Pensar en ello implicaba demasiadas cosas que te corroen por dentro hasta dejar desiertos de óxido. ¿Qué habría cambiado su presencia? ¿El hecho de que aquella noche de lluvia su respuesta hubiera sido «sí»?

Entonces lo tuvo claro; cristalino como la primera luz del día. Y una parte de sus remordimientos le pidieron tregua. Y durante un efímero instante pudo sentirse en paz consigo mismo, por primera vez en cincuenta años. «Habría sido un lastre, mi amor. Una carga más para tu espalda. Aquel día, al abandonarte... salvé en cierta manera tu vida, y la de Pilar». Suponía un consuelo demasiado débil, pero era el único que tenía.

—Entonces, ¿Lucas no llegó a salir de España?

—Jamás: ni antes ni durante ni después. Una vez le regalamos un crucero y se lo cedió a Ginés el de la charcutería para que se fuera con su mujer. —La mujer se rio. Una hermosa risa triste—. No, Javier. Él se quedó en Teruel, no sé cómo, pero Pilar y él subsistieron. Entró a trabajar como mozo en un almacén y estuvieron viviendo en la calle algún tiempo, hasta que mi suegra se puso de parto y tuvieron que buscar un lugar para que naciera el bebé. Los acogió Servando, el que entonces era el cura del pueblo.

—Joder, con lo ateo que siempre fue Lucas...

—Pues no te creas, que desde entonces mi tío no ha dejado de ir a misa ni un solo domingo. Dice que le debe una a la Iglesia, que no a Dios, pero sí por lo menos al cura que los acogió. Servando era un buen hombre, de los que ya no quedan.

—Así que nació un bebé sin padre y decidieron ponerle... ponerle...

—Se le quebró la voz e Irene volvió a reír con suavidad.

—Pilar quería ponerle Lucas, pero cuando mi tío llegó del registro le dio el disgusto a su hermana: le había puesto Javier. Javier García. Un bebé gordo y alegre que se crio en un viejo piso del centro del pueblo, mientras Lucas curraba en veinte trabajos distintos para mantenerlos. Tú lo has conocido: nunca le dio miedo el trabajo. Tiene las manos cortadas y llenas de callos que ya son como pequeños quistes, el rostro ennegrecido del sol, los huesos molidos, frágiles como los de un niño de teta. Muchos años en el espíritu y muchas jornadas interminables, y hambre, Javier; esa clase de hambre que se te pega al estómago y ya nunca te abandona. Mi suegra me contó una vez que, durante esos años, le resultaba extraño que su hermano jamás se quejase por el hambre. Ella nunca entendió que se quedara sin comer para que lo hicieran ella y Javier, así que mi esposo se crio rollizo y feliz. No le faltó de nada, aunque el fin de mes se convirtiera en un suplicio. Y no le faltó de nada... porque lo tuvo a él.

—Dios, cómo duele escuchar todo esto —dijo con sinceridad. Cada palabra parecía acero candente hundiéndose en el hueco de sus costillas, buscando el sitio exacto para infligir el mayor dolor posible. Mientras Javier iba a la universidad y creía ser un revolucionario, mientras Deli y él pensaban que cambiaban el mundo porque acudían a los juzgados y atendían gratis a los obreros, en algún pueblo de la España más abandonada, un crío sin estudios, sin recursos, sin familia, sacaba adelante con sangre, sudor y orgullo al hijo bastardo de su hermana. «Y nosotros nos creíamos valientes porque levantábamos el puño en las manifestaciones y después nos refugiábamos en nuestro piso a beber vino blanco y escuchar los

discos de Aute». Javier se sintió mucho más viejo, mucho más cansado y mucho más pobre—. ¿Qué ocurrió más tarde, Irene? ¿Qué fue de la vida de Lucas?

—Pues Lucas entró a trabajar en un taller de coches y, al poco tiempo, lo hicieron fijo. Siempre ha sido un hombre inteligente y capaz. Cuando se jubiló el jefe del taller, lo nombraron a él. Eso supuso más sueldo y más estabilidad. Para entonces, Javier ya tenía unos diez u once años y pudieron alquilar un piso con dos habitaciones. Pilar empezó a trabajar en una casa de limpiadora y, años después, una vez que el dinero ya no suponía un problema y poner la mesa tampoco, Lucas comenzó a estudiar. Cuando yo conocí a Javier, mi tío estaba terminando la universidad.

Javier sintió una corriente de aire inexistente erizando el vello de su cuerpo, soplando en las magulladuras de su piel.

—¿La universidad? ¿Lucas fue a la universidad?

—Sí señor. Mi tío es licenciado en Ingeniería —dijo Irene con orgullo—. Pero a pesar del título, siguió trabajando en el taller hasta que se jubiló. Una vez me dijo que la carrera había sido una espina clavada, una especie de venganza hacia alguien que conoció. Nunca me di cuenta, pero cada vez que me explicaba algo de su vida, me guiaba hacia una dirección y creo que esa dirección siempre fuiste tú, Javier.

—Irene, ¿por qué me mentiste? ¿Por qué Lucas escribió esas cartas si eran una completa mentira?

—Esas cartas se convirtieron en una especie de salida. Las escribió durante sus primeros años aquí, cuando el hambre y la miseria lo acechaban como las ratas. Suponía una forma de desquitarse. Creo que pensó en enviártelas realmente, pero desconocía tu dirección, si seguías o no viviendo con tus padres. Resultaron algo así como una terapia. Eran... cartas desde ninguna parte. Así me lo explicó la primera vez, no hace demasiado tiempo, cuando me habló de ellas, la primera vez que me habló de ti. Javier no sabía nada y Pilar

recordaba a un muchachito de Murcia que un día fue amigo de su hermano, pero poco más. Sin embargo, Lucas y yo mantenemos una conexión especial y él confió en mí. Hace poco me dijo que te había localizado. Yo para entonces ya conocía la historia, toda vuestra historia. Buscamos tu nombre en internet, en redes sociales, pero, ¡joder!, hacía tantos años y él tenía tan pocos datos tuyos... Entonces, un día, de repente, te vio en una noticia de prensa. Era un artículo sobre un caso mediático... No me preguntes. No recuerdo nada, solo a Lucas llamándome a escondidas para que Javi no se enterase. «¡Es él, Irene! ¡Es Javier! ¡No hay duda, es él!»». Deberías haber visto su cara. Sus ojos brillaban, Javier, te lo juro. Parecía rejuvenecer de golpe. Se puso nervioso, como un crío en la primera cita, y entonces se llenó de dudas y de demonios. Quería hablar contigo, ponerse en contacto, pero estaba convencido de que tú no querías saber de él. “¿Qué le digo, después de tantos años?”, me dijo. No sabía si estabas casado, si tenías hijos; no sabía nada de ti. En realidad, lo más duro es que él creía que tú no te acordarías, porque sentía que él no había sido para ti... lo que tú eras para él.

—¿Y qué soy yo para él, Irene? —preguntó Javier con voz ronca.

Y cerró los ojos para recibir la respuesta, aguardando la sentencia de un jurado sin voz que lo condenase o lo absolviese, que le diera vida o se la llevase de una vez. La voz de Irene supuso la única caricia sincera de una primavera acobardada.

—Pues el amor de su vida, Javier. La única persona a la que ha amado realmente.

Javier rio llorando. Hay risas que saben a sal, privilegios de ese torpe sustantivo al que alguien puso el nombre de amor.

—Entonces, ¿tú y él inventasteis todo esto? —dijo, cuando logró deshacer el nudo de su garganta—. ¿No habría sido mejor marcar el número y llamarme sin más? ¿Qué pretendíais con vuestro engaño?

—Saber si merecía la pena marcar ese teléfono, Javier. Eso es lo que Lucas pretendía. Cuando a principios de marzo la cosa comenzó a ponerse más complicada con el virus, lo planeamos todo. Conseguimos el número de móvil llamando a tu antigua asesoría. Lucas me dio las cartas. Me dijo que te contara lo del alzhéimer para que, si no querías saber nada de él, ahorrarse la vergüenza de no haber superado tu abandono. Una excusa terrible, los dos lo sabíamos. Él deseaba que esas cartas te dijeran que al menos logró ser feliz sin ti, tener una vida propia. Comencé a hablar contigo y tú no mostrabas nada, ningún sentimiento, ninguna emoción. Él se desanimó. Yo tuve que quedarme en la residencia y pensamos que todo había sido una pérdida de tiempo. Entonces, Javier me llamó muerto de miedo: Lucas ingresado por un infarto y nosotros sin poder acudir, sin poder visitarlo. Todo fue un desastre, Javier, un desastre absoluto. Te mentimos para nada, nos comportamos como un par de tarados. Lo siento. No puedo decirte otra cosa. Pero no te enfades con él; si quieres, enfádate conmigo, pero no con él. No se lo merece. No se merece nada malo de este mundo.

Irene se rompió en todos los sentidos en que puede romperse una persona. Y él la dejó recomponerse, hasta que la tormenta cesó y el océano recuperó su calma.

—Lo que no entiendo es que tú fuiste la que me dio el número de Pilar cuando Lucas sufrió el infarto. ¿No pensaste que me diría la verdad?

—Pili no sabe nada de esto. ¿Cómo iba yo a imaginar que el cotilla de mi marido te cogería la llamada? ¿Quién es él para contestar el teléfono de su señora madre? —replicó con viveza, pasando del llanto a la indignación en apenas un segundo—. Mira que se lo tengo dicho: que algún día su madre se echará un amigo y él lo espantará. Es que no deja vivir a nadie este hombre, no deja vivir a nadie...

Aquello lo hizo reír con ganas. Desde el otro lado del teléfono le llegó también la risa de Irene, algo más serena. Después, ambos se

callaron un momento, mientras Javier asimilaba.

—Entonces, ¿Lucas regresará pronto a vuestra casa?

—En unos días, si todo va bien. Hemos podido hablar con él. Si supieras lo que nos ha dicho... —Irene soltó una risita, mezclada con el hipo que le había dejado el llanto.

—Del Lucas que yo recuerdo me espero cualquier cosa —contestó Javier con vehemencia, y ella rio más fuerte, expulsando culpa y recuperando vida.

—Pues que les ha pedido a los enfermeros que lo dejen echar una mano con los pacientes. Dice que si vivir el franquismo y sufrir un infarto no han acabado con él, no lo hará el virus, y que el hospital necesita ayuda. Que lo pongan de lo que sea, aunque sea a limpiar baños. ¡Ay, este hombre...!

—Irene, quiero que sepas algo: eso es la esencia de lo que él es, de lo que fue. Yo conocí a un crío de diez años que se enfrentó a tres matones por defender a un indefenso; a un muchacho que amó sin sentir vergüenza en una época en la que el amor que sentíamos te dejaba una marca, una letra escarlata; a un joven que le confesó a su padre, en la España franquista de los sesenta, que se había enamorado de otro hombre. ¿Sabes lo que creo? Que el mundo necesita más personas como él y menos como nosotros.

—Javier, cuando Lucas preguntó en tu asesoría le dijeron que estabas viudo y que tenías una hija. Él creyó que tú eras feliz, que habías encontrado tu camino y que el recuerdo de un muchacho de Murcia que un día se enamoró de ti quedaría ya demasiado lejano. Pensó que no sería justo hacerte volver de nuevo al pasado y... a él. Yo quiero preguntártelo, Javier, porque adoro a Lucas, porque Javier lo adora, porque sé lo que ha sufrido, sé todo cuanto ha perdido, y sé que hace mucho tiempo que trató de cerrar unas heridas que por mucho que lo intente, cada cierto tiempo, sangran de nuevo. Antes de que él regrese a casa y me pregunte por ti, quiero saber si estás

dispuesto a enfrentarte a él y a todos esos demonios con los que los dos cargáis. Porque la vida os ha dado una segunda oportunidad en mitad de un infierno, Javier. Si vieras la de historias inacabadas que he visto morir entre las paredes de la residencia a lo largo de los años... Si vieras cuánto amor se quedó perdido entre el miedo de aquella época sumida en tinieblas...

Bien que lo sabía él: un hogar silencioso, testigo mudo de aquel matrimonio hiriente que formaban sus padres; amores prohibidos, amores latentes que fueron apagados, amores ausentes que permanecieron para toda la vida; una promesa ante un altar, un muro de hielo sobre el colchón de una cama que compartió con otra persona durante tantos inviernos que la primavera pasó a ser una excusa muda; un peso sobre su espalda y una culpa que nunca lo abandonó del todo. Porque la culpa necesita poco para alimentarse.

Y por primera vez en toda su larga vida, dio un paso al frente.

—Estoy dispuesto, Irene. A enfrentarme a esos demonios y a mirarlos a la cara —suspiró, y ese pasado repleto de fantasmas que quedaron encadenados a una casa, a un balcón y a unas tierras de cultivo, suspiraron con él—, y apartarlos de mi vida de una patada en el culo.

—Lola, hija...

—Papá, ya sé lo que me vas a decir. Quiero que te quedes tranquilo. No pasa nada, todo está bien, estoy protegida y te aseguro que no me va a ocurrir nada.

Su voz denotaba firmeza, serenidad, tesón, aquella voluntad que su hija había tenido desde que llegó al mundo. Sintió que el orgullo le recorría las venas como si se lo hubieran inyectado con jeringuillas desechables.

—No, no te llamaba por eso —la interrumpió. Aún se encontraba nervioso, así que se tomó su tiempo. Lola aguardó con paciencia y él tomó aire para soltarlo en forma de caricia—. Cielo, ¿tienes un momento? Necesito contarte algo. Es muy importante.

—Papá... yo... eh... Sí, claro. Tengo tiempo. He doblado turno y estaba a punto de irme a casa.

—¿Qué ibas a decirme, hija? ¿Por qué has dudado?

—Porque creo que sé de lo que quieres hablarme. Es este virus, ¿sabes? Lo veo a diario: la gente siente nostalgia; es como si necesitaran sacar todo lo que llevan guardado dentro.

—¿Y tú qué piensas que debo tener yo guardado dentro, hija? —preguntó Javier con verdadera curiosidad.

Lola mantuvo el silencio un momento. Se escucharon de fondo ruidos, voces en inglés, alguna risa tensa. La vida seguía, pese a todo. Pese a todos.

—Pues que mamá no fue el amor de tu vida. Ella me lo contó una vez, que siempre hubo alguien entre los dos y que ella se había portado mal contigo y con esa persona, que os había separado. Eso me dijo poco antes de... bueno, ya sabes. Como si en ese momento hubiera sabido lo que iba a ocurrirle y no quisiera morir llevando esa carga. Tampoco me contó mucho más. Ya sabes cómo era. Nunca he conocido a nadie tan orgulloso como mamá.

—Pero tampoco conocerás nunca a nadie que te quiera más, Lola. No lo olvides nunca. Tu madre deseaba tenerte con todas sus fuerzas. De hecho, si estás en este mundo fue porque ella se empeñó. Algún día te hablaré de eso, pero ¿sabes qué? Que tu madre puede esperar. Por una vez voy a dejarla en segundo plano. Creo... que ella me lo debe. ¡Qué diablos! ¡Creo que me lo merezco!

—Está bien, papi. Llevo mucho tiempo esperando esto. Así que háblame de ella. Vamos, estoy preparada. Me sujeto las botas con cinta aislante. Creo que no puedo estar más preparada —le dijo con una risa alegre, luminosa. Javier también sonrió. «¿Ves, cariño? En algo hicimos un trabajo excelente. Al final hubo amor, ¿no te das cuenta? Y un legado eterno. Esta es nuestra victoria, Deli, nuestra mejor victoria».

—De acuerdo. Intentaré no entretenerte tanto como a mis vecinas.

—¿Les has contado a tus vecinas la historia sobre esa mujer antes que a mí? —preguntó Lola con fingida indignación.

—Me temo que sí, hija. Te aseguro que ha sido un público muy exigente y no, no es la historia de ella; es... la historia de él.

Su hija se quedó callada y, durante un momento, Javier sintió temor, pero después volvió a hablar con aquella templanza tan suya, como si ella siempre hubiera sido la adulta y Javier el niño pequeño.

—Vamos, papá. Háblame de ese hombre que fue el amor de tu vida.

—Cada vez salimos más temprano.

Eva se volvió al escucharlo y le dedicó una sonrisa bañada en lágrimas. Javier no le preguntó; presenciar el llanto de alguien es un momento de delicada y melancólica magia. Que alguien te ceda ese poder, aunque solo sea un instante, supone un obsequio tan triste como hermoso. Se acomodó sobre la barandilla y aspiró el aire fresco de aquella tarde de primavera.

—Quién me ha robado el mes de abril —murmuró ensimismado.

—Perdona, ¿cómo dices?

—¿Eh? Nada, nada, una canción de Sabina. A mi mujer le encantaba. Incluso se la enseñó a Lola cuando mi hija tenía solo nueve o diez años.

—A mí mis padres no me ponían música. Más bien me hacían quitarla cuando la escuchaban en mi cuarto.

—Deli siempre fue una mujer especial, una madre diferente.

—Pues Lola tiene mucha suerte, si me permites decirlo.

Javier le sonrió con dulzura. Eva se limpió las lágrimas y se quedó mirando al frente, absorta.

—Yo sí que tengo suerte de tener a Lola. Acabo de confesarle, mientras ella se quitaba el traje de protección que viste desde hace dos semanas, que nunca amé a su madre del todo porque siempre estuve enamorado de otra persona. Y que esa persona no era otra mujer, sino un hombre, un amigo de mi infancia. Pensé que me costaría más trabajo hacerlo. Llevo cincuenta años ocultando mi mentira. Sin embargo, ha resultado fácil, ¿puedes creerlo?

—Y ella ¿qué te ha respondido? —preguntó Eva con intriga.

—Que ojalá hubiera podido vivir mi amor en libertad. Le he dicho que entonces ella no habría nacido, es evidente. ¿Sabes lo que me ha contestado? —La muchacha negó con la cabeza y alzó las cejas con expectación—. Que serían simples daños colaterales. ¿Cómo puedo corresponder a esa muestra de grandeza, Eva? ¿Cómo puedo estar a la altura de un ser tan maravilloso?

—Tú la hiciste. Lleva en parte algo tuyo.

—No, no, que va. Una persona es una pequeña parte de cómo la crían y una gran parte de su propia naturaleza, y la de mi hija debe ser de las buenas.

—Es que criar a una niña con las letras de Sabina debe abrirle mucho la mente.

—También le poníamos a Serrat y a Aute. —Eva se echó a reír con ganas.

—Entonces, eso lo explica todo. Es sabiduría pura y dura.

—Es amor puro y duro.

—Javier...

—¿Sí?

—Antes de que Pepa despierte de su siesta y comience a insultarnos y de que Marina y Quique comiencen a avasallarte con preguntas laborales, quiero decirte tres cosas, solo tres, y dejaré que el gran narrador de historias descanse el resto del confinamiento.

Javier se volvió hacia ella con cierto temor. La chica llevaba un chándal viejo y lleno de bolas, el pelo sucio y bastante desgreñado; las raíces negras se abrían camino entre el blanco tintado de su cabeza, y el esmalte que un día lució en las uñas ya solicitaba una jubilación tardía. No pudo evitar mirarla con ternura. Era una buena chica. Todos lo eran. Resultaba curioso cómo, en mitad de un desastre, encontrabas a personas que hasta ese momento habían pasado desapercibidas en tu vida. Se preguntó cuánto duraría aquello una vez que la amenaza terminase, cuánto duraría aquella hermandad que parecía haber surgido en un pueblo eternamente dividido, si sería posible que por una vez en la vida la palabra patria solo se refiriera a un pueblo, un pueblo unido, con sus maravillosas diferencias, un pueblo que aprendiera a respetar, un pueblo que por una vez viera en su bandera solamente a personas: las que araron el camino, las que lo recorren, las que lo cuidarán en el futuro. Personas sin más.

—Venga, Eva, estoy preparado. Creo que a estas alturas ya estoy listo para cualquier cosa.

—A ver. Uno: que deberías plantearte seriamente lo de meter la tijera en ese pelo y esas barbas. No es que no me guste, te da un aire macarra que te hace muy interesante, pero te sitúas en la finísima línea que separa lo de macarra de náufrago, y no sé si querrás cruzarla.

—Prefiero parecer un náufrago antes que aventurarme a cortarme yo solo el pelo, te lo aseguro —respondió Javier con tanta preocupación que Eva se echó a reír.

—De acuerdo. Dos: me entristece enormemente que Lucas y tú no pudierais vivir vuestro amor en libertad como... como lo estoy viviendo yo —dijo con una timidez repentina, y él asintió muy serio.

—¿Y la tercera?

—Bueno, en realidad, la tercera son dos.

—Te excedes. Seguro que Pepa ya nos está escuchando y prepara su golpe de gracia.

—Javi, gracias. Por todo: por abrir tu alma, por llenar estos días, por desnudarte. Es difícil. Desnudarse por dentro es mucho más difícil que hacerlo por fuera, así que me siento afortunada por haberlo presenciado y quería que lo supieras.

—De nada, Eva. Yo debería daros las gracias a vosotros.

—Y lo último —tomó aire y lo soltó muy despacio. Volvió a llorar, pero también a reír, y Javier entendió que no suponía un llanto de dolor, sino algo distinto, algo parecido al alivio—. Me han llamado. Mis padres. Están bien, los dos. Se encuentran en casa. Hemos hablado por lo menos dos horas.

—Eva... —No pudo hablar. Se le cerró la garganta en un nudo invisible.

Los ojos de la chica brillaron tan intensos que Javier no pudo más que mirarlos hipnotizado.

—Me han pedido perdón. No me cogían las llamadas porque no sabían cómo hablar conmigo. Se sentían culpables por nuestra última conversación, por la forma en que me hablaron. Estaban avergonzados y hasta hoy no se han atrevido a decírmelo. ¿Puedes creerlo?

Claro que podía. Era la vida abriéndose paso en mitad del dolor. Las segundas oportunidades que nunca nos permitimos otorgarnos. El perdón que casi siempre olvidamos merecer.

—Si te digo que me alegro muchísimo me estaría quedando corto.

Se miraron y se entendieron. No hacía falta decir nada más ni nada menos. Cada uno volvió a tomar su posición: sobre las baldosas de sus respectivos balcones, con la mirada al frente, vigilando una ciudad desierta, como si a su manera ellos también pudieran protegerla. El silencio vagaba por las calles reinando en libertad. Y el tiempo, detenido, abrazaba lo imposible para chillar sin voz que sí, que lo eterno existía anclado en las aristas de unas pieles exhaustas de cicatrices sin curar.

—¿Crees que es verdad lo que dicen, Javi? —preguntó Eva con los ojos humedecidos y la nariz roja. Le habló sin mirarlo, señalando con la cabeza a los edificios que había frente a ellos—. ¿Crees que nos hará mejores? ¿Que saldremos fortalecidos después de esto?

—Me encantaría decirte que sí, Eva. Me encantaría creer que sí.

—Es un sueño bonito, ¿eh?

—Sí, lo es.

—Todos a una, para variar, cuidándonos, protegiéndonos. Eso debería ser un pueblo, ¿no? Andar juntos en la misma dirección, sin clases, sin razas, sin... condiciones. ¿Te lo imaginas?

Él ya no respondió. No eran días para pensar en lo que ocurriría cuando tuvieran que hacer balance. Al menos, durante aquellas semanas, vivirían la utopía que Eva relataba. Pensarían que, de una vez por todas, los fantasmas del pasado se habían ido y que las dos Españas se fundían al fin en una. Sin barrios enfrentados. Cerrando abismos. Concediéndole importancia al alma.

«Nos hemos dormido, Javier. Después de tanta lucha, de tanto sacrificio, de tanta revolución, nos hemos vuelto a dormir. Nos duerme este mundo desalmado, nos duerme el egoísmo, el afán por tener más que el otro, por el poder. Vivimos un sueño eterno y no sé si algún día seremos capaces de despertar. Y mientras, el futuro que construimos, el que levantamos con nuestra sangre, se muere. Se muere y no hacemos nada por evitarlo». «No nos des por muertos tan pronto, Deli. ¿Has escuchado a esta chica? ¿Ves a nuestra hija, allá donde tú estés? Aún hay esperanza, mi amor. A lo mejor hemos despertado al fin».

No se dieron cuenta de que los demás comenzaban a salir a sus balcones. Marina y Quique se abrazaban con cariño, con sus hijos jugando en el suelo entre risas que parecían llenar el vacío que dejaban las calles solitarias. Susana llegó de su doble turno y salió al balcón recién duchada, con el pelo aún mojado y vestida con un chándal viejo. Se aferró a Eva y la besó con dulzura. Sobre sus cabezas, Pepa les gritó que hablaran más alto, que no se enteraba de la conversación.

—¿Y qué hacemos ahora que ya no tenemos historia? —preguntó Susana alargando el codo para que Javier se lo rozara con el suyo: esa forma de saludarse convertida ya en costumbre.

—Decidle a Pepa que os cuente cómo fue la romanización de la Península.

—Me cago yo en los romanos y en la madre que los parió —sentenció la anciana—. Y tú no hables tanto, que tampoco eres mucho más joven que yo.

—Vamos, Pepa. No te hagas de rogar. ¡Seguro que has tenido una vida apasionante!

—Bah, si os la contase... —hizo una pausa deliberada. Todos miraron hacia arriba expectantes— ...tendría que mataros, así que boca cerrada. Mis secretos, mis amores y mis crímenes se irán conmigo a la tumba.

—Pues buena cosa —Javier guiñó un ojo y se preparó para el aplauso de las ocho—. Porque estoy convencido de que no te morirás nunca.

EL AMOR

Madrid. Lunes, 27 de abril de 2020.

Se miró una última vez en el espejo y torció el gesto. Por más que lo intentaba, no lograba contener aquella maraña de pelo abundante y plateado que lucía en la cabeza; lo mismo le ocurría en la barba. Eva le había dicho que sería la envidia de cualquier muchacho joven, de esos que se llamaban a sí mismos modernos. La tenía espesa, recia, de un brillante gris. Le caía por el cuello en una cascada orgullosa y casi le gustaba su visión.

—¿Y si a partir de ahora me la recorto un poco, solo un poquito? —le preguntó a su propio reflejo, que parecía mirarlo con cierta burla; después entrecerró los ojos y se sacó la lengua—. Sí, definitivamente, me gusta mi nuevo aspecto. ¿Por qué no? Las chicas dicen que me da un aire sofisticado. Javier... ¿qué demonios haces hablando solo?

Por la mañana había salido a comprar y regresado con un buen filete de carne y una botella de vino. Tinto, fuerte, de esos que raspan en la garganta y dejan una resaca sin culpa. Pasó el trapo para limpiar el polvo, fregó el suelo, ordenó la cocina. Miró la hora cada veinte minutos. Decir que estaba nervioso suponía quedarse tan corto que ni siquiera intentó la mentira. Cuando recibió el mensaje se quedó paralizado de golpe, como si hubiera sentido un terremoto, y con la misma inquietud del que espera que la tierra tiemble de nuevo se dirigió al sofá, inspirando y espirando un aire que parecía volverse de hierro.

—De acuerdo. Llegó el momento.

Se sentó muy firme, con la pose de abogado que lo acompañó durante tanto tiempo, y el teléfono comenzó a sonar. Urgente. Cálido.

—¿Dígame?

—¿Ja... Javi? Ho... hola. Hola, Javier. Soy... yo. Es decir... soy Lucas. Soy... yo.

Pum, pum, pum. Javier estaba seguro de que Lucas escucharía sus latidos desde el otro lado de la línea. Qué diablos, los escucharía todo el jodido universo. «Como el corazón delator de Poe». Se mordió una uña, se peinó con los dedos. No podía creerlo: su amigo había acudido a la cita, y él también había llegado... con cincuenta años de retraso.

—¿Cómo estás? ¿Qué te han dicho los médicos?

—Que ya me encuentro perfecto para irme a casa. Bueno, en realidad no me soportaban más. Te contaría otra cosa, pero esa es la verdad. Me llamaban «el loco», ¿puedes creerlo?

—Sí, puedo creerlo —Pum, pum, pum. El tambor latía bajo la piel sacando el eco entre las vértebras y llenando el cuerpo de acordes indefinidos—. De todas formas, estás mejor en casa con los tuyos.

—Tampoco puedo ir a ningún otro sitio. ¿Te has enterado, Javi? Confinamiento. Esto parece el fin del mundo.

—Algo he escuchado, sí. —Javier rio con suavidad.

Se levantó y volvió a sentarse. Cambió de posición. Cogió el cojín, lo soltó, lo cogió de nuevo y lo lanzó contra la nada. No podía estarse quieto.

—Oye, no te habrás enfadado con Irene, ¿verdad? —preguntó Lucas serio de repente—. Ella no tiene la culpa. Me puse pesado y acabó

por hacer lo que le dije.

—¿Por qué no me llamaste sin más si ya habías dado conmigo? No tenías que mentir. No era necesario.

—Es que no sabía si tú me recordarías, Javi. —Cómo dolía escuchar aquello. Cómo dolía la separación, la distancia, los años. El paso y el peso del tiempo—. No quería quedar como un patético lastimoso. Si tú me habías olvidado, pues únicamente pensarías que yo era un viejo desmemoriado que ya solo se acordaba de su infancia.

—Siempre fuiste un orgulloso, Lucas.

—Mira quién vino a hablar —se defendió.

Javier guardó silencio. Una corriente emanaba invisible y unía dos puntos alejados en el espacio dando volteretas por un viejo piso del centro de Madrid. La voz de Lucas sonaba grave, pero con la suavidad que siempre reservó para él. Imaginó cómo sería su aspecto y deseó con todas sus fuerzas poder alargar la mano y tocarlo ahí, en ese punto donde se unen las pieles rotas.

—Después de tantos años, ¿vamos a discutir quién era más orgulloso que quién? —preguntó Javier con nostalgia avergonzada.

Y la vida le cayó encima en un chaparrón seco, pero ruidoso. Cincuenta años de olvido. Cincuenta años de ausencia.

—Supongo que los dos fuimos un poco de todo. O un mucho de nada. Pero ha pasado tanto tiempo que no creo que importe ya nada de lo que sucedió.

—Claro que importa. ¡Claro que importa! Ese último día... lo que te dije, Lucas, esas... horribles palabras que salieron de mi boca... —Habló como si la saliva le estuviera golpeando con puños de acero en la garganta.

No supo cómo seguir. «Rojo maricón de mierda». Palabras dedicadas al amor de su vida. Palabras de un adiós que se volvió un nicho sin muerto. Fue a decir algo más, a tratar de darle forma a los remordimientos, cuando Lucas lo interrumpió.

—Vaya. Y yo temiendo que no te acordaras de mí, de todo lo que ocurrió durante aquellos años. ¿Eso es lo único que recuerdas?

—No, por supuesto que no —le dijo con toda la fuerza que aún le quedaba—. Lo recuerdo todo: cada día, cada conversación, cada... tarde bajo aquel olivo. ¿Te... te acuerdas tú?

—¿Por qué te habría buscado si no lo hiciera? —Casi le pareció detectar una sonrisa en su voz y la calma de una vida sometida al yugo del trueno—. Javier, esa última noche no fui justo. Me ha costado mucho tiempo darme cuenta. Te puse entre la espada y la pared. Te presioné y no me paré a pensar en lo que tú podrías estar sintiendo, en el sufrimiento que te provocaba aquel sentimiento que no entendías. Confieso que te odié durante mucho tiempo. Ese odio era... lo poco que me mantenía, lo que me hacía seguir adelante. Pero con el paso de los años comencé a poner algo más de empeño en curarme. Sabes que siempre he sido concienzudo. Me esforcé en recuperar esa parte de mí que creía perdida y, al hacerlo, pude recuperarte a ti, a todo lo que suponíamos cuando tus prejuicios y mis miserias no se interponían entre nosotros.

—Lucas, Irene me ha contado muchas cosas, lo que ocurrió cuando te fuiste de Murcia. Yo no supe nada de vosotros desde aquella última noche. Pensé que lo habríais conseguido. Supongo que era mi conciencia tratando de aplacarse, pero ansiaba creer que lograsteis salir del país y que os encontraríais en algún lugar de Europa, tú enfadado con el mundo y pensando que las ecuaciones no servían para nada...

—Y no sirven. Es lo único que me ha quedado claro en todos estos años. Y mira que he estudiado, ¿sabes? No es tan difícil. La

universidad. No sé por qué os creáis tan listos los que pudisteis estudiar.

Javier se rio a carcajadas. En el tono de Lucas se apreciaba la misma ironía y presunción que él había conocido casi sesenta años atrás. Pero entonces recordó algo y la risa se fugó de golpe.

—Tu sobrina también me ha dicho lo que le ocurrió a tu padre — habló con valentía, de frente, por una vez en su vida—. Lo siento muchísimo. Siento que tuvieras que vivir algo así. Nadie debería vivir algo así. No... no sé qué decirte.

—Lo acabas de decir —murmuró Lucas con tristeza. Casi pudo sentir el abandono a través de la distancia—. Hace muchos años, Javier. Te diría que lo he superado, pero aún es una pesadilla recurrente por las noches. Martín era un buen hombre, un buen padre que lo arriesgó todo por Pilar, por defenderla. Era un hombre que solo quería llevar pan a la mesa y vivir en paz. No se trataba de ningún criminal para que acabaran con él de esa forma. Nadie merece un final así, pero mucho menos mi padre. Una noche, un tiro, una ejecución cobarde y mezquina. No, Javier. Todo el mundo, escúchame bien, todo el mundo merece justicia. Y él no la tuvo. Muchos como él no la tuvieron y lo peor de todo es que lo hemos asumido como algo normal y corriente.

—Lo traicionaron...

—Siempre estuvo rodeado de traidores. O quizá ese hombre descubrió que nos largábamos y no pudo dejar escapar la ocasión. Lo que fuera, ya nunca lo sabremos. Lo único por lo que doy gracias es que Pili no se enteró de nada. Ella creyó que... —se rio: Una risa de resignación amarga— ...creyó que padre se iba sin nosotros para buscar un trabajo y ganar dinero. Que cuando lo tuviera nos haría llamar. Ella lo esperó durante años, ¿sabes? Hasta que un día le dije que había recibido noticias de su muerte en el extranjero. Eso le

conté a mi hermana: un infarto en su cama, sin enterarse, sin sufrir. Creo que era lo menos que podía hacer por ella... y por él.

—¿Sabes dónde está?

—¿Que si lo sé? Llevo años tratando de que me dejen sacar sus huesos —dijo con rabia—, pero es un litigio largo y tedioso. No quiero hablar de eso ahora. Ya habrá tiempo de requerir tus servicios, señor abogado. Y gratis. No tengas la cara de cobrarme después de todo.

—No se me ocurriría —respondió Javier con un tono que le pareció infantil. Se sentía nervioso, emocionado, asustado. Por encima de todo, se sentía vivo, como no se había sentido en mucho tiempo, o como nunca lo había hecho en realidad—. ¿Sabes? Desde que Irene me llamó no he dejado de darle vueltas, de recordarlo todo, de pensar en lo que habría ocurrido si... si te hubiera dicho que sí. Si hubiera sido lo que debí...

—No sigas por ahí, Javi —lo cortó tajante—. Eso no te llevará a ninguna parte. ¿Qué habría pasado? Te lo resumo: tu padre era un grande, te habrían buscado y localizado, y entonces, ¿cuál habría sido el destino de Pili, del niño y el mío? No, Javier. Aquella noche tus palabras me acuchillaron por dentro, pero ahora creo que se trató del destino. Lo quería así, y lo quería porque mi sobrino tenía que venir al mundo así como es: cabezota como un demonio y más terco que una mula, pero feliz, porque te aseguro que me he dejado la piel para que tuviera una vida decente, para convertirlo en el hombre que es. No, Javier. Al decirme que no esa noche marcaste nuestro camino. El de los dos, sí, pero el de otra mucha gente también. Los arrepentimientos son absurdos porque siempre llegan tarde. La culpa es un veneno lento y dañino. No tienes que sentir ni una cosa ni la otra. Yo te eximo de la parte que me toca. No existe ninguna deuda pendiente conmigo.

«La vida tiene una deuda pendiente contigo y bien grande». Pero Lucas no se quejaba, no maldecía su suerte. Y la admiración de Javier por aquel hombre se agigantó. De pronto, Lucas le volvió a hablar con mucha más energía, como si el pasado solo supusiera una vieja anécdota, una postal en blanco y negro que ya nadie quiere leer.

—Javi, te toca. Cuéntame tu vida en estos años. Creo que tienes ventaja, es evidente que sabes mucho más de mí que yo de ti. Por favor, dime que has sido feliz. Dime que alcanzaste todo lo que querías, con lo que soñabas.

—Casi todo. Casi todo, Lucas. —De repente, como si acabara de darse cuenta realmente de con quién estaba hablando, de lo sucedido, de la verdad y la mentira, como si un clic hubiera sonado en su cabeza rompiéndola por completo, comenzó a llorar—. Siempre faltaste tú. Siempre. Y la culpa, esa culpa que nunca me dejaba... yo lo... lo...

—Ni se te ocurra. No te he llamado para esto. No te he buscado toda mi vida para oír tu disculpa. No la quiero. No debes pedir perdón por nada.

—Me comporté como un cobarde. Tan cobarde...

—No te comportaste como nada. Nada. ¿Qué entenderán los jóvenes de lo que fue nuestra vida, de lo que fueron esos años? No te dejes arrastrar por lo que ahora te parece sencillo. No cometas ese error, porque hemos perdido demasiado tiempo y no sé el que me queda. Ha estado a punto de reventarme el corazón, ¿te lo había contado? Pues el médico me ha dicho que otra y no lo cuento. Y pienso contarlo, Javi. Pienso contarlo muchos años todavía, así que déjate de perdones. Ni tú ni yo nos los debemos. Y ahora, háblame de esa hija. Dime si es tan cabezota como tú.

Javier sorbió mocos, carraspeó para desatascar las cuerdas vocales, se limpió el salitre de las mejillas y se recuperó. Porque Lucas lo

llenaba de su fuerza. Porque Lucas representaba la segunda oportunidad que nunca se concedió.

—No tiene nada de mí, por suerte.

Se rieron los dos. El llanto cedió a la tranquilidad de una marea ya baja y comenzaron a hablar como dos amigos a los que solo había separado aquel confinamiento, como si apenas llevaran un mes sin verse, no más de la mitad de sus vidas. Javier le contó la sensación de tener a su hija en los brazos por primera vez; le habló de su coraje, su fuerza; de sus bailes, de las preguntas siempre demasiado difíciles, siempre demasiado adultas para la edad que tenía; de la muchacha decidida que labró su propio camino. Lucas lo escuchó, le preguntó, se burló con ternura de algunas de sus palabras, y hablaron y hablaron durante mucho, mucho tiempo.

Apenas les bastó ese instante para recuperar una existencia entera. No era raro ni difícil. Javier se lo había dicho a sus amigas mientras les contaba la historia de su vida. Lo que hubo entre Lucas y él fue perfecto. A veces no hace falta disimular las cosas ni exagerarlas ni inventar sobre algo para que luzca más bonito, más emotivo para la gente que lee, mira o escucha. No resulta necesario adornar un cuento, aderezarlo con palabras redundantes, con melodías románticas, con diálogos edulcorados. A veces, la realidad es la que es, sin trampas, sin nada que empañe su naturaleza. Ellos fueron perfectos. Y su amor también lo fue.

—Uhhh... ¡qué guapo se ha puesto nuestro abogado!

Soportó las burlas de Eva y Susana durante un buen rato. Charló con ellas, le hizo una videollamada a Lola, estuvo un buen rato ordenando papeles viejos y libros de sus estanterías, observando las motas de polvo, dejando pasar las horas que, por una vez, llegaban vestidas de fiesta.

A las ocho y cuarto, después de los aplausos, se puso frente al ordenador. Sus amigas y su hija le habían dado todas las instrucciones para que su torpeza con la tecnología no produjese el desastre. Después de diez minutos trasteando botones e intentando hacer magia con el ordenador, la pantalla se iluminó y el hombre apareció al otro lado. Como el hechizo final, el que lo arregla todo, de los libros de fantasía.

—Qué viejo estás —lo escuchó decir, y se encontró con un rostro que hablaba a través de las arrugas, de las manchas provocadas por la inclemencia del sol; un rostro medio oculto por una espesa barba negra veteada en un orgulloso plateado. Y los ojos, aquellos océanos negros cuasi azules en los que tantas noches se había perdido durante los abrasadores veranos de una remota vida—. Pero bueno, ¿y esa barba? ¿Siempre has llevado barba?

—Siempre. No como ahora, claro —respondió Javier con vergüenza, y se la acarició—. Ya sabes: años setenta, pantalones de campana, barba y patillas...

—Mis años setenta fueron con pantalones raídos y la cara llena de grasa. Pero sí, entiendo lo que dices.

—Que sepas que tú también estás viejo —repuso Javier.

Sintió la calidez en las mejillas. Sintió la humedad en los ojos. Sintió la caricia del alma, esa que no se ve, esa que, según dicen, pesa exactamente ocho gramos. Lucas sonrió y él olvidó todo lo que los rodeaba.

—Vamos, no me jodas. Parezco más joven que tú. ¿Cómo es posible que el tiempo haya tratado mejor a un currante como yo que a un señor abogado?

—¿Insinúas que los abogados no trabajamos? —preguntó, fingiéndose ofendido, y Lucas se rio y se recostó con tranquilidad en la silla.

—Bueno, señor abogado. ¿Preparado para conocer al resto de la tropa?

—Y tú, ¿preparado para conocer a la mujer más maravillosa del mundo?

—Listo, señor Vázquez.

—Pues vamos a ello, señor García.

Marcó el número de Lola y puso la videollamada enfocando hacia el ordenador. Detrás de Lucas apareció una Pilar más castigada por los años, pero con el mismo rostro alegre que él conoció tiempo atrás y, a su lado, una versión más joven de Lucas: un hombre sonriente de ojos oscuros pero mirada limpia. Y Javier suspiró aliviado. «Que te jodan, Joaquín. No tiene nada tuyo. En el infierno en el que te encuentres sabrás que tu maldad no pudo dejar su huella, malnacido, y en el lugar en el que descanse Martín su alma estará hinchada de orgullo. Esa es su victoria sobre ti, sobre tantos como tú. La valentía sobreponiéndose a la venganza, el amor venciendo a la inmundicia y el triunfo de la gente buena».

A partir de aquel momento todo fue un caos de presentaciones, voces superpuestas, preguntas y risas, un buen puñado de risas. Hablaron de todo y de nada. Conversaron por el simple placer de conversar. Y se despidieron. Hasta el día siguiente. Porque sí. Porque esa vez llegaría una nueva mañana y no arrastraría los restos de ninguna tormenta.

—¿A esta hora te viene bien? ¿Seguro que no tienes nada que hacer? —le preguntó Lucas cuando ya los habían dejado solos. Javier se rio con suavidad.

—Déjame que consulte la agenda. Soy un hombre muy ocupado.

—Pues intenta hacerme un hueco en tu escaso tiempo.

—Haré lo que pueda, Lucas. Haré lo que pueda.

Se miraron en silencio. De repente, Lucas se puso más serio.

—Es... como ella cuando la conocimos. Quiero decir... físicamente. Se parece a Deli. Mucho. —Terminó de hablar en un susurro y agachó la cabeza, como si lo avergonzaran sus propias palabras.

—Sí, sí que lo es, pero también en muchas otras cosas: es una mujer fuerte, decidida. Todo eso es de su madre. Ya te dije que no tenía nada mío, por suerte.

—¿Acaso no te consideras alguien fuerte, Javi? Porque yo siempre pensé que sí.

—No, no lo soy, pero da igual, ya no me afecta. Siempre he pensado que hay personas que nacen para unas cosas y personas que nacen para otras. Siempre fui a la deriva de Deli y era plenamente consciente de ello. Hace años que no me atormenta.

—Pues es el momento, Javi, de coger el timón y encargarte de tu propio viaje. Yo me sentiré muy halagado si me permites... acompañarte durante la travesía.

A pesar de la distancia que los separaba, de la pantalla que impedía el roce de sus manos, Javier apreció cómo las mejillas de Lucas se tiñeron de rubor. Y volvió a ser el muchacho de quince años que lo besó por primera vez una noche cualquiera, bajo un árbol cualquiera, en una finca que fue testigo mudo de tantas historias distintas como diferentes eran las almas que la habitaban. Un muchacho que trabajaba de sol a sol, que sufría hambre, miedo, pero que lo olvidaba todo cuando se encontraba con él, cuando se abrazaban en silencio, cuando leían a Unamuno bajo la protección de aquel olivo que estuvo allí antes que ellos y que probablemente sobrevivió muchos años después de que ambos se marcharan. Aquel

niño rebelde de lengua afilada y gesto huraño. Aquel joven que lo perdió todo y aprendió a sobrevivir en un mundo repleto de malicia. Una flor criada en la basura que se alzaba orgullosa, firme, cuyos pétalos se abrían cada primavera, cuyo tallo nunca se doblaba por mucho que soplara el viento. Gente que le da sentido al sinsentido de un mundo que tanto mata y tantas veces muere.

—Y yo estaré encantado de que quieras compartir este viaje — susurró Javier.

Alargó la mano y rozó la pantalla del ordenador con la punta de los dedos. Por un momento le pareció percibir el tacto cálido de la piel del hombre, del amor. Cerró los ojos con suavidad tratando de agarrar aquel instante para que ya nada pudiera arrebatárselo.

—Pues espero que merezca la pena, Javi. Te recuerdo que llegas con cincuenta años de retraso.

Lucas sonrió y alargó la mano también. Los dedos de ambos se tocaron con un cristal en medio, sí, pero se tocaron. Los dos lo sintieron y no les hizo falta nada más.

—Trataré de hacer que cada año cuente por diez a partir de ahora.

—Intenta que sea por veinte. Ya te lo he dicho: mi médico no da un duro por mí. —Lucas le guiñó el ojo con presunción y Javier alzó la mirada al cielo.

—Ese no te conoce, Lucas. No te conoce lo más mínimo.

—¿Hasta mañana a las ocho y cuarto?

—Mejor antes. ¿Te parece bien si comemos juntos?

—Um... ¿Una cita, Javier? Me gusta. —Las manos de Lucas revolotearon por la pantalla un poco más y después se alejaron,

llevándose con mimo la promesa que acababa de nacer—. Me gusta mucho.

Un veintiocho de abril cualquiera

—¿Es un homenaje para mí?

Los acordes de Joaquín Sabina sonaban desde el balcón de al lado de forma tenue, sin estridencias, como un murmullo de fondo que cubriera la tarde de nostalgia, como el velo de una novia que nunca se quiso casar.

—La verdad es que desde que me lo dijiste no he podido dejar de escucharla —le dijo Eva con una sonrisa.

—Al mes de abril ya le queda bien poquito.

—Pero nos lo han robado igualmente, ¿no te parece?

—¿Quién? ¿El virus, los gobiernos, el mundo? ¿Nos lo han robado, Eva... o lo hemos perdido? No sé, todo este tiempo me ha llevado a pensar. —Cada uno se acomodó en su respectiva barandilla. Guardianes de una ciudad en penumbras—. Hemos tenido un tiempo precioso para parar, ¿no crees? Para detenerlo todo y poder escuchar nuestro silencio. Creo que el ser humano nunca termina de conocerse a sí mismo porque no nos conceden ese tiempo. Siempre hay algo que lo interrumpe: el trabajo, las prisas de cada día, los conflictos. Y el ruido, Eva, es un rumor incesante, un enemigo íntimo. Ahora, escucha. Escucha un momento. ¿Qué oyes?

—Al Sabina diciendo que el marido de su madre se largó con otra.

—Aparte —repuso él con una risita.

Eva se quedó callada y miró al horizonte, con un gesto de concentración. Después negó con la cabeza, como si acabara de darse cuenta de algo desconocido hasta el momento.

—Nada. No escucho nada.

—Pues esto durará poco. Dentro de unos meses la vida volverá. Distinta, peor, mejor, no lo sabemos, pero volverá. Volverán las prisas, los nervios, las peleas y los enfrentamientos. Volverán los días que se pasan demasiado rápido, la falta de horas para estar con los nuestros. Volverá la ausencia de te quiero, y te echo de menos. Volverá el cansancio, el escaso sueño, el mal humor, la frustración de no llegar a todo. Hemos tenido dos meses, Eva. Dos meses para aprender de nosotros mismos. No, no te equivoques, hija: nadie nos ha robado el mes de abril; al contrario: a los que hemos tenido la suerte de no poner en riesgo nuestra salud se nos ha concedido un tiempo precioso. Y el tiempo tiene algo de letalidad, ¿sabes en qué? En que no regresa. Nunca regresa. No vuelve jamás un día ni una fecha ni un año. Nunca más será el veintiocho de abril de dos mil veinte. Nunca más será ayer ni hoy ni mañana. La vida pasa y no nos damos cuenta. Por una vez en nuestra vida nos han regalado tiempo, Eva, ¡tiempo! ¿Tú crees que lo hemos aprovechado para algo? ¿Tú crees que alguien saldrá de esto sintiéndose en paz consigo mismo?

—Quiero creer que sí —susurró ella, no sin cierto sufrimiento, y Javier asintió con gravedad.

—Yo también quiero creerlo.

Y permanecieron así, en un pacto de silencio, mientras la noche se adueñaba de las calles vacías de Madrid. En unos días la ciudad saldría poco a poco de su letargo, las personas volverían a caminar por los adoquines ahora desiertos, los coches tomarían el asfalto, algunos negocios, escasos, volverían a abrir sus persianas cerradas durante semanas. Regresarían las risas de los niños, los pasos

acelerados, los saludos desde la distancia. Y, con ello, irrumpiría de nuevo el ruido apagando los ecos de la cabeza, que casi siempre nos cuentan cuentos que no queremos oír.

Javier sonrió a la nada. Sabina terminó su canción y comenzó otra algo más roquera. La voz rasgada, las letras mordaces, la ironía que desprendían sus canciones: acordes de otra vida, tan lejana, que le parecía haber sido vivida por una persona distinta.

—¿Puedes ponerla otra vez?

Eva asintió con dulzura, y la canción insistió en «quién nos ha robado el mes de abril».

—Es curioso. Me robaron cincuenta abrils y me han devuelto precisamente este. ¿No te resulta paradójico? —le preguntó a Eva sin mirarla, sin evitar sentir cierta culpa, pero la muchacha se encogió de hombros y sonrió, ahuyentando los monstruos que siempre salen con la luna.

—Así es la vida, Javier —suspiró y cerró los ojos ante la oscura noche de primavera—. Así es el amor.

Índice

ALARMA

LA INCERTIDUMBRE

UN LUNES CUALQUIERA

DE MUJERES

VOCES QUE ACARICIAN COMO EL VIENTO

NOSOTROS, QUE TUVIMOS SUERTE

HIJOS DE NADIE

ESA OTRA PARTE DESCONOCIDA

UN HOMBRO Y UN LLANTO

BAJO EL SOL DEL VERANO

LO DIFÍCIL DE LA VIDA

LAS COSAS QUE SE ROMPEN CON UN CRUJIDO

EL DÍA QUE TAMBIÉN FUÍMOS HÉROES

CUANDO NO SABES QUE ERES FELIZ

LA MENTIRA EN LA VERDAD

LAS PALABRAS QUE SE DICEN CON LOS OJOS

BESOS QUE SABEN A HUMO

CUANDO TÚ ERES TU ENEMIGO

LAS ALMAS PODRIDAS

CARTAS DESDE NINGUNA PARTE

EL AMOR

PATROCINAN

shangay



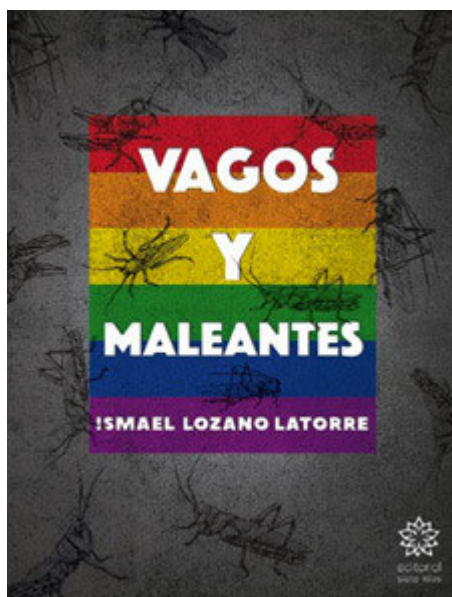
ORGANIZAN



ENTIDADES AMIGAS



OTRAS NOVELAS DIVERSAS DE EDITORIAL SIETE ISLAS



VAGOS Y MALEANTES / ISMAEL LOZANO LATORRE

Un anciano con alzhéimer, una adolescente que se ha escapado de casa, una mujer enamorada, un joven asustado en su primer día de trabajo y una madre angustiada, son algunos de los protagonistas de esta historia, que mezcla presente y pasado, de la mano de Manuel y Lorenzo, dos jóvenes lanzaroteños que se enamoraron en una época en la que su amor estaba prohibido.

Miedo, tensión, injusticia.

Dos inocentes separados por el franquismo y unidos en la desgracia.

Una novela inspirada en uno de los episodios más vergonzosos y olvidados de la reciente historia de España, en la colonia agrícola penitenciaria de Tefía, un campo de concentración fundado en Fuerteventura, en 1954 para proteger a la sociedad de los actos de los homosexuales, bajo el amparo de la Ley de Vagos y Maleantes.

Atrévete a leer esta historia sobre la diversidad y porque debemos sentirnos Orgullosos. Atrévete a aprender de los errores del pasado para que no vuelvan a ocurrir.

#vagosymaleantes



MISS DRAGÓN / MIGUEL ÁNGEL PARRA

PREMIO LITERATURA DIVERSA 2023

Junio de 1973. Tras años de discriminación y rechazo por parte de su familia debido a su homosexualidad, Luismi huye de su pueblo y conoce a la Tanke y la Toñi, dos travestis de Marbella que lo ayudarán a dejar atrás su pasado y le mostrarán un lugar en el que podrá ser él mismo: el bar Dragón Rojo.

Luismi emprenderá un viaje hacia su propia aceptación al tiempo que trabajará para alzarse con el título más codiciado entre los marikuitas de la zona: la corona de Miss Dragón.

Atrévete a descubrir esta novela basada en hechos reales sobre la celebración semiclandestina de unas fiestas en las que un jurado formado por artistas, aristócratas y señoras de la jet set elegía a la mejor transformista de Marbella en los últimos años de la Dictadura.

Atrévete a leer el esperado debut literario de Miguel Ángel Parra, que se ha alzado con el Premio de Literatura Diversa 2023 de Editorial

siete islas.

#missdragón



SEIS VECES TÚ / JUDITH FERNÁNDEZ BATISTA

FINALISTA PREMIO LITERATURA DIVERSA 2023

Amelia es pintora, pero solo pinta flores. Su falta de confianza en sí misma le impide retratar personas.

Un encargo, imposible de rechazar, la obligará a enfrentarse a sus miedos y una extraña chica, en una mansión abandonada, se convertirá en su musa.

Fresas, tréboles y caricias.

¿Se puede dibujar el amor?

Recorre con Amelia, el rostro de Silvia y descubre los enigmas que ocultan su mirada.

Atrévete a leer a Judith Fernández Batista, la nueva voz de la literatura canaria, que ha conseguido con su primera novela, ser finalista en el Premio de Literatura Diversa 2023.

#seisvecestú



PASAJE BEGOÑA / ISMAEL LOZANO LATORRE

La Noche de San Juan de 1971, la oscuridad se apoderó para siempre del Pasaje Begoña. Una gran redada de los grises acabó con aquel corredor de Torremolinos donde reinaba la libertad y el respeto; un sitio especial donde los visitantes podían mostrarse tal y como eran, con independencia de su género, raza o tendencias sexuales.

Gritos, llantos, lamentos. La magia y la elegancia chocaron con la brutalidad y la injusticia del régimen franquista. Fusiles contra lentejuelas.

¿Se puede volar cuando te han arrancado las alas?

Un matrimonio forzado entre un homosexual y una discapacitada intelectual, un camarero enamorado, un adicto y una mujer atrapada en un cuerpo que no le pertenece se mezclan en esta novela que brinda un merecido homenaje a este episodio tan importante de la historia LGTBI de España.

Atrévete a descubrir el Pasaje Begoña de la mano de Ismael Lozano Latorre. Atrévete a leer la esperada novela del autor de Vagos y Maleantes, que ha conquistado el corazón de miles de lectores.

#pasajebegoña



TU Y YO CONTRA EL MUNDO / DAVID PALLÁS GOZALO

Sía tiene un sueño: poder tocar su música ante un gran público para poder demostrar todo lo que lleva dentro. Pero es un sueño imposible. ¿Cómo va a poder hacerlo si no se atreve ni a levantar la vista del suelo por culpa de sus compañeros?

Foca. Ballena. Vaca. Gorda.

Sía sufre bullying en clase desde hace años. Día tras día tiene que aguantar burlas, insultos y golpes que la dejan sin fuerza para continuar. Lo más doloroso es que uno de sus agresores es su propio novio.

La llegada de Tania, una nueva compañera, pondrá su mundo del revés y hará que luche para que sus sueños empiecen a materializarse.

Atrévete a leer la esperada novela del autor de El Plumas, que conquistó a la crítica y el corazón de los lectores.

Atrévete a disfrutar de lo nuevo de David Pallás y a descubrir lo que esconde el corazón de Sía.

#tuyyocontraelmundo



PERRA / JOSÉ DE LA ROSA

Álvaro lleva una vida apacible y feliz. Se casó con su novio de toda la vida, vive en el mejor barrio de la ciudad y trabaja en un periódico escribiendo la crónica social y cultural. Es una persona privilegiada, aunque no es consciente de ello. Cuando tiene que cubrir la noticia del desahucio de Juan, un anciano de ochenta y cinco años que se va a quedar en la calle, algo cambia en su interior y lo hace enfrentarse a sus propias contradicciones.

¿Serías capaz de renunciar a todo por ayudar a un desconocido que está sufriendo una injusticia?

Romance, comedia y memoria histórica LGTBI+.

Atrévete a conocer a Linda, la perra más gruñona de la literatura reciente, y a enterneerte con su historia.

Atrévete a descubrir la última novela de José de la Rosa, una obra que visibiliza la realidad de muchas personas mayores del colectivo que sufren discriminación y viven sin recursos.

#perra

El orgullo de leer

Editorial siete islas
www.editorialsieteislas.com

